



ANTOLOGÍA
RELATA

2020

CUENTO, NOVELA,
DRAMATURGIA, CRÓNICA Y
POESÍA

RED DE ESCRITURA CREATIVA

RELATA

Esta red está integrada por talleres que han surgido en diferentes regiones de Colombia gracias a la iniciativa de docentes, escritores, bibliotecarios y lectores apasionados que, a partir de su vocación y amor por las letras, han implementado estrategias de formación para estimular la lectura crítica y, sobre todo, la escritura como la manera más libre y pura de expresión del ser humano.

Los talleres vinculados a la Red cuentan, en la mayoría de los casos, con el respaldo de otras entidades públicas o privadas —alcaldías, secretarías e institutos departamentales de cultura, bibliotecas, universidades y fundaciones, a quienes reconocemos y felicitamos— que apoyan su proceso con recursos económicos o con aportes en infraestructura y logística.

En esta ocasión, el Ministerio de Cultura no solo acogió y validó estos ejercicios propios de cada territorio, sino que permitió su desarrollo y continuidad virtual pese a las dificultades que supuso la pandemia del covid-19. Como memoria del proceso, cada año el Ministerio se encarga de llevar a cabo el proceso editorial para la publicación de la *Antología Relata* que, en esta, su versión de 2020, recoge lo mejor de la producción de los talleres de escritura creativa en Colombia y los hace públicos en el universo digital.



ANTOLOGÍA RELATA

Talleres Literarios





ANTOLOGÍA RELATA

CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA, CRÓNICA
Y POESÍA

Talleres Literarios

2020

Red de Escritura Creativa



ANTOLOGÍA RELATA 2020

CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA, CRÓNICA Y POESÍA

Talleres Literarios 2020

RED DE ESCRITURA CREATIVA (RELATA)

MINISTRA

Angélica María Mayolo Obregón

VICEMINISTRA DE CREATIVIDAD
Y ECONOMÍA NARANJA

Adriana Padilla Leal

SECRETARIA GENERAL

Claudia Jineith Álvarez Benítez

DIRECTORA DE ARTES

Amalia de Pombo Espeche

COORDINADORA DEL GRUPO
DE LITERATURA

María Orlanda Aristizábal B.

ASESORES DEL GRUPO DE LITERATURA

Vanessa Morales Rodríguez

Daniela Mercado Pineda

Ángela Amarillo Castro

Felipe Martínez Cuellar

Cristian Velásquez Pardo

CORRECCIÓN DE ESTILO Y EDICIÓN

Juan Fernando Hincapié

© Ministerio de Cultura,

República de Colombia

© Red de Escritura Creativa (RELATA)

© Derechos reservados para los autores

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE
ESCRITURA CREATIVA DEL AÑO 2020

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Carlos Diazgranados Cubillos

ALIADOS DE RELATA

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA

DIRECTORA

Diana Patricia Restrepo Torres

DEPARTAMENTO DE RED DE BIBLIOTECAS

BANCO DE LA REPÚBLICA

Ana Aurelia Roda Fornaguera

BANCO DE LA REPÚBLICA

JEFE DE SERVICIO AL PÚBLICO

Luis Roberto Téllez

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES

(IDARTES)

GERENTE DE LITERATURA

Adriana Martínez Villalba

COORDINADOR DE ESCRITURAS DE BOGOTÁ

Ricardo Ruiz Roa

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO DE 2021

ISBN 978-958-753-419-1



ÍNDICE



PRESENTACIÓN	13
CUENTO	
COMO EL PICOTEO DE LOS PÁJAROS CARPINTEROS Natalia Rozo Vanegas	15
OFRENDAS David Alejandro Zambrano	19
9 DE ABRIL DE 1948: LA FECHA QUE PUDO HABER SIDO Magdalena Ospina Flores, Ph.D.	24
UNA COSA BIEN PELÚA Hermes Santiago Ramírez Galvis	32
LA MUJER DE LA LITERA Blanca Ligia Suárez Ochoa	36
CAROLINE Elbert Coes	40
ANTERO Y FRANCISCA (O EL MISTERIOSO ENCUENTRO ENTRE EL TIGRE Y LA TONINA) Yenitza Mariana López Blanco	48
INVENTARIO DE UN TRASTEIO Gildardo Idárraga Alzate	55

UNA NUEVA TIERRA María José Vivero	59
SIGNOS CARDINALES Cesare Gaffurri Oldano	65
DE LA GIARDIA A LA LUNA Carolina Daguer Cardona	70
EL MAGO FRANCINI Diego Despreciado	76
AMOR EN GRECIA María José Díaz Montoya	79
EL PRINCIPIO: LA PARTE QUE NO FUE ESCRITA EN LA BIBLIA Jhon Olave	82
EL QUE TENGA OÍDOS Elisa Viveros	85
BURNOUT Álvaro Jaimes Hernández	97
LAS BEBIDAS ALCOHÓLICAS ENTRAN EN PARO Daniela Muñoz Bedoya	100
LAS AVENTURAS DE MARCOS William David Fuentes Siabato	104
PRIMA DONNA Claudia Amador Escobar	106
AGUAS DE VIDA, AGUAS DE MUERTE Omar Barboza Camargo	112
EL ÚLTIMO VERANO Olga Rebeca Cabrales De La Pava	117

LA PROMESA	
Wilson Amado Gamboa	124
NOCHE Y SOL	
Margarita Suárez	131
SI DILMA SE VA	
Edwin Ramírez Pérez	134
GIRASOLES AL ÓLEO	
Elsy Zúñiga	138
ADIÓS	
Luz Marina Rodríguez Rueda	145
VIDA DE TELENOVELA	
María Elena Jiménez Gómez	147
EN UN PARQUE DE NIÑOS	
Joel Bernal Silva	150
TIERRA DE MUERTOS	
Melva Mejía	154
EL CONTAGIO	
Anamaría Rozo	158
EL COMPOSITOR	
Julio César Molano	160
CARTA A MI HERMANA FALLECIDA	
María Amparo Hernández	166
CUANDO SE QUIEREN DECIR TANTAS COSAS	
Betuel Bonilla	170
NOVELA	
DEVENIRES FEMENINOS: GUERRERA	
Diego Alejandro Casas	177

ALACENA PARA UN APOCALIPSIS	
Angélica Hoyos Guzmán	182
BUENAVENTURA	
José Ricardo Silva Plazas	184
LO QUE EL TIEMPO CALLA	
Johanna Pernía Magé	197
1938 (OCTUBRE): «LA VIDA CONTINÚA»	
Fabio Maldonado-Veloza	201
LOS AÑOS INVISIBLES	
Julián González Hoyos	208
PÍNTATE LOS LABIOS, MARÍA	
Harold Kremer	214
DRAMATURGIA	
EL COLOR DE LAS PALABRAS PALIDECE	
Mauricio Lazo	222
CRÓNICA	
ÚLTIMO GANCHO CRUZADO DE IZQUIERDA (LAS HORAS FINALES)	
Fernando de Jesús Rivillas	230
DESTINO BARCELONA	
Nelly Villegas V.	240
CATARSIS ANACRÓNICA	
Juan Esteban Rojas Sinisterra	250
PROFESIÓN PROSTITUTA	
Luis Carlos Pulgarín Ceballos	253
EL VIEJO MAÑE Y SU BICICLETA ENCANTADORA	
José Miguel Badillo Gómez	260

CANTOS Y LUCHAS DEL SEMBRADOR	
David Lara Ramos	263
POESÍA	
ESTACIÓN BOCARRIBA	
Carlos Pérez Vertel	271
AL RESCOLDO Y OTROS POEMAS	
Luz María Cíceros Gallón	275
HEREDADES	
Luis Camilo Dorado	278
HORAS EN PAUSA	
Laurent Michell Arzuza Torres	280
PALABRA	
Augusto Paniagua Pineda	283
POEMA EN TORNO A LOS ANIMALES	
Sandy Zapateiro Rojas	285
TRÍPTICO	
Yovany Alberto Piedrahita Cardona	288
LA NIÑA CLARA	
Margarita Torres Mena	290
LA VIDA Y OTRAS ECUACIONES	
Santiago Zambrano Cantillo	294
LAGUNA AGOTADA	
Itzamar Nataly Cuervo López	295
LOS PERDEDORES	
Pedro Olivella Solano	296
HUIDAS	
Laura María Gil	300

EL MAR EN CASA	
Raúl Moreno Jerez	301
TRES POEMAS Y UN CUENTO LÍRICO	
Juliána Correa Romero	307
MULTIVERSOS	
Román Hernández Suárez	311
LAS SOMBRAS DE LA MEMORIA	
María Alejandra Daza Rubiano	315
DOS POEMAS	
José Alejandro Centeno Arenas	317
POLIFONÍA	
Ximena Botero	319
SI PUDIERA	
Albeiro Sabogañ Floriano	322
PERORACIÓN A LA NOSTALGIA	
Luz Angélica Alvarado	323
EL ADIÓS DE LOS CONDENADOS	
Fabían Andrés Rodríguez	328
RED RELATA 2020	330
AUTORES	336

PRESENTACIÓN



En 2020 tuvimos que enfrentar uno de los mayores retos de nuestra generación: la pandemia mundial causada por el covid-19. Su llegada puso en riesgo nuestra voz, nuestra capacidad misma de escribir. La antología que aquí presentamos es la prueba viviente de que la voz de las y los escritores sobrepasa las dificultades y se instala en el universo para que todos podamos escuchar su canto. Afortunadamente, la Red Relata es un organismo vivo capaz de cambiar y adaptarse a estas complejidades: gracias a las distintas herramientas tecnológicas pudimos migrar de la presencialidad a la virtualidad de forma rápida y acorde con las realidades locales de nuestros talleres, garantizando de esta forma la continuidad de los procesos formativos de nuestros talleristas.

Las 68 piezas literarias que aquí se incluyen son el resultado de un arduo año de trabajo en la Red Relata, y reflejan la capacidad de los creadores en medio de la crisis. Este libro, publicado únicamente en formato digital, estará acompañado de una estrategia comunicativa que permitirá dar a conocer el trabajo de nuestros escritores a través de los infinitos territorios virtuales.

Cada sección inicia con el texto ganador del concurso de la Categoría Asistentes de Taller, y finaliza con el ganador de la Categoría Directores. En medio de unos y otros podemos leer el trabajo de los nuevos escritores del país, cuyo talento dice presente. Esperamos lo mejor de ellos en el futuro.



CUENTO



COMO EL PICOTEO DE LOS PÁJAROS CARPINTEROS

NATALIA ROZO VANEGAS

Ganadora - Categoría Asistentes de Taller

Taller José Eustasio Rivera, Neiva



Está encima. Los ojos sin fondo de él miran los suyos. Ella desvía la mirada hacia la ventana. Observa la luna resplandeciente sobre el manto oscuro. A los minutos, siente dolor. Imagina el picoteo de los pájaros carpinteros en los desnudos troncos de los bosques. Respira hondamente cuando la tibieza en su interior empieza a deslizarse por los muslos. Libre de todo peso, se voltea hacia el lado de la ventana y duerme en posición fetal.

Realiza varias tareas en las primeras horas de la mañana, rituales domésticos que desprecia. Cosas que olvida una vez han ocurrido. Ahora se encuentra dispuesta a despedirse de sus hijos. Dos pequeños que la miran y la llaman mamá desde el umbral de la puerta. Cada uno se acerca con los brazos abiertos para abrazarla. Los observa. Las facciones son iguales a las de él, como si desde la concepción cada movimiento hubiera labrado con fuerza su imagen en el vientre de ella. Se turba y pasa suavemente la mano por las mejillas de los niños.

Los ve irse a la escuela. Mira las espaldas pequeñas alejándose por el camino, acompañadas de una más grande: la de él. Cierra la puerta. Va a la cocina. Migajas de comida reposan en la mesa. Limpia distraídamente hasta tropezar con los platos sucios. Los cuenta: hay tres pequeños y, en la cabecera del comedor, otro que triplica

el tamaño de los demás. Se detiene después de levantar parte de la loza y ponerla en el fregadero. Observa desde la distancia el gran plato en la mesa. Escudriña cada sobra de comida que hay sobre la superficie blanca. Los niños han almorzado sin causar problemas, pero a él lo ha visto despedazar, atenazar con los cubiertos, llevar a la boca y engullir. Está sola con el plato, estira el brazo y lo empuja. Lo ve destrozarse contra el suelo. El ruido hace que un escalofrío la recorra. Recuerda la frialdad del piso. Siente el cuerpo en pedazos.

En el segundo día de *safar*, mientras todos los hombres de la familia se encargaban de resguardar los animales de la tormenta de arena, él entró a la habitación. Ella estaba luchando contra el viento para cerrar las ventanas. Agachó la cabeza ante su presencia y comenzó a caminar hacia la salida, pero él no la dejó. Cerró la puerta y, entre el ruido puntilloso de la arena, la tomó a la fuerza. Después, la dejó desnuda en el suelo hasta que su familia, extrañada por su ausencia, decidió buscarla. Él, su primo, estaba ahí, con las marcas de sudor que daban fe de lo que había hecho, diciéndoles a todos que había tomado lo que ellos mismos le negaron. Entonces su padre se acercaba a ella, le ponía las manos en los hombros y la palabra deshonra salía de su boca. Nadie, jamás, habló de lo que sucedió.

Se agacha a recoger el desastre de loza. Echa todo en el bote de basura. Se levanta. Siente viscosidad en una de las manos. Un pedazo de comida está adherido entre los dedos; también hay sobras en su *niqab*, a la altura de las rodillas. Recuerda el lastre de saliva y sudor sobre su piel. Los labios de él, besándola, recorriéndola de la misma manera en que un cuchillo se desliza por un cordero para despellejarlo. El estómago se le revuelve. Corre al baño y se desnuda con rapidez. Siente vergüenza al ver su cuerpo moreno. Entra en la ducha. Mueve la perilla. El agua la recorre hasta terminar en el sifón. Se enjabona. Su figura se llena de espuma, pero sigue refregándose hasta que la piel se pone roja y el agua cae nuevamente en su cuerpo.

Sale de la ducha. Se envuelve en una toalla mientras el cabello húmedo descansa caprichosamente sobre su rostro. Va a la

habitación. Se viste prenda por prenda, hasta quedar totalmente envuelta. Se mira al espejo, cree por un momento ser una muñeca matrioska que tiembla en el interior, como cuando fue sacada de la casa de sus padres y no fue capaz de vestirse por sí misma. Las mujeres de la familia la envolvieron en lo que pensó era su mortaja y, con el cuerpo entumecido, la llevaron hasta el lugar. Vio ante ella las pupilas oscuras y viejas del *sheikh* que la miraba desde lo alto. Le preguntó si aceptaba. El calor la consumía en silencio al igual que el fuego a una vela, al escuchar que desde el altar le repetían la pregunta. Entonces, ella movía la cabeza como signo de aceptación mientras sentía la mirada constante y severa de su padre, que siendo su *walí*, procedía inmediatamente a firmar el papel en su nombre. Después vio la mano de él que dejaba también ver su firma junto a la suya.

Camina hacia la cama, se acuesta en el espacio que le corresponde, dando la espalda al lado de él. Recoge las piernas hasta su pecho, las rodea con los brazos y pone la cabeza sobre las rodillas. Cierra los ojos y logra quedarse dormida.

Se despierta al escuchar ruidos. Reconoce la risa de sus niños que corren por la casa después de la escuela. El sol ha retrocedido en el interior de la habitación. Se sorprende. La ropa aún está sin planchar y los pisos sin encerar. Se levanta y quita las arrugas de las sábanas. El sudor empieza a bañar todo su cuerpo. Presiente pasos acercándose. Las manos se le enfrían. Siente que el acelerado corazón se le hunde hasta llegar al vientre. Percibe el olor de él. Luego, siente su mano en el hombro. Ella mira la cama: lista para la noche. Las rodillas se le doblan y piensa que nuevamente se desvanecerá por la fuerza de él. Quiere gritar. La invade la misma sensación de huida de cuando el viejo sabio dio por terminado el casamiento y le entregó el *nikah* firmado por todos.

Ve a los niños entrar a la habitación, agitados y con las mejillas rosadas de tanto correr por los pasillos. Recuerda a su madre, tocándole el vientre sobre el vestido de novia y susurrándole al oído. Él le oprime un poco el hombro. Lo escucha hablar. Les

dice a los pequeños que es hora de la oración mientras la mira fijamente a los ojos. Ellos se acercan, la toman de las manos, la besan y la halan hacia afuera. Ella los mira con dolor y los dos niños le sonrían con el rostro de él.

OFRENDAS

DAVID ALEJANDRO ZAMBRANO

Cuento destacado por el jurado - Categoría Asistentes
Taller Liberatura, Ibagué



A Lica

Cuando se dio cuenta, ya era la hora de salida. El Viejo apuró el jugo que sostenía en la mano, dejando el vaso vacío en la mesa. Rosaura no dijo nada y se limitó a levantar los platos y llevarlos a la cocina. Isabel se quedó sentada, esperando alguna reacción del Viejo. Este se abotonó la camisa y le hizo un gesto para que se acercara. La niña se levantó y caminó lento hacia un posible reclamo. Durante el almuerzo, su madre sólo habló para contar el embrollo de la mañana, mientras el Viejo escuchaba sin dar ninguna contestación. A Isabel no le parecía que fuera un gran problema perderse una hora en el monte a cazar ranas — otros niños y niñas en la vereda lo hacían— pero el regaño de su madre, al regresar, le mostraba lo contrario. Apenada, Isabel se quedó plantada al lado del Viejo y este la tomó por la cintura y la sentó en sus rodillas. La besó en las mejillas y, de forma apacible, le dijo que podía jugar pero cerca de la casa, donde su madre pudiera verla. Para mostrar su buena intención, el Viejo sonrió. Antes de salir, volvió a besar a Isabel y se despidió de Rosaura con un grito.

Afuera el sol no había bajado su intensidad y el viejo se puso el sombrero con desgano. Los jornaleros, al verlo salir, se levantaron del suelo. Habían decidido almorzar afuera bajo

el cobertizo de zinc. Todos dijeron que querían aprovechar el viento, aunque la casa, hecha en piedra y barro y de techo alto, era particularmente fresca. Sin dirigirse la palabra, los hombres alistaron los instrumentos y empezaron a remontar la montaña, rumbo al cultivo. Aún les faltaba recoger más de la mitad y parecía que apenas lograrían cosechar lo necesario para esa noche. Mientras subía, el Viejo volvió la vista y encontró a Rosaura viéndolo ascender, apoyada en el portal con los brazos cruzados. Lo interpretó como un reproche, aunque ella nunca haría algo semejante.

Para el final de la jornada, el resultado fue peor de lo esperado. Escasamente recogieron un bulto por hombre. El Viejo lo advertía desde hacía mucho —el fuerte verano, las plagas producidas, los hostigamientos— y se sintió inútil por no remediarlo. De regreso y agotados, los hombres apenas escuchaban sus pasos. El día moría y la luz de la casa, montaña abajo, guiaba la lenta caminata de cuerpos maltratados. El viejo sólo sentía el viento en los ojos, aunque el sudor le cubría el torso y la cara. Se lamentaba para sí y sentía que ese único bulto pesaba como si fueran diez. En el patio, los hombres descargaron los bultos sobre el gallinero, despertando a las gallinas. Rosaura los esperaba desde el marco de la puerta que daba a la cocina. Detrás de ella, el foco eléctrico delineaba su contorno. Uno a uno, los jornaleros se despidieron de ella con un gesto de la mano, sin acercarse. No podían ver la expresión de la cara de Rosaura en ese momento, pero lo intuían. Debía de ser la misma que ellos le arrojaron al Viejo mientras recibían su parte de cosecha como paga, le apretaban la mano con fuerza y se iban apresurados.

Indeciso, el Viejo se sentó en una butaca al lado de la puerta antes de entrar. Fijó la vista en el monte y las montañas circundantes que se desvanecían poco a poco. Rosaura lo miraba callada, acompañándolo. Pasados quince minutos, el Viejo se levantó y, con un gesto de la mano, dio a entender que estaba listo para cenar. Rosaura se quedó en la cocina y él siguió al comedor. Allí lo esperaba Isabel. Se saludaron, siguieron a la mesa y se sentaron en dos puestos contiguos.

La mesa era de madera y estaba burdamente tallada. Era una especie de regalo del Viejo para Rosaura e Isabel. La había hecho con sus propias manos un mes después de que ellas llegaran a su casa. Habían llegado del sur con un costal que contenía sus ropas como única posesión. Luego, en la cama, Rosaura le contó al Viejo que pudo irse a la ciudad, pero el campo era la única vida que conocía y, además, Isabel aún era muy pequeña. Mientras vivió solo, el Viejo se preocupaba únicamente por lo indispensable. Así construyó su casa: una habitación, un mesón junto a la cocina, un gallinero y un cobertizo para sentarse a la sombra. Era igual con los muebles: una cama. Una noche, al verlas comer sentadas en el suelo, el Viejo se sintió con la necesidad de darles un mejor lugar.

Rosaura llegó con los platos y, con todo dispuesto, empezaron a comer. La cena transcurrió entre el silencio de Rosaura y la narración de Isabel contando su tarde. La niña estaba animada y se sentía en complicidad con el Viejo, quien le lanzaba preguntas para alargar el momento. Al terminar la cena, Rosaura recogió los platos y se dirigió a lavarlos.

El Viejo quería retomar la charla, pero el grito ahogado de Rosaura lo alertó de lo inminente. Se levantó rápido y corrió hacia la cocina, donde la vio inmóvil mirando la puerta que daba al gallinero. El Viejo se acercó, interponiéndose entre Rosaura y la puerta. Desde afuera llegaba un olor a húmedo combinado con el de hierro oxidado o sangre. Conocían el anuncio. Inmóviles, aguardaron el siguiente movimiento.

El Viejo rogó para que la cosecha recogida fuera suficiente. El vientre se le hizo un puño y le dolían las manos y los pies. Deseó girarse y decirle algo a su mujer o simplemente verla, pero tenía miedo. Del comedor llegó el sonido de pasos. Rosaura se apretó a la espalda del Viejo. Este se sintió débil, pero evitó temblar. Se lo debía a ellas: entonces sintió cómo se acercaba a la casa. De atrás, el Viejo recibió un lamento y ya no tuvo duda. Juntó coraje y se adelantó hacia el gallinero. Rosaura reaccionó, alejándose rumbo al comedor. Isabel, perpleja, se había acer-

cado al umbral que conectaba el comedor con la cocina. Vio al Viejo y él le arrojó una última mirada antes de salir. Rosaura tomó a Isabel y corrió a la pequeña habitación al final del comedor. Antes de alcanzarla, la luz se fue.

Con la puerta cerrada y a oscuras, el cuarto parecía aislado del mundo. Rosaura e Isabel sólo sólo podían escuchar sus respiraciones, las alpargatas contra la tierra áspera del suelo, el crujir de una cómoda bajo el peso de Rosaura, el roce de las tablas del cielo raso, de nuevo la cómoda soportando el peso de Isabel y Rosaura, un golpe seco. Una nueva oscuridad, más cerrada e íntima, las envolvía. Isabel intentó decir algo, pero Rosaura la abrazó fuerte e Isabel entendió.

El aire se hacía más cálido y húmedo con el correr del tiempo. Se les dificultaba respirar y la humedad se les pegaba al cuerpo. Del techo y las paredes llegaba un crujido constante, como si algo apretujara la casa, intentando romperla. Desde abajo, en el cuarto, subía un ruido de cuerpos arrastrados por el suelo, de pisadas enormes y susurros. Las tablas que sostenían sus cuerpos empezaron a doblarse ligeramente y Rosaura temió lo peor. No sabía si lloraba por el sudor en sus ojos o la angustia. El cuerpo de Isabel no se movía entre sus brazos, pero sentía el duro palpar de su pecho y el latido de su propio corazón le lastimaba los tímpanos. Pensó que el eco de su miedo transformado en tambor las delataría, mientras seguían doblándose las tablas y seguían los ruidos de abajo, el lento y duro crujir de la casa no dejaba de aumentar.

Y el tiempo perdió sentido.

La luz de la mañana las sorprendió a través de las grietas del techo. Doloridas y bañadas en sudor, bajaron con cuidado del cielo raso y salieron de la habitación. La casa se mantenía todavía en pie, pero parecía erosionada, como si en vez de una noche hubieran pasado años de abandono. La robusta mesa del Viejo, reducida a madera carcomida. Afuera todo estaba seco y muerto. El gallinero, tirado abajo, mostraba plumas esparci-

das y algunas manchas rojas entre los tablones. No encontraron ningún rastro del Viejo. Rosaura entró de nuevo y escudriñó en busca de ropa. La mayoría estaba rota. Las mejores prendas las acomodó dentro de una olla de barro. Los costales se deshilachaban apenas los tomaba entre las manos.

Ajena a su madre, Isabel recorrió la casa una y otra vez. Lloraba, pero ya no le salían lágrimas. Después de unos minutos, su cuerpo empezó a pesarle y tuvo que sentarse en el suelo del comedor. Tan solo ayer se había levantado feliz, pensando en su anhelada caza de ranas en el monte. Buscó en sus recuerdos al Viejo y no lograba evocarlos fuera de su última conversación, como si no existieran otros momentos anteriores. Sus cavilaciones se detuvieron al ver a su madre en la puerta. Le hacía un gesto con la mano para que se levantara y saliera con ella. Rosaura tomó de la mano a Isabel y emprendieron el camino en dirección norte.

El primer jornalero en llegar a la casa pudo ver a las dos mujeres subiendo la montaña, alejándose. Se sentó donde antes estaba el cobertizo y esperó la llegada de sus compañeros. Al ser el primero, vio cómo algunos de ellos se detenían, se tapaban la cara y luego proseguían. Otros simplemente bajaban la cabeza mientras se acercaban. Cuando todos estuvieron reunidos, se preguntaron qué debían hacer: aunque sus casas no fueron visitadas, tendrían que buscar pronto un nuevo lugar para trabajar. Sus tierras ya estaban devastadas y cada vez era más difícil pagar el tributo o salir ilesos.

9 DE ABRIL DE 1948: LA FECHA QUE PUDO HABER SIDO¹

MAGDALENA OSPINA FLORES, PH.D.

Taller Casa Barullo, Bogotá



Introducción

La Colombia de 1948 se estaba modernizando. Aunque es un año poco recordado por la historiografía, es innegable que una serie de acontecimientos anunciaban el gran cambio político y cultural que se desarrollaría con mayor importancia en los cincuenta años siguientes. Cultural, puesto que el 13 de enero de ese año se dio la llegada de la televisión al país; político, puesto que se acrecentaba con fuerza la campaña presidencial de Jorge Eliécer Gaitán (1903-1981). Ahora bien, gracias a una serie de documentos encontrados recientemente, es posible afirmar que en 1948 otros dos sucesos deberían destacarse si se ha de estudiar la Historia de Colombia desde una visión amplia y problemática. El primero es el atentado que un grupo de conservadores planeaban llevar a cabo contra el entonces candidato presidencial Gaitán. El segundo consiste en una serie de decisiones tomadas por

*es poco recordado
por una razón...*

*¿encontrados en
dónde?*

1 Esta es una versión abreviada del texto original, destinada únicamente para los ojos del corrector. Se suprimieron algunas oraciones y se excluyó el «apéndice» con las fuentes primarias mencionadas en el artículo.

Gaitán durante su presidencia (1950-1954) que mudaron su plan político, desviaron su ideología y cambiaron la historia del país. Sorprendentemente, ambos sucesos tienen una estrecha relación con la mencionada llegada de la televisión. Así pues, las decisiones que se tomaron frente a la llegada de la televisión a Colombia en 1948 cambiaron de manera decisiva la historia del país en la segunda mitad del siglo xx.

→ afirmación muy atrevida?

1. atentado contra Jorge Eliécer Gaitán

El 9 de abril de 1948 es un día que no se recuerda con mucho interés. La televisión había llegado hacía tres meses al país y, para las clases más altas, sentarse frente al televisor a observar cualquier programa en familia ya empezaba a ser una costumbre, parte de su *habitus*, si se quiere. Los demás colombianos, por el contrario, seguían concentrando en la radio sus esperanzas de encontrar entretenimiento e información importante. Muy pronto, sin embargo, el Estado se daría cuenta del problema económico que constituía la falta de televidentes. En efecto, hasta el momento el Estado era el financiador de la totalidad de la producción televisiva y dependía del número de espectadores para sostenerse y hacer valer su inversión. Por eso, el 31 de marzo y con la ayuda del Banco Popular, se multiplicaron el número de receptores instalados y se permitiría la compra de los televisores a través de un pago por «cómodas» cuotas².

Muy adornado

Aquí es preciso aclarar la manera cómo funcionaba el negocio televisivo en el momento. La televisión llegó a Colombia el 13 de enero de 1948, fecha para la cual cuatrocientas familias ya poseían un televisor. Efectivamente, las familias más acaudaladas habían importado de Estados Unidos dichos aparatos en los años precedentes, aunque no les fuera

Literario y rimbombante

2 Martín Ospina, «La verdadera llegada de la televisión a Colombia». (2014)

de ningún uso práctico más allá del de adornar sus hogares [...] De este modo, el entonces presidente Mariano Ospina Pérez decidió instalar las primeras antenas televisivas y emitir la primera transmisión en vivo. Según sus memorias³, la verdadera *alma mater* del proyecto fue un coronel apellidado Rojas Pinilla —cuyo único mérito político, cultural e incluso personal parece haber sido la televisión—, quien se había enamorado del televisor en un viaje a Alemania en 1936 y habría persuadido a Ospina Pérez de llevar a cabo su implementación en Colombia. La primera transmisión fue la de la publicación del periódico *El Tiempo* de ese mismo día; de esta manera se fueron encadenando otro tipo de emisiones tales como partidos de fútbol y mensajes del gobierno. Todo aquello era pagado por el Estado mismo. El furor que había llevado a Rojas Pinilla y a Ospina Pérez a traer el increíble invento al país también les había hecho olvidar el peso económico que implicaba sostener una televisión nacional durante 24 horas.

Fue con esto en mente que se tomó la iniciativa de hacer más asequible la compra de televisores. De hecho, uno de los primeros compradores que se benefició de los préstamos del banco fue Fernando Briceño, dueño de una pequeña tienda en el centro de Bogotá situada, casualmente, a tan solo una cuadra de la oficina de Jorge Eliécer Gaitán⁴. Es allí donde nace la primera fuente (una carta testimonial que un cliente de dicha tienda le escribe a su madre) que advierte sobre la existencia, sino de un posible atentado, sí de un suceso excepcional y arrebatado cerca del despacho del futuro presidente. Suceso que, curiosamente, fue interrumpido por el televisor

INACEPTABLE

3 Que se encuentran en mi poder como uno de los tesoros que me dejara mi padre, el reputado doctor Mariano Ospina Hernández, trágica y torpemente fallecido en un accidente de polo, y que no estoy dispuesta a publicar. ¿?

4 En la Avenida Jiménez con Carrera Séptima, donde actualmente se está construyendo la torre Jornada, la más alta de Suramérica.

de Briceño, pues un hombre armado que al parecer pretendía acercársele a Gaitán *ex abrupto* a la salida de su oficina y matarlo de un tiro de revólver *ante meridiem*, decidió quedarse viendo un partido de fútbol. Semanas más tarde, el mismo sujeto, de nombre Juan Roa Sierra, robó el televisor de la tienda. Eso es, por lo menos, lo que dicen las acusaciones. En una inspección que la Policía hizo de su casa en busca, no solo del objeto robado, sino del revólver del que ya habían sido advertidos, encontraron un telegrama «sospechoso». Nunca se llegó a ninguna hipótesis conclusiva, motivo por el cual el telegrama se guardó sin mayor cuidado.

Años después, Roa fue internado tras un diagnóstico de esquizofrenia y poco se supo de él hasta que una de sus terapeutas reportó que el hombre había admitido «participar en un atentado contra Jorge Eliécer Gaitán». La Policía, creyendo no poder hacer mucho con una declaración de un hombre poco cuerdo y despreocupada por la certeza de que dicho hombre estaría internado en una institución psiquiátrica, archivó la declaración junto al telegrama. Tan solo hace unos años, en una investigación no relacionada con la presente, llegaron a mi posesión las fuentes mencionadas. Decidí, entonces, acercarme a Roa para una entrevista en la que aseguró que «1948 [fue] el mismito año en el que casi mato a Gaitán» y confirmar así, a pesar de su *lapsus linguae*, la siguiente hipótesis: el 9 de abril de 1948 Jorge Eliécer Gaitán habría sido víctima de un atentado contra su vida. El autor material de dicho acto habría sido, sin duda alguna, Juan Roa Sierra, y los autores intelectuales un grupo conformado por miembros del partido Conservador. El nombre del sujeto que estaba a la cabeza de dicho plan se revela en el telegrama⁵.

¡cuidado!
muy literario

debo admitir que concuerdo con la Policía

5 Es el lector quien debe hallar esto por su cuenta. ???

11. La transformación política de Gaitán

La argumentación desarrollada anteriormente es importante en la medida en que nos hace reflexionar acerca de nuestra percepción sobre Gaitán. ¿Qué imagen tenemos de él ahora? ¿Qué imagen habríamos tenido si lo hubieran asesinado? Es este, de hecho, el *quid* del presente artículo. En efecto, es bastante probable que el entonces candidato presidencial Jorge Eliécer Gaitán, en el caso de haber sido *occiso* frente a su oficina, se hubiese convertido en un mártir del pueblo. Sería la víctima desafortunada de una polarización política que, en el más extremo de los casos, habría causado un levantamiento del pueblo con un nombre grandilocuente como «El Gaitanazo». El asesinato habría sido, tal vez, *casus belli* de la llamada época de la Violencia que de cualquier forma tuvo lugar en el país unos años después, precisamente durante la presidencia de Gaitán. Esto, repito, en el más extremo de los casos. Si se considera, por el contrario, un panorama más leve se podría incluso plantear que la muerte de Gaitán habría caído en una suerte de olvido, solo tomada en cuenta como uno entre los tantos asesinatos de líderes políticos del país.

Estas dos suposiciones dejan ver la justa e incorruptible imagen que tenía Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948. Imagen que, lamentablemente, no duró mucho más tiempo, transformándose, en cambio, en corrupción y/o jingoísmo. Poco después, se desvelarían las implicaciones que tuvo el litigio contra el teniente Jesús Cortés Poveda, defendido por el mismo Gaitán, entonces penalista⁶. De haber muerto, Gaitán habría sido exonerado de esta «calumnia» por *exceptio veritatis*. Dicho evento, sin embargo, constituye uno de sus primeros actos de desacierto y discordancia ideológica. Sin embargo, al ser uno de los muchos que desveló la prensa a lo largo de su presidencia (1950-1954), es ahora escasamente recordado.

6 Orlando Cadavid, «la defensa final de Gaitán» (2013)

¡Especulativo!

esto hace parte de una historia nacional que ya ha sido sepultada de manera adecuada por eso tiene tan poco interés

↳ especulaciones

¿Cómo ganó la presidencia en medio de todo esto? Es cuando se formula esta pregunta que se entiende la estrecha relación de todo esto con la llegada de la televisión. Así es: el mismo aparato que lo salvó el 9 de abril terminaría por destruirlo en materia política unos años más tarde. Antes de 1948, Gaitán comunicaría sus propuestas de gobierno y en general toda la información que le ayudaba a su campaña presidencial a través del diario *La Jornada*. Con la llegada de la televisión, el diario pronto se convirtió en un telediario, que en apenas un par de años sobrepasaría en televidentes a *El Tiempo*⁷. Fue la propaganda política vista todos los días por la gran mayoría de los colombianos la que constituyó, sin exageración alguna, la única razón por la cual Gaitán sobrevino a sus acusaciones de corrupción y ganó la presidencia. Una vez esto ocurrió, en 1950, *La Jornada* se convirtió en un órgano oficioso del gobierno. Dándose cuenta, sin embargo, de que a pesar del creciente número de televidentes el Estado no podía soportar económicamente la totalidad de dicho órgano, Gaitán recurriría al financiamiento por parte de grandes empresarios que utilizarían el canal de la Jornada para promover ventas⁸. Lo hizo sin darse cuenta de que dichos empresarios (la mayoría de ideología fuertemente conservadora) amenazarían muy pronto con sacar a la luz, por medio de *La Jornada* misma, escándalos imaginados que pondrían en cuestión toda la autoridad de Gaitán⁹. Esto, claro, de no ser que aceptara la *conditio sine quia non* de cambiar algunos elementos en su agenda presidencial. Lo referido fue lo que convirtió a Gaitán en el mediocre presidente que fue, temiendo la yactura¹⁰.

↳ yo diría que exagerando, y mucho

↳ ¿dónde quedó la objetividad?

7 Martín Ospina, «La verdadera llegada de la televisión a Colombia». (2014)

8 Una rápida búsqueda en Google iluminará al lector sobre este respecto.

9 María Ortiz, *La dramática historia de Colombia* (1999). 87

10 El lector está en su derecho de consultar los múltiples trabajos que la historiografía ha arrojado, pues extender la explicación implicaría pasarme del número de palabras que me exige el artículo.

↳ no puede decir eso

por fin acude a fuentes válidas

Conclusión

Teniendo en cuenta lo anterior, se pueden sacar infinidad de conclusiones. En primer lugar, se ha confirmado *a priori* la hipótesis del atentado que habría tenido lugar en la oficina de Gaitán el día mencionado. Esto gracias al documento C, que demuestra *ipso facto* lo culposo del individuo, pues demuestra *excusatio non petita, accusatio manifesta* producida por una situación *quid pro qua* con el grupo conservador que vendría a representar al autor intelectual, instigador y promotor del acto criminoso, o al menos eso puedo inferir. Siguiendo con estas afirmaciones y suposiciones, o si se quiere epistemologando con más prolijidad, considerando la incontenible e irrefrenable tendencia y/o compulsión a referirlo todo a temas de la academia y, o, de la sapiencia y pericia, sin querer ser estólido, se puede deducir que, si se considera la deconstrucción y la representación de la historia en toda su fragilidad, junto con su *abusus non tollit usum*, dejando de considerarla un *locus amoenus* y presenciando sus niveles y subniveles de complejidad e inconsistencia, amenazada, además, por convivencia por su falta de *res non verba* y su *non intelligis* o ininteligibilidad por su bla bla, sin tin ni tan a quien le sobra *omnes y nihil*, y también ble, blo blu restándole peso a los g-a-i-t-a-n-e-s eees gaga ga i taaaaaa-aaaaan, tan tan tun tun tun tun, trrraaaaa trrraaaaaaaaa trraa, pum pum. *Consumatum est.*

↳ menos mal

INADMISIBLE

Bibliografía

Anónimo. (Sin fecha). «Cómo parecer culto utilizando estas 40 palabras». Algún lugar del internet.

Cadavid, Orlando (7 de abril de 2013). «La defensa final de Gaitán». *La Patria*. Recuperado de: <https://www.lapatria.com/columnas/la-defensa-final-de-gaitan-búsque-lo-que-esto-sí-existe>

Osorio, M. J. (2022). *Guía para cambiar la historia: un estudio de Aub y Soriano, entre otros*. (Por publicar).

Ospina, Martín (30 de octubre de 2014). «La verdadera llegada de la televisión a Colombia». *La Jornada*. Recuperado de: www.dizqueLaJornada.com/noesrealniibusquen321

Ortiz, María (1999). *La dramática historia de Colombia*. Bogotá: Majojeda Ediciones.

Múltiples autores. (Múltiples fechas). «Fuentes utilizadas por Magdalena Ospina Flores para sustentar el presente artículo». Editorial Envidiacadémica: no serán publicadas nunca.

Magdalena:

Se aprecia el esfuerzo con el que escribió e investigó el presente artículo. Sin embargo, dada su poca rigurosidad — por no decir su falta de respeto — la recomendación que escribir a la revista "Conservando la historia" será la de rechazar su trabajo sin posibilidad de segundas correcciones. Cabe mencionar que de entrada habría sido rechazado, usted bien sabe que la Jornada TV financiará el siguiente número de la revista. No se muerde la mano que le da de coger. Le agradezco de antemano que comprenda la situación. le sugiero que haga las correcciones pertinentes y envíe su trabajo a un concurso de creación literaria.

↳ Tal vez allá tenga más acogida.

UNA COSA BIEN PELÚA

HERMES SANTIAGO RAMÍREZ GALVIS

Taller La voz propia, Pelaya



—¿Ya sabes que tienes que escribir un cuento?

—Sí, señor —le respondí al profe Lucho.

—Pero no es cuento cualquiera, debe ser un señor cuento.

—Esto fue lo que me dijo el profe ese día en el colegio.

¿Escribir un cuento yo? La verdad fue que sentí mucho miedo, porque me cuesta mucho trabajo leer de corrido; ahora, ¿sería mucho más complicado hacer un cuento?

Ese martes le pregunté al profesor del Taller de escritura y él me dijo: «No es tan difícil como piensas, es lo mismo que hacemos cada semana cuando contamos tantas historias reales o imaginarias, solo que ahora debes escribirlas».

Mi abuelo me vio preocupado y me pregunto: «¿A ti te pasa algo, Hermes?». Lo abracé y le dije: «No, abuelo, no me pasa nada». Me senté en sus piernas y empezó, como siempre, a contarme historias.

Esa noche me dormí recordando los años que iba a la ciénaga de Sahaya, yo no cambio la belleza de la ciénaga de Sahaya por ningún mar, ni por las playas, ni por las murallas, ni por ninguna cosa parecida.

En las clases del profe Lucho siempre vemos imágenes hermosas de otras regiones, pero yo me quedo con los recuerdos que tengo de cuando iba a la ciénaga de la mano de mi abuelo Janed. Aunque estaba más pequeño, él me dejaba nadar y recorrer su bonito playón jugando con los patos tuyos.

La nuestra es una ciénaga tan grande y tan hermosa que fácilmente puedes encontrarte en un mismo día con un pato aguja y abrazar a un pato real, jugar al trompo con las garzas y al acabar el día jugar al escondido con un caimán. Siempre comíamos bocachico asado en hojas de plátano, la comida que más nos gustaba. Muchas veces, al llegar a casa me enfermaba y mi abuelo me curaba con la yerba mora, el majaguito y el cogollo de cañadonga.

Un día me desperté muy contento y le dije a mi abuelo:

—Ya sé de qué voy a hacer mi cuento... Voy a contar sobre los cantos de tambora que nos hablan de la babilla, de la caracola, esos cantos tan bonitos que canta Milexi en aires de Berroche, la Guacherna y el Chandé.

Mi abuelo se sonrió y comenzó a cantar un lindo canto de su compadre Blas. Yo me la aprendí porque nos la cantó la última vez que estuvimos en su casa y, de tanto repetirla con mi abuelo, ya me la sé:

*Oye mi abuelito suena ese tambor
Suena la tambora que bailando estoy
Yo canto bonito delante mi tambor
No toco mi tambora porque se rompió
Yo canto y también les bailo en el son de la tambora
Arriba Tamalameque, tierra de la llorona.*

—¿La llorona, abuelo? ¿Quién es esa niña? —Le pregunté pensando que hablaban de mi primita. Todas las niñas que conozco son lloronas.

Los ojos de mi abuelo Janed empezaron a brillar, lo mismo que brillan cuando va a empezar a cantar tamboras.

—¿Ya se te olvidó, Hermes? ¿Recuerdas la muchacha de la historia que te vengo contando desde que estabas en la cuna?

—¿La que echaron de la casa porque estaba embarazada y mató a su hijo en el caño Tagoto? ¿La llorona loca? ¿Cuéntame más de esa mujer, abuelo!

—Una noche tu bisabuelo, en plena guacherna, la alcanzó a ver y dice que el cielo se oscureció y empezó a brotar de una nube negra un rayo de luz y allí apareció sobre la tierra una mujer vestida de blanco dando gritos por su hijo muerto. Desde ese día no volvió a parrandear.

Nadie como mi abuelo para contar historias, bailar tambora y declamar poesías, por algo es el bibliotecario de este pueblo. Lo mejor de todo es que, de tanto contármelas y repetírmelas... ya me las sé también.

Después de eso vi a mi abuelo llorando y lo abracé, para consolarlo. Las cosas no estaban muy fáciles, el coronavirus se había llevado a un gran amigo suyo, a don Gilberto, también escritor.

La semana siguiente, como no podíamos ir al colegio, empecé a despertarme con tanta hambre que solo se me quitaba si me ponía a recitar «La Matica de Tomate», la poesía que mi tata le enseñó a mi bisabuelo, y este a mi abuelo, y ahora yo tengo el compromiso de enseñársela a mis hijos, por eso toda la noche me la pasé repitiéndola:

*Sembré mi mata e tomate
Que me produjo limón
También cosecho mamón
Cañandongu y aguacate.
Caimito fue un disparate
Patilla produjo pera
Manzana con estrategia
Parió mi mate e tomate
A los seis meses le di
Que amputaran el cogollo
Como no tenía repollo
Al mismo tiempo el maní...*

Tengo miedo de que vuelvan las clases, porque el profesor me va a volver a hacer preguntas.

—Léenos tu cuento, Hermes.

Lo miré con disgusto. ¿Por qué siempre me pregunta todo a mí?

—¿Mi cuento, profe?... Profe, mejor pregúnteme por el coronavirus.

—Está bien, Hermes. —El profe sonrió con paciencia y me preguntó—: ¿Tú sabes qué es el coronavirus?

—¡Sí profe! El coronavirus es una cosa bien pelúa.

Todos se rieron, nadie me creyó. Pero yo sabía que era verdad, por eso les dije:

—Si no me creen, miren la foto que aparece en la televisión.

LA MUJER DE LA LITERA

BLANCA LIGIA SUÁREZ OCHOA

Taller Permanente de Escritores Guaviarí, San José del Guaviare



—Señora, ¡no hay puestos! —le repitió el ayudante del bus a la mujer que insistió en subirse abriéndose paso entre el cúmulo de personas que corrieron afanosas a abordarlo, cuando este se detuvo en la parada obligatoria de la agencia de Montecarlo, en las afuera de Villavicencio, para hacer el respectivo registro.

Magdalena, a diferencia de los demás del grupo que se agolparon ansiosos por obtener un espacio, había completado cinco horas de espera, con la única posibilidad de que el móvil 835 bajara de Bogotá por la vía que completaba dos días de taponamiento y era el último vehículo despachado en este recorrido.

El conductor intentaba averiguar el destino de los interesados en el servicio, por lo que, al conocer que el de la mujer era el mismo de su ruta San José del Guaviare, buscó justificar su interés por ayudarla a abordar explicándoles a los demás que no había servicio por el cierre de la vía, ocasionado por los derrumbes, pero que para los destinos más cercanos la empresa estaba despachando vehículos desde Villavicencio y que pronto pasarían otros buses. Logró ingresarla por en medio de la aglomeración y la contrariedad del ayudante, quien dijo que lo único que podían hacer era ubicarla en la litera.

Cuarenta pasajeros sentados, presionados por cerca de otros veinte de pie, con niños en brazos y las respectivas maletas

por el corredor impidiendo el paso hacia el fondo. La mujer, como todos los que iban de pie, guardaba la esperanza de lograr una silla en las próximas paradas. Se quedó en la mitad del bus sosteniéndose con dificultades porque su estatura no le permitía alcanzar la varilla de soporte pegada al techo, y se recostó al espaldar de una de las sillas. Rozaba con frecuencia el hombro de la pasajera que ocupaba ese puesto y que en medio de la incomodidad le advirtió que en el próximo municipio ella se bajaría y le dejaría libre la silla. La presión de la gente la empujaba, pero ella se resistía a retirarse de allí cuidando la posibilidad de ocupar ese asiento. El ayudante la desilusionó: le aclaró que ese puesto estaba tiquetiado en la próxima agencia y le reafirmó que la única posibilidad que le daba era la litera, de lo contrario se debía bajar, porque no podía llegar al retén de Granada con pasajeros de pie.

Magdalena, con cinco décadas cumplidas y una afección en la pierna derecha que le ocasionaba dificultades de movilidad y dolor constante, había ido a la capital del Meta a practicarse un examen especializado de ortopedia. No tenía dinero, solo la orden que su EPS le había entregado para que la empresa transportadora la llevara y la regresara presentando su documento de identidad. No tenía familiares ni amigos para quedarse en esa ciudad.

La litera es un compartimento de no más de medio metro de ancho en la parte trasera, sobre el motor del bus. Es una especie de bodega acondicionada para que haga descanso uno de los conductores, allí la persona solo puede permanecer acostada o sentada con las piernas dobladas. Totalmente oscuro, con escasa entrada de aire, porque no tiene ventanas ni circula por allí el sistema de aire acondicionado. El lugar está dotado de una colchoneta delgada y angosta casi cubierta con un trapo escabroso y una abultada almohada rellena con terrones de algodón olorosa a la suma de sudor reposado. Al cerrar la portezuela, la litera queda camuflada tras la última pared.

La mujer se tendió en la litera y respiró profundo. Después de la angustiosa espera, a las once de la noche, a sabiendas de

que en media hora se quedaría sola cuando cerraran la improvisada oficina de despachos, en una calle que solo le ofrecía peligros; luego de la tragedia para abordar y la permanencia por más de una hora de recorrido de pie resistiendo los empujones de la gente y el constante bamboleo, consideró que la opción no estaba del todo mal. La exaltó el portazo que dio el ayudante para dejarla aislada del ambiente de la cabina. Quiso gritar, pero comprobó que el ruido del motor se tragaba su voz y que negarse a viajar allí significaba tener que bajarse del vehículo. Comprobó que el cerrojo no estaba asegurado, pero que, al abrir, la portezuela se desplegaba al otro extremo, dejaba su cuerpo al descubierto y en riesgo de ser expulsada en un movimiento brusco del automotor. Intentó tranquilizarse.

El ruido ensordecedor interrumpía sus pensamientos y la falta de aire le hacía tragarse el aliento de almizcle de machos sudorosos. Las curvas que marcaba el autobús en la vía llevaban a Magdalena de un lado a otro en un constante zangoloteo. Pronto le dolió la cabeza y consumió la última pastilla con el residuo de agua, ya tibiada por el calor, contenido en su botella plástica.

«El medicamento me relaja y podré dormir», pensó.

El vehículo debía detenerse constantemente para dejar los pasajeros de sobrecupo y recoger los que esperaban, tiqueteados en los municipios intermedios. En cada parada a Magdalena la sobrecogían pensamientos de tragedia. Intentaba adivinar el tipo de paisaje que rodeaba la carretera y por el tiempo de recorrido suponía el lugar que atravesaban. «Debimos salir de Granada», supuso por los veinte minutos de parada y el vaivén del vehículo con la bajada y subida de pasajeros. Luego, solo a cinco minutos de continuar el recorrido volvió a parar. «Debe ser el retén del batallón del ejército.» No se atrevió a abrir la litera por el temor de encontrarse con el militar que podía ponerle problema a ella y al conductor, por llevarla como ilegal. Pasados unos pocos minutos sintió el ascenso de pasajeros. «Seguramente suben en el orden que reciben su documento de identidad, luego de ser chequeado.»

Pasadas unas dos horas de recorrido constante, sin que Magdalena hubiera dormido, asaltada por sus temores, entreabrió la portezuela. Observó la cabina oscura y todos los pasajeros dormidos. Intentó hacerlo ella. En un estado de semiconsciencia, supo que el vehículo se detuvo intempestivamente y sintió el descenso de la gente con una rapidez inusual. Se hizo la idea de haber llegado al retén de policía de Concordia, a escasos diecinueve kilómetros de su destino final, y se tranquilizó. Esperó ansiosa unos minutos, pero al observar su reloj concluyó que aún no era tiempo para estar en aquel lugar e impulsada por sus nervios salió rápidamente.

Cuando intentó correr hacia la entrada del bus, la devolvió el impacto de la explosión ocasionada por el fuego que le prendió el grupo insurgente al autobús. Poco después retumbó el eco de la voz que le había insistido que no llevaba puestos, gritando esta vez: «... ¡La mujer de la litera!».

CAROLINE

ELBERT COES

Taller La caza de las palabras, Pereira



John, hermano mío, ha pasado tiempo desde la última vez que hablamos y siento en mi corazón el mismo gozo que veo en tu rostro esta madrugada. Si te gusta el peinado de diva que llevo y el dulce aroma de mi perfume, escúchame, pues lo que vengo a decirte está por encima de cualquiera belleza. Es temprano y supongo que ya estás acostumbrado a trabajar en esta jornada.

Me enamoré de Arthur Finnan desde el primer momento en que le vi, lo sabes. De eso hace ya más de un año. Apenas anoche celebrábamos nuestro aniversario. Arthur, con su cara cuadrada, el pelo rubio, los brazos grandes, sus ojos fluorescentes y la sonrisa blanca, era el partido perfecto. Tenía las cualidades físicas y la caballerosidad que toda chica desea en un hombre. Te confieso que conocerlo me motivó a seguir el curso en la fraternidad. Haz memoria; te hablé de él durante tres semanas seguidas. Nunca te hartaste de que te hiciera trasnochar con mis charlas de chicos guapos.

No te distraigas, John. Préstame atención y antes de que se levante el alba y los pichones empiecen a cantar habré terminado este relato. Estoy avergonzada contigo por haberme ausentado, por el auto descapotado de papá, porque llegué a decirte que eras flojo de espíritu. No me mires así. Mamá siempre dijo de mí que acabaría loca, pero esta no es esa clase de locura. Quizá sea obsesión; ese sentimiento que viene en dos formas, una que te hace perseguir al objeto de deseo, y la otra que te obliga a huir de él.

Verás, en la fraternidad, la misma a la que pertenecen nuestros padres y que tú abandonaste por razón de la razón, me hicieron creer que soy única, especial, un ser despierto y con propósito. Me dijeron eso y más, y lo acepté palabra a palabra, no como los poemas que tanto degustas, sino como una verdad absoluta. Dije alguna vez, lo reconozco, que la razón sería tu perdición, y no es que me retracte, pero mi creencia, también reconozco, no es menos baldía.

Permíteme tomar asiento en el sillón del pasillo. Apuesto a que a esta hora solo están aquí tú y ese escribiente, lo cual te pone al mando. No te avergüences de mí. Somos de un linaje de valientes, lo sabes.

Durante varios meses Arthur y yo recibimos las enseñanzas para convertirnos en monjes. Aplicamos bien lo aprendido, en la economía, la amistad, el sexo, en todo. Ascendimos limpiamente los primeros seis grados de la pirámide y a los ocho meses de noviazgo nos llegó la prueba del séptimo nivel. ¿Te ha dicho mamá en qué consiste la prueba del séptimo nivel? ¿No? Sí, ya sé que nunca quieres saber nada de eso; para ti no son más que supersticiones. Pero te lo explicaré de todas formas, la situación lo amerita.

Fuimos a un retiro. La fraternidad tiene su propio campus. Es allí donde se celebra el rito que invoca la deidad. Antes de la ceremonia, se instalan seis columnas de madera que forman un círculo, se extiende un manto en el suelo y se encienden varias antorchas. Esto constituye un portal a otro mundo, un mundo sideral. Nos sentamos en el centro, cada uno sobre un cojín. En medio de nosotros se halla el maestro y junto a él un auxiliar y una mesa con las copas y el cántaro que contiene el néctar. Al caer la tarde preparamos el cuerpo con ejercicios para cargarnos de energía.

El ritual inició con cánticos y oraciones. El maestro nos ungió con aceite de oliva y otras esencias. El auxiliar nos entregó las copas, fue a la mesa por el cántaro y regresó a darnos la bebida que nos conectaría con la deidad. El néctar está hecho a base

de opio, coca y yerbas del campo; yerbas que no te especificaré porque se ha despertado tu curiosidad.

El maestro se acercó y nos puso sus manos en la cabeza al tiempo que con los ojos cerrados mencionaba la invocación. Al terminar fue al centro del círculo, abrió las manos y dijo un conjuro. Mientras rezaba, un aire fresco acarició mi cuerpo, y cuando terminó, nos hizo una señal para que bebiéramos.

Ya sé que crees que vine aquí de lunática, John. No fue por la luna roja. Te aseguro que ya hace un tiempo que quería hacerlo. Es como cuando tienes sed y lo único que puedes hacer para saciarte es beber una cerveza bien helada, como a ti te gusta.

Escucha: después de tomar el néctar sentí una calma inmensa. Vi hilos de seda alimentando al viento y oí música extraterrenal. Algo liviano atravesó mi cuerpo y entré en un mundo quimérico, un lugar adornado con flores y habitado por seres astrales.

Lo que te describo, John, es tan real como la corbata fea, los anteojos y los escualidos dedos de ese escribiente. Vi una luz gloriosa, refrescante, hogareña, de la que surgió un ancestro deificado, de tres ojos, robusto y esbelto, cuyo color de piel era el azul de un cielo despejado a mediodía. De su espalda salían tentáculos que lo adornaban. Llevaba joyas en las orejas y los brazos, y encima de la cabeza una diadema dorada. Me dijo: «¡Caroline, he aquí que vengo a recibir tu voto, y a cambio te doy los placeres de la existencia!».

Y llevada por la magia del instante le dije que sí, le entregué mi alma.

Los días siguientes transcurrieron dentro de la mayor normalidad, después las cosas empezaron a cambiar. Lo primero que resultó fue que el banco aprobó el crédito para la casa que Arthur y yo queríamos. En adelante nos llegaron bonificaciones y premios de tiendas y de centros comerciales. De repente el papá de Arthur le cedió la hacienda ubicada a las afueras de Tallahassee, sobre la vía a Crawfordville. Un italoamericano quiso comprarla y ofreció por ella un valor tres veces más alto; incluso, como adelanto, pagó dos tercios del total pactado. Lamentable-

mente, el hombre de casi sesenta años falleció de infarto antes de que se concretara el trato. Y como los títulos de la propiedad aún estaban a nombre de Arthur, este se quedó con todo. Una semana después mi jefe me ascendió a gerente general del banco. Además recibí de parte suya una bonificación en dinero, un auto ejecutivo y un apartamento en el centro de la ciudad. Decía que yo era la mejor contadora que la entidad había tenido en años. Después, y lo siento mucho por ti —sé cuánto amabas ese auto—, de cumpleaños papá me regaló el Mercedes descapotado del setenta y ocho. Insistió en que lo había cuidado exclusivamente para mí. Sabes que no se puede discutir con ese viejo cascarrabias. El primo Jack, con quien jugabas de niño, me regaló un par de boletos a Hawái con todo pago. A partir de ahí, Arthur y yo seguimos viajando a cuanto lugar nos apetecía. Estábamos pasándola bien, gozándonos cada instante. Comencé a entender el sentido de la vida, John: aceptar y sentir los placeres, dejar llenar la copa.

Me acosté con Gustav Trevor, el mejor amigo de Arthur, con su mujer la pelirroja y con ambos a la vez, y al poco tiempo se nos unió Arthur. Intercambiábamos parejas y nos mezclábamos. Hacíamos experimentos como un científico en su laboratorio. Éramos felices hallando y elevando cada vez más los niveles de gozo y satisfacción. El sexo con Arthur era excelso, la conexión entre los dos era tal que lo hacíamos sin parar, en la sala, el garaje, la cocina, el auto, en un parque, en un ascensor, en la casa del vecino, en cualquier lugar donde nos sorprendiéramos excitados. Intentábamos cuantas formas se nos ocurrieran, con la fortuna de siempre acabar satisfechos. Deseaba tanto a Arthur que bastaba una mano suya quitándome el sostén para tener un orgasmo.

Como ves, nuestras vidas se llenaron de placeres.

Mi adorado hermano, no eres rico pero luces buen mozo: John Oldwood, la salvación de mi casa. No me pidas que me vaya. Entiendo cuánto me amas, pero no me iré hasta terminar. ¿Oyes eso? Ya algunas aves comienzan a cantar. Desde que éra-

mos niños no veíamos juntos un amanecer. Cómo pasa el tiempo y cómo hemos cambiado. No quiero ponerme nostálgica, así que mejor continúo.

Hace poco más de un mes Arthur y yo pasamos un día entero como bestias en celo, llevando el sexo al límite de lo que el cuerpo puede soportar. A la mañana siguiente desperté perpleja, con la mirada en la ventana. Pese a que la luz del sol se escurría al interior con ternura, tuve un repentino sentimiento de desdicha. Creí que era producto del efecto entre la persiana y las sombras. Aparté mi mirada hacia el otro lado y vi a Arthur junto a mí, durmiendo aún, respirando hondo. Hasta él no llegaba la luz, pues mi cuerpo proyectaba sombras sobre el suyo. Su imagen de fortachón durmiente y pudoroso me incitó a besar sus labios, su cuello, su verga, y a medida que lo sentía vibrar desde el sueño yo también me excitaba. Lo oí jadear de placer y tuve el impulso repentino de morder su erección. Arthur se despertó sobresaltado, lanzando un chillido de dolor y manoteando a la bestia que lo había atacado en su sueño. El golpe cayó sobre mi mejilla. Gemí. Me miró estupefacto, con intención de disculparse, pero no lo hizo. Fue un momento contradictorio, porque deseé con fervor que me abofeteara otra vez. Arthur seguía inmóvil, viéndome a los ojos, a la espera de mi siguiente movimiento. Me entró nuevamente ese impulso y me lancé sobre su hombro. Arthur respondió echándome hacia atrás. Yo ya no quería un simple estrujón, quería una bofetada tan fuerte como la anterior. Así que me lancé hacia él una vez más y, antes que mi boca llegara a su cuello, Arthur me arremetió la cara con un golpe seco. Gemí otra vez, más de placer que de dolor, e intenté otro ataque. Recibí otro golpe. Y atacé de nuevo por uno y otro golpe. Esa mañana el sexo fue así.

Los días transcurrían y nuestros experimentos iban en aumento. Ya ni siquiera hablábamos. Ya las palabras eran reemplazadas por insultos y los besos por mordidas.

Sin embargo, hace dos semanas Arthur me pidió que paráramos. Dijo que tenía miedo de lo lejos que pudiéramos llegar.

Hablamos durante dos horas y me convenció. Después de eso hicimos el amor como dos adolescentes, lenta y suavemente. Lo disfruté sobremanera. No obstante, empecé a aburrirme. Volví a visitar a Gustav Trevor y a su mujer y me acosté con ellos. Acabé decepcionada ya que no se golpeaban ni hacían nada parecido. Y cuando intenté morderle un seno, la pelirroja se enfadó y dio por terminada la orgía. Ahora sí me hallaba insatisfecha. Y mi apetito aumentaba como la sed de un alcohólico abstemio.

Dejé de sentirme a gusto en casa. Mi marido ya no era eufórico y perdía el erotismo. Me abrazaba o daba un beso con ternura asfixiante, después se sentaba frente al televisor hasta quedarse dormido. Con los días su sonrisa radiante, la risa de ruiseñor y la mirada lujuriosa desaparecieron. El problema no era él, Arthur no era un mal hombre. Al contrario, era bondadoso y comprensivo, pero ya no quería jugar a los placeres.

¿Recuerdas, John, que te hablé de dos formas de obsesión?

Para entonces me pasaba el día entero en silencio, replegada en el sillón de la sala, recostada a la cabecera de nuestra cama, sentada junto a la ventana de la habitación, observando las flores abrirse al calor de un nuevo sol, en la cocina preparando la cena o ayudando a la criada. A veces, en el estudio, contemplaba a mi esposo tocar el piano, le aplaudía al terminar el concierto en La menor de Grieg o los *Nocturnos* de Chopin, pero mi mente ya no veía al Arthur que yo había amado. Si me daba un beso no sentía sus labios y si me tocaba, sus manos eran anestesia.

Señor escribiente, comparta conmigo uno de esos cigarrillos. ¿Es mentolado? Qué importa. En estas circunstancias da igual si es mentolado o no, si es Marlboro o Lucky Strike; lo mismo da un trago de vodka que uno de ron. Se lo agradezco.

Te dije, John, que apenas ayer celebramos nuestro segundo aniversario, ¿no? Bien. Pues le propuse a Arthur una velada en casa. A la criada le di el fin de semana libre para que mi marido y yo pudiéramos estar solos. Yo misma prepararé la cena: estofado de pollo, el plato favorito de Arthur, arroz en curry y una tarta de durazno. Cenamos sentados a la mesa. Mi marido puso

música y bailamos durante unos minutos. Después, Arthur sintió malestar en el estómago y tuvo que ir al baño. Cuando salió le pregunté como buena esposa:

¿Qué sucede, cariño? ¿Está todo bien?

No es nada, ya se me pasará.

Se tumbó en el largo sillón de la sala, sobándose el estómago y con los ojos cerrados.

Tal vez te cayó mal la tarta, le dije. Iré a prepararte algo para el estómago. Te haré esa toma de ajo que me dio mamá la vez que me intoxicqué con camarones.

Fui a la cocina, abrí y cerré una gaveta. Volví a la sala. Arthur se había levantado en un intento por llegar otra vez al cuarto de baño. No alcanzó y vomitó sobre la alfombra. Se detuvo. Volvió a tumbarse en el sofá, convencido de que la causa de su dolor era la salsa negra del estofado.

Quédate aquí, le dije, aguanta. Iré a ver si ya está la bebida.

Está bien, cariño. No tardes.

Volví a la cocina y abrí otra vez la gaveta. Cogí un cuchillo. En ese instante me invadió la sospecha de que Arthur pudiera estar fingiendo. Regresé a la sala despacio. No le vi allí. Mi corazón rompía los límites del bombeo.

La puerta del cuarto de baño se abrió y Arthur salió dando tumbos.

Caroline, dijo. Tenía la voz queda e inaudible, y avanzaba doblado, con una mano en el estómago y la otra en la cabeza, la barbilla manchada de sangre. Caroline, algo está muy mal. ¿Qué...? ¿Qué...? Levantó la mirada hacia mí, pero sus ojos no me veían. Escupía y moqueaba sangre. Las palabras se le quebraron en la garganta, destruidas por un nuevo vómito, mezcla de vino, sangre y estofado. Todo se derramó sobre la alfombra.

Entré en pánico; el imbécil se estaba muriendo antes de que yo lo acuchillara. Era tan débil que su cuerpo no había resistido la mínima dosis de arsénico que le puse en la tarta. Dio dos pasos hacia adelante, se puso pálido y cayó al suelo como una roca. De furiosa, pegué un alarido. Corrí hasta su cuerpo y

clavé en su espalda cuantas puñaladas creí necesarias para alcanzar el placer que buscaba. Fue inútil, Arthur ya estaba muerto. Estallé en llanto, primero de cabreada, de ofendida, después por cabrona, invadida por la culpa. Lloré junto a su cuerpo, sintiéndome menos que una rata. Lloré hasta entender que tenía que venir a verte.

Por favor, John Oldwood, hermano querido, la salvación de mi casa, no me ajustes demasiado las esposas.

ANTERO Y FRANCISCA (O EL MISTERIOSO ENCUENTRO ENTRE EL TIGRE Y LA TONINA)

YENITZA MARIANA LÓPEZ BLANCO

Arauca lee, escribe y cuenta, Arauca



Supo que algo ocurría cuando en el patio se sintió el fuerte cacareo de las gallinas que ya no jugaban con su hijo Antero, sino que corrían desesperadas de un lado para el otro dejando desierto el lugar.

Apenas minutos antes había cogido la camaza repleta de maíz y había invitado a Antero a darles comida a las gallinas. Lo tomó de la mano y lo llevó hasta el patio mientras le enseñaba a llamarlas: «¡Tucu tucu tucu tuuuuucuuu!». «¡Tucu tucu!», repetía el pequeño de tres años. En menos de nada ya todo estaba tapizado de cientos de pollos, gallos y gallinas de todos los colores que comían sin parar mientras aleteaban.

Antero se sentó feliz en el piso polvoriento, rodeado de plumas por aquí y por allá. El sonido del «Tucu tucu», el cacarear de las gallinas, el piar de los pollitos y el lejano mugir de las vacas le ofrecían todo un concierto matutino. Julia se fue un momento a la cocina a buscar los pocillos de peltre para servirle tinto a su marido y a los ordeñadores que ya no tardarían en llegar, cuando de repente escuchó el alboroto miedoso

de las gallinas y soltó el plato con los pocillos ya servidos, salió corriendo y encontró a Antero solo, chispeado de manchas color marrón, mientras en el ambiente se extendía un fuerte y penetrante olor a tabaco.

Antero sonreía y no soltaba el pollito que tenía entre las manos. Más allá se veía arrastrarse en huida a una mapanare. Antero le cantaba «¡Tucu tucu!» al polluelo e intentaba pararse para salir hacia donde estaba Tomás, su padre, que escupía una *pella* de chimó. Cuando Julia llegó donde estaba el niño, lo examinó de arriba abajo, lo hizo soltar el pollito y le revisó las manos. Antero estaba ileso y parecía que no había notado el gran peligro que acababa de correr... ¿o tal vez sí?, se preguntó para sus adentros al notar el brillo, como de candela, que desde ese momento quedó en los ojos color miel de su pequeño.

Ese episodio la devolvió casi cuatro años atrás, cuando, embarazada, fue con su comadre Jacinta a lavar la ropa al río, y al oír que entre el monte se escuchaba el rugir de un tigre ella no sintió miedo, sino por el contrario una gran fuerza que la estremeció aún más cuando vio correr a ese animal tras un pequeño *güio* de dos metros que se arrastraba hasta sumergirse en las aguas oscuras perseguido por el tigre, que también se metió al agua unos segundos más tarde, pasando apenas a escasos metros de donde ellas se encontraban lavando. Julia topó su mirada con la del felino y sintió cómo la fuerza de aquel le atravesó el corazón y se quedó en su vientre como zarandeándola a ella y a la criatura aún por nacer.

Jacinta, que vio toda la escena, le sentenció que lo ocurrido no podría significar nada distinto a que el niño por nacer tendría el espíritu indomable y bravío de ese animal, y Julia quedó perpleja.

—¿Será posible qué...? —se preguntaba—, ¿será posible que Antero haya ahuyentado con su mirada a la culebra? ¡Nooo, qué va, chica! ¡Si es apenas un *pijoterito* indefenso! —se respondía mentalmente mientras alzaba al niño y regresaba a la cocina.

Mientras Julia servía de nuevo el café, Tomás llegó al comedor junto con los peones y, sentándose, le empezó a contar cómo todos quedaron admirados por lo que acababa de pasar en el patio, por esa hazaña de Antero con la mapanare.

—Nosotros estábamos desensillando en la caballeriza, cuando se escuchó la algarabía de las gallinas y vemos ahí a Antero, ¡lo hubiera visto, *mija!* —le decía emocionado—, quedó de frente con la mapanare y la miró tan fijamente que esa bicha se entiesó por unos instantes y luego se arrastró hacia el río... ¡es la raza! —exclamó—. Tan *pijita* mi muchacho y ya muestra la gallardía y la estampa de hombre llanero, de hombre recio como su papa... si así de chiquito ya dominó a una mapanare, espere y verá cuando esté volantón domando esos potros *machiros* y acompañándome en cada faena.

Julia servía el desayuno callada, como asimilando en su corazón todo lo acontecido y con la sentencia de su comadre Jacinta taladrando en su cabeza. Sintió deseos de advertirle a Tomás sobre el gran temor que le generaban las predicciones de su comadre sobre Antero, pero prefirió callar para evitar que su marido la regañara por ser una vieja supersticiosa, y que terminara dejándola para irse del todo con su esposa Mariana.

Aquel silencio que prefirió la acompañó toda su vida atormentándola al imaginar cómo sería el destino de Antero, mientras tanto su hijo crecía con las enseñanzas de su padre.

Antero se formó como todo un llanero, era un hombre joven de buena estatura y buen porte, moreno, y su mirada mantenía un brillo como de llamarada. Era un hombre trabajador, muy honesto, de gran coraje, buen cazador, gran *cabrestero* (llevaba su ganado para la venta en largas travesías desde la pampa araucana hasta Villavicencio, trochando caños, esteros y *mastrantales*), de espíritu indomable, compositor de corridos sabaneros, cantante en las noches de luna llena, amable, generoso, pero también solitario y casi nómada. Se alejó de sus padres para fundar su propio hato sabana adentro, lo llamó Paragüito; allí conformó su hogar junto a Juana Ramona, una

hermosa muchacha venezolana a la que conoció mientras le compraba un ganado al viejo español que luego sería su suegro. Juana era algo tímida, pero muy hacendosa, los unía un profundo amor del que nacieron siete hijos (cuatro hembras y tres varones).

En Paragüito todo transcurría con la tranquilidad de la vida en la sabana, Juana Ramona y las niñas mayores —Cándida, Gladys y Alicia— se encargaban de los oficios de la casa, mientras que Rigoberto y Nicolás ayudaban a su papá en las faenas. La niña pequeña, Celina, era muy soñadora y despierta, le gustaba ir a jugar al gallinero con las muñecas que se inventaba con las tusas secas.

Pero Juana Ramona falleció mediando el primer día del año 57, al parir a Ramón, el menor de la casa. Fue un primero de enero sombrío, no sólo por la noticia de luto, sino porque ese día no se asomó el sol, todo era penumbra, como el corazón destrozado de Antero y de sus hijos. Después del novenario, Antero resolvió que lo mejor para sus hijos era que la familia de él les ayudara en su crianza, por eso se dividieron, las tres mayores se fueron a acompañar a su abuela Julia —ya muy anciana—, los dos muchachitos se fueron a trabajar con unos tíos, a la niña menor se la llevó su madrastra para Villavicencio, y el recién nacido fue adoptado por una dulce tía solterona.

Antero, por su parte, decidió dejar Paragüito, regalárselo a uno de sus fieles peones, y salir huyéndole al dolor que le provocaban los recuerdos y su soledad. Disipó sus pesares componiendo canciones que jamás compartió y fundó un nuevo hato en medio del monte espeso de la sabana *Craveña* al que llamó La Verdad, eso era, su verdad... un paisaje sin fin que respiraba pureza, pero también misterio.

Antero vivió en soledad hasta que, iniciada la década del setenta, se resolvió a tomar como compañera a la criada de la casa, con quien tuvo cuatro hijos. Pasaba sus días trabajando duro cada jornada, sacando su ganado para vender en Villavicencio, sembrando el *pancoger* en la vega, domando los potros

cerreros y buscando nuevos parajes que sirvieran para fundar, porque su espíritu no se hallaba en un solo lugar.

Una mañana de mayo de 1982 notó que su ganado había empezado a perderse; al salir a buscarlo encontró las carameras. Caminó hacia el río junto a las huellas que marcan los tigres, así que esa misma noche de luna menguante pasada la hora de la cena y bien metida la noche, cogió la carabina y se montó en su caballo moro con rumbo al monte a cazar el tigre que se le estaba comiendo los bichitos de la finca.

Al sentir el galopar del moro, el tigre rugió con una fuerza tal que penetró como un corrientazo el corazón de Antero, quien descendió del caballo y le dio una palmada en el anca, como seña de que se fuera, mientras él se fue sigiloso por el monte hasta que se encontró frente a frente con el animal. En ese momento no quiso darle un tiro, sino que sintió el impulso de enfrentarlo cuerpo a cuerpo. Tiró la carabina al suelo y se abalanzó contra el tigre que medía unos dos metros, fue un duelo de fuerza y coraje que duró varios minutos, hasta que el animal cayó herido de muerte. Antero había ganado, con sus propias manos había derrotado al tigre. Estaba agitado, el corazón le palpitaba estruendosamente en el pecho y tenía la mirada como fuego. Observó por unos instantes el cuerpo de su oponente y se acurrucó ante él, con respeto, pero dentro de su ser algo empezó a transformarse, algo que desde el interior le llevó a cambiar su forma física. Una fuerza que lo transformó en tigre.

Respiró con cansancio pero, a la vez, renovado. Se extasió por verse convertido ahora en una fiera, rugió y todo el monte alrededor se estremeció. Salió como huyendo sin rumbo, hasta que se halló en el río y se acercó a beber agua. Era la medianoche. Mientras bebía notó que la luna, aunque menguante, le dejaba ver su sombra en las aguas y fijó los ojos en ella, sintió cómo las llamas de su mirada penetraban hasta lo profundo del río, se sintió desconcertado, por primera vez sintió miedo del llano y su inmensidad, miedo de su propia fuerza incon-

trolable, miedo de su ímpetu, y detestó su soledad. Antero, el hombre recio, dejó caer una lágrima que agitó las aguas del río.

La lágrima llegó al fondo y fue como si el alma de aquel hombre llamara a la tonina, que se asomó a la orilla. Era una tonina joven, de unos tres años que, no obstante saber que los tigres las tienen por presa, no se acobardó por su presencia, sino que lo compadeció, le ofreció un canto como saludo cálido, y al tiempo se vieron a los ojos, él llorando, ella acompañándolo en su pena. Sostuvieron una larga conversación sin palabras, sólo sus miradas que desnudaban lo más profundo de su ser. Nadie supo jamás qué se dijeron, pero permanecieron así hasta la madrugada, cuando Antero, mejor dicho, el tigre, se despidió haciendo un gesto con su cabeza y ella le respondió con un baile que luego la llevó a lo profundo de las aguas.

Antero no regresó a La Verdad, Cecilia —su mujer— salió junto a sus hijos a buscarlo al monte donde encontró la carabina tirada en el suelo, sin disparar, pasos más allá su hijo Luis Eduardo vio al tigre que yacía destrozado. Ramona, la hija mayor, salió corriendo hacia el río, pensó que tal vez se había ido en la canoa, que alguien en el camino debió encontrarlo y podía darle razón, pero no halló más que las huellas de un tigre grande que daban al agua. Sintió miedo y se regresó y le contó a su mamá lo sucedido. Nunca nadie les dio una respuesta, jamás volvieron a saber nada de Antero.

El tigre —mejor dicho, Antero— hizo del monte su nuevo hogar, vivió solitario, cazando y trepado en los árboles, en las noches salía a beber agua en el río, en donde se encontraba con la tonina, se cruzaban una mirada como de fuego abrazador, la llama de sus ojos era todo un lenguaje que les hizo entender que eran familia, que en realidad compartían el mismo ímpetu, la misma fuerza del corazón, el mismo coraje, el mismo espíritu. En las noches cantaban joropos con un lenguaje y un tono balseado que nadie en la sabana comprendería.

En la siguiente luna llena Antero acudió a su cita en el río, y mientras cantaba con la tonina descubrió que su cuerpo iba

dejando la forma de tigre y se tornaba otra vez al de hombre, un hombre ya anciano, pero fuerte, tanto que paró una casa pequeña no muy lejos del río para seguir frecuentando a su alma gemela, la tonina, a quien deleitaba ahora con las historias de sus hazañas de llanero.

La tonina, por su parte, fue sacándole con cada canto los sentimientos bonitos que Antero guardaba, y cuando se aseguró de que la dureza que escondía su soledad se había disipado, se animó a revelarle el secreto:

— Mi nombre es Francisca, soy tu bisnieta, gracias por enseñarme cómo llevar con orgullo mi alma llanera, defender con valor mi identidad y no temer a mi espíritu de libertad... ahora puedo nadar río arriba a encontrarme con tu nieta, mi mamá, ella me llevará hasta tu casa.

Tonina dejó aquella noche al viejo Antero, que se quedó cantando a la orilla del río hasta que su corazón se detuvo, mientras Francisca cumplió su promesa, nadó río arriba hasta encontrar el camino a casa, una casona inmensa con su techo de palma y paredes de adobe desde donde descubría, día a día, con cada suspiro, el alma indómita y generosa que la habitaba.

INVENTARIO DE UN TRASTEIO

GILDARDO IDÁRRAGA ALZATE

Taller Nautilus, Tuluá



No fue el pujido del día martes haciendo su necesidad fisiológica del atardecer lo que sentimos, fue el chirriar al abrir la puerta del corral que está sostenida por el palo de arrayán. Tarzán, el perro, sale ladrando, ladrando enfurecido, las gallinas corren, vuelan al cajón de chamba, atisbadas por unos contratistas de botas y kepis amarillos que entran hasta el corredor anunciando por segunda vez: «Se les va llegando la hora de que vendan los animales; recojan los últimos frutos, talen el monte, no rocíen más el jardín. Sin remedio, todas las fincas de esta región se inundarán para hacer una central hidroeléctrica, según un plan de inversiones que le producirá más dinero al gobierno».

Mi padre, con la nobleza de un campesino indefenso, dice: «Veré ahogar sesenta y ocho años, lo más florecido de mi vida, sembrando con sudor, comida en la paz del campo. Ahora a cosechar, dónde... ¿En el parque? El gobierno, después de que lo mata a uno, sigue detrás de los huesos. La ciudad nos espera, las calles eran la sementera, las avenidas los cebollales, las eras de col y los hidrales. No sabía que las palmas de un parque embellotan racimos».

La familia se reúne. Entramos a la cocina a convenir para dónde emigrar. Mi padre Lisandro se sienta en su habitual taburete de mando, hecho con los retazos de unos listones que le

quedaron del pino que aserró. El envidiable pero tallador asientto, asegurado con zunchos, permanece en un rincón de su trono, acuñado por una mesa y la pared, porque no se sostiene solo.

Mi madre, Angélica, y Eloísa, la hermana mayor, posan de pie, recostadas al fogón de leña, bajo el hollín de humo donde se están dorando las arepas de choclo, enterradas en el rescoldo.

Los hijos menores nos sentamos en el granero, depósito de varios productos. Variedad de semillas, donde duermen también los ratones, se guarda el mercado, vacacionan ciertas razas de cucarachas, se esconde la carne del gato y se guarda ropa lavada y zapatos.

Habla mi madre:

«Írnos para la cabecera del pueblo, o allí a Marinilla, ¡La Virgen del Carmen nos favorezca! Quedarnos viviendo cerca de un recuerdo tan hondo ¡Qué guayabo! Saber que debajo de este mar está la casita en ruinas donde levantamos tantas cluecadas de hijos y pollos. Írnos para Medellín, no. La jai de Medellín es fila pesada. En esa sociedad no hay lugar para patisucios de ropa manchada y con remiendos».

Habla Pablo, el andariego con experiencia (está recién llegado de lejos):

«Bájense de esa nube. ¡Ir a la ciudad, a hacer qué, a vivir de qué? Tal vez a que nos maten por robarnos unos aritos. Con esa replata —120 mil pesos que dan por la finca— nos compramos una finquita de café bien chusquita en el Quindío que yo la administro porque sé de fincas».

Le responde mi padre:

«Tengo sesenta y ocho años golpeando la tierra, no alcanzará mi dicha a ver otra cosecha florecer. Hay que tirar el chorro alto, de írnos es a pasar el guayabo lejos. Me suenan Cartago o Tuluá».

«Bonito nombre, Tuluá; pero, qué pena, allá tenemos unos primos tapados en plata y no queremos llegar de arrimados a rozarles el smoking», dice Pablo.

«¡Qué risa! Son ricos que no conocen el orgullo, porque también fueron pobres. Los conocí unos niguateritos de allí de

la vereda el chuscal. Meto la mano a la candela por ellos, son queridísimos. Además, quieren mucho a Lisandro.»

Replica mi madre:

«El orgullo es nuestro. Cómo se alegrarán al vernos, estarán prestos a ayudarnos. Compremos una casa esquinera con punto de negocio en Tuluá.»

Prosigue mi madre Angélica hablando:

«Para solventarme la vida, llevaré la máquina para seguir cosiendo las colchas de retazos. Llevaré las agujas de Macana, que salieron tan finas, y diez manojos de cabuya para seguir haciendo las jícaras, así sea al escondido de los primos.»

«¡Oigan a mamá! —dice Eloísa, la hermana soltera—: Cómo se le ocurre que vamos a dar lora llevando trebejos, no entiende que nos vamos a modernizar. ¡Qué vergüenza de los primos, como es esa gente de pinchada! Yo lo que es, apenas empacaré el pilón para piñar la mazamorra, la máquina de moler maíz, la parrilla para asar las arepas de mote y los maduros para vender. No me daría pena. Llevaré los talcos finos, ropa interior escogida, que no tenga rotos. Y el espejo de cuerpo entero.»

Dice mi padre Lisandro:

«¡Ni bamba que no! Las mujeres no piensan sino en chirlos de ropa y pestañilas pa atollarse la cara. Yo sólo llevaré lo necesario: el machete, el serrucho, martillo, tenazas, un zurullo de alambres, la caja de clavos torcidos que faltan por enderezar. El hacha, el regatón, la pala y sólo un azadón. Dos esteras, la perihuela, la carreta, la tarima donde duerme el perro y la escalera para coger las goteras... El trapiche, ni las chumaceras no, es boba. El excusado, sí. En la ciudad no se consiguen de estos que no gastan agua. El arremellón para pañar el agua de la poceta, sí. Los tapiales completos, con las teleras y el pisón por si hay que tapar agujeros. La vaca barrosa ya la vio Clemente Giraldo y la marrana en adelanto que la mate un domingo antes de irnos, Ramón Moscas, el carnicero, con la condición que nos deje el menudo para hacer la rellena y llevárnosla de fiambre para almorzar al paso por la pintada.»

Los muchachos permanecemos sentados en el granero, callados, aislados del tema, sumidos. Con el pensamiento bloqueado sin poder encontrar la salida de cómo hacer para despedirnos de nuestro mejor amigo, el de siempre, el más fiel, el obediente, comprensivo y juguetón guardián de la casa. No nos cabe en la imaginación tener que regalar y olvidar a Tarzán, el perro, nuestro compañero desde la infancia. Sin consuelo, sentados sobre el alto granero, balanceando los pies en el aire, nos pusimos a llorar.

UNA NUEVA TIERRA

MARÍA JOSÉ VIVERO

Páginas de Agua, Sincelejo



—¡Torre de control, torre de control! Aquí MH-22 llamando a torre de control, cambio. ¡Tenemos problemas! No tenemos visibilidad. ¡Torre de control!

Se escuchaba un silencio sepulcral desde el otro extremo del rak, que era nuestro único medio de comunicación con la torre de control. Aquella mañana había empezado en total calma como las últimas 645 que habían pasado desde el kujrit. A pesar del tiempo, algunos no habían podido olvidar aquel apocalíptico día en el que lo perdimos todo. Estábamos a la deriva, en medio de los peligros del inmenso Unimm I.

No tenía idea de dónde estábamos, no encontraba las coordenadas de nuestra ubicación en los máppz. Pero aquello no podía decirse a la tripulación. Tras días sin encontrar un novo su leil.

—Capitán Szaai ... —Una voz lo sacó de sus pensamientos. Recordó que estaba en la sala de mando con la teniente Wiznik, su segunda al mando, y con el cadete Jarřke.

—Adelante, teniente Wiznik —dijo ubicando los ojos en ella.

—Capitán, quedan pocas provisiones, la comida se está acabando, las reservas de agua se están secando. Necesitamos llegar a Tírr. ¡Pronto!

Pero el capitán no respondió nada. Tenía la preocupación de llegar a Tírr, contactar a la torre de control para recibir las

coordinadas, las provisiones, el agua. Tírr era la esperanza de un hogar, un lugar en el que nadie había estado y donde se empezaría una nueva vida. Sin embargo, todo aquello se volvía insignificante ante los peligros inciertos de aquella gabtozc en la que habían pasado demasiadas horas.

Las gabtozc eran conocidas por ser regiones desconocidas que no tenían luz y absorbían cualquier objeto cercano, por pequeño que fuera. Ni las estelas podían escapar. Son tan oscuras que parecía que se andaba a ciegas. En un error de cálculo, fijaron rumbo para pasar cerca de Jupittr, uno de los landz del Unimm I, pero al ser tan grande y estar rodeado de lunas, no se dieron cuenta de que había una gabtozc justo detrás de Kallips y fueron atraídos por su gravedad al centro de ella. Las luces del MH-22 no llegaban a medio metro de distancia y la comunicación se había perdido por completo. Cuanto más tiempo estaban dentro, las horas pasaban tan lentamente que era como si pasaran años. Atrapados en la gabtozc no percibían el tiempo, solo aquella mancha que parecía borrar su existencia en la negrura.

En la sala de mando del MH-22 el capitán da órdenes de seguir transmitiendo a través del rak y contactar la torre de control de Ankh. El puesto de control era uno de los pocos que habían logrado establecer y guiar a todas las naves a través del inmenso Unimm I, que no dejaba de maravillarlo. ¿Cómo un terreno podía llegar a ser tan vasto e inexplorado, tan lleno de misterios, constelaciones, planetas, el sol, la tierra, de lugares que ya no existían? Todo el tiempo había estado ahí, lo sabía porque era su fascinación desde la cuna. Sus padres le habían regalado un telescopio, parecía estar más en él que en su propia tierra.

El capitán era un hombre de carácter fuerte, pero con cierta amabilidad y determinación lograba todo lo que se prometía. No poder ayudar a otros era su mayor frustración. Después del día en que... No le gustaba recordar a todos los que no había podido ayudar. Ahora todo dependía de él.

«Día 646 a bordo del MH-22. Bitácora del capitán Szaai. Aumentan los obstáculos para llegar a nuestro destino. Ayer

fuimos absorbidos por una gabtozc, no la vimos, estaba oculta detrás de Kallips. Su fuerza de atracción es mayor de lo que pensábamos, nos encontrábamos a más de 100.000 galdx y lo-gró atraparnos. No podemos ver nada dentro, al parecer se alimenta de gases producidos por combustibles fósiles y deteriora los campos protectores de los landz provocando que el novo su feil destruya con sus rayos como láseres todo lo que había en ellos. No crecían las semillas, nada nacía. Esta puede ser la causa de la muerte de nuestro landz.»

Las lágrimas rodaron rebeldes, salieron sin permiso de sus ojos humedeciendo las mejillas pálidas, corrían libres por su cara sin importar cuánto intentaba detenerlas. No pudo grabar más en la bitácora. Aquella situación, en ese lugar tan desolado, lo angustiaba.

Mientras el capitán estaba en su cuarto grabando las memorias en la bitácora (algunas veces se limitaba a actualizar la información, y otras enumeraba dónde habían estado), la teniente Wiznik quedó al mando y el cadete Jarřke intentaba hacer contacto con la torre de control sin recibir respuesta. El capitán se detuvo en uno de los pasillos, observando la gran mancha a su alrededor, buscando inútilmente cualquier indicio de una salida. Necesitaban un escape, cualquier rastro de luz. De repente, la nave se estremeció con tanta fuerza que parecía que los había golpeado un meteorito. Ese era uno de los tantos peligros que decían que tenían las gabtozc.

—¡Capitán, capitán! ¡Lo necesitamos en la sala de mando!

Se enciende un altavoz haciendo eco en todos los pasillos de la nave. El capitán corre a la sala de mando al escuchar el altavoz, rogando que fuera cualquier cosa menos aquel monstruo que acechaba en las profundidades.

—Teniente Wiznik, reporte de la situación. Cadete Jarřke, ¿hubo contacto?

La desesperanza de la mirada del cadete le dio todas las respuestas que necesitaba saber. Estarían perdidos si no podían salir de aquel lugar

La teniente Wíznik había empezado el reporte tratando de sonar lo más calmada posible, por eso la había escogido el capitán entre tantas mujeres, tenía esa habilidad de permanecer en calma aun en las situaciones más extremas. No permitía que sus emociones la controlaran, aunque estuviese temblando de miedo, esto no la paralizaba, tenía el efecto de poner en movimiento los mejores planes y maniobras que se pudieran ingeniar. El cadete Jarřke era lo opuesto a ella. Las emociones lo dominaban por completo; cuando estaba de muy buen humor podía tener las mejores ideas, su cara se iluminaba hablando a medida que iban surgiendo las palabras; en cambio, cuando no estaba en su mejor momento, ese que puede irradiar la misma energía y luz que un novo su řeil, podía oscurecerse tanto como el lugar en el que estaban atrapados.

—Hemos golpeado con algo, no estoy segura, pero diría que es un meteorito o los restos que quedan de él, ha provocado un daño leve en el casco. La tripulación se encuentra bien, los niños y mujeres fueron directamente a la capsula de emergencia. Los ingenieros revisan en el cuarto de máquinas el funcionamiento de los motores, al parecer no hay novedad.

El capitán se sentó y una sensación de alivio lo invadió: la tripulación estaba a salvo. Pero eso no calmaba la angustia de no saber qué los había golpeado. La desesperación en aquel lugar lo estaba consumiendo, sus pensamientos se volvían tan oscuros como todo lo que los rodeaba. No podía terminar así, había hecho promesas de llevarlos a un nuevo hogar. Llevaría a todos a Tírr. El capitán dio la orden de encender los motores; la teniente y el cadete lo miraron sorprendidos sin saber en qué estaba pensando.

—¿Capitán...?

—Ya me han escuchado, enciendan motores y activen los láseres, funcionaran de escudo para destruir lo que haya frente a nosotros. Las mujeres y niños deben quedarse en la capsula, aún no sabemos a lo que nos enfrentamos.

—Pero, capitán ¡es una locura! Podemos quedarnos sin energía, agotaríamos las fuentes de energía —dijo Jarřke con voz histérica y confundida

—¿Quieren morir aquí? —preguntó, exaltado, el capitán—. ¿Se van a rendir así de fácil? Les prometí llevarlos a un nuevo hogar; prometimos mantenerlos a salvo, confían en nosotros —su tono fue bajando a medida que iba dando aquel discurso; necesitaba a los intrépidos compañeros de aventuras que no le temían a nada.

La teniente conocía la mirada de su capitán. Dio las órdenes a la sala de máquinas; instó a las personas de las cápsulas a que permanecieran sentados con sus cinturones, y el resto se dirigió a sus puestos de control a la espera de órdenes del capitán. El miedo invadió cada espacio de la nave, pero confiaban en su capitán, quien los había salvado de tantos peligros, el hombre que se había ganado su respeto y admiración por cuidar de todos y cada uno de ellos. No dudaron en seguir sus órdenes, aunque aquello significara el final. Lo harían junto a su capitán.

Con los motores encendidos y los láseres destruyendo todo a su lado, se abrieron camino iluminando el espacio negro que los consumía. La fuerza de su determinación a no morir en aquel lugar los hacía avanzar, al igual que sus corazones unidos. La nave salía como la lava de un volcán por el medio de los escombros de los meteoritos que pasaban furiosos buscando una salida e iluminando los lugares más recónditos de la espesura. El sentimiento de esperanza que invadía sus cuerpos y los estremecía con la promesa de una nueva vida, en una nueva tierra, era lo que los impulsaba hacia delante. Nada los podía detener en busca de la nueva Tírr.

Esta era mi historia favorita, el abuelo siempre nos la contaba a mi hermana y a mí antes de dormir. Nos decía que su padre había sido un hombre valiente, admirado por todos porque nos había traído a una nueva tierra. La anterior se había extinguido por los descuidos de las personas, la contaminación y los daños que provocaron en el medio ambiente. Por eso estamos en Tírr. Des-

pués de muchos años descubrieron una nueva galaxia y el Capitán Szaaiín, nuestro bisabuelo, y su tripulación, fueron los primeros en habitarla y construir nuestro nuevo mundo, que nosotros cuidamos con esmero para que no nos suceda lo mismo.

SIGNOS CARDINALES

CESARE GAFFURRI OLDANO

Taller Virtual de Ciencia Ficción, grupo 2



*Siempre hay una guerra que nos bautiza
con el fuego. Ya había sido así para
nuestros padres y para nuestros abuelos.*

Wu Ming 4

*Eventualmente éramos los que no estábamos,
los que se esfuman, se esfumaron, se esfumarán.
Desaparecidos: ocultos, marchados, escondidos,
desvanecidos, evaporados, faltos, deshechos,
desintegrados, ausentes, disipados, eclipsados, evadidos,
sin ánimo de comparecer ante nuestra propia existencia.*

Brenda Navarro

*¡Bello morir el de aquellos hombres, cuya
existencia apagose de pronto, como una brasa
entre las espumas, al través de las cuales subió
el espíritu haciéndolas hervir de júbilo!*

José Eustasio Rivera

La casa no era más que una línea fluorescente dibujada en el piso. Un croquis. No había paredes, mucho menos puertas, sólo una frontera imaginaria que habíamos aprendido a conocer y respetar, que muchos reconocíamos desde que nacimos. Un te-

territorio donde todos cabíamos de pie, hacinados. Un mapa; uno dibujado en nuestra consciencia, tatuado en nuestras piernas.

Uno. Qué es más una casa que un cementerio de la propia vida. Cómo vivir ahora, justo en este instante, donde nosotros nos extinguimos, donde vamos apareciendo fragmentados bajo los pies de nuestras madres, de nuestros padres. ¿Dónde meter a todos los que fueron sacando con esa mano negra que llega de arriba, y cuando nos damos vuelta quedamos dos o tres, o ya ninguno? ¿Acaso no era nuestra casa, esa por la que todos peleamos sin importar si éramos blancos, indios, mulatos, chinos, pardos, albinos, zambos, negros, esclavos, y nos unimos y nos hundimos en el barro hasta el cuello, cuando los días eran soleados y todavía nos reconocíamos en la cara, y sacamos esa plaga que se había metido por años que se convirtieron en siglos, que ni con veneno podíamos acabar? ¿Y para qué tanto trabajo y tantas promesas? Porque la casa siempre la quisieron para otros, no para nosotros.

Dos. ¿Y será que a ellos también les toca ir cambiando de lugar cada nada, a echar raíces donde puedan? Porque ya ni un árbol hay por ahí; igual ya todo es una sola sombra extensa y oscura adoquinada. Es que fuimos siempre tan jodidos, tan pobres, tan invisibles, que se nos metían las pulgas, los chinches, las cucarachas entre los zapatos, entre las medias, y nos hacían correr y buscar otro refugio. Lo hemos sido desde cuando llegaron los murciélagos que nos cagaron encima y después las ratas que se treparon sobre nuestras piernas y chillaron hambrientas y nos fueron comiendo primero los ojos, y después las cuerdas vocales porque les servíamos más, así ciegos y bien calladitos. Uno cómo no iba a comenzar a correr y dejarse llevar por el roce de la gente, por el peso de las familias que nos empujaron sin parar cuando llegaron esos pájaros, volando tan bajo, y nos veían como presas fáciles y nos levantaban con esas garras coléricas.

Tres. No fueron los disparos los que nos alertaron. Nunca sonó ninguno. Fueron los vacíos, habituales, para todos. Fueron

los silencios: un cuerpo también pierde la voz. Un cuerpo también está hecho de silencios. Fueron los túmulos bajo nuestros pies. Cuatro. Fueron los sollozos que quedaron atrapados en la oscuridad, porque el único haz de luz provenía de los pliegues e inflexiones de aquella línea fluorescente. Curvas. Rectas. Sí, las rectas fueron por acuerdos, porque alguien habría terminado por tomar la casa. Esta es mi parte, y esa es la tuya. Las curvas fueron los límites naturales, lugares demasiado oscuros donde ninguno de nosotros había podido llegar pero a donde llegaríamos, tarde o temprano, para encontrar la verdad.

Cinco. Era la misma oscuridad de la casa. Nos habituamos a vivir con una venda sobre los ojos, siguiendo el olor del hambre, famélicos, como perros, siguiendo el movimiento de los otros, de los que se fueron sumando y a quienes en medio del camino se perdieron. Y fue apenas movimiento. Andando. Apurando el paso. Encontrando. Girando. Cayendo. Desvaneciéndose. Y así nos embarramos y nos untamos de la misma mierda de todos y unos se ahogaron ahí, y seguimos avanzando, con parches de lodo, uno a uno, en manadas, desmembrados. Desapareciendo. Seis. Quizás fueron las mentiras, esas que nos fueron metiendo cada día en nuestros oídos enmohecidos, escondidas entre los surcos de dolores, la horrible noche, los escombros de la muerte y el júbilo inmortal; las propagandas, que sí, que no, que sí, que no importa. Fueron las mentiras, las que nos metieron con tierra entre nuestras bocas, las que se fueron interponiendo de viva voz y empezaban diciendo una cosa y terminábamos escuchando otra, y era así que ya ni a nuestra propia voz le creíamos.

Nueve. Diez y once. Y cuando se nos acabaron los dedos de las manos para contar cuántos faltaban, cuántos habían desaparecido, en esa casa, bajo el brillo fluorescente, hicimos una fila traslúcidos y todos extendimos nuestros brazos, nuestros huesos, y abrimos las manos y empezamos a contar. Y nuestros dedos fueron ausencias. Y nuestras manos, la experiencia. Habíamos sido también nosotros quienes habíamos intentado

detener el vuelo de cientos de chulos, buitres, águilas negras, cóndores que volaron alguna vez sobre nosotros y nos rozaron sus plumas en sus bajos vuelos intentando llevarse a nuestros pequeños recién nacidos o a nuestros hijos mayores con la ilusión de volar, y en ese intento nosotros perdimos manos, brazos, dedos, pero igual estábamos allí, en esa interminable fila, desmembrados, contando nuestras ausencias, inertes, y así era fácil perder la cuenta, y volvíamos a empezar, y al simple tacto empezamos a darnos cuenta de que faltaban manos, faltaban dedos: de que falta el propio cuerpo. Así que volvíamos a empezar: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, y de pronto la voz que contaba se escuchaba lejana y era porque algún águila lo levantaba en un vuelo mudo sin regreso.

Tres mil cuatrocientos cincuenta y ocho, tres mil cuatrocientos cincuenta y nueve, tres mil cuatrocientos sesenta... y aparecía una rata que se le metía en la boca y se le iba comiendo todo por dentro, se le salía por el ano y salía a correr detrás de alguno de nosotros para que dejáramos de contar, de hablar, de pensar, de existir. ¿Para qué nos querían muertos? Y volvíamos a comenzar porque qué más podíamos hacer. Algunos caminamos hasta los túmulos de tierra, escarbamos, sacamos los cuerpos, nuestros propios cuerpos, que aparecían sepultados y con esas manos fuimos contando: doscientos treinta mil noventa y cuatro, doscientos treinta mil noventa y cinco, doscientos treinta mil noventa y seis, doscientos treinta mil noventa y siete, doscientos treinta mil noventa y ocho, doscientos treinta mil noventa y nueve, después de cientos de intentos. ¿Cuántas veces tiene que morir un cuerpo para volver a existir? ¿Cuántos ojos hay que volver a ver para que el cuerpo no se pierda entre la nada, entre el silencio, entre la politiquería, entre la rabia, entre la indignación, entre la misma mierda?

¿Para qué nos querían vivos? Y cuando nos acercábamos a la línea fluorescente, veíamos que quedábamos cada vez menos y que por donde pisáramos todo estaba lleno de niños, de mujeres, de señores masacrados, y en una de esas hasta

reconocíamos nuestras caras destrozadas, nuestros cuerpos inertes, y pensábamos que sí, que siempre estuvimos muertos, sin cuerpo y sin voz; que hasta nos tocó salirnos de las tumbas para acordarnos de nosotros mismos porque quién más lo iba a hacer por nosotros. ¿Para qué nos querían? Quién más va a querer saber de nosotros si nunca fuimos nada. Quién más va a querer saber de nosotros si no somos más que un número, que un nombre olvidado. Quién más va a querer buscar las sombra ocultas entre el polvo... porque fue la tierra quien nos fue llevando de un lado a otro, entre los murmullos, entre los vuelos interminables de los pájaros, entre los chillidos de las ratas; porque fue la tierra quien llenó los vacíos, hasta atiborrar nuestra bocas y alimentarnos en esta casa cada vez más vacía, como nosotros que habíamos perdido el cuerpo pero no la fuerza; atrincherada por la fluorescencia de lo que queda de nuestros huesos, donde los chulos posan sus garras y clavan sus picos hasta el vacío. ¿Para qué? Esto es lo quedó de aquella casa, de la humanidad entera, de la libertad sublime que nos fueron dando sepultándonos en ella. Es esta la casa que dibujamos de niños sobre los cuerpos de nuestros padres bajo la tierra húmeda, la que cantamos al unísono con júbilo inmortal, entre murmullos, sin voz. Este es nuestro espacio interior. Es esta la patria, la mierda, la nuestra.

DE LA GIARDIA A LA LUNA

CAROLINA DAGUER CARDONA

Taller Virtual de Ciencia Ficción, grupo 1



El tipo de la charla TED que escucho hoy dice que solo se necesitan veintiún días para cambiar un hábito. Él mismo escribió una novela en ese tiempo para probarlo. Se inscribió en una comunidad de internet donde personas de todo el mundo suben cincuenta mil palabras durante el mes de noviembre.

—No importa la calidad sino la cantidad, luego encontrarás un editor que la corrija y, si no lo haces, qué importa, puedes presentarte como escritor, pues tienes una novela subida en la nube...

»...Las neuronas tardan entre veintiún y sesenta y seis días en renovarse, por eso debes repetir la tarea por lo menos tres semanas y crearás el hábito que desees. El truco es seguirlo haciendo después de ese tiempo.

Pues claro que ese es el truco.

De vez en cuando las estrellas se alinean, llega una nueva peste y un cambio de orden social. La generación de mis padres y la mía vivimos un período de tregua y creíamos que eso de las pestes y las guerras mundiales era cosa del pasado, que esta civilización había evolucionado, que, con el descubrimiento de los antibióticos y las vacunas, éramos invencibles. En palabras de *Juego de tronos*: habíamos vivido un largo verano, pero el invierno se aproxima o, más bien, llegó, y las plagas y desastres se dibujan como monstruos en el tejido de las cortinas que bajamos en medio de nuestro encierro.

Hace cinco meses estoy aislada en mi casa, con dos gatos y una perra, esperando a que pase el primer pico de la pandemia. Esto parece cada vez más lejano pues, cada tanto, el virus antropófago se alimenta con más víctimas que deben salir a activar la economía, en lo que da la impresión de ser una estrategia para buscar la inmunidad del rebaño.

Mi turno aún no llega, sigo en mi casa aguantando, creando hábitos cada veintiún días.

El primer hábito que aprendí fue a guardar la comida de forma que no se dañe y no tener que tirar nada para llegar con víveres al punto de reabastecimiento. Hay que hacerla rendir lo más que se pueda, cualquier contacto con el exterior es una situación de riesgo.

Cada tres semanas sé que llegó el mercado antes de que suene el citófono, porque Bekaa empieza a ladrar. Levanto la bocina y sin poder oír a mi interlocutor respondo de forma mecánica que ya voy.

Me desnudo y me pongo mi traje postapocalíptico, que consiste en unos pantalones anchos de colores que compré en una tienda hindú, una chaqueta morada que ya iba a tirar, pero que salvó la peste porque es liviana y tiene una capucha que cubre mi pelo, un tapabocas con sonrisa de macabra Katrina que impide la entrada o salida del virus, una gorra con una visera de plástico que me cubre el rostro, unos guantes que tiro a la lavadora a mi regreso, medias negras que pongo por encima de los pantalones para que no se arrastren y zapatos blancos de quitar y se poner fácilmente. Mi pinta me hubiera causado problemas hace unos meses, cuando el debate consistía en permitir o no a los jóvenes cubrir sus rostros en las protestas de noviembre. Salir sin tapabocas, en cambio, me causaría problemas ahora, cuando hay policías por todas las calles linchando a gordos y viejos por ser población de alto riesgo y a desenmascarados por poner en riesgo la salud pública.

Afuera me espera el hombre que trae el domicilio. Ya no le permiten entrar, pues es considerado un agente altamente

transmisor. Lleva apenas un tapabocas y me saluda con una sonrisa que puedo ver a través de sus ojos, como si hubiera obtenido inmunidad de rebaño contra el miedo. Su despreocupación me hace pensar que pertenece al universo paralelo en el que habité hasta hace cinco meses. No lo saludo. Estoy concentrada en hacer todo el procedimiento de recepción sin infectarme; mi universo se rige por la ley de la fobia al contagio.

Tal vez los hábitos que se quedarán son esos que hacemos de forma inconsciente, como dejar de saludar, y no los que llevamos cinco meses esforzándonos en adquirir y publicando en Instagram.

Al volver a casa me desnudo, me baño y procedo a desinfectar cada superficie que ha tenido contacto con el exterior. Luego guardo la comida, siguiendo las instrucciones de varias *youtubers*. Las cebollas se guardan en bolsas de tela, y separadas una de la otra por gomas de las que usamos las mujeres en el pelo. Las fresas se secan y guardan en un envase de vidrio, la albahaca y la espinaca se secan hoja por hoja, se guardan en la nevera en un recipiente sin tapa con papel absorbente que separa cada una de las hojas y, cuando ha pasado una hora, que es el tiempo suficiente para que el vapor se condense, se secan de nuevo y se cierra el recipiente. De esta manera se evita que la humedad dañe las hojas.

Cada alimento tiene un método diferente, y la tarea de almacenarlos todos me ocupa un poco más de cuatro horas.

Doña Rosa nunca limpió muy bien mi casa y nunca me importó. Seguía trabajando para mí porque cumplía dos requisitos básicos: era honrada y cuidaba de mis gatos cuando me iba de vacaciones. Pero eso fue hace mucho tiempo; en esta dimensión que habito las palabras «viajar» y «empleada doméstica» están archivadas en un diccionario. Solo se usan en el universo del hombre que me trae el domicilio. En mi universo, el oficio de la casa lo hago yo.

La falta de mantenimiento de mi apartamento se ha hecho evidente ahora que llevo cinco meses encerrada en él. Al princi-

pio fue novedoso, sentí que había recuperado mi territorio, que podía cambiar los cubiertos de cajón y tener autonomía para adquirir mis propios detergentes. Incluso, me sentí liberada cuando compré una escoba, pues doña Rosa había cortado la que había para acomodarla a su estatura.

Dejé de ver series en Netflix y reemplacé esta actividad por el hábito de la limpieza.

Me di cuenta de que el aparato que impide que las cosas se vayan por el lavamanos no se había tocado en los diez años que he vivido aquí, y me divertí sacándole el moho y los pelos que tenía pegados. Limpié vidrios, muebles, aspiré, brillé ollas y terminé con un dolor en una rodilla y en un brazo que me incapacitaron por dos semanas. Cuando por fin me sentí bien, me di cuenta de que todo estaba sucio de nuevo y que debía repetir la faena.

Entonces decidí asignarme tareas diarias en lugar de hacer todo el aseo en un solo día a la semana, pero todos los días hallaba nuevos quehaceres, y me encontré atrapada en un laberinto de limpieza, un círculo vicioso, como si por la noche llegaran seres diminutos a deshacer todo mi trabajo y tuviera que repetirlo de nuevo al día siguiente.

Me pregunté si esto sería el final, si nunca encontraremos un tratamiento o una vacuna, o que, si lo hacemos, no llegará a Colombia y nuestra única esperanza será enfrentar el virus, pero los más débiles o viejos perderán la batalla, y yo nunca podré viajar a ver a mis padres para no contagiarlos. Pensé que moriría sola como el tío Castor, que Bekaa, muerta de hambre, se comería a mis gatos y que el olor a descomposición alertaría a los vecinos.

Entonces me entregué a la mugre porque mi nuevo hábito me estaba deprimiendo, pero al día siguiente de tomar la decisión a Jaguar le dio diarrea.

Un Rappi recogió la muestra del examen coprológico, y en la teleconsulta la televeterinaria me dijo que le encontraron huevos de giardias y taenias. Por lo tanto, los cuatro debíamos

desparasitarnos y limpiar todas las superficies de la casa diaria y rigurosamente para impedir la reproducción de los huevos y reinfectarnos. Esa noche, sin el entusiasmo de los primeros días, retomé mi hábito de limpieza: restregué el piso arrodillada ante el dios giardia, en penitencia por haberme entregado al señor de la mugre.

El día ochenta y siete de la cuarentena, el gobierno celebró un día sin IVA para que centenares de personas salieran a reactivar la economía. Desde mi encierro observé las hordas de gente comprando televisores nuevos y pensé cómo el hábito de austeridad que proclamaban haber cultivado en estos meses se desvanecía, junto con el hábito del distanciamiento social.

El tipo de la charla TED, tenía razón: se necesitan veintitrés días para adquirir un hábito, pero el truco es seguir practicándolo.

En mi universo aséptico no necesito un día sin IVA. Todos los días selecciono en la red muebles, electrodomésticos, postres, libros, cursos, productos de belleza, apartamentos en las lomas, casas de campo y una casa en la playa, que dejo guardados en el ícono del carrito, sin finalizar la compra. Lo hago solo por satisfacer el deseo de gastar. Adquirir es un placer efímero, una adicción que se sacia únicamente comprando más. Solo me diferencio de las personas que salieron en manada el día sin IVA en que mi satisfacción la alcanzo sola, con un clic, evitando el contacto humano.

Cuando pensé que lo peor había pasado, que el apocalipsis era vivir todos los días en un mismo día, encerrada en un laberinto de artículos de aseo y de compras virtuales, un astrólogo en YouTube habló de la llegada de la luna llena en Leo, una alineación de estrellas para que la sombra salga a la luz, para que caiga el arquetipo del rey que representa Leo.

Entonces empezaron a circular noticias de un rey emérito huyendo antes de ser condenado, de manifestaciones en un país que puede ser cualquiera en contra de un gobierno corrupto, de un presidente emérito con medida de aseguramiento, de un jefe de estado tratando de posponer las votaciones con la espe-

ranza de encontrar una vacuna que asegure su reelección, y de un estallido en Líbano causado por explosivos mal almacenados durante más de seis años, como si hubiera una forma adecuada de almacenar explosivos.

Las fotos del desastre, parecen versiones zombis de las fotos que colgué en Facebook dos años atrás cuando, al lado de mi padre, en el puerto de Beirut, imaginábamos a su abuelo abordar un barco rumbo a América. No podía adivinar entonces que mientras las estrellas se alineaban en cuadratura perfecta, detrás de nosotros, se cocinaba sin afán cada molécula del nitrato de amonio, para explotar en el momento indicado y no cuando nos paseábamos por sus calles, mientras deshacíamos los pasos que el viejo Salo no pudo hacer, en un pasado que pertenece al universo donde no se guarda la distancia con un adulto mayor.

Entonces les creo a los astrólogos que pronosticaron el fin del patriarcado de acuerdo con los movimientos estelares de 2020, que la pandemia sí trae un nuevo orden social, pero que nada tiene que ver con los hábitos que nos estamos forzando a construir cada veintiún días. Al final será un organismo de 0,12 micras o una gran estrella los que impondrán nuestras nuevas costumbres y que solo soy un títere a merced de una guardia, un virus o un planeta.

EL MAGO FRANCINI

DIEGO DESPRECIADO

Taller de Escritores Urabá Escribe, Apartadó



El circo que llegó al pueblo fue un circo pobre. El megáfono ronco, pegado encima de la cabina del destartado camión, anunció la llegada con números como el increíble hombre bala, la mujer elástica, el mono malabarista y el mago Francini. Este último era la superestrella de la compañía, el número con el que cerraban su función en todos los pueblos que recorrían. Aquel circo, como todo circo pobre, no se movía en las grandes ciudades sino en pueblos abandonados como el mío, pero eso lo supe después de que el circo partiera del pueblo, cuando hice mis averiguaciones.

Fue Luchito quien dijo que teníamos que ir todos juntos al circo. Núñez y El Topo asintieron con la cabeza y los demás terminamos por hacer lo mismo. Ya estaba la idea. El resto era cuestión de ganarse unos pesos haciendo mandados o acudiendo a la generosidad de los padres, los tíos y hasta los padrinos. Además, la entrada al circo era barata, por lo que no nos fue difícil reunir el dinero y que nos alcanzara para comprar algo de azúcar, crispetas y manzanas acarameladas.

La noche esperada llegó y allí nos encontrábamos en la fila para comprar las entradas. Algunos chicos lograban ir con sus padres, pero otros íbamos solos o, más bien, acompañados por nuestra manada de amigos.

Antes de entrar quisimos probar un poco de suerte con el tiro al blanco. Juntando monedas hicimos una apuesta por el que mejor puntería tuviera. Cada uno tuvo oportunidad para un solo tiro. La sorpresa la dio Luchito, quien logró disparar el rifle cuyo dardo fue a parar muy cerca del punto del blanco. Todos lo miramos incrédulos al ver la forma como logró dar ese disparo. Recibió el dinero del premio y una bandera pequeña que lo acreditaba como ganador. Gran golpe de suerte el que recibió Luchito en ese momento.

Dentro del circo se encendieron las luces mientras El Topo rotaba una bolsa de crispetas que no regresaría a sus manos. En el centro del escenario se hallaba un mono montado sobre un monociclo bastante oxidado. El mono daba vueltas sobre el escenario y hacía malabares con unos bolos esbozando además una sonrisa amarilla. Los aplausos no se hicieron esperar. El siguiente número también fue de nuestro interés, se trataba de la mujer elástica. Aquella mujer era una chica de unos quince años de edad, unos cuantos años mayor que todos nosotros. Ella realizaba contorsionismo y jugaba al lazo saltando con sus brazos de una forma extraña. Después del hombre bala y del payaso más feo del mundo llegó el número más esperado: el mago Francini. El mago se presentó y dijo que seleccionaría a un niño para que fuera parte de su truco. Todos nosotros levantamos la mano para que nos seleccionara, pero el mago Francini pareció ver la bandera de Luchito desde lejos y fue por él hasta la grada donde nos encontrábamos. El mago dijo que iba a partir a Luchito en tres partes y que luego lo haría desaparecer. Luchito entró con una sonrisa de oreja a oreja a la caja de madera donde el mago realizaría el truco. Al principio me sorprendió notar a Luchito sin miedo, pero luego pensé en la forma como lo estaba viviendo él, una completa aventura para recordar. El mago pasó una espada por entre una de las estrechas ranuras que tenía la caja. Allí se desprendió de la caja grande una más chica con los pies de Luchito. Después, con otra espada, la pasó por otra ranura y allí se desprendió

la otra tercera parte de caja grande con la cabeza de Luchito. Llegaron los aplausos para el mago por su sorprendente truco. Luego volvió a armar a Luchito y el truco que seguía era el de la desaparición. El mago abrió la compuerta de la caja completa para demostrar que adentro estaba Luchito y que pronto ya no estaría. Cerró la compuerta y golpeó la caja levemente con su varita mágica y pronunció unas frases igualmente mágicas. Al abrir la compuerta ya Luchito no estaba. Los aplausos llegaron admirando aquella caja vacía. Todos nosotros nos cruzamos de brazos sorprendidos preguntándonos dónde estaría Luchito. Pero el mago se retiró y la función había acabado. Cuando encendieron las luces la gente buscó la salida y nosotros corrimos a buscar a Luchito tras el escenario. El circo se desocupó por completo mientras nosotros corríamos buscando al mago Francini, que debía de estar con Luchito. Pero ni el payaso nos dijo nada ni la chica elástica ni nadie. Esa noche regresamos cada uno a su casa, pero todos quedamos preocupados por Luchito.

A la mañana siguiente supimos que el circo se había ido del pueblo sin despedirse, cosa extraña en los circos pobres, que suelen despedirse durante varias semanas. En el pueblo todos dijeron que Luchito se había volado con el circo y que seguro estaría de gira viviendo con ellos y cumpliendo el sueño de todo niño. Esa conclusión nunca la compartí yo, que después de que el circo partiera logré averiguar que, por todos los pueblos, el mago Francini iba desapareciendo niños, y casi siempre al que mejor disparaba al blanco.

AMOR EN GRECIA

MARÍA JOSÉ DÍAZ MONTOYA

Taller Ítaca, Zarzal



Lo vi caminar por un sendero de frondosos árboles. Lo acompañaban tres hombres que, en medio de la brisa melodiosa que sacudía sus largas barbas, escuchaban la voz prodigiosa del maestro. Pasaba horas viendo su cabellera blanca y rizada, su piel clara, adornada por velos marrones, y ni hablar de sus pies descalzos.

Lo observé por horas, y a donde fuesen sus pasos iba yo como una sombra. Me guiaba su caminar de fantasma solitario, y despertaba en mí un insaciable deseo de saber sus secretos. Nunca lo había visto, pero sentía que lo conocía de toda la vida. Los hombres que lo escuchaban partieron hacia el pueblo.

Seguí persiguiéndolo, traté de ser sigiloso, pero, en mi torpeza, tropecé con una piedra y notó mi presencia. Me invitó a seguir el camino hasta la cúspide de una pasmosa montaña.

Hablaba y de sus labios brotaban sabias frases que envolvían mis oídos y me conducían a un viaje magistral, a una travesía universal que me devolvía a la vida. Llegamos a la cumbre, un espacio repleto de flora y fauna. En medio del lugar había un enorme árbol de flores amarillas, en donde el maestro y sus discípulos se sentaban a compartir saberes a través del poder de la palabra. Mencionó que ese pedazo del cielo en la tierra, se llamaba Los jardines de Academo. Estuvimos el resto del día dialogando, me dijo que podía estar allí cuantas veces quisiera, que era el espacio clandestino del conocimiento y todo hom-

bre virtuoso que se atreviese a pensar diferente, era bienvenido. Terminó la charla y me fui sin rumbo, a divagar entre las estrechas ramas que abrazaban el paisaje.

Entre árbol y árbol, entre flor y flor, gestaba un nuevo aliento que me hacía renacer. Este episodio marcó el principio de todo, no había un día en el que no fuese a ver ese vergel que salvaguardaba el alma de un Dios sabio.

El maestro me enseñó a tallar sobre piedra caliza, a mirar más allá de lo permitido. Sobre todo, me enseñó a pensar y a salir de la caverna de la ignorancia que sometía a los hombres a una prisión con cadenas imaginarias, y donde la única manera de escapar de las sombras de la mentira y manipulación era buscar la amarga luz: el conocimiento.

Llegamos a compartir la misma cama, comimos en la misma mesa, nos bañamos en el mismo río y terminamos deseándonos con la mirada.

Siempre fuimos ambiguos con las ideas; aunque yo fuese su aprendiz, no coincidíamos en muchas percepciones. Temía confrontarlo, era un hombre orgulloso, soberbio, bohemio. Pero más allá de ese vínculo de maestro-discípulo, éramos amantes y cómplices. Guardábamos nuestro secreto, nos atrevíamos a nadar en las aguas de lo prohibido y nos enamoramos locamente.

Sus diálogos y sus discursos de ética, política, moral eran el pilar fundamental de la academia. Sus pensamientos, su teoría de las ideas, su amor por mí, el espíritu rebelde y revolucionario lo hicieron grande.

En un momento de la vida lo confronté y refuté muchas de sus afirmaciones y teorías. Después de veinte años de aventurar vagamente en su cabeza, tuve que dejarlo ir para poder emprender la búsqueda de mi propia verdad. Lo seguía observando desde lejos y admiraba su manera de forjar raíces fuertes en hombres valerosos, y enseñarles que la principal arma humana es el intelecto.

Mi corazón se deshacía a pedazos mientras veía las líneas del tiempo apareciendo sobre su piel de porcelana. La vida se

lo devoraba, lo carcomía, e iba dejando un frágil anciano que lanzaba una mirada de tristeza y marginación.

Recuerdo la última vez que tuve el privilegio de tenerlo cerca, el grito desesperado de su alma me llamó, fui a verlo y encontré un cuerpo contrahecho, decaído, tembloroso. Lo bañé, lo besé, lo acaricié y lo recosté sobre mí hasta que nos quedamos dormidos en medio del silencio.

La mañana siguiente bebí el trago más amargo de mi vida. Fue como haber devorado un kilo de sal sin beber una sola gota de agua.

Platón, la sabia mariposa que se había posado en mí, había partido del plano terrenal para siempre. Con él se fue el amor que lo cambió todo y quedó un legado de sapiencia que marcaría la humanidad y forjaría las mentes de futuros pensadores.

EL PRINCIPIO: LA PARTE QUE NO FUE ESCRITA EN LA BIBLIA

JHON OLAVE

Taller Voces en el Estero, Buenaventura



Cuando lo vi, intentaba darle de comer a Eva del fruto prohibido. Jamás había visto un ángel tan hermoso en el Edén. Sus ojos eran grises, sus labios rojos carmesí, su cuerpo era duro como una roca. Lo que más me cautivaba eran esas enormes alas que nacían en su espalda y se arrastraban por el suelo. De pronto sentí cómo mi respiración se agitaba, mi miembro empezaba a tornarse duro dando fuertes pulsaciones que no podía controlar. ¿Qué era ese furor que estaba sintiendo? ¿Ese deseo incontrolable que ni siquiera Eva me había hecho sentir? No quería que Dios me descubriera en ese estado, me oculté tras un arbusto.

—¡Que no, Luzbel! No insistas. No voy a comer de ese fruto. ¿Libertad? ¿Para qué quiero ser libre si me satisface ser la esclava de mi creador? ¿Luz? El señor ilumina cada parte de mi espíritu, no creo que exista una luz más poderosa que la de él. ¡Dios es luz! ¿Conocimiento? ¿Para qué quiero más del que ya me otorgó? Dios me colmó de todo lo que tú me ofreces. Sobre todo, me dio amor. El amor de un hombre maravilloso, el amor de Adán. ¡Suéltame, Luzbel! ¡No te me acerques! ¡No quiero escuchar más tus falacias! Todo lo que sale de ti es veneno que intenta ennegrecer mi alma.

¿En qué me había metido? El señor me había dicho que sería fácil hacer caer en tentación a Eva. Sin embargo, era todo lo contrario. Esa mujer sabía más de leyes divinas que Adán y yo juntos. Me sentía indignado con solo pensar que un ser tan ordinario como Eva tuviera tantos argumentos para poner en duda mis pretensiones y negarse a obedecerme. Pensé en cómo se burlaría Dios de mí cuando supiera que no había podido convencer a Eva de desobedecer. Pero no tenía otra opción. ¡Seguro él ya estaba informado de lo que ocurría! Desplegué mis alas y me dispuse a marcharme.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué esa sensación de pulsión en mi miembro y los fuertes latidos de mi corazón se apoderaban de mí cada vez que lo miraba? Decidí salir de mi escondite y confrontar a Luzbel. Me detuve frente a él. Eva corrió a escudarse detrás de mí y de inmediato empezó a contarme lo que había ocurrido. Pero eso no me importaba, me obsesionaba entender el porqué de mis sentimientos por este ángel. Lo tomé de la cintura y me acerqué a su cuerpo mientras lo miraba fijamente. Noté cómo temblaba.

—No he podido quitarte la mirada de encima. ¿Quién eres?
—dije acercándome a sus labios.

—¿Qué te pasa? ¡Aléjate de mí, Adán! —Intentando liberarme, dejé caer el fruto prohibido a los pies de Eva. Desesperado, le grité—: ¡Quítamelo de encima!

Acaricié el cuerpo de Luzbel mientras intentaba resistirse (sin poner demasiado empeño). Yo estaba hipnotizado con su mirada. Sentí las manos de Eva que intentaban separarme de él. Luego la miré tomar el fruto prohibido que había caído a sus pies. Ella se encontraba sorprendida de lo que ocurría, pero no le presté atención a eso. Toqué el rostro de Luzbel y aprecié cada detalle: era suave, fresco, extraordinario. Y, sin poder aguantarme más, toqué sus labios y luego lo besé.

Se me quebró el corazón con aquella imagen. ¿Por qué Dios permitía que esto ocurriera? Mi compañero era atraído por un ser celestial que al principio parecía negarse, pero que al

final terminó cediendo a los deseos de la carne. Contemplé cada beso, cada caricia, cada palabra que se cruzaron entre ambos, mientras sentía morir mi alma.

Después de terminar, Luzbel abrió sus alas y se marchó dejando a Adán extasiado en el suelo. No soportaba lo que había pasado, necesitaba entendimiento. Miré el fruto prohibido que tenía en mis manos y... lo mordí... Pero no pasó nada. No pasó absolutamente nada después de probar aquel fruto. Quizás debía comer un poco más para que surtiera efecto. Lo hice, le di otro mordisco, y otro más, pero nada... Solo sentí el insípido sabor de la creación, el insípido sabor de la vida.

EL QUE TENGA OÍDOS

ELISA VIVEROS

Taller Écheme el cuento, Cali



—Sigue la señora Antonia.

—Buenas tardes, quería saber el día de mi muerte.

—¿Quién se atreve a preguntar eso, por Dios?

—Tengo el presentimiento de que pronto moriré y he hablado con mi hijo del testamento...

—Míreme bien, doña Antonia. Los hermanos espirituales me han comunicado que su hijo piensa largarse de este manglar con la que descascara los cangrejos y ella solo lo quiere porque usted algún día les va a heredar el rancho. Si me pregunta por su muerte... apenas firme el documento puede que la descascaren, ¿me entiende? Revise debajo de la cama y encontrará la maleta. Rece tres avemarías.

Pegado a la pared, encima de un sillón roñoso, colgaba un Jesucristo que soportaba en su rostro las patas de las moscas defraudadas. Sus manos llagadas se abrían para amparar las canas de las dos hermanas que reposaban en silencio. Sobre las baldosas se distorsionaba la sombra de los dedos de una, que arreaba el hilo para olvidar la frustración del estómago con infinita paciencia, pero el gruñido de sus tripas asustó a la otra y ambas se rieron como si suspirasen. En vano se pararon a calentar agua en la cocina y a destapar la ingrata alacena. Al principio, la mayor ofreció su ayuno obligado como una expiación a algún pecado que no se hubiese colado al confesionario. Al final, la

menor aseguró que ningún dios se merece tales penurias, por muy elevado que esté.

—No hace el milagro de un tostado, Consuelo. Qué vergüenza, nos pueden enterrar a las dos en el mismo ataúd. Cabemos perfectamente.

Del regimiento de hijos engendrados por doña Carlina de Gonzales, Consuelo y Carmela eran las últimas de la fila y a las únicas de la familia que no les había llegado la fecha de vencimiento. Carmela, la menor, siempre tuvo los favores de sus padres y hermanos y, por tanto, nunca cometió la hipocresía de apasionarse por las cosas más aburridas como casarse, tejer o esconder una receta para ser admirada por las generaciones de amodorrados sobrinos. No obstante, la gracia de ser la niña no la convirtió en una manicruzada. Cuidó de sus longevos padres hasta que tuvieron la gentileza de descansar después de casi un siglo de duración. A partir de entonces, quedó como heredera del rancho por decisión unívoca —unívica, si existiese el término— de su hermana más próxima, Consuelo. Ella ya estaba casada y sabía que su hermanita, aunque con costumbres licenciosas, les había limpiado las asentaderas a los viejos bajo constancia de que siempre fueron de buen apetito. Así, una vez huérfana, Carmelita lidió por muchos años con toda clase de plagas, desde cucarachas hasta cobradores del gobierno que se llevaban lo que ella ganaba vendiendo muñequitos de harina, café, mangos caídos y pollitos temblorosos.

—¿Qué siente la gallina cuando usted le quita a sus hijitos?
—La encaró una vez una niña, acariciando con su tierno dedo la cabeza emplumada de la mercancía.

—Un alivio muy grande, pregúntale a mamá —respondió Carmela, encendiendo un cigarrillo.

En esos tiempos de pocos pesos en el bolsillo y libras sobre los huesos, llegaron las inundaciones a la vereda. Los estragos coincidieron con el infarto fulminante de Plutarco Ananías López, su silencioso cuñado. Ya que no sabía hacer otra cosa en la vida que atender a los desahuciados, Carmelita empacó y dejó la caída

casona, con los pollitos nadando en penoso albedrío, y se fue a confortar a su hermana a otro pueblo para nunca más volver.

Allí, en el velorio de su esposo, Consuelo intentó ser estoica entre los cirios y camándulas, recordando que los que creen en Dios dejarán este valle de lágrimas y tendrán la oportunidad de reencontrarse con sus seres amados. En tales contemplaciones estaba cuando se aventaron como arpiás sobre el féretro una sarta de mujeres enchancletadas y chillonas que aseguraron ser las viudas del muerto. Eran siete. Se aferraban con vehemencia a la caja y sus quejidos aplastaron el encorado rosario de las rezanderas y las ganas de resucitar de Consuelo. Las fulanas traían pegados, como ladillas, a los hijos de su marido, innegables estampas plutarquinas. Consuelo habría fallecido ahí mismo si no la hubiese reconfortado el hombro de la hermana menor, quien sacó el ataúd a la calle como bolsa de basura y despidió a escobazos a los obstinados catadores de café gratuito.

—¿Dice usted que viene a preguntarme dónde su difunto guardaba los ahorros?

—Sí, señora.

—Pues los hermanos espirituales me comentan que ese dinero está en la misma parte donde usted escondió todos estos años a su querido: donde nadie pudiese encontrarlo. En todo caso, ya es una mujer libre y no tiene por qué ocultar nada. ¿Me entiendes, hija?

—Sí, señora.

—Pues que el padre los case y, de nuevo, hasta que la muerte los separe. Lo pasado, pisado. Vete en paz.

El enigma de cómo las enchancletadas tenían para pagar un abogado y no para calzarse, solo Dios lo sabe, lo cierto fue que la pensión del difunto tuvo que ser fragmentada más que un mosaico árabe, y la minúscula tesela que le tocó a Consuelo le alcanzó para pagar la renta de la casa más pequeña en el pueblo más alejado que existía: Alcanfor de los Catorces.

—El pueblo donde el diablo se cortó las uñas —refunfuñaba Carmela, recorriendo la distancia al compás del llanto de su hermana y observando las jorobas de los manglares que se empinan en la viscosa ciénaga emergente—. ¿Por qué lloras a ese desgraciado? Si a tu Plutarco le sobraba la L en el nombre.

No podía contener la pena. Consuelo se había encargado de atender a su esposo toda la abnegada existencia; de empaclarle el fiambre, de cortarle el bigote y los cuatro pelos de la calva, de enjuagarle la ropa y de sobarle la barriga, y por ello no había recibido nunca un presente, una invitación ni las gracias. A cambio, le dejaba para que lavara el overol y las botas fermentadas de sudor y mugre. Como su madre, el hijo nunca recibió los favores de su padre y no es un misterio los caminos que esos hijos toman.

Hubo una vez en que el cielo intentó hacer justicia, cuando Plutarco pudo morir frito. Fue alcanzado por una descarga de energía y formó un circuito cerrado con el poste y la escalera. Los voltios le recorrieron la mano y no escaparon por la bota sin antes rostizarle parte del tímpano. «Volvió del infierno echando humo por las orejas» tituló el periódico del delta. Plutarco había sobrevivido, pero quedó parcialmente sordo y terminó tres cuartos. Por tanto, lo único valioso que el marido le dejó a Consuelo, después de su segunda y verdadera muerte, fue un audífono que le regaló el patrón, temeroso de alguna demanda, pues sabemos que los abogados en aquel pueblo eran unos profesionales.

A Plutarco jamás le gustó utilizar ese aparato. Prefería ser sordo a escuchar de forma amplificada las homilias de los curas, las noticias de los impuestos, las quejas de su hijo y la voz de su conciencia. Como tenía el oficio de conector, Plutarco enchufó un mal auditivo en la ranura del mutismo, y eso le permitió la iluminada proeza de no dar razón de su vida, ni de responder ninguna pregunta que no quisiese, siguiendo la lógica de que el que tenga oídos que conteste.

—El condenado de tu marido era sordito, pero no mochito, embarazó a medio mundo a puras señas —protestaba Carmela con el polvo del camino cerrándole los ojos.

Para mantenerse, Carmelita y Consuelo lo intentaron todo en aquel pueblo encenagado; montar una clínica de ropa, hacer pedicura, enseñar manualidades, pero en Alcanfor de los Catorces la gente se gastaba la plata en cerveza, adornaba los muebles con la primera sábana que se les atravesaba y no le importaba andar andrajosa y con callos en los pies. Optaron por cosas menores: vender café, descascarar cangrejos, pelar cocos, lavar ropas; pero las que ya tenían esos negocios amenazaban a las pobres hermanas con quebrarles las tejas de la casucha si es que se atrevían a desbancarlas. Parecía para estas hermanas que, de tan lejos que quedaba, en Alcanfor de los Catorce no se escuchaban rezos.

Esperando el milagro del tostado, cerraron la alacena y el agua empezó a hervir en la cocina. La noche pasaba, pero podía más el hambre que las ganas de dormir. Para llamar el sueño, sacaron la biblia y empezaron a leerla por donde la habían dejado. Carmelita prendió un cigarrillo y estiró las piernas dispuesta a escuchar la santa novela simplona. Consuelo, quien con fervor había entonado desde el génesis, encaró con solemnidad las escrituras: «Cuando Saúl vio el campamento filisteo, tuvo miedo y se sintió dominado por el terror. En aquel tiempo consultó al Señor, pero el Señor no le respondió ni por sueños, ni por el Urim, ni por los profetas, por eso ordenó a sus oficiales: Busquen alguna mujer que invoque a los muertos, para que yo vaya a hacerle una consulta. Y sus oficiales le respondieron: En Endor hay una mujer que los invoca».

Carmelita, que estaba ahí para hacerse al sueño, le reprochó al señor el vicio inmemorial de no aparecerse cuando más lo necesitaban, mas el eco del versículo la hizo saltar del sillón, asustando a las moscas y a su hermana. Las arrugas se le iluminaron con gran devoción y, levantando las manos, exclamó al

cielo: «En este pueblo hace falta una bruja que responda lo que él no contesta». Consuelo se santiguó y negó con la cabeza. Ya estaba muy vieja para tolerar las imprudencias de su hermana. Señalando la pared para apelar a la sabiduría del autor de los dichosos que creen sin haber visto, Carmelita intentó convencer a su público de que debían de meterse de cabeza en el antiguo y rentable negocio del vaticinio. Dado que en Alcanfor la palabra futuro era tan turbia como el manglar, asegurar un porvenir difuso a esas pobres gentes debía ser por mucho una obra de misericordia que no necesitaba garantías. La discusión fue breve, hasta cuando otro rugido de tripas dio el argumento final.

Así fue como Consuelo Gonzales, la aplomada y mal casada penúltima hija de Carlina, se entregó, como antaño, al febril sentimiento de su hermana, porque el vacío en las entrañas se lo exigió. Desprendiéndose de todo escrúpulo, colgó la puntilla para el letrero en su puerta. «Yo, Consuelo, te lo revelo». Aunque ambas sufrían de miopía, la una avistaría el futuro porque la otra había observado en su hermana un perfil de bruja inigualable. «Tienes el porte, Consuelito, esas ojeras, eres vieja y fea, además, eres viuda, tienes la ventaja de un marido sin madre que te ayuda desde el abismo.»

Carmelita abrió las cajas donde estaba amontonada la ropa y los recuerdos de su hermana y sacó el vestido negro que llevaba el día del sepelio de Plutarco, desempolvó unos zarcillos y un collar camafeo con la foto del sobrino que estaba preso, cobijó la mesa con un viejo mantel y sobre ella acomodó algunas velas gastadas, botellas de agua lodo y tres ramas de helecho que formaban un cuidadoso triángulo. A petición de Consuelo, descolgó la imagen de Jesucristo, quien no merecía ver desde el palco dichos improperios.

No eran las seis de la mañana y ellas ya estaban listas para atender a los clientes. Verificando la escenografía, Carmelita agradeció por primera vez el aspecto lúgubre de su casa. Consuelo se vistió y esperó con la preocupación escurriéndole por las sienas. El orgullo la hacía desear haber muerto de hambre antes de verse envuelta en patrañas de esa índole que solo se le podían ocurrir

a su hermana. Nada transitaba por ahí al mediodía, ni las moscas. Carmelita puso debajo del letrero un apéndice que decía OFERTA HOY, como una última jugada de su suerte y se adentró a cocinar un huevo. El tiempo pasó sin milagros.

Sonó el timbre. Era doña Blanca Inés, la de las arepas, abrieron conteniendo la alegría y la mirada enfática de Carmela intimidó a la señora hasta hacerla sentar frente a la enlutada Consuelo con cierto temor. Carmelita cerró las cortinas esperando que, a cortesía de la humedad, una atmósfera pesada se posara en la sala y las dejó solas para respetar el derecho a la intimidad bastante violado en estas sesiones. Cara a cara, Blanca Inés y Consuelo se tomaron de las manos y empezaron a rezar un padrenuestro, tres avemarías y una gloria. «¿A qué has venido, hija?», preguntó Consuelo. «Dígame lo usted, señora Consuelo. No vengo yo a hacerle su trabajo», respondió Blanca a quien empezaba a olerle mal la inversión. Carmelita rezaba en la cocina, extendiendo las manos y los pabellones de las orejas, rogando que su hermana sacara astucia del hueco que el hambre les estaba dejando.

Cuando eran niñas y ella hacía daños, Consuelo se inventaba excusas frente a su madre para que no le pegaran. Doña Carlina, que confiaba plenamente en el juicio de la defensora y que amaba profundamente a la acusada, la indultaba, dejando el cinturón de cuerina en su lugar. Ahora Carmelita deseaba no haber perdido el rancho de sus padres, no haberse comido a la mamá de los pollitos y no haber permitido que su hermana se casara con lo primero que apareció. Reprochando todas las desgracias vividas por su descuido, le pidió a Dios una sola señal, que Consuelo mintiera de nuevo para salvarle la vida. Agregó como nota al pie de la oración que no lo hiciera por ella, sino por su piadosa hermana. «Es esa preocupación de todas tus noches, Blanquita mía», le dijo tartamudeando. El silencio arrojó la conversación y Consuelo sintió rendirse mientras Carmela desfallecía. La clienta se acomodó en la silla,

estrujo los helechos y afirmó con ansiedad «Así es, así, no dejo de pensar en él y yo no sé si él...». Consuelo no le quiso dar largas al asunto y, para acabar el suplicio, sentenció sin más: «Él es para ti, lo veo muy claro, es para ti, duerme tranquila».

Bajo la brisa del manglar, las Gonzales pudieron comprar cinco huevos y un puñado de habichuelas. Si todo resultaba bien, pronto tendrían un pedazo de cerdo encima de sus platos. Carmelita, aunque breve de centímetros, era extensa en el ingenio. El pasaje de la bruja de Endor le había dado muchas ideas para su nuevo emprendimiento, hablar con los muertos, por ejemplo, nada más certero. ¿Quién puede desmentir a un difunto? ¿Quién osaría contradecirlo? Hubieran llegado a la cima de la videncia con los mensajes del más allá, pero resultó que, al otro mismísimo día y más acá, el amante de Blanca Inés tuvo la imprudencia de confesar, frente a los chorizos y las arepas, que era marica. La furia de la primera clienta hizo que le arrojaran carbón hirviendo a la puerta de la blasfema señora «yo, Consuelo» cuya fama inundó todas las esquinas de Alcanfor.

Se sentaron a suspirar en el apolillado sillón, ente el zumbido de las moscas y el rumor de falsas profetas que se había asentado como el lodo por la ciénaga. Los huevos se iban acabando uno por uno y Jesucristo regresó a la pared. La ilusión de tener el estómago lleno para cuando la muerte las visitara se iba esfumando, los dedos de Consuelo volvieron a encorvarse para tejer y Carmelita reciclaba colillas. De tanto insomnio, llegaron al nuevo testamento en su saga bíblica y así fue como terminaron hablando de la otra vida.

—Será que Plutarco, alma bendita, en donde quiera que se encuentre...

—En el infierno —la interrumpió Carmela con seguridad absoluta.

—¿Será que él allá podrá oír?

—No sé, pero si se descuidan preña a Lucifer.

—Qué tal que te esté escuchando, carajo.

—Que me escuche, que me escuche lo que le tengo que decir.

Carmelita nunca había considerado que su hermana fuera de naturaleza sagaz. Ella supo desde muy niña que, aunque menor, debía encargarse de que Consuelo despertara y se diera sus mañas en esta vida cruel. Ni con Plutarco había adivinado lo que era el odio y la venganza, tal vez por eso Dios le había regalado a Consuelo, el atraer con inocencia las mejores ideas. Aquella habilidad que desde siempre Carmela atribuyó a su hermana como el don de la mojigatería, se mostró esa noche ante ella como un milagro patente.

—¿Aún tienes el audífono del infeliz de tu marido?

—Carmela, ¿me estás pidiendo la única herencia de mi difunto?

—¡Deja de querer a ese ahumado y por todos los muertos trae acá el bendito aparato!

Con desconfianza, Consuelo dispuso su legado en las manos de la hermana. Carmela la empujó hasta la cocina y le pidió que se quedara allí y a su orden dijera algo como si le hablara a la olla. Consuelo pensó que la humedad había afectado a Carmela, se lamentó de estar en el pueblo más olvidado del mundo y de tener que hablar con un traste a sus ajados setenta y siete años. Con un hijo lejos, con un marido muerto y una hermana loca en una ciénaga apestosa, suspiró a la pitadora que más le valiera morir ya.

—¡Ay, condenada! —Le gritó su hermana desde la sala—, no me vayas a dejar sola en este cagadero en el que me has metido, si te vas te vas conmigo.

La eficacia del audífono reabrió las puertas del negocio clausurado por fallas técnicas. Carmelita salía todos los días al parque con la cabeza envuelta en el decoroso velo. Se sentaba a rezar un rosario repleto de misterios y escuchaba atenta lo que la herencia de Plutarco le permitía cazar. A pesar de las aturdidadas que le producían los gritos de los niños y los anuncios de los pregoneros, pudo recolectar información detallada de las

conversaciones del panadero, la costurera, el embolador, el carnicero, el repartidor de prensa, la de las frituras y de todo el que tuviese boca. Alcanfor de los Catorces desfiló por el encerado tímpano de Carmelita, sin tapujos ni decencias, y todas las infidelidades fueron razón de alegría más que de escándalo.

En el campo de entrenamiento que se había vuelto la sala, Consuelo había dejado de leer salmos por recitar de memoria los chismes de su pueblo. «Hay que ser profetas del manglar, qué te parece esto: viuda Consuelo, miro lo de ahora y lo de luego», declamó Carmela, tratando de alzar el vigor de su hermana que no daba crédito a la desfachatez de las genialidades de lo pobres, la sinestésica oportunidad de ver por el oído. No estaba convencida de la consigna «mirar lo de ahora y lo de luego», ¿cómo podrían adivinar el futuro si solo sabían el pasado? ¿Qué les arrojaría el carnicero si se llegara a disgustar? Pero resultó que, en aquel pueblo, como en todos los que son corrompidos por las aguas y la lejanía, nadie quería saber a ciencia cierta el final de su propia novela. Venían por desolación, que es lo que más se cultiva en el mustio manglar. La gente llegaba a la sesión y se sentía desnuda cuando Consuelo adivinaba lo que en secreto habían comentado bajo el cielo. En frente de aquella viejita que podía advertirles hasta el último pensamiento, aceptaban cualquier porvenir como si les pasaran cualquier toalla para taparse las vergüenzas. Carmela los hacía pasar por inspiración divina y no por orden de llegada.

—¿Que pase el de las truchas!

—Doña Consuelo, voy a dejar la trucha por la almeja. ¿Qué dice usted? ¿Gano más o me quedo con lo que tengo?

—Antes de desenterrar almejas, desentierra lo que escondes —decía Consuelo, evocando la tosquedad de su hermana que le parecía más apropiada para estas ocasiones.

—No escondo nada, señora Consuelo.

—No me digas que no, hijo. Mírame. Me han dicho los hermanos espirituales que tú estás acostándote con la mujer del panadero. El panadero sospecha, él ya lo va... amasando, ¿en-

tiendes? Es que no hay respeto, hijo. Tú vienes a preguntarme si tendrás fortuna en este otro negocio, si no te pilla el panadero, sí, ¿me explico? Ve a la iglesia, confíesate.

Así fue como las más antiguas de los Gonzales pudieron acostarse con el estómago feliz. Tiempos aquellos en que la tímida viuda de López resultó siendo famosa y en que Alcanfor estuvo a punto de convertirse en tierra santa. Con los consejos de Consuelo, muchos matrimonios se arreglaron, muchos bebedores fueron sobrios y muchas furibundas se reconciliaron con sus insoportables vecinas. La iglesia estuvo a reventar los domingos y los oídos no daban abasto para las confesiones que ella recetaba para un buen destino. No pasó mucho para que los oráculos de la viuda se conocieran en la sacristía y molestaran a los descendientes de la estirpe de San Pedro que peregrinaban hasta en los manglares más inhóspitos.

—Ave maría purísima —anunció el reverendo, quitándose la sotana y sentándose en el sillón.

—Sin pecado concebida. Bendígame, padre —respondió Consuelo agachando la cabeza.

—Al fin tengo la dicha de conocer a la señora Consuelo. La que ve mucho más de lo debido.

—Padrecito, el que no ve muy bien es usted. En el letrero dice que los miércoles no atendemos —contestó Carmela señalándole la puerta.

—No voy con rodeos, hijas. La magia, la brujería, la hechicería, la santería y la adivinación son cosas aborrecidas por cristo. Las invito a abandonar esto por las buenas. Envejecan tranquilas.

—Yo tampoco me voy con rodeos —aclaró Carmelita encendiendo el cigarrillo—. Usted siga recogiendo las limosnas de los que les mandamos y déjenos a nosotras así que a nadie hacemos mal.

El sacerdote, indignado, se paró y señaló a Jesús que abrió los ojos, atento desde su pared.

—Dios sabe que ustedes engañan al pueblo y él mismo las

desenmascarará, él y unos amigos abogados que han sacado de aquí a la que hacía baños con sangre de gallina y a la que leía el cigarrillo y el chocolate. Las leyes cobran caro la estafa, señoras.

Volvamos a decirlo, no se pueden ignorar las destrezas de los juristas de aquellos pueblos, más doctos que los médicos, más eficaces que los políticos, más acertados que las verdaderas pitonisas. A pocas cosas rendía honores Carmelita, mas respetaba el temible ejercicio de los abogados del delta. Por eso, aquella tarde prendió un cigarrillo carburando el orgullo, se puso las gafas y sacó la aguja para tejer con apaciguada tristeza en el sillón. Meditaba que no podría ver a su vieja hermana tras las rejas por una de sus locuras, por la ambición de morir llena. Si hubiera sido como Consuelito, quizás se habría casado, tendría hijos, un rancho y estaría atendiendo la viudez de la desafortunada hermana, estaría al menos haciendo bien el punto de cruz.

En estas cavilaciones estaba cuando las moscas se espantaron por la sombra de Consuelo santiguándose frente al siempre adherido Jesús. Vestida de negro y con el pudoroso velo de viuda, escondía lo único que le había dejado el malagradecido de su marido. Decidida, iba a escuchar las suspicacias que las paredes de la casa cural le permitiesen día y noche, disimulada en el vaho de Alcanfor, segura de que ni casa, ni marido, ni hijo, ni nada la habían hecho tan venturosa y afamada en todos estos años, segura de que prefería morir antes de ver a su Carmela resignándose a tejer.

BURNOUT

ÁLVARO JAIMES HERNÁNDEZ

Taller Rayuela, Pamplona



El descanso de veinte minutos parecía fugaz. Afortunadamente en ese instante ella cruza la puerta de la pequeña cafetería donde solíamos encontrarnos.

Mi compañero de trabajo sonrió al verle entrar. No obstante, yo no sabía cómo disimular la impresión. Nunca me he sentido cómodo en circunstancias similares, más allá de las buenas sensaciones que de ella percibía. Era su insistente forma de mirar, sumado a la tibia sonrisa de quien no sabe mentir con los gestos. Realmente quise acercarme, sin embargo, ya era hora de volver al trabajo y la puntualidad es mi mayor virtud.

Abandone la cafetería con notable desazón, con marcada desesperanza. Mi compañero recitaba los eventos intrascendentes del partido del domingo; al mismo tiempo, en mi mente se fraguaba, se forjaba y se fundía en la memoria la imagen de una presunta desconocida, de cabello castaño, ojos oscuros y brillantes, sonrisa sin forma y tez caucásica, aunque aún no entiendo por qué se define de esa manera.

Otro día menos en el trabajo. Las labores... la rutina desgastante de empaquetar y rotular cajas que uno nunca sabe a dónde llegarán, no por falta de información, diría que por falta de interés. He pensado en marchar, disfrutar mi ahogada soltería y despilfarrar el dinero que hasta ahora he ahorrado sin saber para qué. Pero el miedo siempre termina por colarse en mis planes.

Ese infaltable amigo mala clase que te echa a perder todos los planes con su previsión de fracasos forzados y de pasos en falso.

Es una buena noche para caminar, pensaba. En ese instante me interrumpe la abstracción un reflejo del otro lado de la acera. No logré adivinar con certeza de qué se trataba, y a pesar de sentirme movido a ir hacia allá, el miedo nuevamente me aconsejó con rapidez. Así que, pasada la pausa, me dispuse a caminar a la casa.

Poco a poco fui testigo y verdugo de la creciente soledad de las calles. Un tipo alto, vestido de negro, con pasos suaves y un gorro y un bolso; no es la compañía adecuada en una ciudad insegura a altas horas de la noche. Ciertamente, dicha situación me confortaba. Ser el sospechoso de un hecho probable me daba un rango de libertad al caminar, que disfrutaba a plenitud.

El frío se colaba hasta por los huesos y mi destino estaba cerca. La entrada no fue sencilla. La salida sería a todo costo.

Mis largos brazos fueron la herramienta perfecta para alcanzar el pasador anterior de la puerta a través de la ventanilla. Un leve empujón fue suficiente para darle luz a mi entrada. Di el primer paso en tanto que ajustaba con suavidad la puerta tras de mí. El lugar fue fácil de recordar, ya había estado en varias oportunidades allí. ¿Sobra decir que no hizo falta encender las luces? No lo creo.

Caminé a mi destino con decisión y lentitud, no quería ser sorprendido por el sueño liviano de nadie en la casa. Era una noche espléndida para ser sigiloso y, con la estructura de cómplice, solo tuve que seguir cuidadosamente el plan. Los pisos de cerámica y un pasillo corto con muchos bordes que absorbían el ruido casual de mis botas de trabajo. La última puerta antes del patio, abierta en caso de emergencia, era lo que esperaba. Todo un padre responsable.

Era momento de entrar en acción. Saqué los elementos del bolso y con mesura y premura aseguré la puerta. Con una fuerte cuerda y un hábil nudo, até la perilla de la puerta a la perilla de la puerta del frente. Una solución sencilla pero efectiva.

Ahora solo tenía que ir por ella a la habitación de al lado. La perilla giró y la puerta no abrió, pensaba que sería más fácil. Sin embargo, estas perillas no son de gran calidad, basta con forzar el giro bruscamente y el seguro suele saltarse o romperse. Pero ese no era el inconveniente mayor. Una vez forzada la perilla debía proceder con rapidez para reducir a aquella joven de piel caucásica, aunque siga sin comprender por qué se les dice así.

En un vecindario tranquilo del este de la ciudad, un hecho conmociona a la población del sector. Los gritos angustiosos de un hombre en medio de la penumbra alertaron a los vecinos, quienes llamaron a la policía, que acudió al lugar varios minutos después. La escena era clara, un hombre iracundo y desesperado preguntaba por la suerte de su hija. «Claramente fue un secuestro», murmuraban las autoridades.

Y aquel hombre, que no tenía idea del paradero de su hija, no llegaba a imaginar que ese mismo día tendría que asimilar la noticia del desconocido paradero de su compañero de trabajo, con quien había compartido labores los últimos dieciséis años, los mismos años que tenía su hija.

LAS BEBIDAS ALCOHÓLICAS ENTRAN EN PARO

DANIELA MUÑOZ BEDOYA

Taller de Escritura Amilkar U., Santa Rosa de Cabal



El jueves 13 de agosto las bebidas alcohólicas decidieron entrar en paro, tras estar desempleadas por un periodo de casi seis meses debido al aislamiento adoptado por la pandemia, incidente de aquel momento.

El domingo 9 de agosto, tras una ebria noche de la cual recordaba poco, Aguardiente en medio de su amargura se sintió inutilizado por primera vez. Sus ingresos habían descendido, las penas ya no tocaban la puerta de su casa, le afectaba no ser la razón en la cual recaía gran parte del dinero, sus parientes habían fallecido y algunos se encontraban deambulando por supermercados, estanquillos, tiendas, entre otras, aunque pocos lograban llenar un pequeño espacio vacío en una de las repisas escondidas en aquel establecimiento, al parecer desolado. Esto era demasiado para Aguardiente, teniendo en cuenta que no había existido un día en el cual este se encontrara sobrio. Estalló en lágrimas, las mismas que absorbía por su boca pues no era correcto para él desperdiciar su valiosa esencia.

Después de otra larga noche, difícilmente superada, Aguardiente decidió viajar a Antioquia con la intención de formar una reunión de alcohólicos distinguidos y no anónimos. Estaba animado y al mismo tiempo ansioso, pues lamentablemente debía

estar sobrio para este viaje, si no lo hacía, las demás bebidas no le creerían ni lo escucharían con atención, algo que le parecía ilógico conociendo la naturaleza de cada uno. Al llegar, a quien primero contactó fue a Ron, que se encontraba hipotecando su mansión en Medellín. Ron acudió al llamado casi como si lo supiera desde un inicio, luego salió en busca de Cerveza, que se encontraba a punto de suicidarse con una sobredosis de licor; Cerveza recibió la noticia con alegría y se retractó de su decisión. Aguardiente les pidió comedidamente a ambos que buscaran a los demás.

Martes 11 de agosto, el día de la reunión había llegado, las bebidas empezaban a llenar el bar en el cual Aguardiente los citó.

—Hola, ebrios amigos —dijo Aguardiente. Como bien han sabido, nuestras vidas van en picada, las penas ya no son ajenas sino nuestras, nuestro aliado el derroche, ahora trabaja con la salud, las alegrías no son causadas por nuestros efectos, dejamos de ser el centro de atención, las lágrimas de las personas ya no reposan sobre nosotros sino en el hombro de alguien.

—Esto no puede seguir así —agregó una voz del fondo de la audiencia

—¿Quién eres? —inquirió Aguardiente

Toda la audiencia dirigió su atención hacia el lugar de donde provenía aquella voz.

—Soy Tequila. La sal le contó a mi amigo el limón lo que acontecía, fue así como lo supe e inmediatamente viajé desde México hasta aquí. Todos nos hemos visto perjudicados con esta situación, sin embargo, el más afectado ha sido nuestro sector, por ello debemos de hacer algo.

A lo que respondió Aguardiente:

—Debemos hacer un paro.

Todos en el bar estuvieron de acuerdo e incluso se comprometieron a llegar ese día con la mayor sobriedad posible. El paro quedó acordado para el día 13 de agosto, de modo que todos y cada uno de los invitados o conocedores de dicho encuentro sufrieron de terrible ansiedad hasta aquel día. Aguardiente,

por otro lado, sentía que por fin estaba realizando un cambio en su vida, un cambio que tal vez les traería orgullo a las futuras generaciones y posiblemente la solución a muchos de los problemas actuales; bueno, así se lo habían hecho creer.

13 de agosto, día del paro. Todas las bebidas alcohólicas dejaban sus hogares para unirse a la revolución, algunos brincaban de los estantes, poniendo en riesgo su frágil vida, convencidos de ser los testigos de un hecho que pasaría a la historia. Finalmente se encontraban conglomerados todos aquellos que habían asistido a la reunión; los que habían oído de ella, estaban los que llegaban solo a observar, los primos lejanos de algunas familias presentes y los que no tenían nada más importante que hacer. Al ver la magnitud de las bebidas, los noticieros, periódicos, entre otros, no tardaron en enviar reporteros capaces de imaginar un simple titular acerca de lo ocurrido en aquel momento: «Las bebidas alcohólicas entran en paro».

La noticia llegó a todas las ciudades del país.

Aguardiente los guio por cada rincón del departamento, fácilmente todas las personas percibieron lo que sucedía aquel día, algunos salían a observar con entusiasmo y otros simplemente los ignoraban, todos nos dimos cuenta de aquel inolvidable día y lo importante que parecía ser para ellos, pues en ese momento ningún problema era tan importante como la atención que estas bebidas requerían, y el papel que juegan constantemente en nuestras vidas.

El presidente electo en aquel momento decidió asistir para dialogar, pero eso sí, sin olvidar llevar consigo un poco de licor para llegar a un acuerdo mucho más rápido. Cuando por fin alcanzó a divisar al cabecilla de la marcha, entabló inmediatamente una conversación en la cual el presidente terminó llorando y contándole sus penas, tanto personales como laborales, a Aguardiente, pues pasaba tiempo desde que lo hiciera. Finalmente, en medio de diez tragos de tequila y dos de ron, el presidente llegó a un acuerdo con Aguardiente, que consistía en abrir un centro de reinserción solo para bebidas alcohólicas,

que brindaría ayuda a los más necesitados y afectados por la situación; incluía un psicólogo, un hospital y, claro, un gimnasio, con la intención de poder volver a estar capacitados, preparados tanto psicológica como físicamente para la reapertura de los bares, trato adicional que el presidente aceptó en medio de su inconsciencia por el efecto del alcohol. Fue así como ese día pasó a la historia y se conmemora como día festivo.

LAS AVENTURAS DE MARCOS

WILLIAM DAVID FUENTES SIABATO

Taller Fernando Soto Aparicio, Jericó



Había una vez un adolescente llamado Marcos, él vivía junto a unas grandes y hermosas montañas donde se podía disfrutar la belleza de la abundancia vegetal. Marcos era ignorado y discriminado por la desigualdad social, por la simple razón de que era de piel morena.

A Marcos le gustaba leer, ese era su único refugio, en el que se desahogaba y lograba sentirse a gusto con las grandes historias que le brindaban los libros. Un día Marcos estaba en clase como siempre, muy concentrado en la explicación del profesor, pero un compañero de clase comenzó a discriminarlo delante de todos y del profesor, pero a Marcos no le importaba que lo trataran mal pues ya estaba acostumbrado a esos tratos.

Un día Marcos se fue a leer debajo de un árbol no muy lejos de su casa, a él le encantaba aquel lugar porque lo hacía sentir muy tranquilo gracias a los aromas y paisajes que le brindaba la naturaleza. Mientras Marcos leía unas de las aventuras escritas en los libros, comenzó a sentir un suave y agradable aroma a rosa; también sintió risas muy diminutas, y esas risas comenzaron a crecer y a crecer más. Marcos, muy nervioso, se puso a investigar la razón de este acontecimiento. Después de un rato de búsqueda se dio con la gran sorpresa de que quien liberaba

ese gran aroma a rosa y esa linda risa diminuta era un hada. Muy confundido, Marcos le pregunta al hada:

—¿Quién eres tú?

El hada respondió:

—¿Luego no me reconoces? Soy una de los personajes que están en tus libros; es decir, tú me creaste con tu imaginación y pasión hacia los libros.

—Es cierto, ya me acordé de ti —respondió Marcos tras pensarlo.

El hada seguía a Marcos a la escuela, a la tienda, a todos los lugares.

Marcos le puso un nombre al hada, la llamó Fairy, porque Fairy en inglés significaba hada.

Fairy, muy agradecida por esos momentos divertidos con Marcos, le dijo:

—Marcos ¿quieres conocer mi mundo?

—Sí —respondió Marcos sin dudarlo.

Después de un recorrido no muy largo, pero sí muy agotador, llegaron a su destino. La entrada de ese dichoso mundo era una gran roca con forma de libro, donde yacía una puerta muy brillante y llamativa. Sin embargo, entrar a ese mundo no era un asunto fácil; había que solucionar unos acertijos, pues la esfinge habitaba allí y protegía la entrada al mundo maravilla. Con mucho esfuerzo, Marcos y Fairy resolvieron los acertijos y pudieron entrar al mundo maravilla, allí habitaban todos los personajes de las historias y cuentos, un lugar perfecto para quienes aman las aventuras. Luego de unas semanas Marcos tuvo que abandonar aquel mundo porque sus padres y hermanos lo necesitaban. Desde entonces Marcos se volvió el protector y rey de aquel mundo, por ser el primer humano en pisarlo.

PRIMA DONNA

CLAUDIA AMADOR ESCOBAR

Taller Literario José Félix Fuenmayor, Barranquilla



Ligeras pinceladas de cromo en las pupilas las hacían más brillantes. Las Copias siempre eran delatadas por los ojos. Incluso las Copias realizadas por su abuela y, luego, por su madre, habían tenido ese desperfecto en su tiempo. Por eso, cuando Sibila tuvo edad para aprender, se encargaron de hacerla una experta en ojos antes que en cualquier otra parte del cuerpo.

La primera vez que intervino la Copia de una modelo de la Macro Red en la que su madre trabajaba, marcó su ritual. Observó la Copia y supo lo que le faltaba para ser idéntica a la clienta. Desde entonces siempre empezaba por los ojos. Sin embargo, hacerlas iguales no era suficiente. Nadie quería verse en un espejo vivo. La idea de *El Procedimiento* era rejuvenecer y embellecer a las Copias para que mantuvieran la imagen de eterna juventud de la Macro Red. Era el retiro más digno para las divas envejecidas.

Un retiro que no se realizaba hace algunos años puesto que, meses después de la muerte de su madre, Sibila había decidido cerrar el estudio.

Hasta ese momento.

La Sorelli, Prima Donna legendaria de la Macro Red, recordeta y elegante, no tenía ojos memorables. Sus mejillas rosadas eran su rasgo característico. De tanto pinchárselas a lo largo de su carrera, la sangre parecía haberse coagulado allí de forma

permanente. Reposaba en el diván del estudio como una obesa diosa griega forrada en pomposas capas de seda. Una diosa con piel sintética e hilos que sostenían su cara. Ya no podía ocultar su edad y eso la había llevado al estudio de Sibila, exigiéndole que hiciera una excepción y le realizara *El Procedimiento*. La noticia llenaba los hologramas publicitarios. Las imágenes eran actualizadas a tiempo real por drones fuera del ventanal del estudio. Sibila, al mirar de reojo su holograma de novedades, se vio a sí misma viéndose a sí misma. Después de un par de minutos de trabajo sobre la Copia de La Sorelli, no soportó la supervisión minuciosa y activó el blindaje del ventanal.

—Artiste, ¿me veré natural? Es importante que me vea natural. Fui de las primeras divas de la Macro que surgieron después de la caída del Protosalón. Nunca me hice nada invasivo...

Desde que la Prima Donna atravesó la puerta del estudio su petición había sido clara: lo que Sibila hiciera a la Copia debía aplicárselo también a ella. La Artiste detuvo su trabajo en la Copia para dedicarle una mirada al rostro de la Prima Donna, ahora sin piel sintética e hilos. Las capas del vestido, desde aquel ángulo, formaban una rosa de seda.

—...Conquisté la Macro Red con estas curvas... Sería una pena que no les hiciera justicia. Las curvas habían pasado de moda. Ni siquiera habías nacido, criatura, pero tu abuela tuvo que contarte sobre Catarina Jubilea: con tantas cirugías, parecía una máquina. Al final ninguna de ellas tuvo gran expectativa de vida. Seguro te contaron algo de eso...

—Sí, Sorelli —respondió Sibila, pintando con cromo el ojo izquierdo de la Copia.

—¿Qué tanto haces allí? No parece gran cosa.

Sibila apretó la mandíbula. No podía culpar a la diva por el comentario. El cromo se derretía en el globo ocular, haciéndose imperceptible. El efecto no se podía explicar. El cromo parecía inyectarle vida a las Copias, o al menos la apariencia de vida. Un brillo que nadie había logrado antes. La última prueba para hacerlas parecer del todo reales. Sibila lo había descubierto por accidente.

—Disculpará que trabaje lento, Sorelli. Nunca había tenido que confeccionar a una Copia *y* a la cliente original.

La Sorelli ignoró el comentario.

—Dicen que eres la mejor en esto, pero eres tan flaquita y pequeña. Una lástima que tu madre haya muerto.

—Sí, Sorelli.

Las carreras de su abuela y madre habían girado en torno a aquella Prima Donna abundante. Su abuela contaba que desde que la vio por primera vez en la Macro supo que era extraordinaria. Gracias a la Sorelli había decidido empezar en el negocio de las Copias, que, hasta ese momento, era una labor sin prestigio. Le había enviado Holo-mensajes comentando lo maravilloso de su caso, deseando que algún día tocara a su puerta. Pero su abuela murió sin leer nunca una respuesta y, entonces, la madre de Sibila continuó con el legado. Se especializó solo en personalidades de la Macro Red con cierto estatus que servirían de carnada para que la Sorelli se interesara en su trabajo y cumplir el sueño de la abuela.

Su madre tampoco había vivido para verla sentada en aquel diván.

Siguiendo la petición de La Sorelli, Sibila le aplicó dos capas de cromo en los ojos.

—No parpadee, Sorelli.

—En mis primeros años todos alababan mi naturalidad. ¡Estaban saturados por tantas mujeres de mentira! Yo no ocultaba mis imperfecciones. De hecho, las resaltaba... Si las otras hubieran entendido cómo vende la belleza natural. Había noticias en las que anunciaban que se me veía una nueva estría, y entonces todos corrían a hacerse estrías... Tu madre tuvo que haberte contado algo de eso.

—Sí, Sorelli.

—No habías nacido, cosita. No te imaginas el poder mediático que tuve... Luego llegaron las otras, todas diferentes, cada una compró seguros costosísimos para sus imperfecciones en contrato directo con la Macro. Tu madre les aplicó *El Procedimiento* a todas esas.

—Sí, Sorelli.

El estudio de Sibila era de otro tiempo. Su abuela lo había querido así y ella lo había mantenido. Una pared completa de cristal, ahora blindado, filtraba la poca luz del día sobre los muebles de arabescos. La habitación entera era una mezcla de mármol y oro. Un mural minucioso y detallado de querubines gordos bailando entre nubes recorría el techo. La Sorelli, boca arriba en el diván, observaba el arte.

—Es curiosa, esa pintura. Se ve costosísima. No sabrías de eso porque tu abuela ni había nacido cuando se pintaban estas bellezas, pero parece un fresco de una época llamada Renacimiento...

—Sí, Sorelli. La pinté yo.

—Ah. —La Prima Donna alejó la mirada, perdiendo interés—. Sí, es bonito.

Sibila, que se encontraba llenando las arrugas de la Copia con un inyector de metal fundido, detuvo su trabajo. Al secarse bajo la dermis, el metal estiraría la piel, borrando las arrugas.

Prosiguió a repetir el proceso en la Prima Donna. La naturalidad característica de la que La Sorelli tanto hablaba se detría frente a la Artiste. Sin los hilos y con el metal trabajando bajo su piel, se volvió una criatura arrugada y flácida. Ella parecía no notarlo mientras hablaba.

—Tu abuela tuvo que haber vivido *Il Secondo Avant-Garde* de la Macro. Junto cuando empecé frente a las cámaras. Tuvo que hablarte de mí.

Sibila sostuvo la pistola de metal líquido a centímetros de los párpados de La Sorelli.

—Sí, siempre hablaba de sus ojos. No sé si se acuerde de ella, pero le envió algunos Holo-mensajes.

La Sorelli apretó su vestido. Intentó sonreír, pero el metal bajo su piel le impedía realizar la tarea. Sus manos arrugadas se hinchaban por la presión ejercida en la rosa de seda.

—Este proceso es algo incómodo... —Luego, desmeritando el comentario con sus manos, dijo—: Recibía muchos Holo-mensajes, Artiste.

Sibila clavó su mirada en el iris de la Prima Donna. Si se enfocaba en un solo punto, podía ver la ligera capa de cromo. Odiaba *El Procedimiento*, pero sabía hacerlo mejor que nadie.

—¿Por qué se hace *El Procedimiento* ahora, después de tantos años? Soy la única de mi familia que no la buscó. Había cerrado el estudio.

Las mejillas regordetas de la diva enrojecieron. Con la cara tiesa y luego de varios esfuerzos, logró columpiarse fuera del diván.

—Supuse que podrías hacer una excepción conmigo. Es un honor para tu carrera atenderme.

—En cualquier parte realizan la Copia por mucho menor precio. ¿Por qué yo?

—No en cualquier parte la confeccionan, Artiste. —Después de un largo silencio, agregó—: Si el problema es de dinero, pagaré lo que quieras. Soy La Sorelli...

Sibila miró a su alrededor. La Copia, inerte, había empezado a rejuvenecerse. La Sorelli en cambio, estaba hinchada, y el metal, debido al movimiento de su rostro, empezaba a romper los poros desde adentro.

—¿Qué me está pasando?

—Las Copias no soportan dos procedimientos.

La piel de La Sorelli empezó a deformarse en hilillos metálicos. A pesar del dolor, la Prima Donna desafió a Sibila con la barbilla en alto.

—Mi abuela reconoció desde el principio que era una Copia casi perfecta. Pero, ¿Copia de quién? Esa pregunta le costó.

—¡No toleraré este trato! ¡Soy La Sorelli!

—No, eres la Copia de alguna mujer estafada en algún *Procedimiento* barato. Mi abuela lo supo enseguida. Te preguntó por Holo-mensaje los datos de tu persona original, era muy ingenua. Ella solo quería ayudarte a verte más humana, pero la respuesta fue su muerte para callarla. Luego mi madre... La única razón por la que yo sigo viva es por el maldito cromo.

La cara de la Sorelli se contrajo aún más. El metal, solidificado en ángulos debajo de la piel, atravesó su cuero cabelludo. Mechones de pelo caían. La Sorelli se apretó el cráneo con las manos. Gritó.

—Lo del cromo lo descubrí mientras mi madre confeccionaba la Copia de una modelo. Quería arruinar su trabajo para que no terminara como mi abuela, así que apliqué una capa de cromo en los ojos de la Copia cuando ella no estaba mirando. Lo único que ocurrió fue que mi madre la confundió con la original. Me felicitó.

Sibila se recostó en el diván. Desactivó el blindaje de su ventanal para permitir que los drones grabarán la imagen del desagradable símbolo de la *belleza natural* de la Macro Red.

—Volví al día siguiente, con más cromo, y apliqué otra capa en los ojos de la Copia. Aparentemente no pasó nada, pero, horas después, mi madre estaba histérica. Algo había ocurrido...

Pero La Sorelli no escuchó el resto de la historia. Sus ojos empezaron a derretirse en sus cuencas. Su Sangre se mezcló con los ríos de cromo que viajaban a través de sus mejillas regordetas, surcando como pinceladas delgadas la rosa que formaba su vestido.

AGUAS DE VIDA, AGUAS DE MUERTE

OMAR BARBOZA CAMARGO

Taller Caminantes Creativos, Barranquilla



Desde que llegué a Soledad, se me empezó a tostar la piel. Tengo la cara y el pecho colorados. Cada vez que me veo así, recuerdo cuando fuimos a conocer el mar: nos tuvimos que bañar con leche y tomate por dos semanas para calmar las quemaduras. Después de ese viaje, a cada rato soñabas que las olas te querían tragar otra vez. Yo siempre estuve ahí para salvarte de tus pesadillas, así como te salvé de ese mar picante: llevé tu cuerpo lleno de agua hasta la orilla y, cuando abriste los ojos, prometí que iba a cuidarte siempre.

Ahora puedo oler ese mar desde mi casa. A veces, se confunde con el olor del río, el de las motos o el de las plumerias. Siempre me encuentra de repente, en cualquier momento del día. Parece que quisiera recordarme que es más poderoso que yo, que no me conviene ir en su contra, porque es capaz de quitarle la vida a alguien a quien yo se la di. Siempre me recuerda que no te he cumplido esa promesa.

Ya no soy la misma. Acá me pintaron el pelo, me compraron ropa nueva y todas las chicas podemos operarnos, si queremos. Obviamente, esto no es regalado; tenemos que irlo pagando poco a poco con trabajo. He bajado unos kilos. Mi piel está mucho más blanca. Pero todavía tengo ese tatuaje que nos hicimos en el brazo. Es mi

distintivo entre las chicas, que somos todas rubias. Además, a algunos tipos les gusta ese tatuaje y hasta pagan más por mí.

Ahora también hay una vida en mi cuerpo. Pero acá eso no es algo que se celebre, como cuando vivíamos en Bogotá y nos invitaban a todos los Baby showers del barrio.

Desde que lo supe, ya no me siento tan sola. Tengo una razón más para salir rápido de aquí y buscarte. Dicen que a las dieciséis semanas empieza a notarse la panza y ya llevo nueve. Todo el tiempo se me despiertan antojos de las comidas que tú hacías.

A veces, la acaricio, le hablo de ti, le cuento historias. Imagino que hacías eso mismo conmigo, cuando yo era una vida en tu cuerpo. Sonríe. Me pregunto qué historias me contabas.

Ayer vi nuestra ciudad en la televisión. Mostraron esa avenida donde quedaba nuestra primera casa. Recuerdo que cocinábamos con tu abuela en el patio, en un horno de barro grande, almuerzos para nosotras y para vender. En el barrio donde vivo acá, las cocinas son más pequeñas que un baño. Dicen que el gobierno las hizo así para ahorrarse plata. Mis vecinos, los costeños, no las usan, sino que hacen un fogón en el patio. Tres veces al día el barrio parece un jardín de chimeneas. El humo sale de los patios a buscar las nubes en el cielo. Los olores se mezclan. Aparece el hambre. Yo aprovecho para comerme una arepa o un plato de arroz limpio. Lo hago con los ojos cerrados y la nariz abierta, para imaginar que es un pescado frito, un sancocho, un mote o un chicharrón, de esos que se están cocinando en los fogones.

Si de algo me arrepiento, es de haberte llevado a vivir a Las Ollas. Yo pensé que con Marcos podía tener un buen futuro y quise ayudar cuando nos quitaron la casa para ampliar la avenida. Yo nunca entendí cuáles eran sus negocios ni cómo funcionaban las cosas en ese barrio. Recuerdo tu cara cuando llegamos. Tú siempre lo presientes todo. Pero ese día no hubo tiempo para retroceder porque estando adentro ya es imposible salir.

Apenas me vine a enterar de todo cuando, de camino a Panamá, la chica que me tocó al lado me soltó la sopa: me dijo que había estado con Marcos y que él también la había enredado para traerla hasta acá. Es un negocio que tiene montado desde hace años, según.

Aquí es imposible comunicarme contigo o con otras personas, porque nos encierran en una casa sin ventanas; no nos dejan tener teléfono ni internet; los tipos que vienen solo hablan en inglés; las que han intentado escapar las torturan frente a todas y luego las entierran en el patio donde lavamos la ropa, dizque para hacernos coger miedo. En ese patio también están las que se nos han ido por una enfermedad o por achaques de la edad. Desde que una entra aquí ya sabe que no la van a dejar salir ni muerta.

En estos momentos la rodilla me duele tanto que, para caminar en la casa, tengo que apoyarme en las paredes y en los poquitos muebles. No solo hay recuerdos en la mente; la vida va dejando huellas en el cuerpo. Esta huella la tengo desde el segundo día después de que te llevaron: yo intenté salir a buscarte pero me agarraron, me mandaron donde el comandante y él me apuñaló las rodillas para que no pudiera escaparme de nuevo.

Ya ni me acuerdo cómo fue que pude salir después. Llegué aquí gracias a tu tío, que nos ayudó a mí y a tus hermanas. Un señor que conocí en el Centro de Víctimas nos alquiló una pieza donde dormimos los cinco en dos camas.

Cualquiera piensa que en este barrio no pasa nada. Todas las casas son iguales porque así lo decidieron los arquitectos, como si todos fuéramos lo mismo. Pero cada familia va pintando y adornando las fachadas a su gusto. La casa donde vivimos está pintada de gris y hace varios días alguien escribió al lado de la puerta, con carbón: «No te vas a escapar porque tienes las rodillas podridas».

Cuando le conté a Ceci lo de mi embarazo, empezó a temblar del miedo. Yo no sabía que nos hacían botar a los bebés. A ella le pasó y ahora entiendo por qué siempre ofrece rosarios por las ánimas del

purgatorio. Aquí todas aprendimos a rezar el rosario cuando éramos niñas. También hicimos la primera comunión. Tenemos una cultura parecida, aunque venimos de distintos lugares: hay chicas de Cartagena, otras de Norte de Santander, de Putumayo, de Cali y del Chocó. Siempre que nos reunimos, recordamos esas costumbres con las que crecimos. Yo me acuerdo cuando rezábamos el rosario con tus amigas, en las tardes. Mi parte favorita era el final porque repartían las onces.

Cuando rezamos con las chicas, a mí siempre me tocan los misterios dolorosos, que son los martes y viernes. A veces me parece que hablan de mí, de todas nosotras: soledad, flagelación, espinas, tortura, crucifixión.

También me encuentro en uno glorioso: la resurrección. Porque esta vida que llevo en mi cuerpo me hace sentir nueva.

En las noches duermo empapada, con la luz espesa de la luna sobre mi cara. A veces, duermo con tus hermanas en una cama. A veces, tu tío me hace dormir con él en la otra cama. Cuando eso pasa, yo arropo a tus hermanas de pies a cabeza; clavo los ojos en sus sábanas, vigilando que no se muevan, y le tapo la boca a tu tío con la mano para que no las despierte con su ruido. Así es como él me cobra la ayudada a escapar, la traída hasta acá y, también, el arroz y la harina para hacer las arepas.

Casi todo el día paso igual que en la noche: empapada, cuidando a tus hermanas y amarrada a tu tío.

Las amenazas siguieron y nos vinimos a Malambo, cerca del río. Trabajé por unos días en una casa de familia, hasta que la patrona me encontró metiendo las manos en su cartera. Estuve buscando trabajo o cualquier cosa que hacer fuera de la casa pero mis rodillas no me dejan avanzar más. Parece que cada día tengo menos oportunidades de encontrarme contigo, de caminar hacia ti.

Hace dos semanas llegó un tipo que sí hablaba español. La pasamos bien. Aproveché para contarle todo y pedirle ayuda. Me prometió que haría algo para sacarme de aquí.

Me cumplió. Varios días después, la Policía se tomó la casa y, ahora, todas las chicas estamos regresando en un bus escoltado a Colombia. Nos van a dejar hablar con nuestras familias cuando lleguemos al país.

Menos mal que todavía me acuerdo de tu número ¿aún lo usarás?: tres, veintiséis, ocho, siete, diez, cero, cero, cuatro.

Veo correr el río desde arriba. Pienso que ha hecho casi el mismo recorrido que yo: vino de las montañas del centro a morir al mar. Desde donde estoy, todavía le faltan unos kilómetros para llegar a la desembocadura.

Antes, otras personas me habían obligado a vivir huyendo, corriendo, como estas aguas que nunca descansan. Hoy podría decidirlo yo misma: huir, correr, sobre la espalda del río. Me llevaría hasta al mar y, luego, adonde sea que estés tú. ¿Me salvarías de esta pesadilla?

«El número marcado se encuentra fuera de servicio.»

Pregunté por ti cuando llegué a Bogotá. Me llevaron a un Centro donde atienden a la gente que es víctima de la violencia, como nosotras —no sabía que nos decían así—. Aproveché para pedir tu dirección. Me dieron tus datos apenas dije que eres mi mamá. Tienen información de todas las víctimas —casi nueve millones—. Dicen que me van a dar una platica para poder ir a verte.

Qué lindo nombre tiene el barrio donde vives: Nueva Esperanza.

Es una niña. Vamos a encontrarnos las tres, pronto, junto al mar. Tú me decías que los nombres tienen poder y yo quiero llevarte siempre conmigo. Por eso le puse tu nombre: Nancy.

EL ÚLTIMO VERANO

OLGA REBECA CABRALES DE LA PAVA

Taller Librería, Ibagué



La mañana luce espléndida. En el cielo sin nubes, el sol gigantesco y dorado calienta desde temprano. Ricardo brinca de la cama entusiasmado, se pone la pantaloneta y baja corriendo las escaleras. Va tarareando una canción. Abre la puerta del patio, camina descalzo, pisa las baldosas y se quema los pies. Regresa por las sandalias, pero no, se detiene, no quiere perder tiempo. Dando brincos llega al borde de la piscina y se tira de cabeza al agua azul. Quiere practicar todo lo aprendido en sus clases de natación. Es un buen pronóstico para el inicio del verano.

María ha pasado la noche sofocada, dando vueltas en una sábana húmeda. La mañana caliente hace que el aire en las habitaciones cerradas se ponga denso. Se despierta con la camisa de la pijama pegada; los senos se le traslucen. Se estira y espera un poco más en la cama. Mario se voltea, verla lo estimula. La abraza. María se deshace del abrazo, se sienta y se recoge el pelo húmedo de sudor en una cola alta. Alza los hombros soltando un suspiro largo. Sale de la habitación y va abriendo puertas y ventanas. Baja al patio y ve a Ricardo nadando en la piscina. Verlo feliz la alienta. Afuera, un viento refrescante mueve las palmeras. Necesita que entre aire. Sigue abriendo cortinas y ventanas.

—Es mejor estar en penumbra, hace demasiado calor, vuelve a cerrar todo —le ordena Mario desde la escalera.

María lo mira, se contiene. Vuelve a suspirar y se apresura a cerrar lo que había abierto. Pero cuando va a cerrar la última

ventana, un vaho caliente le sube por los pies y en pocos segundos se apodera de todo su cuerpo. Se estremece. Sacude la cabeza y cierra la ventana.

Mario prepara su sitio de verano. Es el lugar más ventilado de la casa. Pone el sillón en la posición adecuada. La televisión en frente y una mesa para la cerveza. Va a descansar de trabajo y de jefes. Se sienta y prende la televisión con el control remoto. Mientras pasa canales le pide una cerveza a María, que está arreglando las habitaciones. María le lleva la cerveza y le reclama:

—Por qué no la sirves tú, que estás más cerca.

—Para eso te tengo —contesta Mario—, y le agarra el culo.

María le quita la mano con rabia y se aleja. Mario la mira y piensa: me la puedo tirar cada noche, definitivamente amo el verano.

La temperatura sube con los días. Mario escucha las noticias: hablan sobre las mayores temperaturas registradas en los últimos veinte años. Se teme que los embalses disminuyan a niveles insostenibles para el servicio. Desde el sillón, reitera la orden de mantener todo cerrado y el aire acondicionado prendido solo de día, para que las noches sean soportables. Y lo fueron, durante un par de semanas, porque el aparato en un mediodía ardiente comenzó a botar humo y se apagó; no prendió más.

Mario sube al auto disgustado. «Conducir hasta el pueblo este horno con ruedas a pleno mediodía es una mierda, mierda, ¡mierda!» Lo que comenzó como un pensamiento se exteriorizó con un grito de rabia y un par de golpes al volante. Sin embargo, debe aprovisionarse de ventiladores, todos los que pueda comprar, porque, seguro, en los almacenes ya se agotan.

Ricardo permanece en remojo todo el día. Su madre le pone un sombrero, lo embadurna de bloqueador blanco que lo hace parecer un mimo, y le pone camiseta de manga larga. Ricardo permite lo que sea, con tal de que le dejen la piscina para él solo. En la noche cae tan cansado que no entiende por qué todas las mañanas la cama amanece mojada.

Inerte, embotado, Mario permanece tirado en su sillón. Cualquier mínimo movimiento implica perder litros de sudor. Tiene un ventilador de frente, fútbol en la televisión y cerveza helada, muchas cervezas heladas. Se va a la cama tambaleando, avisándole entre dientes a María que, en estas vacaciones, lo único que su cuerpo hará es beber, orinar y sudar.

María se siente cansada, fastidiada. Pararse frente a la estufa para cocinar es un suicidio. Cada día lava muchas sábanas y montañas de ropa empapada en sudor. El trajín de la casa aumenta. Por su cuerpo chorrean capas de humedad, como si se derritiera lentamente. Está agobiada, no quiere que le hablen ni que la miren. No quiere que se le acerquen. El contacto con el calor de otro cuerpo le causa repulsión. Mario la busca por la noche, pero ella lo rechaza tajantemente. Tampoco son las vacaciones esperadas, nunca ha tenido vacaciones esperadas. Sus nervios se mantienen a punto de estallar. Cuando siente que no aguanta más, se encierra en el baño a llorar. Lloro lo más duro que puede. Luego, abre la ventana y grita, grita y se desahoga.

El día que a María le da el ataque, el que lo desencadenó todo, Mario está durmiendo la siesta en el sillón. María, que termina de lavar los platos del almuerzo, ve una pila de ropa nuevamente arrumada contra el lavadero. Quiere poner otra vez la lavadora, pero no hay agua. Va al lavaplatos y vuelve a abrir la llave. Comprueba que la quitaron.

—Carajo, lo que faltaba, quitaron el agua. ¡Mario, mueve el culo! Ve a mirar si tenemos agua en el tanque de reserva.

Mario, medio dormido y sin moverse del sillón, contesta:

—Si no sale es porque ya nos chupamos la del tanque de reserva.

María se queda parada, lo mira alelada por largo rato, en silencio. De pronto, camina directa y decidida hacia él. Lo coge por detrás, con las manos le aprieta el cuello, cada vez con más fuerza, con toda la que tiene. Pero se da cuenta de que es inútil, él es más robusto. Lo suelta y corre llorando a la cocina. Mario piensa que es otro de sus berrinches para hacerse la víctima. Sin

embargo, algo lo hace voltear. María viene con un cuchillo en la mano. Mario reacciona, la agarra por las muñecas y la domina. María abre la mano y el cuchillo cae al suelo. Mientras Mario se agacha a recogerlo, María emprende carrera escaleras arriba y, de un portazo, se encierra en la habitación dando gritos.

Mario, aún parado, con el cuchillo en la mano, tiene enfrente a Ricardo que le pregunta:

—Papá, ¿qué pasa?

—Tu mamá no se siente bien, está agotada, hay que dejarla descansar.

—Pero está gritando, parece que le duele algo, vamos a ayudarla —dice Ricardo y comienza a subir las escaleras.

Resignado, Mario lo detiene diciéndole:

Tú quédate aquí, voy yo.

Ricardo ve cómo su papá sube las escaleras, llega hasta la puerta, mueve la manija y comprueba que está cerrada con llave.

—María, ¡abre! —grita Mario golpeando la puerta con los puños.

Los gritos de María ahogan los suyos. Mario retrocede, prepara la pierna derecha y de una patada abre y se adentra con puerta y todo. Sobreviene un largo silencio.

Ricardo espera ansioso. Pasan unos minutos y comienza a gritar: «¡Papá, papá!».

Mario sale de la habitación con María cargada en los brazos. La lleva, dejando un rastro húmedo a su paso y la acuesta en el sofá. Los dos están empapados de sudor. Arrima sus dedos temblorosos a la nariz de María y comprueba que respira. Ricardo se acerca, le toma la mano.

—Se ve muy blanca, parece que duerme —dice.

Mario busca las llaves del carro en los bolsillos de las bermudas.

—Está muy débil —le contesta—, vamos a buscar un médico.

Cuando levanta a María para llevarla hasta el carro le parece que pesa un poco menos. El carro está en la sombra y tiene las ventanas tapadas con cartones. Pero cuando abre la puerta,

adentro se siente como una hoguera encendida. Pasados varios minutos de trayecto el tráfico se altera. Carros a alta velocidad comienzan a cruzarlos. Al principio, Mario deja que varios lo pasen, pero luego acelera y logra meterse en lo que parece una fila interminable. Revisa a María, aún respira, pero se ve muy débil. La espera se hace larga, insoportable. Mario toca el pito varias veces y grita que lo dejen pasar, que es una emergencia y necesita un hospital. En vano intenta adelantarse, el atasco de carros impide la entrada al pueblo. Ricardo mira el sol brillar todavía caliente en el atardecer, pregunta por enésima vez cuánto falta.

Se hace de noche. La bombilla que está sobre el auto comienza a titilar y luego se apaga todo el alumbrado público. Algo pasó en el pueblo; todos los carros se están regresando, y Mario se ve obligado a regresar.

La casa también está sin luz. Mario saca de la guantera una linterna y entra cargando a María. Ricardo lo sigue. Cuando la deja en el sofá, le alumbra la cara, María se ve pálida, los labios los tiene cuarteados. Alumbra el resto del cuerpo y ve como la piel se le agrieta. Le acaricia el brazo. Está fría. Mario teme que muera, quiere darle los mejores tratos, los que siempre le ha negado. Trae la última botella de agua y le remoja los labios. Le pasa por todo el cuerpo una toalla humedecida en agua de piscina. La llama varias veces, pero María no responde.

Se les han agotado todos los recursos. Mario y Ricardo utilizan el agua de la piscina para baños y limpieza. Pero deben separar el agua para beber porque comienzan a aparecer renacuajos. Después, los bichos entran y salen de la piscina a su antojo. La piscina, antes azul, va cambiando de color.

Mario se acomoda en la sala con Ricardo, junto a María, que cada día disminuye de tamaño como si se fuera secando. Están mareados, enfermos. Ricardo no puede más, se echa sobre la baldosa del piso, ya tiene la piel y los labios cuarteados, pero su cuerpo se estremece con escalofríos. Mario hace acopio de las pocas fuerzas que le quedan para mantenerlo húmedo. Ca-

mina encorvado, lento, lleva el balde para recoger agua. Llega al borde de la piscina, mira el agua. Está verde, ha bajado más de la mitad del nivel y adentro nadan animales. Sin embargo, saca un poco y regresa a la sala dispuesto a mantener vivo a su hijo. Pero Ricardo no está donde lo había dejado. Coloca el balde en el piso y casi arrastrándose lo busca por la casa. Lo llama. Escucha un chapuzón en la piscina. Piensa que es imposible que sea Ricardo, está muy débil y sabe que la piscina ya no está en uso. La noche llega, Ricardo no aparece. Mario se tira en el mismo sitio que lo había hecho su hijo. Cierra los ojos.

Mario ha vuelto en sí. Está tirado al borde de la piscina. No sabe cómo llegó ahí ni cuánto tiempo ha pasado. Tiene la cabeza embotada, la garganta reseca, trata de hablar, pero no modula palabra alguna. Todavía el sol alumbra fuerte. Aturdido, como puede se sienta y se lleva las manos a la frente. Recorre con la mirada todo a su alrededor: la piscina, el patio, la puerta de la sala. La sala. Necesita aclarar la mente, tratar de recordar los últimos acontecimientos. María y Ricardo, recuerda. A gatas llega hasta la sala. Ricardo aún no aparece. Espera encontrar a María muerta en el sofá, pero su cuerpo tampoco está. En cambio, el sofá donde la había dejado está completamente mojado. Tiene una mancha roja, y de esta brota un hilo de agua rojiza.

Arrastrándose como una serpiente, Mario le sigue el curso al hilo de agua que corre por la sala, sale al patio y termina desaguando en la piscina donde, al caer, chapotea algo grande. No resiste más, vuelve a derrumbarse al borde de la piscina, bocarriba, mirando al cielo. Unas nubes comienzan a juntarse llamando lluvia. Aguacero de verano.

Encuentran a Mario con vida, el pulso apenas se le siente. Sigue tirado al borde de la piscina, le han puesto suero y oxígeno para mantenerlo vivo. Cuando despierta está rodeado de uniformados. Tiene las manos atadas a unas esposas. El policía que está casi encima suyo, con libreta y esfero en la mano. Le pregunta dónde están las otras personas. Mario no contesta; no porque no quiera, es que no le sale la voz. El policía insiste en

saber sobre su familia. Mario, aunque pudiera hablar, no sabe qué decir. Entonces se queda mirando a la piscina, absorto, y sin saber por qué, levanta los brazos y la señala.

Sacan la poca agua putrefacta que queda. En el fondo lodoso encuentran únicamente un renacuajo gigante. El rescatista asegura que el animal sobrevivió alimentándose de los otros bichos que crecieron en el charco, porque eso ya no es una piscina.

LA PROMESA

WILSON AMADO GAMBOA

Funza para contar, Funza



—¿Y hace mucho que la busca? —preguntó la mujer sentada frente a él mientras pelaba una manzana y con el mismo cuchillo se llevaba las tajadas de fruta a la boca.

—¡Sí, señora! Aunque tengo que dedicar el tiempo todo el día pa' trabajar en las haciendas. Entonces el rato no me queda sino pa' comer desde el lunes hasta el sábado y dormir el domingo —respondió sin dejarse de tomar la sopa.

La mujer, muy seria y pensativa, lo veía agachado sobre el plato, mientras ella continuaba masticando la manzana y dejando las cáscaras sobre la mesa del pequeño restaurante.

—¡Mm! ¿Y solo con esa fotografía anda por todas partes preguntando por ella?

—¡Ajá! Me la dio mi madre, alma bendita, que antes de morir me dijo: «Tóme mijo. Necesito que la busque a ella, y cuando la encuentre, yo sé que lo va a hacer feliz». Y yo le prometí que lo haría —respondió él pasándose la manga del saco por la boca—. ¡Bueno! Me voy a seguir buscando por un rato, porque tengo que volver al trabajo y mañana madrugo otra vez. ¿Entonces me dice que la conoce, pero no la ha visto? —terminó diciendo mientras se ponía de pie.

—¡Sí! Eso exactamente —dijo despacio la mujer mirando cómo el hombre se esculcaba en los bolsillos, buscando la plata para pagar el almuerzo.

—¡Qué pena con su merced! ¿Me lo puede anotar en el cuaderno y mañana se lo pago?

—¡Claro, claro! Siempre pasa ¿No? Lo espero mañana.

—¡Gracias! Tiene muy buena sazón. ¡Adiós! —Y salió a la puerta del restaurante mirando para ambos lados.

Como si no supiera para dónde ir, finalmente se decidió por cualquier rumbo y se fue.

Pasando por el frente del almacén de frutas de don Romero, aprovechó que él se encontraba recibiendo varias canastas de mercancías y, acercándose, le mostró la fotografía, pidiendo que por favor le dijera si la conocía o si la había visto.

—Mi madre me dijo en su lecho de muerte que la buscara y que cuando la encontrara iba a ser el hombre más feliz del mundo. «Es la mujer más comprensiva que existe», me dijo —mientras hablaba, le ayudó a don Lucho a entrar las cajas que le habían dejado en el andén, sin que él se lo hubiera pedido.

—¡Sí, claro! Tiene que ser así. Una madre nunca se equivoca —respondió el tendero mirándolo a los ojos—. Y la habrá buscado por mucho tiempo, ¿no?

Luego miró la foto volteando la cabeza como un péndulo, en una forma de desgarro, como si la hubiera mirado ya muchas veces; entonces suspiró y se dirigió al mostrador para ponerse a organizar las frutas que acababa de recibir.

—¿Y ya fue donde el cura? —le preguntó desde allí sin mirarlo a la cara.

—No —respondió dudoso Mariano— ¿Por qué donde el cura?

—Pues porque a la iglesia es a donde va todo el mundo, y el cura debe conocer a todos. Él sí le dice si la ha visto o no y cómo la puede encontrar —le respondió el tendero en tono regañón.

Mariano se sentó en una pequeñísima silla recostada en la pared y se quedó allí pensativo y suspirando. De pronto levantó la mirada sonriendo y dijo:

—¡Sabe que sí! No lo había pensado. ¡Adiós! Me voy pa' la iglesia antes que se me haga tarde pa'l trabajo. —Y salió en carrera agarrando su sombrero sobre la cabeza.

Don Lucho lo vio salir de afán y lo siguió hasta la puerta. Ahí se le quedó mirando hasta perderlo de vista.

—Definitivamente, la locura no se detiene —dijo y se entró.

Mariano se detuvo en la entrada de la iglesia y, posándose de rodillas, se echó la bendición. Algo muy dentro le hizo quedarse allí un rato, hasta casi llorar. Luego entró con su sombrero en la mano, procurando que sus pasos no sonaran en el eco del templo. Buscó una silla muy cerca del altar, en la primera fila, y se quedó concentrado mirando la inmensa imagen del crucifijo que colgaba en la pared del frente. En lo alto.

—¡Señor Diosito! Ayúdeme a encontrar a esta mujer. Si su merced sabe dónde está, dígamelo, ¿sí? Hágame ese favorcito. Siento que ya no aguanto más. Toy como cansao. —Y levantó la foto que siempre llevaba consigo desde el día la muerte de su madre para mostrársela al crucifijo, que parecía mirarlo con tristeza.

Entonces el eco de los pasos del cura y algún mueble que golpeó al pasar llenaron el recinto, haciéndole levantar la cabeza a Mariano y con sus ojos buscar inmediatamente al sacerdote. Lo siguió con la mirada fija y sin parpadear hasta que este se detuvo y se sentó en una de las sillas atrás del altar.

Mariano se levantó de la banca y con su sombrero apretado entre las manos, en el pecho, y la foto adentro de él, se dirigió hacia el sacerdote.

—¡Su merced! —llamó en voz baja—. ¡Su merced! —volvió a llamarlo subiendo un poco el volumen de la voz—. ¡Su merced! —Y el cura, sobresaltado, volteó a mirar a los lados hasta encontrar a Mariano, quien lo observaba con los ojos bien abiertos.

—¿Qué te ocurre? ¡Por Dios! —dijo el religioso en voz baja y en son de regaño, acercándosele como si lo fuera a golpear—. ¡No ves que este es un recinto sagrado? Aquí no se viene a gritar. ¿Qué es lo que quieres?

—Discúlpeme, su merced —dijo Mariano agachando la cabeza. Pero es que necesito saber si usted conoce a esta persona. —Y le mostró la foto.

El religioso la miró y miró a Mariano a los ojos. Luego de un hondo suspiro, tomó la foto en su mano y la miró con más detenimiento.

—¿Y para qué la buscas?

—Verá usted. Cuando mi madre murió, me hizo prometerle en su lecho que buscaría a esta mujer y la encontraría, porque desde entonces iba a ser el hombre más feliz del mundo. Ella solo quería eso pa' mí.

—Y tu padre, ¿dónde está? —preguntó el cura mientras pasaba al otro lado de la pequeña puerta de madera que interrumpía el paso de los feligreses hacia el altar.

—Él también se encuentra con Dios, su merced —respondió Mariano echándose la bendición.

—Y entonces tú estás solo en esta tierra de Dios —agregó el cura—. Sin casa, sin posesiones, sin familia... apenas si tienes vida —terminó diciendo mientras se acomodaba en una de las largas bancas poniendo la foto en el canto.

—Sí, señor. Y la vida que tengo anda de mal en peor, me dijo el doctor.

Mariano se sentó cerca del cura sin dejar de mirarlo a la cara, esperando una respuesta. Luego preguntó:

—¿Ella ha venido por estos lados, su merced?

El sacerdote miró la foto como si pensara y luego su mirada se iluminó.

—¡Sí! Claro que sí, hijo. Debiste haber venido antes —respondió el sacerdote devolviéndole la foto y poniéndole la mano en el hombro al verlo sonreír—. Ven el domingo que se celebra el día de la Virgen, ese día viene todo mundo a misa y yo te diré dónde la puedes encontrar. Ella acostumbra asistir a todas las eucaristías. Y hasta estoy seguro de que ella también te espera. Creo que tu madre te escogió la mejor mujer, pero tienes que hablar con ella con mucho detenimiento. Durante estos días, mientras llega el domingo, piensa en qué le vas a decir y cómo se lo vas a decir. Ha pasado mucho tiempo, hijo.

Entonces Mariano se levantó de la banca con la felicidad más grande que jamás había sentido.

—¿De verdad, padrecito? ¿El domingo me la presenta? Padrecito, ¡regáleme su bendición! —Y, agachando la cabeza, recibió la bendición y un abrazo del sacerdote.

—Claro que sí, hijo, claro que sí. ¡Ja, ja, ja! Me alegra que estés feliz. Por fin acaba tu búsqueda y la de ella. Por fin los dos se van a encontrar ¡Gracias a Dios! ¡Ja, ja, ja! —Río el sacerdote y el eco llenó de nuevo el templo en todos sus rincones.

Mariano salió de la iglesia echándose una y otra vez la bendición y despidiéndose alegremente del cura, que, ante el gran crucifijo en la pared atrás del altar, sonreía y agradecía por los milagros tan maravillosos de los cuales nos hace testigos.

—¡Gracias! ¡Oh, Dios mío! ¡Gracias! Este hombre ha terminado su búsqueda gracias a tu intervención divina. Gracias por traerlo hasta aquí ¡Dios mío! —decía agachado y con sus manos entrelazadas debajo del mentón.

Mariano atravesó las calles del pueblo de regreso a sus labores en las haciendas, recogiendo las cosechas de maíz y papa. Hasta las siete y media estuvo como todas las noches, de lunes a sábado. Nada le podía hacer olvidar que el domingo por fin iba a conocer a la mujer de la fotografía que, en su lecho de muerte, le juró a su madre que encontraría para ser feliz.

Al día siguiente, le contó a la señora del restaurante que su búsqueda por fin había terminado.

—Y el cura me dijo que fuera el domingo. Ella va a la iglesia todos los domingos y dízque también ha preguntado por mí. ¿Se imagina? Ese día me voy con la mejor ropa —contó entusiasmado terminando el plato de sopa que todos los días almorzaba en el restaurante de doña Sofía.

—¡Jm! Me imagino la alegría del padre Lizardo al saber que por fin usted la encontró, y preciso en la iglesia —dijo doña Sofía mientras pelaba su manzana de todos los días a las doce, como le recomendó el doctor.

Mariano esculcó en sus bolsillos, buscando los cinco mil pesos para pagar.

—¡Ya sé! Se los anoto en el cuaderno —dijo ella, que sin levantarse de la silla recogía las cáscaras de manzana.

—¡Hágame ese favorcito! Gracias —replicó Mariano mientras se ponía de pie sosteniendo su sombrero en el pecho—. Tiene usted muy buena sazón ¡Y gracias por todo! —Y se marchó tarareando una canción desconocida mientras miraba a ambos lados de la calle, para salir como siempre con rumbo a la tienda de frutas.

Entró como el día anterior y todos los días anteriores al negocio de don Lucho y lo saludó muy feliz.

—¡Buenas tardes su merced! Imáginese que la encontré, y usted no sabe dónde.

—¿En verdad? —preguntó don Lucho y, mirándolo sorprendido a la cara dejó momentáneamente de hacer sus cosas.

—¡Sí! De verdad, sí señor. Ayer fui a la iglesia y el padrecito me dijo que ella está ahí todos los domingos. El domingo me voy a ir con mi mejor ropa y voy a entrar de primero pa' hacerme adelante, donde ella me vea, pues dízque también me va a estar esperando —comentó Mariano con una gran sonrisa y salió de la tienda despidiéndose—. ¡Adiós, señor! Y gracias por todo.

El tendero se le quedó mirando fijamente desde la puerta hasta verlo voltear en la esquina.

—¿Y la locura sí tendrá fin? —comentó.

El viernes y el sábado Mariano no asistió a almorzar donde doña Sofía como todos los días a las doce y diez, ni entró a reposar a la tienda de don Lucho, el esposo de doña Sofía, como todos los días a las doce y cuarenta. El domingo la noticia ya se había regado por todos los rincones del pueblo.

Mariano, el hombre solitario que a sus cincuenta años no tenía ni siquiera dónde dormir, siempre almorzó en el mismo restaurante y reposó donde don Romero. Aquel hombre que nunca fue a misa a pesar de los ruegos del cura y que pasó toda su vida, desde la muerte de su madre a los siete años, tratando

de cumplirle una promesa, falleció en la puerta de la iglesia el domingo a las cuatro de la mañana, con su único pantalón limpio aunque todavía empapado y jabonado, y con la estampita de la Virgen María apretada contra su pecho en el sombrero, la misma que todos los días mostraba en el restaurante y en la tienda preguntando si la habían visto.

NOCHE Y SOL

MARGARITA SUÁREZ

Taller Distrital de Cuento, Bogotá



Noche te besa, Luna, con una boca que derrama estrellas cuando besa, y como es a ti a quien Noche besa, tú sientes las constelaciones que te acarician la boca y se escurren amarillas para pintarte con luz la cara.

—¿Me quieres, Noche?

Noche no se ríe, pero tú puedes ver en sus ojos que tienen embutidos a los cielos más oscuros y sin estrellas del mundo, la risa cruel y burbujeante que te dice que no, Noche no te quiere. Pero tú te permites ser ingenua y fingir que el silencio de Noche significa un «sí» callado, un «sí» dulce que está escondido en un rincón de su cuerpo, acurrucado dentro de algún hueso. Un «sí» que suene tan pasito que sea susurro, pero un «sí» que, aunque existe siendo susurro, existe. Te dejas a ti misma creerle esa mentira, Luna, porque la negrura que los cobija se está desangrando en azul clarito y anaranjado mientras amanece, y pronto, cuando el cielo ya no sea negro ni el mundo esté sin luz, vas a desaparecer.

Te das cuenta de que Noche te está besando con los ojos abiertos, clavados en su propio cielo que se está aclarando, clavados en la silueta tibia y dulce como miel, de un Sol que está por despertarse.

Luna, antes de que se haga de día, te tienes que dejar de decir mentiras. Los ojos de Noche ya no se están riendo en burbujas crueles, los ojos de Noche ya no están llenos de negrura y

burla, sino vacíos de todo lo demás. Mientras Noche ha estado mirando a Sol, se le han llenado los cielos oscuros que tiene atrapados, de ganas de amanecer.

La madrugada llena de una luz cruda el mundo. No flores, Luna, no flores que ya te estás desvaneciendo como polvo, no flores que ya es temprano en la mañana y no tiene sentido que te pongas a llorar.

Los pájaros reciben el día con fiesta y serenata, las noches se están haciendo cada vez más largas y todas las criaturas del mundo temen que las oscuridad se las trague, por eso, cuando aparece Sol, el miedo que le han agarrado a noches que se estiran para oscurecer el mundo más tiempo, se vuelve emoción y alivio.

—Don Sol —dice el gallo, qué susto da cuando usted se demora tanto en salir. Pensé que de pronto hoy no tenía ganas de aparecerse por aquí, trate de no demorarse, las noches están muy largas y muy frías. Hace falta la luz.

Todos los pajaritos están de acuerdo, ¿los oyes, Luna? Cantan porque quieren que el Sol no ignore al gallo.

El Sol se da cuenta del gallo, brilla con una luz medio triste, una luz que alumbra, pero apenas y sin tibieza. El Sol se mueve despacio, más despacio de lo que se ha movido nunca, como si le tuviera miedo a iluminar el cielo, como si le tuviera miedo a que se alumbre Noche y se disuelva en luz.

El Sol te mira, Luna, con ojos llenos de luz, llenos de miedo. Te mira por un segundo y luego mira a Noche, y mirando a Noche ese miedo que tiene en los ojos se vuelve pánico y se enreda con algo más, algo muy crudo que no sabes cómo se llama; algo que se parece a las ganas de amanecer que les viste a los cielos que tiene Noche en la mirada. Casi crees que los ojos de Sol quieren anochecer. Casi.

Casi parece que Noche se armara brazos con neblina y tratara de estirarse para poder tocar al Sol.

Casi parece que el Sol se tratara de oscurecer para no matar la negrura de la que está armada Noche.

Son ya las seis de la mañana, lo sabe el mundo y te lo dice a ti Luna con los pájaros ruidosos y el gallo que no se calla. Ya no eres más que una silueta clara que se esconde para no volver a aparecer hasta mucho más tarde.

De Noche ya no queda nada, eso te pone triste. Pronto no quedará nada de ti tampoco.

Miras al Sol antes de quedarte dormida.

Los ojos de Sol se han desocupado de todo, el miedo que tenían adentro se ha vuelto pesar. Y las ganas de anochecer que le has visto escondidas ya no se asoman. Sol cierra los ojos y tú sabes que se está imaginando que es de noche, tú sabes que está imaginándose que existe ahí, a oscuras besando los cielos que antes de la madrugada habías estado besando tú.

Casi crees que todo es un cuento tuyo.

Casi.

Esa noche, cuando le preguntas a Noche si quiere a Sol, los ojos se le llenan de ganas de amanecer.

SI DILMA SE VA

EDWIN RAMÍREZ PÉREZ

Taller Literario Pluma Encendida, Envigado



Aun más que mis brazos retorcidos, esta penosa pierna que me pesa como piedra y el monstruo que crece en mi garganta tragándose mis palabras cada vez que hablo, el hecho de no contener la saliva en mi boca es lo que más me resulta humillante.

Siento su constante tibieza, su fluir en mi cara avanza a lo largo de mis brazos hasta extenderse por mis piernas. Su frialdad se apodera de todo a mi alrededor: sobre la silla, en la cama, regada por el suelo... en cualquier lugar en donde me encuentre, a donde vaya me invade su humedad, es algo enloquecedor.

A veces me pregunto si estoy hecho solo de baba. Nunca para de emanar ya ni sé de dónde, sobre mí mismo, inundándome todo. Mi vida es una sucesión de días y de noches de naufragio en medio de esta permanencia líquida no deseada, perdido en el silencio obligado de mi escabrosa y enferma condición mental. La luz del sol le gana espacio, otra vez, al frío descanso que me depara la noche. Sin cesar, sin parar, sin novedad.

Esta es hoy la consciencia despierta de Tito. Desde tiempo atrás también muchas personas lo perciben así, sin pensar un poco en el drama que vive a diario cuando cobra lucidez. Tito es un residente más de un hogar provisto por la administración municipal de Medellín para los habitantes de calle.

Un inquieto haz de luz se posa sobre mis ojos y me obliga a elevar la cabeza. Como un acto reflejo me encuentro sentado en la abismal orilla de mi cama. Una ráfaga de graznidos y el múltiple trinar de pájaros asaltan mis oídos sordos. ¿Qué día es hoy? ¿Quién lavará hoy esta ruina de mi cuerpo? ¿Preguntará alguien hoy por mí?

Por un instante, Tito se sorprende de sí mismo al hacerse estas preguntas. No tiene el más vago recuerdo de la última vez que se preocupó por estos asuntos. Ni de su familia, ni de sus amigos, ni de los truculentos oficios a los que se dedicaba, según comentan algunos cuidadores, en los suburbios de esta ciudad.

Qué sensación extraña. Nada me duele. Un raro confort me convalece. Puedo pensar con claridad. Razono con lúcida rapidez. Mis ojos, mis oídos, mis pensamientos vuelan. Afuera hay un alboroto. En el corredor percibo una presencia. Ahora un estruendo hace retumbar las paredes y mi cuerpo. Transcurren unos segundos y todo se complace en un efímero silencio, roto al instante por un sonido dulce que suaviza la tensión e irrumpe como un ventarrón fuerte, alegre y melodioso. Es una voz de mujer. La mujer, todo lo contrario a la voz, es pequeñísima, rápida, y a mi modo de ver hoy las cosas es bella. Una pequeña maravilla, diría yo. Se trata de Dilma.

—*Buenos días, Tito, ¿cómo amaneció?*

Intento decirle que estoy bien. Que me siento mucho mejor. Que no tengo dolencias y que me alegra mucho verla de nuevo. Que me diga por qué no viene más a menudo. Quisiera sonreírle un poco, hacerle un guiño y por unos breves segundos atrapar la punta de sus dedos entre mis manos. Pero sale de mí un berrido espantoso, mis manos no responden, me siento húmedo y miserable una vez más

—¿Tiene frío o tiene calor? ¿Cómo se siente? ¿Qué tal durmió?
Dilma Pregunta sin cesar, sabe que no tendrá respuesta. Sin embargo, algo le dice que Tito es otro. Que la mira diferente, que a lo mejor quiere decirle algo. Compasiva, lo mira y continúa su quehacer.

Quisiera decirle que me siento sucio, que no me importaría mucho si el agua esta fría o caliente. Que dormí de mil maravillas y que ahora que la veo me siento mucho mejor, con ganas de levantarme, de bañarme, de salir a caminar un poco. Quiero decirle que me gustaría tomar un cafecito negro y amargo con ella. ¿Se tomaría quizá el tiempo de acompañarme a un café? Nunca lo sabré.

Dilma me mira con una mezcla de risa, ternura y compasión. Estoy morado de hacer fuerza para emitir una palabra, para mover brazos y piernas. Me convengo de nuevo de mi vano esfuerzo. Me conformo con mirarla intenso y desesperado. Soy una miseria. Para mi desconsuelo, hoy, como nunca, soy consciente de mi condición.

Me sorprende su habilidad para sacarme de la cama, sentarme en una silla plástica modificada con ruedas y de un solo tirón llevarme hasta el baño. En un santiamén estoy acicalado, pulcro y con ropa limpia.

—*Tito sabe que no será por mucho tiempo, recuerda su condición, pero esto no le impide sentirse feliz.*

Ella se olvida de mí por el resto del día, ocupada de mis otros compañeros del hábitat en condiciones similares a las mías. Me paso el tiempo pegado a la reja coronada por una cadena y un candado que no me cabe en las manos. Desde ahí observo los transeúntes que pasan desde lejos y me miran sin detenerse un segundo. Su indiferencia ya no me duele. Soy un objeto más como la reja y el candado. Bueno, debo decir que algunas personas sienten que su atención queda atrapada en aquel descomunal candado que parece el guardián de un tesoro

de piratas, o de alguna reliquia en un antiguo monasterio. Pero no, solo guarda los pasos trémulos y perdidos de un puñado de locos y desvalidos abandonados a su propia suerte, a no ser por esta mujer que nos cuida a diario.

El día mengua. El ruido se disipa poco a poco, mis sentidos se nublan y me envuelve una sombra asaltada por los insectos que se cuelan por la reja y se ensañan contra mi piel.

El sonido calcáreo de unos tacones que repican contra el suelo, acompasados y cadenciosos, se acerca, retumba en mis oídos. Una mano tibia acaricia mis cabellos. Una voz de fuego me habla al oído. Sonrío.

El taconeo se aleja alegre y apresurado.

GIRASOLES AL ÓLEO

ELSY ZÚÑIGA

Taller de narrativa La Tinaja, Chía



Victoria abrió la correspondencia con mucho cuidado. Un hermoso girasol pintado con maestría en el centro del sobre la invitaba a conservarlo. Aquella era una carta muy extraña, y ella la leyó despacio:

Querida Victoria:

Mi madre me decía que debía dedicarme a la pintura, pero, por alguna razón, me quedé con la fotografía. Desde niño fui obsesivo con el arte. Supongo que la culpa la tuvo mi padre, quien fue un prestigioso curador en museos. Sus investigaciones y trabajos lo llevaron alrededor del mundo. Todavía recuerdo aquel viaje; hay algunos momentos borrosos, querida Victoria, pero voy a tratar de traerlos a mi memoria para dejarte claras las instrucciones.

Tenía alrededor de ocho años cuando subí a ese avión con destino a Ámsterdam. En esos días, el trabajo de mi padre estaba relacionado con las obras de Van Gogh; él había estudiado a profundidad las virtudes de los girasoles, los pintaba en cada hoja de su diario, llegó a obsesionarse tanto que mi madre usaba perfume de girasoles para atraer su atención. Yo no sabía nada de arte en ese entonces,

pero era un gran imitador y mi ídolo, por supuesto, era y siempre será mi padre.

Una tarde, mamá se fue de compras con mi tía Meche, quien nos acompañaba hasta en las vacaciones, vale decir que yo era el ser más feliz del mundo porque estaría a solas con papá en el museo. Recuerdo con una claridad asombrosa las pinturas del artista, los colores me hacían vibrar. Esa obsesión con el amarillo y el azul me perseguiría toda la vida; recuerdo los colores, las sombras, las formas y los detalles. La mayoría de eventos de aquella tarde deambulan por mi memoria, pero definitivamente hay algo que se borró por completo de mi mente y fue la muerte de mi padre. Por más psicólogos y terapeutas a los que acudí, aquel momento traumático se eliminó de mis recuerdos; mamá decía que yo no podía aceptar la partida de papá y que mi deber era sanar para recordar. Según lo relatado por los testigos, estaba trabajando con un restaurador en un taller que más parecía un laboratorio. Si la memoria no me falla, bajé con él hasta el recinto, sin embargo, no me dejaron entrar. Lo vi desde los cristales reunirse con un hombre rubio de extrañas patillas, el pelo le cubría las orejas, incluso parecía que no tuviera; hablaban tan alegres que no quería desprenderme del vidrio. Esa fue la última vez que lo vi, al menos que yo recuerde.

Luego llegó aquella señorita amable, me tomó de la mano, me llevó a comer yogurt con pastel y cuidó de mí el resto del día en el museo, mientras yo simulaba ser mi padre en frente de los turistas. Me sumergí tanto en la actuación que tengo la impresión de que los cuadros estaban vivos, podía sentir la brisa del campo, el olor a hierba, el sonido de las abejas entre los girasoles; todavía me des-

pierta el zumbido de las cosechadoras de miel en las mañanas.

Mi querida Victoria, perdona si te aburro con las historias de mi niñez, pero quiero que veas mi solicitud como la de un niño que quiere cumplir un sueño. A cambio de un pequeño favor, dejé el apartamento a tu nombre, y puedes disponer de los muebles y enseres como mejor te parezca; por ahora, preferiría no desviarme más de esta historia.

Mis recuerdos saltan fluidos entre los cuadros, las estrellas y los girasoles. En uno de ellos, me pareció ver al hombre de las patillas caminando al encuentro de mi padre en una especie de cafetería al aire libre; era elegante, antiguo y brillante. Algunas personas en el lugar tenían rostro, otras no, pero podía escuchar a lo lejos las ligeras conversaciones y vi cómo respondieron con las manos a mi saludo. Cuando papá me vio en ese lugar me hizo una señal para que me fuera; aunque él parecía enojado, a las personas de la pintura les tenía sin cuidado, y en el momento en el cual quise entrar al lugar, me estrellé con una pared de cristal. De ahí en adelante no recuerdo nada más.

Con el tiempo fui olvidando la vida que tenían los cuadros. Durante años visité el museo cada vez que tenía vacaciones. Mi madre, en medio de un dolor inocente, me complacía, pues para ella era la manera de compensar la ausencia en el crucial momento de la partida de su esposo. Buscaba el cuadro del café de la terraza, tratando de encontrar a mi padre o al señor de las patillas. Estaba seguro de que en cualquier momento alguno de los dos saldría a dar una explicación de lo sucedido, y la gente entendería lo que yo vi, pero esto nunca sucedió. Empecé a pintar de memoria la susodicha obra de arte, pero todo lo

que emprendía estaba desprovisto de vida. No pude hallar chispa ni movimiento, eran solo pinturas: ninguna puerta o ventana se abría. Como ninguna me mostraba lo que quería ver y eran réplicas aceptables se vendieron fácilmente, y pagaron mis vacaciones cuando mi madre no pudo hacerlo más. Eso fue lo único que aprendí a pintar; ahora entiendes por qué me hice fotógrafo.

Comprenderás, mi querida Victoria, que los sueños de este hombre-niño están asociados con esa tarde en la que perdí a mi padre. Dicen que murió de un infarto, pero yo no me lo creí ni por un segundo, y en este lugar hallé todas las respuestas. Has sido la mujer más comprensiva y dedicada, te amaré siempre. Lamento haberme marchado así y dejarte estos meses con la duda de mi partida. Sé que recibir una carta tanto tiempo después, y acompañada de semejante cuadro de proporciones exageradas puede parecer extraño, pero el tiempo funciona distinto por aquí, es casi líquido y tuve que esperar a que tomara cuerpo. Perdona las veces en que no pude explicarte mis ausencias, pero en ese entonces no me hubieras creído, quizás ahora tampoco. Solo te pido que, como lo hiciste durante tanto tiempo, confíes en mí. Esta obra que dejo en tus manos es mi última réplica de la cafetería de la terraza... Y aquí viene el incómodo favor: nunca te deshagas de ella, promételo. Cuélgala cerca de una ventana a la que le entre el sol. Puedo parecer tonto, pero aún le temo a la oscuridad.

Te pido que, en las noches, mantengas una lámpara encendida cerca de la pintura. En el extremo derecho inferior verás un hilo rojo colgando que parece sobrar, es imperativo que no lo quites y si puedes mantenerlo oculto de los ojos de tus

visitas o de manos inquietas, te lo agradeceré eternamente. Por último, te pido que pongas flores en la tumba de mi madre cada semana o al menos una vez al mes. En mi actual ubicación me resulta imposible hacerlo.

Si te preguntas cuándo volveré, me temo que no tengo una respuesta. Me costó veinte años entrar, y aunque dejé una guía para salir, parece arena movediza, tal vez un día alguno de los dos pueda pasar. Para terminar, quiero contarte que acá el café sabe a todos los sabores, y el aire abraza una multitud de aromas. Cómo desearía presentarte a mi padre, él dice que te ves hermosa cuando sonríes, y que tienes una sorpresa que darme. Ha de ser el tiempo que lleva aquí, no sé cómo hace para verte con tanta claridad. A lo lejos solo puedo ver manchas, aunque imagino que son tus rizos. No deseo importunarte más, así que me despido con un beso eterno.

Tuyo siempre,

Vladimir.



Victoria leyó la carta entre la duda y el asombro. Sabía que Vladimir no mentía, pero entendió a medias el incoherente mensaje, y nada explicaba la partida de su esposo. Lloró hasta que sus lágrimas se secaron. Quería decirle y preguntarle tantas cosas. Tal vez lo hubiera disuadido de desaparecer de la forma en que lo hizo. Lo amaba tanto que cumplió sus deseos a cabalidad. A pesar del avanzado estado de embarazo en que se hallaba, colgó el pesado cuadro cerca de la ventana, tomó el extremo del hilo rojo y con una cinta lo pegó

a la parte trasera del marco; desde entonces encendió la luz cada noche, con la esperanza de que en algún momento Vladimir se arrepintiera de la súbita huida y regresará por ella o al menos por la tan amada obra. Dejó en varias partes de la casa fotos de su esposo, no quería olvidarlo. Soñaba cada día con que conociera al pequeño Vladimir, pero el tiempo no le dio tregua y el cuadro se volvió parte del paisaje de sus días.

Una mañana, el niño de ocho años empezó a jugar con las crayolas, y como todo un profesional creó universos inentendibles en las paredes. Al ver tal proyecto, Victoria pensó que enloquecería, pero antes de regañarlo decidió preguntar al artista sobre aquellos trazos. El pequeño, sin un miligramo de duda, respondió:

—Mamá, todas las líneas rojas son caminos, los círculos amarillos son puertas y los azules son mundos. —La madre lo miró sorprendida, mientras el niño continuaba la explicación—. Allí en ese mundo, cerca de la puerta, estaba la abuela. Ella buscaba a papá y al abuelo hace tiempo, y yo los encontré en el mundo cerca de la ventana. No me regañes, mamá. Por eso pinté los caminos rojos, para que la abuela tuviera por donde caminar, así ella pudo por fin abrazar al abuelo y ahora toma café de todos los sabores. Enseguida, el señor rubio de las patillas...

—Espera, ¿qué señor rubio? —le preguntó Victoria sorprendida—. No entiendo, Vladimir.

—Pues el que toma café con papá todas las tardes. —El niño tomó de la mano a su madre y la llevó frente al cuadro señalando uno de los personajes allí pintados—. Ese señor me dijo que necesitaba pintar puertas para que pudieran entrar y salir. Yo sólo les ayudé, ¿me perdonas?

Victoria no pudo contener las lágrimas. Buscó y releyó la vieja carta de Vladimir; ahora parecía tener sentido. Durante varios minutos, que se sintieron como horas, mamá e hijo permanecieron abrazados frente a la maravillosa réplica y no dijeron nada más.

Días más tarde, ante la ausencia del niño en la escuela y de Victoria en el trabajo, la Policía inició una investigación. Al parecer, sin despedirse ni dejar rastro alguno, habían decidido desaparecer.

Una entrevista a la ya anciana tía Meche dejó en claro que la valiosa réplica de Van Gogh era un regalo de la ausente Victoria y no estaba a la venta por ningún motivo. Había llegado por correo a la casa unas semanas después de la desaparición, acompañado de una carta escrita y firmada a puño y letra por la misma Victoria, en la que legaba la propiedad y daba instrucciones del cuidado de la pieza.

Luego de dejar el cuadro en medio de la sala, cerca de la ventana y junto a la lámpara, la mujer se quedó mirándolo sorprendida, muchas veces le había limpiado el polvo a la pintura...

—Podría jurar que la mayoría de las mesas en la terraza estaban vacías. No sé qué me pasa, seguro es la edad, me ha de estar fallando la memoria.

ADIÓS

LUZ MARINA RODRÍGUEZ RUEDA

Bucaramanga lee, escribe y cuenta, Bucaramanga



Sopla el viento, es época de verano. Él está en su lecho de enfermo. En las calles la brisa levanta la hojarasca seca, como torbellino que cruza de lado a lado y pega contra puertas y ventanas. En el cielo negro resplandecen las nubes con cada relámpago enceguecedor; se siente la amenaza, una tormenta está a punto de desatarse, los truenos anuncian su severidad. La oscuridad de la calle se confunde con el silencio aterrador y permite escuchar el chillido del viento que cruza veoz y a su paso tumba las hojas secas de los árboles.

Haciendo abanicos profundos, los velos de las cortinas que cubren la ventana de su alcoba ondean y dejan entrar el olor a tierra e incertidumbre, pero la tranquilidad y paciencia que siempre lo acompañaron le dan soporte a su corazón. Siente un frío sudoroso como el que presagia la muerte. Lo venía persiguiendo, porque sentía el retumbar de sus pasos cuando caminaba solo y pensativo, en momentos que le daba vueltas al mundo en su mente y recorría uno a uno los pasos que había dado desde que nació, en una humilde casa de campo, rodeado de pobreza, pero cobijado por el amor de sus padres que comenzaban una nueva vida en pareja.

Se hizo a pulso, como dicen los sociólogos de ahora. Con empeño y sacrificando su vida al lado del hogar, partió muy joven a buscar destino a otras tierras. En unas lo azotaba el calor

y en otras el frío. Recorrió pueblos y plazas, hizo amigos y tuvo grandes amores; ahora, en medio de la oscuridad de la noche, su corazón medio apagado y su vida en violo, llegan los recuerdos, uno tras otro, unos cargados de dolor, otros de alegría y casi todos de sinsabores. Sus fuerzas lo habían desamparado, su canto alegre estaba callado y sus ojos se perdían entre la esperanza y la desventura. No quería irse de este mundo material; la muerte lo acechaba. Cerró los ojos para huir de los relámpagos, pero los truenos resonaban con más fuerza en sus oídos. En la soledad de su cuarto empezó a sentir cómo su cama se movía y las lámparas del techo rechinaban amenazando caerle encima, no podía levantarse, estaba conectado a una bala de oxígeno y a una bolsa de suero que se tambaleaban amenazantes.

De pronto, a lo lejos, divisó una tropilla de caballos; escucha rugir la tierra, revolviéndose al centro mismo de su magma. A medida que se acercaban las bestias, se le erizaba totalmente la piel y se volvía rígido, sentía la ferocidad del frío que pasaba por encima de su sábana queriendo meterse en su carne, cuando una luz resplandeció seguida de un trueno, sintió cómo se elevaba de su lecho de enfermo y sin desconectarse de los aparatos que lo tenían atado a la cama sobrevoló la ciudad oscura, tan alto que se incrustó en las nubes produciendo inmediatamente una lluvia torrencial que inundó las calles y anegó los campos, llenó el cauce de los ríos y produjo avalanchas; el tanque de oxígeno explotó y con el gas que expelía llenó el cielo de un ambiente gaseoso y gris. Viajó veloz con el viento por los continentes cayendo entonces en un desierto; allí encontró a sus padres, fallecidos hacía treinta años; cuando les iba a hablar, una fuerte tormenta de arena lo levantó de nuevo hasta lo alto del cielo, donde el resplandor de un relámpago le abrió camino y como un pájaro cazando un pez se lanzó en picada hacia las profundidades del mar, hasta que llegó a la oscuridad eufótica y cavernosa, donde pernoctó.

VIDA DE TELENOVELA

MARÍA ELENA JIMÉNEZ GÓMEZ

Taller Las vecinas del cuento, Manizales



Más que el sueño, lo que realmente retenía en la cama a Emilia era la pesada sensación de que no había motivos para levantarse. Los ruidos de los carros frente a su edificio la habían despertado desde temprano. La luz que entraba por la ventana anunciaba que ya era de día. Ella prefirió volver a ovillarse en las cobijas al lado de su gato Tristán. Necesitaba más sueño. Se había trasnochado viendo la telenovela *Pasiones fatales* y pensando en cómo Adrián, el protagonista, resolvería el dilema entre el deseo por Juliana y el deber con su familia.

Cuando Emilia se casó con Roberto, él le compró un lindo apartamento con todo lo necesario y siempre estuvo dispuesto a satisfacer sus antojos. En eso ella podía sentirse tan satisfecha como Lupita al final de *Alas de amor*, la telenovela que estuvo de moda por los días de su matrimonio. No tenía cómo saber la suerte de Lupita después del final feliz, pero sí sufría la propia. Para ella lo que siguió a la boda fueron días de soledad esperando que Roberto regresara de sus largas correrías como camionero. Su única compañía eran Tristán y la pantalla de su televisor.

Eran las nueve cuando volvió a despertar. Miró el celular: Roberto no la había llamado todavía. Prefería que él la llamara cuando se detuviera, no fuera que al contestarle en carretera sufriera un accidente. Se levantó, tendió la cama, recogió la ropa sucia, la vajilla de la merienda y se dirigió a la cocina cuidando

de no atropellar a Tristán que se enredaba en sus pies a cada paso. Le gustaba sentir el roce de su piel peluda, la ayudaba a no sentirse tan sola.

Buscó el alimento del gato y vació un poco en el cuenco que estaba en el rincón de la cocina. Se tomó el tiempo para desayunar café con galletas y una tajada de queso. Se bañó y se vistió. Con eso acababa su rutina de oficios matutinos. No tenía que limpiar, lo hacía una vez a la semana. Solo con ella y el gato, el apartamento permanecía limpio. Tampoco tenía que lavar, lo hacía el día que Roberto llegaba de viaje para tenerle limpia la ropa el día que partiera de nuevo.

Prendió el televisor. Sentado sobre sus piernas, Tristán se dejaba acariciar. Acababa de empezar la telenovela de la mañana, *Amores difíciles*. Rocío llegó a la casa de Julián, donde la hermana le dijo que él se había ido, que no quería verla y que no se casaría con ella.

—Maldita traicionera, la vas a pagar —dijo Emilia en voz alta.

Por el capítulo anterior sabía que Julián había dejado con su hermana una carta que lo explicaba todo. Le pedía que recibiera a Rocío y la llevara a un hotel mientras él regresaba del viaje. Su padre lo había obligado a irse para alejarlo de ella e impedir su matrimonio. Emilia se sintió desolada al ver cómo Rocío se alejaba llorando sin tener a quién acudir. El episodio terminó al mediodía. El sentimiento por la suerte de Rocío le quitó las ganas de cocinar para ella sola, así que se maquilló un poco, se puso una chaqueta y se fue a un centro comercial.

Recorrió los pasillos observando las vitrinas, sin decidirse a comprar nada. Se antojó de una cartera, y hasta alcanzó a pensar que hacía juego con los zapatos que llevaba, pero el desgano por la vida le pudo al deseo, después de todo no era objetos materiales lo que ella necesitaba.

Cuando llegó al piso de comidas pidió un ajiaco y se sentó en una mesa alejada. Vio que el sitio estaba lleno de empleados de las oficinas cercanas, de amigas que conversaban entretenidas, parejas que se miraban con amor y compartían un bocado.

La multitud llenaba el lugar con un murmullo inentendible que la ahogaba.

De repente, alguien que se paró de una de las mesas llamó su atención. Se le pareció tanto a Julián que creyó reconocerlo. Se veía tan guapo: alto, esbelto, vestido con traje de oficina como el que usaba en la telenovela, con su cabello bien peinado, su cara trigueña y sus ojos color miel. Abandonó su ajiaco y corrió hacia él. Lo alcanzó justo cuando empezaba a abordar las escaleras eléctricas.

—¡Julián! ¡Julián!

El hombre no se dio por enterado. Ella lo tomó por el brazo y lo sacudió obligándolo a que se volteara a verla.

—Julián, tu hermana te traicionó, le mintió a Rocío, le dijo que no la amabas, ella no sabe qué hacer, tienes que regresar a salvarla.

—Señora, está equivocada, no conozco a ninguna Rocío.

—Si de verdad la amas, tienes que buscarla. Ella está sufriendo mucho pensando que la abandonaste. Ve por ella para que sean felices para siempre.

—Ya se lo dije, señora, no la conozco, no la amo, no sé de qué me habla. ¡Déjeme en paz! —fue lo último que dijo el hombre mientras sacudía su brazo desprendiéndose de Emilia.

Ella, desorientada, se sentó en la primera banca que encontró. Por aferrarse a algo, abrazó su cartera y bajó la cabeza. No podía creer lo que había escuchado. Julián negó amar a Rocío, hasta dijo que no la conocía. Entonces era verdad lo que había dicho su hermana. La confundida había sido ella. Julián no buscaría a Rocío, no habría en su destino un final feliz.

Con movimientos desganados, la mirada estrecha bajo sus párpados y sin saber cómo, Emilia regresó a su casa. Acarició a Tristán pensando en lo desconcertante, pero revelador que había sido su encuentro. Suspiró profundo y se dijo:

—Todo es mentira. El amor verdadero no existe. Llegará el día en que Roberto no regrese.

Se sentó y prendió el televisor para ver *Más allá de la muerte*.

EN UN PARQUE DE NIÑOS

JOEL BERNAL SILVA

Taller José Eustasio Rivera, Neiva



Estábamos en el campo de fútbol del barrio cuando lo conocimos. Algunas tardes entre semana, apenas salíamos de la escuela, íbamos a jugar allí. Corríamos por los lados del campo imaginando ser corredores profesionales. En otras ocasiones, alguien traía un balón y armábamos campeonatos relámpago. Cada vez que llegaban los vientos de mitad de año el lugar se llenaba de niños con sus padres, sus cometas, y buscaban un espacio en donde las cuerdas no se enredaran.

Fue en agosto cuando el campo de fútbol pasó de ser puro pasto con canchas a ser un paraíso en el que cualquier niño quería estar. En una reunión que hicieron en una casa del barrio, el alcalde dijo que construiría un parque infantil a un costado del campo, en medio de un bosque de plantas olorosas. Entusiasmados por la noticia, comenzamos a crear reglas de uso, incluso mucho antes de que las máquinas que cortan la maleza comenzaran la obra.

Las primeras apariciones de niños de otros vecindarios se dieron cuando dos volquetas destartadas descargaron arena cerca del bosque y cuando los trabajadores encerraron el lugar con una tela plástica de color verde. Los niños de los otros vecindarios se acercaban a preguntarnos cosas insignificantes, solo para mirar cómo iba la construcción.

En una de esas apariciones conocimos a Jhon. Jugábamos béisbol con una pelota de goma y un palo que recogimos del bosque cuando se acercó liderando un grupo.

—Hola, ¿podemos jugar con ustedes?

Era él. Llevaba puesta una pantaloneta gris y una camiseta blanca. Sonreía y traía una mochila café con rayas negras. Su altura no superaba la de un palo de escoba. Tenía brazos y piernas delgados. El cabello era corto y negro.

Habíamos reconocido a los demás niños. Solíamos verlos de vez cuando por ahí, cerca del campo de fútbol, pero Jhon nos pareció extraño. Aceptamos el juego con la condición de que nos enfrentáramos entre barrios. Los que habíamos estado jugando nos movimos de las posiciones y nos juntamos en un solo sitio, para elegir quién batearía de primero. Jhon hizo lo mismo con los otros niños. Cuando terminó de organizar la táctica, vimos cómo se acercó al banquillo donde habíamos dejado nuestras cosas, descargó la mochila, sacó de ella una botella y un aparato azul con tapa blanca, parecido a un tubo de esos que tienen las llaves de agua. Luego le dio dos chupadas al aparato y lo guardó.

Dejamos de jugar cuando empezó a oscurecer. Los loros chillaban por todas partes. Habíamos logrado sacar ventaja en el juego y, al final, ganamos quince a siete. Jhon invitó a los dos equipos a unos refrescos y a unos panes con bocadillo de guayaba que vendían en una tienda del barrio.

Era simpático. Mientras comíamos, nos contó de dónde venía. Nos dijo que el clima de la capital y el humo de los carros no eran buenos para él, y que por eso se había venido con su mamá a vivir al pueblo en casa de una tía.

—El próximo mes me meten en la escuela de aquí —nos dijo.

Le dijimos que ojalá así fuera, porque entonces el grupo crecería y no nos dejaríamos de los fastidiosos del barrio del Botadero.

Cuando terminamos de comernos los dulces que Jhon compró luego de los refrescos y los panes, cada quien se fue a su casa. Antes de despedirnos, le dijimos que, al día siguiente, por

ser sábado, nos veríamos a las diez de la mañana en las escaleras del campo de fútbol, que lo esperaríamos allá.

Aquella noche supimos que el alcalde se había reunido otra vez con la gente en la casa del presidente del barrio, y que había dicho que el parque estaba prácticamente terminado y que el sábado en la tarde iban a quitar la tela plástica. Entonces los del grupo nos dijimos que, cuando nos viéramos en la mañana, seríamos los primeros en meternos al parque.

Jhon no había llegado todavía cuando nos encontramos. Habíamos pensado que, a lo mejor, su mamá no lo había dejado ir. Lo esperamos un buen rato, hasta que vimos cómo en la parte de arriba del campo de fútbol se acercaba con la mochila y la ropa limpia que lo había diferenciado la tarde anterior. Cuando llegó, le preguntamos por qué se había demorado. Nos contó que no había encontrado algo que siempre cargaba, que utilizaba para jugar o correr, pero no nos dijo qué era eso, y entonces nos fuimos al bosque.

Habíamos dicho que la idea era que nosotros fuéramos los primeros en ver cómo había quedado el parque, darle un estreno a nuestro modo. Alguien tomó una piedra pequeña cuando estuvimos frente al plástico y, de un lanzamiento, lo rompió. Lo rasgamos y entramos como terneros cuando les abren el corral. Nos encontramos de frente con unos columpios a los que les faltaba pintura, con varias manchas de tierra dura sobre el pasto, ladrillos rotos, y aún quedaban por ahí algunas bolsas de cemento. Jhon nos dijo que no importaba cómo estaba el parque, que a lo mejor lo arreglarían con el tiempo, que así era de donde él venía, y que la esencia era disfrutar el momento.

Nos pusimos contentos y comenzamos a correr para todos lados cuando terminó de decir aquellas palabras. Uno de nosotros, mientras corría, dijo que el grupo era lo mejor que había en el barrio, y alguien lo agarró por la espalda y lo tumbó contra el suelo y todos, excepto Jhon, nos le subimos encima, riendo a carcajadas. Le hicimos una buena remonta por haber dicho algo muy cursi. Luego, cada quien comenzó a utilizar los deslizadores, los columpios, los caballitos, la rueda.

En un momento, vimos cuando Jhon se subió a un deslizadero, nos miró, se sentó y se lanzó. Bajó muy rápido. Cuando aterrizó, la velocidad le ganó y quedó tendido en el suelo mirando hacia arriba. Comenzó a reírse. Luego nos dijo que se sentía muy bien con nosotros, que gracias por la compañía, por la aceptación en el grupo. Nos fuimos hacia él y nos le subimos encima por haber dicho también algo cursi.

Cuando nos levantamos, vimos que él se había quedado de lado en el suelo, porque había intentado esquivar la remonta. Cada uno comenzó a caminar para ir a otro columpio o caballito. Cuando íbamos unos pasos adelante, volteé a mirar para ver a qué juego Jhon se iba a subir. Pero seguí viéndolo ahí, tendido en el suelo, de medio lado, sin moverse. Llamé a los demás. Nos acercamos y alguien le dijo:

—Oiga, Jhon, levántese, ¿qué le pasó?

No nos respondió. Uno de nosotros se agachó y, con la mano derecha, le movió un hombro para levantarlo. Jhon cambió de posición. Se quedó mirándonos desde abajo, con los ojos abiertos y rojos. Le miré el estómago para ver si tenía movimiento, pero no lo hacía. Uno de nosotros, desesperado, comenzó a moverlo con el pie. También le decía que se levantara, que dejara de molestar. Le pegó palmadas en la cara y nada. Luego se agarró la cabeza y empezó a decir que lo habíamos matado.

Alguien salió del parque, se fue al barrio y, en menos de una hora, los vecinos estaban en el lugar. Poco después, una ambulancia se parqueó cerca del bosque. Los doctores que se bajaron le tocaron las muñecas y el cuello, pero no se lo llevaron. Al rato, una señora llegó dando gritos. Les mostró a los doctores el mismo tubo que yo había visto el día que jugamos béisbol. Más tarde, llegaron unos policías y uno de ellos nos preguntó qué había pasado. De todos escuchó la misma historia. Cuando atardecía, apareció otro carro con unos señores que comenzaron a encerrar el parque con cinta amarilla. A Jhon se lo llevaron como dos horas después. Lo conocimos una tarde y, al día siguiente, dejamos de verlo.

TIERRA DE MUERTOS

MELVA MEJÍA

Taller Relata, Manizales



San Juan del Viento era un poblado ubicado en la sierra. Sus casas se deslizaban entre las faldas de la montaña y solo un pequeño parque dejaba una planicie para descansar. La tierra era roja púrpura, los pinos entrelazados formaban bosques con ramas que miraban el cielo. La neblina se paseaba de noche entre esos bosques, vigilante. El río pasaba al lado del caserío y su cauce hacía un quiebre en forma circular que le daba la apariencia de lago, quieto y mudo. Todo se confabulaba para purificar de ruidos este lugar. Al pueblo lo gobernaba un silencio en el ambiente. Me había mudado hacía poco para llevar a cabo un ejercicio de enfermera rural por un par de meses, y en verdad el pueblo parecía muerto. Cuando a mi llegada me instalé algo me incomodó, no tenía claro qué, era más un presentimiento de haber entrado en otro mundo.

Vivía frente al hospital, que era pequeño; apenas tenía un par de camas y generalmente estaban desocupadas. Debía visitar las comunidades del resguardo Katío, muy adentro de la montaña, y, por la ribera del río Atrato, a una comunidad de afrodescendientes cuyas casas se empinaban flotantes sobre la corriente. Los indígenas que eran nómadas dominaban los caminos de montaña y generalmente se desplazaban juntos por empalados, en hilera y sin hablar. La orilla del río era pedregosa y por allí encontraba a los afros.

Entre las dos culturas me habían enseñado enigmas que gobernaban sus creencias, «supersticiones», creía yo. Las dos tenían la convicción de la existencia de un mundo habitado por espíritus, un mundo de ancestros, de muertos, e incluso habían localizado el punto exacto, entre la montaña y el río, donde llevar sus pagamentos. Yo no era muy creyente, pero de a poco fueron venciendo mis resistencias y hasta tuve varios viajes con peticiones. La muerte era un tema que yo no podría esquivar, de niña sentía miedo, me aterrorizaba imaginarme las ánimas del purgatorio deambulando en el vacío con un sufrimiento eterno. Como enfermera, aunque la había asistido, al presagio, cuando se fijaba en la mirada vidriosa del moribundo, me invadía la desazón.

Era domingo en la noche y trabajaba horas extra. La neblina entraba por la ventana de mi oficina; me encontraba adelantando toda la logística para una reunión. Ya pasaban más de las diez, el sonido del reloj del corredor azotaba la soledad del vestíbulo. En la noche el pueblo era aún más silencioso; si puede haber algo más allá del silencio, lo hay allí, una nada que envuelve. Estar en el hospital en la noche me hizo sentir insegura y un desasosiego me invadió.

Me preparaba para cerrar la oficina, guardé mi máquina de escribir después de hacer la agenda para el evento. Miré por el largo corredor: la desnudez del trayecto, su claroscuro y el reloj marcando su pulso, tic, tac, tic, tac. Mejor irme rápido. Caminé a paso largo y una luz intermitente me detuvo junto a la puerta del cuarto que hospedaba a C., el médico de turno. ¿Estará? Me acerqué tensa y pregunté:

—¿C.?

Él me respondió rápidamente, abrió la puerta y me invitó a seguir. Esa noche había alquilado una película, *La casa embrujada*.

—Quédate, esto te saca de tu rutina — me dijo.

Como por inercia me quedé. En la cinta, la casa estaba habitada por espíritus, ellos iban y venían mostrando su existencia, prendían luces o las apagaban, abrían puertas o cerraban

ruidosamente ventanas. Era también de noche en la película y la lluvia daba ese ambiente lóbrego. Mi desazón aumentaba y mi cuerpo dejaba ver un temblor intermitente, me acordé de que estaba sola en mi apartamento, mi compañera se había ido el fin de semana con su novio. Ya eran las once y media de la noche y tuve urgencia de irme. Me despedí sin explicaciones, salí del hospital. Debía cruzar una calle desierta y alcanzar la otra acera en medio de una neblina que impedía ver. Corrí; ya en ese momento mi cuerpo estaba agarrotado. Antes de abrir la puerta de mi apartamento, por primera vez durante toda mi estadía, un sonido aullante me pasó por la cara. Una ráfaga de viento. Me apresuré, casi no logro ajustar la llave a la chapa. Logré abrir, entré a casa, cerré y me detuve un momento a tomar aire.

«¿Cómo te pones a ver esa película? dije en voz alta . Bueno, ya llegaste a casa.»

Me puse la pijama. Mi habitación era la primera justo entrando a mano derecha. Mi compañera tenía la de más al fondo. Estaba sola, de mi cuarto se veía su penumbra. Me acosté y apagué la luz. Todo quedó en sombras, me daba vueltas en la cabeza la película. «Espíritus, ¿y si es verdad? Los indígenas dicen que sí, quizás en San Juan del Viento haya un cementerio antiguo», pensé sin poder dormir. Pasó el tiempo despacio, detenido. Inesperadamente, el campanario de la iglesia marcó las doce. Un frío me recorrió, miré el cuarto contiguo, el que estaba vacío, y vi cómo una luz se encendió. Me tapé la cara con la manta, no daba crédito, aterrorizada no atinaba a pensar. Después de unos minutos se desvaneció y la obscuridad volvió a dominarlo todo. ¿Qué hago? Un estado de alerta me ordenaba levantarme y correr a la puerta, salir, pedir ayuda, pero estaba paralizada, muda, no lograba ni siquiera mover los pies.

La claridad entró por la ventana, amanecía. Una llave se hundió en la puerta y, tras un giro firme, abrió. Yo grité, grité, grité. En un alarido largo y sostenido expulsé todo el miedo reprimido. Era mi compañera que llegaba. Me miró aterrada:

—¿Qué te pasa?

Le conté de esa luz que durante toda la noche se prendía y se apagaba por sí sola en su cuarto. Ella no pudo contenerse y dejó salir una carcajada estrepitosa, denigrante:

—Es el bombillo, hace rato está así, tiene un daño. Levántate ya, tenemos que trabajar —me dijo.

Salté de mi cama y en un segundo estuve a su lado, nos dirigíamos a la cocina por el zaguán cuando un sonido nos hizo volver la mirada. ¡La luz de mi cuarto centelleaba!

EL CONTAGIO

ANAMARÍA ROZO

Taller Virtual de Cuento, grupo 2



Desde la ventanilla del bus pasaba la mirada con descuido sobre el café de la esquina. En ese momento lo vio fumando, apoyado en la puerta. Lo reconoció enseguida. Era el hombre que buscaba desde hacía un mes. No lo dudó un instante y se bajó antes de que el bus reanudara la marcha. Atravesó la calle sin prestar atención a los insultos de los conductores que trataban de esquivarla. Llegó a la acera con la respiración entrecortada para rogarle con la mirada unos momentos de atención. Él apagó el cigarro y revisó el reloj para asegurarse de no tener mucho que perder al invitar a la curiosa desconocida a un café que la tranquilizara.

—No sé cómo decirlo... no es creíble —se atrevió a empezar después de varios sorbos. Iba en un taxi pensando en mis propios problemas, pero ese día había un tráfico terrible y casi no avanzábamos. Entonces pasó un hombre al que no fui capaz de despegarle la mirada. Era distinto al resto de la gente. ¡Era un hombre tan triste! Parecía cansado de arrastrar esa tristeza quien sabe por cuántas cuadras, aunque nadie más lo notara y todos vieran a través de él como si no existiera. Siguió caminando muy lento hasta que finalmente dejé de verlo.

»La verdad, pensé que lo olvidaría, que era una escena conmovedora más. Pero cuando por fin llegué a mi casa, un peso enorme hizo que me doblara. Le confieso que con el tiempo hasta me acostumbé a él, o me hice más fuerte, no sé, pero el hecho

es que en el fondo nunca dejó de parecerme extraño. Es como si no terminara de reconocerlo, como si eso no proviniera de mí. No era algo mío, ¿entiende? Le pertenecía a ese hombre que había visto en la calle y, sin saber cómo, me había sido transferido.

»Desde ese día he estado buscándolo para devolverle su dolor. Puede que lo extrañe. La pérdida de un sentimiento así no pasa desapercibida. —Se detuvo un rato para mirar al hombre a los ojos y escudriñar en ellos algún rasgo de reconocimiento, pero él permanecía inmutable—. Bueno, también existe la posibilidad de que no sea suyo. Pero, en ese caso, también debía hablarle. Necesitaba saber precisamente eso. —La mujer le tomó con decisión una mano—. Mire, si esta tristeza es suya, se la devuelvo, siento mucho habérsela robado; pero si es mía, la asumiré como todas las otras y lamentaré haberle hecho perder el tiempo en un café.

El hombre suspiró mientras se liberaba con cautela.

—Siento decírselo, pero no creo que esa tristeza haya sido mía. —Se alejó de su invitada y se recostó en el espaldar de la silla; prosiguió mientras se sacudía el pantalón—. De pronto mi forma de caminar la convenció de que soy una persona triste, o incluso es posible que me esté confundiendo con otro hombre, el caso es que le aseguro que nunca he sentido algo como lo que me acaba de contar.

Ella bajó la mirada con resignación y bebió el último sorbo de café. Sonrió satisfecha y le dijo con serenidad al levantarse:

—No sabe cuánto le agradezco.

Se abrió paso entre la gente para salir del lugar. El hombre la siguió con la mirada. Su caminar se asemejaba más a un vuelo. Aun desde la distancia parecía que la felicidad la levantara del asfalto. Confundido, pagó la cuenta y se dispuso a salir, pero al llegar a la puerta se le nubló la vista: dos lágrimas involuntarias le doblaban las rodillas.

EL COMPOSITOR

JULIO CÉSAR MOLANO

Taller Virtual de Cuento, grupo 1



Desde que me devolvieron las partituras de mi gran obra, alcancé de nuevo la felicidad. Ahora el cuarto no me parece tan solitario. La luz que entra por la ventana refleja en la pared del lado de mi cama las sombras de unos barrotes que semejan una partitura. Me gusta el olor a límpido de mi cuarto y no me molestan las voces de las enfermeras, ni los pasos que susurran detrás de la puerta cerrada. Mi obra está conmigo y no permitiré nunca más que nadie la vuelva a tocar.

¿Qué puede ser más valioso que algo elaborado por tus propias manos? Su arduo trabajo confirma tu existencia. Te da un toque de inmortalidad, alcanzable solo por los grandes. Aquellos preparados con una mente abierta para complicadas y a veces crueles decisiones. Por ejemplo, asumir esta soledad. No me arrepiento. Tengo la música y el recuerdo en mis dedos de ese camino labrado por teclas blancas y negras. Eso es suficiente. Logré lo que me propuse. Anhelaba lo grandioso, y eso conseguí.

No fue fácil, menos cuando debía ocupar las valiosas horas en conseguir para comer, cuando cualquiera de esas distracciones significaba retroceder en la creación de mi obra. Como maestro de piano me destrozaba presenciar la práctica de un estudiante mediocre, mientras sentía como mi tiempo se drenaba en la mala postura de sus manos o en la torpe ejecución del más simple de los arpeggios. Pude eludir esa responsabilidad

con el apoyo de mis padres, pero poco antes de la entrega de mi opera prima, ese apoyo se tajó de golpe y tuve que valerme por mí mismo.

Esa fue la razón por la que conocí a los Lizarazo. Cecilia me contactó para dictar unas clases de piano para su sobrino, Federico, quien había quedado huérfano hacía poco por un accidente en carro que les quitó la vida a sus padres. Gracias a la fortuna de la familia, Cecilia se mudó a la ciudad con el capricho de educar a su sobrino en un lugar propicio para desarrollar su talento. El día de la entrevista en su casa recién adquirida, a las afueras de la ciudad, Cecilia me invitó muy efusiva a seguir. Era una parlanchina. Durante el trayecto que recorrimos desde la puerta hasta la sala, me contó que en ese momento estaba muy ocupada de aquí para allá, puesto que debía vigilar las remodelaciones de la casa, estar pendiente de su galería de arte y, sin que fuera una molestia, cuidar a Federico y apoyarlo. Cuando llegamos ante una puerta doble con cristales de colores, entramos a una sala de enormes dimensiones. La chimenea ocupaba casi la mitad de una pared y cerca de ella relucía un Steinway & Sons con su majestuosa cola negra. Las paredes de la sala por remodelar estaban cubiertas de pinturas y estantes repletos de libros. Cerca del ventanal, sentado en un amplio sofá, con la postura de un vulgar aprendiz, estaba Federico. Cecilia me condujo hacia él y me lo presentó.

Al principio, el chico no dijo nada y mientras Cecilia me contaba sobre el deseo expreso de su hermano por hacer de Federico un gran pianista, yo le veía al chico su cabello desordenado, la montura de sus gafas demasiado grande para ese rostro infantil e ingenuo, sus ridículas orejas y sus manos con inusuales dedos largos y finos. Finalmente, convenimos durante la charla un precio y acordamos vernos desde el día siguiente para el inicio de las clases. Superado el arreglo, me disponía a salir cuando escuché una petición en la voz diminuta del chico: Maestro, ¿podría usted interpretar algo?

Esperaba salir airoso de ese capricho de todo cliente, pero no lo logré. Con hartazgo extraje de mi maletín el estudio número

tres para piano de Liszt, que acostumbraba a llevar conmigo junto con mi obra, lo coloqué sobre el atril y comencé a tocar.

Transcurrieron apenas unos cuantos compases cuando un martilleo insoportable que provenía de otras habitaciones de la casa detuvo mi ejecución. Intenté contener una expresión de rabia, pero no pude. Me levanté furioso, metí las partituras en mi maletín y me dispuse a salir cuando Cecilia me detuvo y se excusó. Estaba avergonzada por lo sucedido y, para aligerar las cosas, ofreció pagarme ese día como si fuera una clase dictada. Por mi parte, no quería tocar más, pero para hacer una concesión le dije que escucharía a Federico tocar el piano. Tan pronto Cecilia salió para acallar el martilleo, Federico se me acercó, me miró directo a los ojos y me dijo: Maestro, si le gusta lo que interpreto ¿podríamos empezar con ese estudio que usted tocó hace un momento? Lo miré burlón y le dije que lo haría. Entonces, Federico se sentó frente al piano y comenzó a tocar.

Aquella noche trabajé casi hasta la madrugada. Lo hice enojado, con ganas de demostrar algo. La dedicación y la experiencia eran elementos esenciales en la creación de cualquier obra y eso debía quedar bien claro. Sin embargo, Federico había llamado mi atención. Era virtuoso, mas le faltaba experiencia. Su insolencia lo demostraba. Un estudio de Liszt sería demasiado para él y esa impertinencia de intentarlo siquiera, pensé, tendría que pagarla cara.

Las primeras clases con el estudio para piano número tres fueron suficientes para bajarle los humos. Le conté que los estudios cuarto, quinto y duodécimo podrían dar una idea de la versatilidad del instrumento y el virtuosismo del pianista. Interpretar el número tres, le dije, requiere dedicación, años de mucho esfuerzo y, si lo vas a intentar, más vale que lo logres porque no hay nada peor que el fracaso. Se lo dije en un tono fuerte, más por intimidarlo a que me importara su éxito. Sin embargo, Federico no desistió. Al contrario, me rogó continuar.

Para mí, ese tiempo fue una completa pesadilla. Aunque trabajé como nunca en mi obra durante esos días, cada vez que

me desplazaba para dictar alguna de las clases lo lamentaba porque notaba un gran retroceso en mi destreza. Me esforzaba entonces el doble. Dormía unas escasas dos horas al día y el resto las dedicaba a mi obra y a ese trabajo. Trabajo molesto, agotador. Máximo dos meses, me dije, para dedicarme a mí. Meditar y dejarme llevar probando acordes y cadencias en mi creación, corrigiendo detalles, cautivado en su lirismo. Mi obra era mi fundamento. Una gran perfección que estaba casi terminada salvo por ese momento difícil de armonizar en mi composición aquella repetición con variación del segundo tema en el desarrollo. En ese enigma —¿de qué otra manera llamarlo?— mi obra se desvanecía, perdía fuerza, perdía su pasión.

Durante los dos meses que transcurrieron, Cecilia me confió que Federico me tenía cariño. Parecía ser cierto. Bastaba con que yo pronunciara alguna que otra incoherencia sobre su postura o forma de ejecución para ver como el chico obedecía todas mis indicaciones. Sin embargo, eso no era suficiente. Tanto sus progresos desmedidos como el amortiguado martilleo que a veces surgía, me irritaban y terminaron por hartarme del todo. Un martes de clase, cuando llegué a la casa y Cecilia abrió la puerta, muy agitada porque estaban adecuando el baño de visitas y se marchaban con el carpintero a comprar unos enseres y unos accesorios para ensamblarlos, yo le dije que esa semana de clase era la última que dictaba. Sin pensarlo, miré la cara del niño y, al notar su dolor, una agradable sensación de dulzura calentó mi interior. Cecilia me rogó que no lo hiciera. Le dije que era una decisión irrevocable. Después de una charla inútil, prolongada casi media hora, me propuso que esperara su regreso para arreglar un nuevo precio. No voy a cambiar de decisión, le repetí. Me rogó de nuevo para que lo pensara y se marchó.

Solos, Federico se me acercó y me dijo: Maestro, quiero enseñarte algo. Me senté en el sofá donde vi sentado a Federico por primera vez, dejé mi maletín a un lado y crucé las piernas, dispuesto a escuchar el progreso de mi alumno. El chico era increíble, para qué. Federico, quien apenas alcanzaba los pedales,

había tocado de manera magistral el estudio para piano número tres de Liszt con apenas unos once o quizá doce años de edad.

Al finalizar sus últimas notas, me levanté con rabia del sofá. El niño retiró sus manos del teclado y me miró buscando una respuesta. Excelente, Federico, le dije conteniendo mi ira. Entonces vi su sonrisa petulante, sus dientes torcidos y sus ojos de agradecimiento que parecían corroborar algo. Debo ir al baño, dije de inmediato y me alejé de la sala.

La cabeza me dolía. Sentía que caminaba entre nieblas y un extraño zumbido opacaba mis pensamientos. Entré al baño esquivando las herramientas que estaban tiradas por el suelo, me miré al espejo y mi pensamiento divagó por oscuros corredores. ¿Era verdad? Estamos hechos para algunas cosas y para otras no. El espejo me devolvía un interior molesto y lleno de ira contra mí mismo y me obligaba a despreciarme de una manera que no había hecho con anterioridad. Entonces, la escuché.

Federico había sido un abusivo. ¡Cómo se atrevía a tocar mis partituras! Iba a gritarle y a marcharme sin esperar a Cecilia, pero una melodía, mi melodía, con sus crescendos sutiles, sus sorpresivos staccatos, esa mezcla de delicadeza y furia que contenía mi obra, me detuvo. Frente al espejo del baño no pensaba en las proporciones dispares de nuestras capacidades, sino que me embargaba un sentimiento de comprensión que no había sentido antes. Escuchaba mi obra con la alegría de un niño que muestra a sus padres su primer dibujo. Mi creación, hasta ese momento, era increíble. Sin embargo, a medida que continuaba, el punto frágil de mi trabajo anunciaba su presencia y temí.

Federico se acercaba a las notas que desplomaban mi composición y que me costaba tanto encontrar. ¿Temí una equivocación? o ¿era otro el sentimiento? ¿Más íntimo, irreconocible? Entonces afiné el oído para comprobar la justicia de mis creencias y escuché, incrédulo, en una deslumbrante epifanía, la clave del enigma de mi obra.

Salí del baño cuando faltaban unos pocos compases para que Federico la dejara de tocar. Las ágiles manos del chico con-

cluían con inspiración mi trabajo, mientras mis manos, cargando un gran peso, temblaban ante su notable ejecución. Arrastré mi cuerpo de nuevo hacia la sala y me sitúe al lado de Federico, quien estaba a punto de acabar. Cerré los ojos junto a él y me quedé acariciando con el oído las últimas notas que anidaban hacia el final. Cuando el último acorde apenas susurrado se extinguió, solté un suspiro, impulsé mi mano y un grito desgarrador acabó mi creación.

No me fijé cómo la cuña del martillo destrozó la mano de Federico. Tenía los ojos cerrados, pero sabía muy bien dónde estaría. Imaginé su boca abierta, el desespero por desasirse, las teclas blancas y negras salpicadas de una tierna sangre que se hundía entre las hendiduras hasta gotear lentamente en el suelo. Las partituras, por desgracia, también se habían manchado, pero conociendo la obra en su totalidad, se trataba de una consecuencia menor. Estaba feliz.

Hoy, después de tanto tiempo, he vuelto a ver mis partituras y no voy a desprenderme de ellas. Bastante esfuerzo y sacrificio me ha costado tenerlas cerca. Por supuesto, nadie más aparte de mí las va a volver a tocar jamás y, además, como sugirió el doctor, tal vez, si tengo un buen comportamiento, pueda interpretarla de nuevo.

CARTA A MI HERMANA FALLECIDA

MARÍA AMPARO HERNÁNDEZ

Taller La poesía es un viaje, Pereira



Dosquebradas, 17 de junio de 2020

Hermana:

Hace muchos años partiste hacia la eternidad, y, sin embargo, el único recuerdo que conservo de ti fue el día en que te marchaste del lado de mamá y mis hermanos, abandonando a tu pequeño hijo y llevando en tus brazos a la hermanita melliza. Yo tenía escasos cinco años y aún no sé cómo es posible que este recuerdo sobreviva en mí después de tantos años.

Fue pasando el tiempo y no sabíamos de ti, tu hijo creció en la orfandad, pues el padre jamás apareció en su vida.

Nuestros padres, de época cavernaria y con una moral equivocada, aunada a la ignorancia y a los prejuicios, no supieron perdonarte por haber caído a la «tentación de la carne» y ahuyentaron a una pareja, que como tú y tu novio podrían haber tenido un hogar para esos dos pequeños que crecían dentro de tu vientre. Culpa también la tuvo una sociedad cerrada que enseñaba al hombre a burlar sus deberes, estigmatizando a la mujer como fácil, casquivana o puta, porque en medio del fuego que ardía en ambas pieles, sin tener consideración hacia sí misma, se entregaba dándolo todo, como lo hiciste tú.

Acosada como fiera, no tuviste otra salida que huir como prófuga, dejando atrás todo lo que te había hecho tanto daño, hasta tu propio hijo.

Como te decía, yo era muy niña, casi de la misma edad de tus hijos, que por esa época tendrían dos años. A mí me gustaba jugar con ellos y ayudarles a dar el tetero, años más tarde tu hijo fue mi compañero de juegos, recuerdo cómo trepábamos los guayabos y nos hartábamos de sus frutos o de guamas, brincábamos por las piedras, nos asomábamos a las cuevas y a veces conseguíamos nidadas de huevos o polluelos que las gallinas habían tenido lejos de casa.

Hermana: jamás pude contarte estas cosas divertidas. A mi sobrino, dízque para mejorarle la situación, lo internaron en las granjas del padre Luna, de donde se escapó. Lo supimos un día domingo en que nuestra madre sintió remordimiento de abuela y fuimos a buscarlo, pero él ya no estaba allí y nunca más volvimos a tener noticias tuyas. Al igual que tú, desapareció de nuestras vidas. Esto también fue parte del silencio familiar.

Por esa época yo ya era una adolescente, mis sueños eran otros y de ti sabía únicamente lo que los hermanos mayores contaban. Decían que fuiste una mujer muy bonita, con un largo cabello negro y ondulado, los ojos grandes y oscuros, que reías siempre y te gustaba cantar, montabas muy bien a caballo y que tu porte y elegancia de mujer la envidiaban tus coterráneas. Creo que eso lo sabías, como sabías lo admirada y deseada que fuiste, hasta el día aciago en que esa familia venida de Boyacá se instaló en una finca cercana a la nuestra.

Entre los miembros de los recién llegados venía el hombre que te hizo perder el juicio y la vida. Por lo que contaron, tuviste un romance tórrido que terminó en el embarazo de tus mellizos; aunque nuestro hermano mayor asegura que no fueron mellizos sino trillizos. Personalmente no soy testigo fiable, pues yo era una criatura por aquel tiempo.

Hoy, cuando ya tengo la experiencia del mundo entero, quiero decirte, hermana, que te comprendo y no te reprocho,

porque se tiene que tener un valor enorme para soportar la humillación y el abandono. Eras muy joven, apenas tenías (según mis cuentas) diecinueve años cuando tomaste esa absurda decisión y saliste de nuestras vidas.

Trece años más tarde reapareciste. Según tú, acababas de abandonar a tu marido y a tus pequeños hijos. Mamá te miró con esos ojos azules que le brillaban cuando se enfurecían y solo atinó a decirte: «Otra vez abandonas a tus hijos». Callaste, porque con esa noticia que dabas no sabíamos si alegrarnos por tu regreso o ignorarte.

Quisimos hablarte de tu hijo, pero nos dijiste: «Callen, no quiero que mi marido sepa que tuve hijos». A pesar de mis años, sentí una gran tristeza, no por ti sino por mis sobrinos, fuiste cariñosa conmigo, pero eso me hizo ser ajena a esa demostración de afecto, pues no era yo la indicada para ser la dueña de ese amor, sino mi sobrino ausente y solo. En mí se revolvió un sentimiento de alegría, malquerencia y antipatía hacia un ser que siempre había deseado conocer y que imaginaba que llegaría trayendo la alegría que significaba tu nombre, pero no fue así.

Hermana, mi madre y hermanos te acogieron como la hija pródiga, ellos esperaban tu regreso algún día porque, como familia, aunque imperfecta, siempre te habían amado. Deseaban escuchar tu historia.

Dos días después de tu llegada apareció tu esposo. Luego nos presentaste a tus cuatro hijos: una niña de un año y tres varones de cuatro, seis y ocho años.

La vida, hermana, siguió siendo cruel contigo, no acababas de recuperar a tu familia cuando, en un día aciago, como la bella durmiente te pinchaste un dedo con un alambre oxidado y perdiste tu vida por el terrible tétano, tan solo seis meses después de tu regreso. Nunca quisiste contarle a tu marido la existencia de tus hijos anteriores.

Tal vez fue vergüenza o quisiste olvidar así el oprobio que sufriste, no lo supe nunca, solo sé que sobre tu vida he querido escribir una novela, porque para mí eso fuiste, una novela, una

novela con el final más absurdo e irreal que alguien pueda imaginar. Después de varios años de haber muerto, tu marido supo de tu secreto tan celosamente guardado y, como si fuera poco, apareció tu hijo olvidado. ¡Ay, hermana! Él siempre vivió en el pueblo donde tú vivías y a poca distancia de tu casa.

Hermana, reitero, no juzgo tu derrotero, que es solo tuyo. En cuanto a mí, en la cúspide de mis años deseo únicamente pedirte perdón en nombre de aquellos que te pisotearon y truncaron tu vida.

Tu hermana que tal vez quiso compartir contigo un poco de tu existencia.

MARÍA AMPARO

CUANDO SE QUIEREN DECIR TANTAS COSAS

BETUEL BONILLA

Ganador – Categoría Directores de Taller
Taller José Eustasio Rivera, Neiva



Estaba parada frente a la puerta del ascensor, en el tercer piso. Y me alegró que ella hubiera oprimido el botón para que se detuviera porque justo allí, hacia la derecha, dirigiéndose al 304, una semana atrás, recién pasado al Conjunto, había visto caminar a una hermosa mujer de jeans ajustados y trasero prominente que, según los listados de cuentas por pagar puestas en la entrada de cada piso, se llamaba Astrid Astaiza. En dicho listado se decía que, en lo corrido del año, la señora Astaiza, del 304, no había cancelado una sola cuota de administración. Pensé, entonces, que a una mujer de tanta belleza deberían condonarle toda esa deuda, o al menos no exponerla a la picota pública, aunque justo por esa exposición yo había podido averiguar su nombre y el número de su apartamento.

Pero la que estaba en la puerta esa mañana no era Astrid. Era la vecina del 301. Al abrirse la puerta, sentí que un viento me traía el olor de esas fragancias que ya no se consiguen en el mercado, alguna de esas reliquias tipo Pino Silvestre, Old Spice de Shulton o Lápidus, en versión femenina, que seguramente la viejita importaba o tenía guardadas por cantidad desde sus tiempos de juventud. Porque sí, bien calculados, una vez se abrió la puerta y ella ingresó con la mirada clavada en el espejo del frente y un *bue-*

nos días que apenas se alcanzó a escuchar de lo bajito que lo había pronunciado, ella debía de andar por los sesenta y cinco o setenta años, una vejez que no le había doblegado aún el cuerpo, pues hizo su ingreso con la espalda recta y zancadas largas, aunque, eso sí, con las piernas un tanto curvadas, consecuencia, seguramente, de muchos años de estar de pie.

—¿Cómo está el señor? —dijo una vez adentro. Tenía la voz delgada, limpia, casi infantil, sin ninguna sílaba o vocal pronunciadas de tal manera que ayudara a imaginar de dónde provenía su acento—. Hace calor, ¿cierto?

Al decir esto último, levantó el brazo y lo arqueó para, con la mano derecha, abanicar su rostro, aunque alguna pizca de aire, arrojada intencionalmente, también llegó a mi cara.

—Bien, sí señora —respondí con timidez, para desembarazarme pronto del asunto mientras, con el pie metido en la puerta del ascensor, daba tiempo a que Astrid apareciera y nos hiciera compañía.

Asomé un poco la cabeza mirando hacia la derecha, hacia donde estaba el 304, pero la puerta permanecía cerrada, dejando ver una de esas chapas de seguridad fabricadas en bronce bruñido. Ella golpeó el tapete del ascensor varias veces con uno de sus zapatos y entendí que, por la ropa de salida que llevaba puesta, un colorido vestido de grandes rosas rojas y amarillas, alguna diligencia urgente la esperaba. Calculé que iría en dirección a pedir el certificado de supervivencia para legalizar su pensión o a cobrar el alquiler de algún otro apartamento.

Esa fue la primera vez que la vi. Luego, verla y oír su voz atiplada se hizo una rutina, así como calcular la hora, entre las doce y las doce y quince del mediodía, en que Astrid, a veces sola, a veces con su calvo y desmañado marido, se bajaba del Mazda 2 blanco que parqueaba en la primera planta y caminaba hacia el ascensor para, exactamente a los diez minutos, abrir la puerta de su apartamento y salir en short y pantuflas para dirigirse al restaurante del frente a traer su almuerzo y el de su marido y su hijo. Porque el calvo, seguramente hastiado de ver tan de cerca

su belleza, se había acostumbrado de tal manera a palparla que olvidaba los peligros que se ciernen sobre una mujer guapa y provocadora que camina sola, así sea por una cuadra. Y en esa cuadra y en esos escasos cinco minutos que Astrid recorría, del conjunto al restaurante, estoy seguro de que, como yo, más de uno era feliz. Pasaba contoneando ese trasero redondito y esos senos que se adivinaban gigantes entre una blusa apretada que hacía todo lo posible por contenerlos.

A Astrid sólo la veía a mediodía. A ella, a Gladys, así me dijo que se llamaba la segunda vez que nos encontramos en el ascensor, empecé a verla en las mañanas, en las tardes y en las noches. Cuando iba a la tienda, cuando bajaba a depositar la basura en el contenedor o cuando iba hasta la portería a reclamar una de esas encomiendas que contenían libros de algún amigo que acababa de estrenarse en la tarea de publicar.

Los primeros días, el ritual del *buenos días, hace mucho calor* fue insalvable. Yo aprovechaba que el ascensor paraba para asomar la cabeza, suspirando por Astrid, mientras Gladys sonreía diciendo *estos hombres*.

En esa segunda vez, me atreví a preguntarle su nombre.

—Gladys —me dijo—, ¿y el tuyo?

Su tuteo me sonó primero a equivocación, con la certeza de que había improvisado el pronombre y pronto me hablaría de *usted*; luego, cuando empezamos a hablar más seguido, a fina coquetería, al ardid bien calculado de una viejita alegrosa y mañosa que esgrimiría, muy pronto, una buena cifra en su pensión para tornarse interesante. Y, efectivamente, me dijo otro día, era pensionada desde hacía más de quince años de los Ferrocarriles Nacionales, donde había ocupado toda su vida el puesto de secretaria de gerencia, y desde entonces se había dedicado a viajar por el mundo.

Un mes atrás, afirmó en un nuevo encuentro, habían llegado —porque una de sus hermanas vivía en el apartamento 502 y la otra en el 804, justo enfrente del mío— de un viaje por el Brasil, donde habían visto, ella y sus dos hermanas, también

pensionadas, a unos hombres descomunales que se bañaban vi-ringos en las playas de Copacabana. Ese día me lo dijo, cubriéndose los ojos con un abanico de flores que cargaba, y se bajó en el quinto piso, para visitar a su hermana, entre una carcajada que se siguió oyendo incluso cuando la puerta del ascensor se cerró y tomó hacia arriba.

Luego, cada vez que nos veíamos, hasta en cinco ocasiones por día, contamos otras partes de nuestras vidas: que me acababa de separar luego de una relación de varios años, de la que había quedado una hija, y que a veces, viendo una foto en la que estaba con las dos, me quedaba dormido entre pesadillas en las que veía a mi mujer siendo acariciada por su nueva pareja. Que trabajaba como corrector y editor de libros y que me gustaba el buen vino. Que, bajo ninguna circunstancia, dejaría que otra mujer entrara a mi vida para hacerme daño.

—Ya vendrá una buena mujer que lo merezca —me dijo esa vez.

Ella, por su parte, me dijo en un nuevo encuentro que había tenido un solo hombre en su vida, llamado Agustín, al que quiso —no dijo *amó*, aunque me pareció que había intentado decirlo—, pero del cual había quedado viuda un día en que él se accidentó camino a su finca. La finca estaba ubicada en un municipio cercano, donde tenía una pequeña cava, con algunas botellas de vino a las que, desde luego, me invitaba. Luego, al bajar del ascensor, esta vez los dos en el octavo piso porque ella iba al cumpleaños de su hermana mayor, me dijo que la única vez que había pensado en traicionarlo fue con esos hombrones del Brasil. Y antes de abrir la puerta del 804 se paró a mirarme y me dijo:

—Pendeja que es una, que se echa a morir por nada habiendo tanta cosa buena cerca.

Tenía, en realidad, setenta y dos años, aunque su voz de niña, sus vestidos siempre de flores, su fragancia a colonia discontinuada y su picardía la hacían parecer una mujer mucho más joven. Siempre que la veía, elegante, afable y risueña, daba

la impresión de haberse vestido para ir a retirar todos sus ahorros e irse de viaje definitivamente con algún amante. Esa, me había dicho en susurros un lunes, antes de bajar del ascensor cargada de paquetes de compra, era su fantasía.

—Pero no —me dijo días después—, no creo que viajemos pronto. Mira que ahora me siento muy bien subiendo y bajando en el ascensor. Y sonrió pícaramente, mientras me miraba de arriba abajo.

El tuteo, entonces, ya no era esa forma extraña de comunicación entre dos desconocidos, sino algo que afloraba natural en cada encuentro, en esas idas hacia la tienda mientras seguíamos hablando de nuestras vidas, incluso en preguntas cortas e insustanciales como *¿podrías darme la hora?*

A Astrid la seguí viendo a la misma hora, todos los días, aunque, quizás por la fuerza de la costumbre, ya no suspiraba al ver cruzar su cuerpo bien delineado. Era como si me hubiera acostumbrado, igual que el calvo, a tener la belleza muy cerca y hubiera perdido la capacidad de admirarla. También había dejado de ir al restaurante sólo por verla porque su odioso marido, seguramente previendo la amenaza, ahora bajaba a acompañarla y la tomaba de la cintura como marcando territorio. Más de una vez, en los primeros días, la mirada turbia del calvo me había obligado a fijar los ojos en el piso, aunque me moría de ganas por seguir el curso de su trasero y jugar a adivinar el tipo de panty que usaba.

Pronto, Astrid dejó de ser la perturbadora y deseada vecina y se convirtió en una copropietaria más que se subía a veces al ascensor, siempre con pantalones ajustados, y nos veía reírnos a carcajadas mientras arrugaba el entrecejo y fingía no oír las frases de doble sentido que nos lanzábamos. Gladys me tomaba del brazo mientras se reía, me zarandeaba y a veces se recostaba en mi hombro para intentar frenar sus incontenibles carcajadas. Nunca repitió vestido, ni fragancia, ni diadema. Porque de una semana para acá había tomado la costumbre de tirarse su cabello blanco hacia atrás y ponerse una diadema de colores que la hacía ver cada día más juvenil.

Y un día dejó de subirse al ascensor. Ni en la mañana, ni en la tarde, ni en la noche. Pensé que, de pronto, por salud, había preferido tomar las escaleras. Bajé y subí dos veces los ocho pisos, por las escaleras, con el pretexto de comprar algo en la tienda. Tampoco estaba. Ese día volví temprano del trabajo, tomé el ascensor varias veces y no la pude ver. Astrid se subió en un par de ocasiones, me dijo *buenas tardes*, y le contesté como quien no quiere ser interrumpido en su búsqueda. Tampoco apareció al otro día. Por la mañana, fui hasta el 804 y golpeé insistentemente sin obtener respuesta. En la mañana del día siguiente, golpeé en el 502. Me senté a esperar largo rato para volver a golpear dos veces más. Nadie abrió.

—No, no sé de ella —me respondió Astrid, con fastidio, cuando le pregunté, inventando una mentira, si sabía algo de Gladys, que me había pedido un favor y ya se lo tenía listo.

Tampoco en la portería, ni en la Administración, dieron razón de ella. Su apartamento seguía habitado y no recordaban haberla visto salir con maletas, o algo que les hiciera pensar que se había ido de viaje.

Al tercer día de su ausencia vi a sus hermanas en el primer piso, vestidas de negro, con gafas oscuras, abrazadas como cuando las viejitas van a misa, rezando en murmullos el Santo Rosario. Las vi pasar mientras otros vecinos les salían al encuentro a tomarlas del brazo y les decían que lo sentían mucho. Al subirse al ascensor, se quitaron las gafas y se quedaron mirándome, moviendo la cabeza hacia mí, como cuando se toma impulso porque se quieren decir tantas cosas, pero que de tan atascadas ninguna consigue salir. Quise preguntarles cómo había sido, si les había dicho algo en aquellos últimos días. La puerta se abrió en el quinto piso y se bajaron sin mirar atrás ni despedirse.

Subí hasta el último piso. Puse el pie en la puerta del ascensor y lo mantuve abierto un largo rato pensando que, en cualquier momento, sobre el espejo grande, se iba a proyectar su vestido de flores. Desde abajo gritaron *¡suelta el maldito ascensor!* Saqué el pie, abrí mi apartamento, cerré con doble llave y me encerré a llorar.



NOVELA



DEVENIRES FEMENINOS: GUERRERA

DIEGO ALEJANDRO CASAS

Ganador - Categoría Asistentes de Taller
Taller Distrital de Novela, Bogotá



Me encuentro de pie en la estación Universidad Nacional, me arden los talones, mis gemelos están tensos a reventar, aunque intento mantenerme firme y erguida, de vez en cuando flaqueo, las piernas me tiemblan y pierdo el equilibrio intermitentemente. Pienso en la gran e innecesaria caminata que acabo de pegarme hasta aquí, venía con mi amigo Nicolás, que no dejaba de preguntarme: *por qué no traje zapatos de cambio, por qué no traje chaqueta*, de antemano yo ya había inventado un sinnúmero de excusas para preguntas predecibles como esas, sin embargo, en su molesta insistencia estuve a punto de gritarle la verdad: ¡Déjame sufrir en paz! Esperé con ansias este día, bajar desde la Javeriana en tacones es mi pequeño y realizable sueño.

El tablero dice que mi ruta llegará en dos minutos, ansiosa, asomo mi cabeza por la siempre dañada puerta de la estación, ¿dónde estás largo y flexible bus?, sin descaro diariamente me dejas esperándote deseosa. Casi sin percatarme, una turba de personas se aglomera y se ciñe a mi alrededor, la única opción es devenir piedra, inamovible, endurecida para no ser espichada y aferrada al suelo para no caer por el pequeño abismo. Frente al semblante del primer articulado, clavo la punta de mi tacón en el suelo, atrás de mí escucho insultos que rápidamente son

censurados por el agudo pitido de las puertas abriéndose. Estoy deseosa pero no soy tonta, de ninguna manera me subiré en ti, querido bus, me mantendré de pie hasta que llegue el indicado.

El dolor punzante en mis piernas no cesa, ya no tengo a Nicolás para que me distraiga con sus aburridas charlas, pensar en otra cosa no funciona, escuchar música me estresa, solo queda aceptar con gratitud esta sensación, soy inmensamente feliz por tener y sentir estas agobiadas piernas. Después de varios minutos cruzo la puerta de un Transmilenio donde mi cuerpo tiene cabida, me encuentro con lo habitual, no hay ninguna silla disponible, camino hacia el centro del bus y rendida por ahora, dejo caer mis cosas y me echo en el suelo. El borde de mi vestido se arruga hasta donde mi muslo se convierte en cadera, acomodo mis hombros y espalda al tiempo que disfruto de lo inesperadamente cómodo que resulta ser el fuelle del bus. Al subir la mirada, leo un pequeño letrero sobre mí que dice: no se siente, sin embargo, ¿cómo negarme a tan oportuna estimulación?, endereza y masajea mi espalda cada vez que se abre y cierra en las curvas, un artefacto perfecto para combatir el estrés de días ajetreados, ¿qué clase de genio filántropo inventó esto?

Como el trayecto es bastante largo, aprovecho el tiempo para relajarme, estiro las piernas, enseguida las puntas de mis pies al interior de los zapatos, mis dedos oprimidos se abren y retuercen intentando respirar, luego se contraen con fuerza hasta que siento traquear una yuca. Centrada en mi pequeño estiramiento noto lo blancas y suaves que son mis piernas recién depiladas, me embeleso acariciándolas, recorro la superficie erizada por el frío con mis uñas hasta ir lo más cerca posible de mi entrepierna sin llegar a tocarla. Estos roces devienen en choques pequeños, choques eléctricos que viajan hasta mi nuca retorciéndola, choques en forma de cosquillas, choques dolorosos, choques que arden, choques que me obligan a gemir hacia adentro.

Muchas personas se turban al verme ahí tirada, aunque evitan el contacto visual, echan vistazos de vez en cuando, pierden el control de lo que quieren enfocar con su mirada. En ese

instante no puedo evitar excitarme un poco, de nuevo aflora en mí la exhibicionista traviesa. No existe en mí la vergüenza, más bien ser observada me llena de confianza, estiro la pierna derecha, acomodo mi postura erguida y regia de forma que haga más clara e incuestionable mi sensualidad, luego me entretengo rastreando mirones que con nerviosismo fingen concentrarse en la pantalla de su celular. Entre mis observadores hay algunas malas caras, pero cualquiera que sea la razón de su disgusto no es culpa mía, me es imposible reprimir esta pulsión que entra en comunión con el mundo, son ellos los perversos, quienes imaginan guarradas y se irritan intentando luchar contra ellas.

Al llegar al portal del sur casi he completado mi camino a casa, me detengo un momento frente a un carrito para satisfacer uno de mis antojos más culposos: el queso con bocadillo. Se acerca ojeándome de arriba a abajo un empleado del sistema que termina su turno y me dice: eres una chica muy bien puesta, te felicito, me llamo Fabio. Pensé: por supuesto querido, veo que tu calvicie es consecuencia de tu perspicacia, llevo más o menos un mes en el gimnasio, además últimamente me como tres panes en vez de cuatro, es natural que me percibas regia y esbelta. Mientras espero a mis primas que vienen a recogerme con mi perra, no puedo evitar preguntarme, ¿por qué le gusto tanto a los viejos?, por todos lados me increpan vejetes decrepitos para intentar cortejarme, fingen caballerosidad conmigo aunque no puedan ocultar su mirada lasciva y degenerada. ¿Acaso quieren una chica grande y fuerte que los saque a pasear?, en ocasiones los comprendo, ni yo puedo controlar lo que siento por mí, pero sufren de gula, ninguno podría con este pedazote de carne. Al divisar a mis acompañantes acercarse a lo lejos, me despido del patético charlatán y me enorgullezco por haber alegrado a esa triste existencia.

Una vez en casa subo a mi habitación, estiro los brazos adoloridos hacia arriba como si se fueran a desprender, mi cuerpo cansado y sofocado por el placer acumulado durante el día aún no desfallece. Mientras caen las prendas no dejo de palpar mi

cuerpo desnudo frente al espejo, maquillaje corrido, cabello alborotado, mi rostro cansado con ojeras pesadas da testimonio de la lucha diaria que libro en este estado de guerra constante. Me muerdo el labio, me aprieto los pechos, no imagino nada, solo disfruto lo rica, sucia y desordenada que me veo.

Acariciándome recuerdo una noche luego de la convención SOFA, me encontraba de pie en este mismo lugar junto a mi novia. Me ayudó a quitarme el sostén con evidente confusión en la cara, como no pude evitar burlarme de ella desató una rabie-ta, me chuzaba el abdomen hasta que progresivamente afinó su motricidad para torturarme con cosquillas. No sentía ninguna clase de temor, más bien cerraba los ojos para invocar la placentera angustia de no saber por dónde vendría el siguiente toque. Me reía a carcajadas, pero al abrir los ojos de nuevo observé una expresión aterradora, una mirada seria e intimidante que me ordenaba volver a cerrarlos. Me postré en la cama con una venda invisible, sus manos grandes y cálidas jugueteaban en mi vientre provocándome pequeños espasmos, luego una de ellas se infiltró bajo mi falda y apretó con fuerza. Mi cola se elevó de la cama, mis débiles piernas intentaban sostenerme, expectante, mi cuerpo curioso esperaba su siguiente movimiento, pero el tiempo se prolongaba sin acción. Podía imaginar sus grandes ojos observándome, cada folículo de mi piel se disponía a ser examinado detalladamente, amo ese rostro perverso con el que me mira, su sello fruncido de filósofa, por favor, escudríname y diseccióname como a alguno de tus libros.

Vuelvo al presente por una voz que me grita desde afuera de la habitación: se le enfrió la comida, idiota, me doy cuenta que llevo cuarenta minutos jugando y fantaseando, miro a mi gata y le reclamo: gata voyerista, sal de mi habitación, tú que has sido testigo de mis momentos más íntimos también deberías mantenerme al tanto de la hora, preocúpate un poco por mi alimentación. Bajo a la cocina, al masticar recuerdo que debo madrugar al día siguiente, además debo leer unas copias para la clase de Arte Contemporáneo. El estrés y la impaciencia se ha-

cen presentes, apuro mi comida, vienen a mi cabeza las palabras de mi amigo Sergio: no hay que malgastar tanto tiempo ni energía en lujuria, más bien ocúpelos productivamente para lograr sus metas. Metiéndome un chorizo en la boca pienso: pobre enfermo infeliz, no existe en el mundo tiempo más provechoso que el que dedico para consentirme, comeré tranquila y luego tendré mi sueño de belleza, el resto puede esperar.

ALACENA PARA UN APOCALIPSIS

ANGÉLICA HOYOS GUZMÁN

Taller Virtual de Novela, grupo 1



Por fin encontré la ruda para los baños nocturnos, tenía cuatro meses pidiéndola a domicilio y había una carencia de ella y de manzanilla que era de no creer, me las arreglaba con el laurel y la salvia que me envía J. C. desde Medellín. Acomodo los huevos de la «Gallina feliz» al fondo. Me gusta el tono amarillo, casi criollo, y el hecho de que antes de poner huevos fueron felices, según asegura la empresa Santa Reyes que los distribuye para que yo los tenga en mi nevera. Dirán que huevos son huevos, pero ninguno como estos, me recuerdan las épocas de compartir apartamento con las amigas en Bogotá. Se me acabó el queso, pero decidí echar yogurt griego de frutos rojos para comer con los kiwis que encontré en oferta. Desarrollé una predilección por mezclar brócoli con tomate cherry y guisar para acompañar el pescado, esta vez me fue bien, compré un pedacito caro de salmón que me puede servir para dos almuerzos. No me gusta mucho cocinar, pero procuro hacerme buenos desayunos y almuerzos como una muestra de cariño por mi cuerpo y para mantener la máquina funcionando, además el ejercicio me da hambre. Como arepas de queso y de maíz según el día, y poca leche, pero aún tengo dos litros por si se acaba el mundo y antes me puedo hacer un delicioso batido de bananos. Esta vez tengo maduros y guineo verde para un buen «cayeye», aunque

me falta el queso, a lo mejor lo compro a domicilio estos días. La mantequilla de la más grandes para que dure. Mandarinas color mandarina y curiosamente estas no tienen semilla, lo cual se vuelve un poco sospechoso. A estas alturas, ordenando la rúcula y la lechuga romana orgánica, me pregunto de qué parcela y con qué rituales crecerá la savia de estas frutas y verduras, o a lo mejor si solo pagarán unos cuantos pesos a quienes las siembran y cosechan, pero el cultivo más grande es para Carulla, el Éxito y Rapimercar. Aquí hay ajos, pepinos, cebollas, papa, remolacha, zanahoria, me gusta sentir la comida fresca y limpiar antes de acomodar el mercado. Me metí a un reto de comida saludable donde pedían no consumir jugos porque dicen que era mejor comer la fruta no licuada, así que tengo un montón de maracuyá que he decidido mezclar, por ser la fruta de la pasión, con mango de azúcar y aguacate, un día de por medio con tres quilos me alcanza para la semana. Cuando me dijeron lo de los jugos abandoné el reto. Ricardo, el entrenador, me preguntó por qué, la respuesta es simple: no voy a dejar de comer lo que me gusta, si muero mañana espero no haberme matado de hambre solo por verme bien cuando basta con mirarme en el espejo después de tomarme uno de estos licuados y la sonrisa que me queda es de verdadera vida. Nada reemplaza un buen aliño para las lentejas con arroz, método infalible contra el hambre. Mi profesora de *pole dance* dice que una puede ser flexible y que los gorditos salvan la vida. No siempre está así de voluptuosa esta nevera, pero me hace sentir bien ser la que arregla las cosas y prepara los alimentos para una sola persona, con el cuidado de quien merece atención y cariño. En la fila frente al supermercado el señor de la fruta salió gritando que había comida para todos y ellos estaban ahí para abastecer. Mi madre trabaja en un supermercado y no dejo de pensar en ella cada vez que voy a mercar. Lloro detrás del tapabocas y nadie se da cuenta. Si este es el fin del mundo que nos agarre con la barriga llena a todos, es mi deseo cuando me siento a devorar este almuerzo. Arreglar la despensa cansa.

BUENAVENTURA

JOSÉ RICARDO SILVA PLAZAS

Taller Permanente de Formación Literaria, Popayán



I

No hablaba mucho, era más bien calladito, o tal vez era que nunca lo escuchaban por su hilito de voz suave, tímida, al igual que su mirada y sus leves sonrisas de labios delgados. Era de presencia ligera, como fantasmal, que hacía de uno condescendiente, solidario, con ganas de darle un soplo para ayudarlo a avanzar. Tenía algo de bondadoso, de noble; estaba en los últimos tiernos años de la infancia. Sus brazos eran huesos apenas forrados de piel, no por desnutrición, ni por maltrato, pero se sabía, que algún día, por el trabajo, el esfuerzo, el sudor, terminarían adquiriendo algo de músculo; como los músculos de los gallos de pelea, como los músculos que alcanzó a tener Domingo Plazas antes de caer de espalda entre los matorrales y las ramas astilladas cuando tumbaba selva para hacer más grande su patrimonio, golpeándose en la espalda con la punta de una de esas varas que él mismo había echado al suelo momentos antes, lastimándole uno de los pulmones y jodiéndole la salud, haciendo de él un hombre impotente ante la necesidad de sembrar y recoger la cosecha, ante la necesidad de conseguir dinero y llevar comida a su casa.

Todos los días de tantos años iba, apoyado en Digna Luz, desde el extremo de su vereda hasta el extremo del pueblo, bajando por la carretera y saludando a los vecinos, que ya descansaban del trabajo tomando el último café del día sentados a las afueras de las casas y acostumbrados a verlos pasar. «Buenas tardes, Domingo, ¡pero cómo se ve de repuesto!», «¡Eso, don Domingo!, pero sí que le han aprovechado esas vacunas, ¿cierto? ¿Van para allá?», «Buenas tardes, don Domingo; hola, Digna Luz, ¿cómo le va? ¿Por casualidad no tiene huevitos que me haga el favor y me venda unos?», «Buenas tardes, doña Digna, que mi mamá que cuando suban arrimen que pa' que lleven una botella de leche», «¡Oole, Domingo!; ¿cómo le va a la señora? Don Domingo, que este viernes voy a ver si mato una novillita que tengo ahí. Para que mande al muchacho, ¿bueno?».

Buenaventura era un jovencito delgadito, delgadito y moreno. Ya hace mucho tiempo... ¡hace décadas!, que lo dejé de ver; ya hasta se me olvidó cómo hablaba, o si reía. En todo caso era delgadito, como un alambre, como un palillo, como un dedo. Él fue el primer hijo de Digna Luz y Domingo Plaza.

Era en Buenaventura en quien recaían casi todas las obligaciones a que su padre se comprometía si se encontraba sano. Era el mayor de tres hermanos, y de otros que llegarían pronto. Las enfermedades de Domingo no evitaron que tuviera más hijos.

La casa en la que vivían era de bareque, como todas. El techo, en una parte de palma y en otra de cinc, se sustentaba en guadas unidas con bejucos, en los que se tenía toda la fe, y garantizaban un servicio seguro de tres vidas. (Dos vidas después de construida la casa, ya el cinc más oxidado y más agujereado, quienes llegaban como guiados por el destino a entrar en ella, alzaban la vista y veían, y sentían admirados la fuerza del nudo momificado y la de los vigorosos brazos olvidados que habían traído del monte los bejucos y habían conjurado la casa contra los vientos y el tiempo amarrándola con ellos.) Desde el frente

de la casa se alcanzaba a ver la cruz de la iglesia entre las copas de los árboles, y se oía cuando repicaban las campanas. También se veían las montañas lejanas, azules, estancando las nubes.

Para entrar a la casa había que abrir un portillo de alambre oxidado y cruzar un prado en pendiente, en el que casi siempre reposaba una yegua vieja bajo los palos de guayaba que rodeaban el lugar. Detrás de la casa había una huerta no muy grande, y después montaña, casi virgen, ya ultrajada por quienes fueron a buscar allá, en los árboles, las vigas para la iglesia que, después de talados, tiraban desde lo alto y llegaban solos a la falda de la montaña, a la huerta de don Domingo.

Digna luz, que era mujer brava y sin ternura, mandaba al muchacho a picar y traer la leña, a hacer los mandados, a traer agua de la quebrada, a traer el racimo de plátano que se había caído, a arrancar una yuca o a esperar cuando mataban ganado a ver qué le ofrecían. *Que vaya y desyerbe la huerta, que vaya y le pregunte a su tío Tomás si siempre van a venir mañana a moler las cañas, que vaya le diga a doña Laura que hoy su papá de verdad que no puede ir, que bájeme cinco naranjas, que vaya a la quebrada a lavarle el pañal a su hermano y de paso vea si se pesca algo, que coja el cafecito...*

Apenas se estaba dando aquello del café. Al principio había poco, como para el consumo de la familia; no para recojerlo entre treinta trabajadores y que después se reventaran el lomo cargándolo hasta donde el dueño de la finca les pesara lo recojido anotándolo para saber cuánto pagar y proceder a despulparlo separando la almendra de la cáscara para luego lavarlo con cantidades enormes de agua para empacarlo y venderlo por precios relativos a empresas que lo compraran para procesarlo y volverlo a vender listo para beber y a un precio ridículo que haría alusión al esfuerzo de quienes se esforzaron. No. No todavía. Habían unas cuantas matas de café entre los jardines, en las huertas, con cualidades similares a las de Buenaventura.

No había dinero. Nunca faltaba comida. A veces se daba bien el fríjol, o a veces se daban buenas yucas, o a veces se daban plátanos de más; a lo que las señoras, las buenas doñas de sus

casas de bareque, veían suspirando, agradeciéndole a Dios por tan excitante y buenaventurado regalo del cielo, como lo son los frutos que agachan las ramas, y mandaban a sus maridos al pueblo, a vender aquellas cosechitas. Cargaban al caballo o la mula, o a ellos mismos. Madrugaban, se comían un par de patacones con tinto y se iban, a ver con qué y volvían con carne, mientras sus señoras embarazadas se dirigían con el resto de niños a la quebrada a lavar las camisas del ido, los pañales de los sutes y su delantal de cambio.

¿Cuántas semanas habrán pasado Buenaventura, sus padres y sus hermanos sin comer una tira de carne? Don Domingo yacía en su estrecha cama, tosiendo, tosiendo con el amanecer calentándole la pared detrás suyo, apareciendo luego en forma de punto bajo el altar de santos frente a su cama, subiendo, subiendo por su cuerpo hasta que se difuminaba antes de llegar a su cara, viendo Domingo las nubes de sol por su ventana, acostado, tosiendo, tosiendo, oscureciendo, con una vela Digna Luz entrando al cuarto, arrodillándose, apagándola, desvestiéndose y yendo hacia el rincón, hacia la otra cama fría y estrecha.

Buenaventura se ponía en la cama y dormía, sin pensar en nada, con su hermanito, que se acostaba en la misma cama, al mismo tiempo, y que se dormía aun antes que él. Domingo lo-graba dormir luego. Digna Luz se acobijaba hasta la cabeza, como lo hacía en su no muy lejana adolescencia, y no dormía.

Era una vereda, de pocas casas, donde daban los buenos días y las buenas noches los monos que se balanceaban entre los árboles que todavía había y que, como tapete de dioses, subía cada vez más espeso y milenario hasta lo alto de la cordillera. Era una vereda que daba a una vereda más grande, no muy lejos. Había que pasar una quebrada saltando por las piedras instaladas entre la corriente transparente, donde se podía ver la arena gruesa y las sardinas como para agarrar con la mano. No hacía falta puente, o la gente ya no ponía sus esperanzas en ellos. Eran comunes las crecientes, que entonces convertían a la quebrada en un monstruo negro y estruendoso que hacía llorar a los niños

y que arrasaba todos los puentes que llegaban a poner; claro que eran puentes frágiles: un par de guaduas. Nada como el puente de varilla y concreto que construyeron varias décadas después, cuando de la quebrada no quedó más que una humedad permanente en la arena.

El cura llegaba los sábados o los domingos, cada cinco o seis meses, desde un pueblo cercano, a calentar con la misa la iglesia que había en la vereda. Una iglesia grande, bonita, proporcional a la fe de quienes vivían alrededor, y de los cuales algunos sí iban sin pérdida, cada domingo, a lomo de mula o caballo, al pueblo del que no esperaban llegar al padre. Era allá a donde salían a vender lo que llevaban, haciéndose en la plaza y rogando a Dios que no les atardeciera antes de que alguien les comprara a buen precio. De no ser así, vendían lo que llevaran a lo que fuera, desesperados casi por no volver a casa con lo mismo que habían salido a vender. Y sin la carne. Era el único momento en que tenían dinero en las manos: entre la venta y la compra de la carne. Después se disponían, ya con la bendición del padre y lo que habían comprado, a hacer un viaje largo por una senda en la que tenían que pasar cinco horas antes de que se ocultara el sol.

Fue en esos días que sembraron la ceiba. Aunque... se me hace que a la ceiba ya la habían sembrado antes. Sí. Cuando Buenaventura pasaba por el parque, que parecía... no, «que parecía» no... ¡que era!... Un potrero, y eso que el muchacho era más o menos alto... flaco... pero alto... la ceiba y él... no se puede decir que tuvieran la misma altura, claro que no, pero cuando Buenaventura pasaba por ahí parecía como si, no es que fuera alto alto, pero, parecía como si pudiera alcanzarle la punta con ponerse en puntas de pie y alargar los brazos. Es que de lo flaca la gente parece que fuera alta aunque en realidad no lo sea, porque el papá y él tenían la misma altura, y pues no era que Domingo fuera alto... pues lo normal. Aunque ellos sí son altos de por sí, los Plazas no mucho, pero ellos son altos. El segundo hijo que tuvieron Domingo y Digna Luz también salió alto

y flaco. Luego tuvieron una hija... a partir de ahí ya los hijos fueron de menos estatura. No bajitos, solo que daban la sensación de que tenían menos estatura. Aunque si se va a comprobar, a medir unos con otros, puede que todos sean la misma cosa.

Por ahí mismo, a través del parque, le tocó pasar a Buenaventura una vez que se moría cargando dizque una cabeza de novillo, póngale. Esa vez Buenaventura no era tan alto, aunque nunca fue alto alto, ¿me entiende? Pero esa vez estaba alto, pero no tan alto como después.

Un hombre (cuyo mismo apellido tendrían los primeros licenciados del pueblo tiempo después) quiso matar un novillo. El hombre era fornido, del color de su sombrero Suaza, con una casa grande de ladrillo y con mucha tierra para meter ganado. *¡Pues el mismo que le había dicho a Domingo que mandara al muchacho el viernes!*

Cuando este hombre —Julián Duarte— que iba casi corriendo, con tres gotas de sudor bajándole por la frente y con una mano bajo el sombrero rascándose la cabeza, vio a don Domingo Plaza y a Digna Luz a lo lejos hablando con un niño, desvió su camino hacia ellos. Mientras caminaba se limpiaba la frente con la muñeca y procesaba su cara de bonachón. Los saludó, acomodando a sus palabras un tono como para no sonar demasiado caritativo. Pensaba: «Pobre hombre este, hasta buena paga era».

Al principio, Julián Duarte pretendía matar una novilla de cabeza pequeña, pero de buen músculo y sangre apretada. Sin embargo, quiso y decidió cambiar de inmolado.

Tenía entre sus varias cabezas de ganado un novillo, ¡ladrón!, que se saltaba los cercos y se metía a los lotes ajenos. Ya había estropeado varios sembrados de yuca y de frijol; se comía los plátanos que aún colgaban de la mata, siguiendo después con la mata; había arruinado el jardín de doña Mélida Grillo; y había tumbado una parte del tejado de la casa de don Luis Carvajal en el instante que posó allí sus dos patas delanteras desde una colina detrás de la casa y se partió hasta la cola, como

se dio cuenta el mismo dueño del animal cuando fue a mirar, corriendo, luego de despedirse de Domingo y Digna Luz. Entonces tuvo que mandar a decirle a don Domingo y a las demás personas que ya no sería el viernes, sino mañana bien temprano. Dejaría tranquila a la novilla que le había ofrecido a Dios por las gracias recibidas y el perdón de las Benditas Almas del Purgatorio, con la idea de repartirla entre los más necesitados de la vereda y, en su lugar, haría matar y repartir, como un capricho, y como una forma de devolver por justicia todo lo ajeno que se había devorado, al cuasitoro, mallugado y agonizante, de más seso que patas, que dejó sin techo a don Luis, que sacaron de su casa por el mismo hueco y que bramó hasta la madrugada como pidiendo que acabaran con él de una vez.

Cuando lograron sacarlo de la casa de don Luis con cuerdas, tres caballos y una carreta, ya eran las ocho de la noche. No había luna, ni estrellas, ni luciérnagas, *¡ni mucho menos luz eléctrica, hijo!*; y era la hora en que empezaban a salir los espantos. Entonces se descartó la idea de matar el novillo de una vez. La gente no estaba acostumbrada a enfrentarse con la noche. Don Luis, doña Roberta y sus tres hijos, junto con unos vecinos, pusieron de prisa un par de hojas de cinc roto en el roto y medio durmieron con el temor (y la esperanza) de que les cayera algún otro (y tal vez mejor y providencial) regalo del cielo.

Décadas después, cuando de los espantos no quedó sino uno que otro, y ya casi, como los demás, extintos como por una cuestión de selección natural, Buenaventura hacía orinar de risa a los grandes y de miedo a los pequeños contando cómo se había librado una vez de un machetazo lanzado por la patasola cuando cazaba con su escopeta a un guara metido en el monte, o como cuando la única vez que doña Digna Luz le dijo que él era bonito fue cuando, una vez, de pequeño, se orinó en la cama.

Julián Duarte tenía dos hijas y un hijo. La hija menor estaba terminando su bachillerato en un internado católico en el mismo pueblo donde la gente de la vereda salía a misa y a vender sus productos. Se llamaba Clara, y la estaba despertando como

todos los días una campana que hacía que se santiguara automáticamente. La segunda hija se llamaba Aránzazu, y estaba en el convento desde hacía tres años, en un pueblo a tres días de camino a caballo. Rezaba el Ángelus. Y el hijo mayor de Julián Duarte se llamaba Leticio, que tenía unas ojeras que le daban a las orejas de no haber dormido en toda la noche, aunque se hubiera acomodado los bíceps en los oídos y encima se hubiera puesto dos almohadas; y, cuando por fin, la gravedad de la noche, que se resistía a morir, lo había llevado, por fuerza, a adentrarse un poco en el sueño, el penúltimo bramido del novillo se hizo, y su papá le abrió la puerta de la habitación para despedirse, «que ahí le dejo, hijo, me voy adonde Clara a ver cómo ha seguido de lo que ya sabemos».

El horizonte empezaba a brillar, blanco, tras las nubes y aun tras la montaña; el sol saldría un instante, saludaría y sería opacado por un día nublado. Leticio se levantó con una especie de mareo muy singular, casi como con el que, varios meses atrás, despertó al otro día de celebrarle a Clara, con aguardiente y dos guitarras, el cumpleaños número quince, cuando allá en el internado ella se acostaba a dormir pensando cómo estarían de tristes sus papás y hermanos al no poder estar juntos. Pero Leticio se levantó pisando fuerte, con rabia, y se dirigió al corral adyacente donde el novillo tampoco había podido dormir.

El día anterior, y desde el mismo día en que se le ocurrió ofrecer una de sus reses a los más necesitados de la vereda en nombre de las Benditas Almas del Purgatorio, Julián Duarte le encargó, le advirtió, muy pero muy insistentemente a su hijo Leticio, que ya era hombre adulto y consciente, no dejar sin parte a don Domingo. *Pero es que se lo repitió y se lo repitió:*

—*Que no fuera a dejar a don Domingo sin parte.*

Buenaventura aún dormía. Digna Luz hacía fuego en el fogón. Leticio acabó con el sufrimiento del novillo y al rato llegó uno de los trabajadores mandados a llamar por su papá, dispuesto a despresar. Fue rápido. Leticio se desahogó con su cuchillo, y la irritación de la noche sin dormir por culpa del no-

villo se transformó en placidez y sonrisa cada vez que un vecino se acercaba por su pedazo de carne, le daba los buenos días y que Dios los bendiga.

Digna Luz le agarró el inocente hombro a Buenaventura y lo sacudió con fuerza, sin misericordia hacia el sueño de la sardina gigante que veía en un pequeño arrollo pero que nunca podía tocar, hasta que caía en el agua y se daba cuenta de que no era tan diáfana y de tan poca profundidad como él soñaba. Sobresaltado, y con la mente dormida, sin saber por qué, o al menos sin recordarlo, puso sus pies sobre el suelo frío y se vistió. Su mamá le dio un maduro asado y le dijo que se apurara, que chao, que lo vi. Buenaventura le preguntó que a qué o adónde, y no terminó de hablar cuando ella empezó a aporrearle las nalgas y los costados mientras lo perseguía; Buenaventura tampoco supo a qué hora comenzó a correr, pero sí notó que ya no tenía sueño; hasta que salió huyendo de la casa y siguió corriendo, hasta darse cuenta de que estaba ya al lado de la ceiba. Todavía tenía el maduro asado en la mano, y hasta ahora no se había dado cuenta de que lo quemaba. Lo abrió en dos, como un cofre, mientras salía su vapor al ambiente frío de la mañana; lo sopló y fue comiendo la parte tierna y dulce de adentro, mientras trataba de recordar la razón por la cual estaba tan temprano fuera de casa y adónde se suponía que debía ir. Se sentó sobre una piedra al lado del camino mientras se terminaba de comer el maduro asado, soplándolo, cuando vio a lo lejos, por la misma calle, un montón de gente.

Buenaventura fue allá. Mientras se acercaba, veía que no eran muchas las personas que allí se encontraban, y entonces recordó que la noche anterior, cuando se acostaba en la cama, su mamá asomó la cabeza en el cuarto, alumbrando con una vela, y le dijo que mañana tenía que levantarse muy temprano para ir donde don Julián Duarte a traer una carne que él les regalaría; pero como estaba oscuro y ya hacía unos minutos que Buenaventura tenía los ojos cerrados esperando dormir, lo olvidó como se olvida un sueño, y asimismo, ante el mínimo estímulo

de ver a algunos que salían del grupo llevando lo que parecía ser carne, lo recordó.

Dentro del corral vio al hijo de don Julián Duarte junto a otro hombre. Llevaban delante. Afuera, recostados en los maderos del corral, esperaban tres vecinos arropados con ruanas, dos de los cuales fumaban. Buenaventura, aunque no fuera culpa suya, estaba sin estar. Ninguno de los hombres había notado su presencia.

Un momento después el ayudante de Leticio les entregó a cada uno de los enrruanados una libra de carne. Lo agradecieron y se marcharon. El ayudante de Leticio descansó los brazos en uno de los maderos horizontales del corral mientras seguía con la mirada a quienes se acababan de ir. Entonces, al volver la cabeza, vio a Buenaventura ahí paradito. Dio un grito a Leticio, que se encontraba lavando los cuchillos. Leticio miró a su ayudante y este señaló con el pico a Buenaventura, que daba los buenos días. Leticio se echó la palma de la mano a la frente y se dio un golpe seco, con la mente como un abismo y contorsionando los labios. Miró hacia todos lados, como buscando una excusa, pero sabiendo que él no podía permitir que existiera. Mientras lo hacía vio junto a los huesos rotos, que formaban un pequeño montón, la cabeza del novillo tumbada en el suelo y que, desde la distancia, Buenaventura supuso que era un bulto de harina. Alegre de la vida, echando carcajadas, Leticio se apuró a levantar del suelo la cabeza del animal, la llevó hasta el límite del corral, y por el contento y el orgullo que se daba a sí mismo, y pensando que la calidad del momento era infinito, que no tendría caducidad, se la soltó en las manos, cayendo Buenaventura al suelo, por el peso. Le dio dos palmaditas en el hombro y sin esperar gracias ni adioses se fue decidido, sedado por la alegría, a decirle a la hija de don Felipe que fuera su novia. Entretanto Buenaventura, con la cabeza del novillo en el suelo, le buscaba agarre.

Domingo Plaza yacía en su cama tosiendo, tosiendo; Digna Luz espantaba las gallinas de la cocina; Julián Duarte iba llegan-

do al internado con su caballo extenuado dando pasos cortos, divisando en una las ventanas del segundo piso los ojos tristes de Clara; Leticio se enjabonaba, cantando; Aránzazu se dirigía a su cuarto, enojada con la superiora; Buenaventura daba un paso y se caía a su vez, con los brazos llenos. ¡*Daba un paso y un cuerazo!* A su mamá no le extrañaba su tardanza. Sabía que era posible que los matarifes se demorasen en su actividad, y que era imposible que al pasar por la quebrada Buenaventura no se estuviera un rato viendo las sardinas e intentando pescarlas. Pero, realmente, Buenaventura estaba muy atareado como para estar pensando en sardinas. La cabeza de una res puede llegar a ser muy pesada. Quienes saben del asunto así lo afirman, y saben también que, así como pesa, puede dar alimento para varios días.

Ahora la gente es muy desagradecida. Se cree muy... elevada. Ahora arrugan la cara cuando se les habla de buena comida. Es que la sopa de seso de res es muy rica. O la de ojos. La lengua, las agallas, la parte de las mandíbulas... muy buena comida. Por eso es que la gente duraba tanto. Ahora no. Ahora si no es gaseosa y chitos pues no comen. No, no, no, no, no. Qué pecado.

Del maduro asado que Buenaventura se había comido un par de horas antes no quedaba nada en su estómago. Ni siquiera estaba cerca de llegar a la quebrada, a la que de verdad no sabía cómo iba a atravesar. Descansaba cada tres pasos. En algún momento, cuando los delgados músculos de su delgado cuerpo se calentaron por el esfuerzo que hasta ahora había hecho, halló suficiente fuerza para cargarse la cabeza del novillo atrás, en la nuca. Así, con el mentón contra el pecho, cabeza con cabeza y los brazos agarrándola a los lados, logró pasar la quebrada, a riesgo de resbalar, de caer, pero definitivamente de no poderse mover a gusto durante al menos dos semanas por el dolor que tendría en los músculos, por causa de tal esfuerzo. El arranque de fuerza le duró un rato. Después se dejó caer a la orilla de la carretera y allí se sentó. Pensaba: «¿Pero por qué no vienen?

¡Alguien! Al menos que llegara mi mamá, con una vara, buscándome pa' darme duro. Yo hasta se lo agradezco. Pero es que nadie. Preciso. Ni mi tío Tomás, ni una mula suelta que subiera sola. Ni mi tía Ercilia, ni mi tía Ofelia, que me ayudaran a coger esta vaina al menos de una oreja». Lo levantó el hambre, que también le prestó fuerzas para seguir otro trecho...

Mientras tanto Julián Duarte leía letra por letra los diplomas de la directora de su hija. Permanecía de pie, esperando que ella lo invitara a sentarse en una de las dos sillas que había delante de su escritorio. Pero ella tan solo lo vio cuando él golpeó la puerta de la oficina y le dijo «Siga» con una voz sin gana, bajando la cabeza, undiéndose de nuevo en los papeles que firmaba. A Leticio lo volvió a gobernar la cobardía cuando terminó de bañarse, y cayó en un sopor debido que le sirvió de pretexto para dejar su arranque de amor para más tarde. Domingo Plaza tosía, tosía. La tía Ercilia contaba unos centavos que su marido había traído del pueblo y los metía debajo del colchón. Digna Luz barría las cagadas de gallina y se preguntaba dónde se habría metido ese muchacho, mientras en el fondo de la casa, cosa a la que ya Digna Luz estaba acostumbrada, Domingo tosía y tosía.

Buenaventura ya no sentía las piernas, pero aun así seguía caminando. Esto lo sorprendió. En un momento quiso tirar la cabeza del novillo al suelo y llevarla a patadas hasta la casa, y de saberse capaz lo hubiera hecho, sin embargo, ni lo uno ni lo otro. Poco después, exhausto, se tumbó en tierra y apoyó su cabeza en la cabeza del novillo. Cerró los ojos un momento, sintiéndose sin afán, tranquilo. Cuando los volvió a abrir encontró el mismo escenario que había dejado por unos segundos y que el cerrar los ojos había trasladado, poniendo a Buenaventura como en otra realidad. Cuando se levantó, reconoció de repente los árboles de guayaba de su patio, que no había visto ya que llevaba la mirada al suelo mientras cargaba la cabeza del novillo, y se dio cuenta de que no estaba tan lejos. Gritó con lo que le quedaba del maduro asado: «¡Ayúdenmen! ¡Olee! ¡Ayúdenmen!».

Digna Luz lo escuchó y salió rápidamente de la casa. De un manotazo le arrancó una rama a un palo de café que había en su camino y fue a darle encuentro. Buenaventura se anticipó con la cabeza del novillo entre los brazos, como ofreciéndosela. Digna Luz la miró y supo de qué se trataba en medio segundo. Aun así le dio tres golpes con la rama. Pero solo tres. Luego llevó junto a Buenaventura la cabeza a la casa y él le fue contando con diligencia lo que había sucedido.

LO QUE EL TIEMPO CALLA

JOHANNA PERNÍA MAGÉ

Taller Virtual de Novela, grupo 2



*Te veré leyendo mis versos a través de tus lágrimas,
y sabrás que tu olvido es peor que la muerte;
Y este poema te hará recordarme
y saldré de la muerte para unirme contigo en tus sueños.
Despertarás con lágrimas en tus ojos
y mi nombre en tus labios.*
Antología póstuma, Ernesto Castillo Salaverry.

Hay una gran multitud reunida frente al enorme y colorido mural en el que se encuentra, desvanecido entre mariposas fucsia y púrpura, plasmado el rostro angelical de ella; los ojos grises, grandes y expresivos, la sonrisa tímida, el cabello negro y alborotado. Así la pensaba y de esa manera deseaba recordarla siempre, como si los segundos se hubieran detenido en aquel instante, como si las manecillas se negaran a dar sus pasos y le hicieran el quite al tiempo.

—Pensé que no íbas a venir.

—Ya ves, mamá, aquí estoy.

Veo algunos rostros conocidos, familiares, amigos, algunos compañeros de papá y otras personas que, conmovidas por la historia, han querido acompañarnos.

—Hoy — mamá empieza el discurso dirigiéndose a la multitud— se cumplen quince años desde que mi hija Samanta Gómez Duarte fue arrancada de nuestras vidas. Desapareció el domingo 3 de julio de 2005 en el barrio Nueva Base de Cali, a la edad de seis años. La recuerdo inquieta, alegre, cariñosa y expresiva.

Recuerdo, bella palabra para referirse a Samanta. Leí una vez y lo grabé hasta ahora, que la raíz de esta palabra es latina y se derivaba de re (nuevo) y Cordis (corazón). Es decir, significa «volver a pasar por el corazón». Y es que cuando hacemos nuestras las memorias, cuando nos negamos a enterrar el pasado volviendo a los momentos compartidos con ese ser amado, cuando entre suspiros y sollozos nos aferramos a las imágenes fragmentadas que reposan en nuestra mente, en ese momento dejamos que corran nuevamente por nuestro corazón. Sin embargo, mi Sami, ella no tenía necesidad de volver a pasar, porque había quedado tan grabada en mis entrañas que parecía formar parte de mi entero ser.

—Sami, hoy ya tendrías veintiún añitos, quizá cuando veas este video, mi rostro, tu foto y aquel mural, reconozcas quién eres y vuelvas. ¡Te sigo buscando, princesa mía! —terminó mamá su discurso entre lágrimas y con la voz partida.

Era un mensaje al viento que intentaba llenar el vacío sin límite que Samanta había dejado en nosotros. Retazos de esperanza, indicios de un camino sin salida, las pistas diluidas en el temor y el cinismo nos habían hecho colapsar esos últimos años. Cada llamada, mensaje y alerta de una posible coincidencia con Sami fue descartada para alimentar la duda, la impotencia y la desesperación.

Debíamos llevar a cuentas el peso muerto de la incertidumbre. Era un duelo eterno mezclado con ilusión. ¿Aún vivía? ¿Estaría sufriendo? O quizá simplemente se había marchado del mundo de los vivos mientras nosotros soñábamos su regreso.

La reunión había sido preparada por el colectivo «Mientras te encuentro» que, inspirados por el fenómeno #ParedesQueBuscan iniciado en Buenos Aires como una iniciativa de la fundación Mis-

sing Children para viralizar las obras de arte con los rostros de los niños perdidos, decidieron convocar aquel encuentro de muralismo en pro de la justicia, la verdad y la memoria de Samanta.

Mi madre ve en aquella colorida pared una pieza de arte que le hace honor al gemido fruto de su vientre. Yo veo una lápida festiva que esconde la realidad entre ilusión y esperanza.

Cantos, poemas y consignas se entretajan para formar el eco audible de la voz de auxilio que destila nuestra alma. No sé por cuánto tiempo se extienda esta peregrinación por el camino empedrado de la pena y la congoja, pero, mientras me vuelvo experta, anhele el día en que encallezcan mis emociones para amortiguar, aunque sea un poco, el dolor que deja a su paso las heridas abiertas.

Empieza a marcharse la concurrencia que acompañó ese emotivo evento. Mi madre da unas palabras de agradecimiento al colectivo, al artista Etrama, que pintó el mural, a la familia y a los medios que nos apoyaron.

Mi padre se acerca y me arroja en un cálido abrazo. Yo solo cierro los ojos intentando no ser presa del llanto. Sonrisas nostálgicas y miradas condolidas se atraviesan a mi paso, mientras todos se despiden. Cristóbal, mi hermano el menor, se acerca. Recientemente ha cumplido dieciocho años, el niño de rizos castaños ha sido reemplazado por aquel joven alto, fornido y atractivo. Goza de la fortuna del olvido gracias a la bella excusa de la infancia. Tres años tenía cuando la tragedia tocó nuestra puerta y ha sido un simple espectador del dolor ajeno, nuestro dolor.

—¿Cómo estás, mi Deyi? —dice mi hermano.

—En la lucha, Cris, en la lucha.

Veo de lejos a mi mamá. En medio de todo la percibo serena, en algunos instantes hasta sonriente, como si estuviera conforme con la simple idea de que su hija no fuera olvidada.

Escucho al fondo la conversación entre mi tía Berta y un asistente.

—Sí, a mi sobrina Deyanira es a la que más duro le ha dado todo esto, no supera el impacto inicial.

—¿No se supone que debería ser la mamá la más dolida?

—Es que cómo te parece que la Deyanira estaba con Samanta cuando pasó todo, yo andaba en ese asado familiar con el Rogelio, mi marido, y recuerdo que las niñas se fueron para el parque, y al rato escuchamos toda la algarabía.

—Muy triste la situación.

—¿Triste? ¡No hija, si eso fue una tragedia! Con lo bonita que era esa china.

—¿Y no se sabe cómo pasó?

—Pues dicen las malas lenguas, porque tampoco es mucho lo que haya dicho la Deyanira, que una camioneta 4x4 negra de vidrios polarizados se acercó sobre la autopista sur oriental y llamó a Samantica en un descuido. Cuando menos pensé, Deyanira la alcanzo a ver y le gritó que corriera, pero tres tipos agarraron a la niña por las greñas y la metieron a la fuerza al carro.

—¿Y qué dijo la Policía en su momento?

—No pues fijate que... —Mi tía se da cuenta de que la estoy observando, rápidamente termina la conversación y se despide.

Odiaba ser el centro del chismorreo, la protagonista del drama familiar que conforme pasaba el tiempo era modificado, exagerado y distorsionado. Lo recordaba muy bien, era un auto rojo, un sedán que se había aproximado al parque, y no eran tres tipos, eran una mujer y un hombre, tampoco fue en un descuido que Sami se acercó a ellos, fue mi culpa, la señora nos ofreció un helado y yo me arrimé como abeja al panal. «Muñeca, ¿quieres?», me dijo la mujer con dulzura, por eso me acerqué. Pero cuando vi que en el interior había un hombre con una cicatriz en el rostro, me asusté e intenté correr. A Samanta la sujetaron por la cintura y a mí me agarraron por el cabello, pero en un momento en que mi hermanita valerosamente pateó a la mujer, logré zafarme. Ella, mi Sami, era la verdadera heroína de la historia.

1938 (OCTUBRE): «LA VIDA CONTINÚA»

FABIO MALDONADO-VELOZA

Taller Distrital de Novela, Bogotá



El edificio del Ministerio de Fomento quedaba en la Avenida Urdaneta, esquina Carmelitas, a dos cuadras de la Plaza Bolívar. Tenía tres plantas. Parte de la fachada en bloques de piedra copiaba la forma semicircular de la esquina y se prolongaba en línea recta hacia las dos calles. Como las relaciones entre el gobierno y las compañías petroleras se canalizaban por ese ministerio, dos años antes de su muerte en 1935, el dictador Juan Vicente Gómez había decretado su construcción con el propósito de servir a la administración pública en Caracas.

Para llegar a la oficina del ministro Manuel Egaña había que subir unas espaciosas escaleras hasta el último piso, cruzar una amplia habitación con varias ventanas a la izquierda y una docena de escritorios ocupados por mecanógrafas y taquígrafas. El corredor artificial que permitía el tránsito de entrada y salida se encontraba a la derecha; estaba limitado por los escritorios más próximos a él y una extensa pared cuya superficie había sido aprovechada para colgar cuadros de ministros de fomento anteriores.

Después de cruzarlo, Alejandro Pietri, abogado de la *Standard Oil Company of Venezuela*, llegó al fondo de la sala. Allí estaba la antesala del despacho. Al igual que las demás colegas, Mónica, la secretaria privada de Manuel, imaginó de inmediato el motivo de su visita.

El personal más próximo al ministro ya sabía de qué se trataban esas inoportunas llegadas del abogado, pues las tensiones entre las compañías petroleras y el ministro habían venido intensificándose —en particular, desde las últimas dos sentencias de abril y mayo de 1938—; el Estado había perdido ambas demandas.

No era la primera vez que el abogado aprovechaba un triunfo en la corte para ostentarlo frente a los empleados, para pavonearse de sus éxitos y para desvanecer esperanzas en el seno del gobierno. Había elegido un traje y sombrero blancos y, de manera deliberada, no portaba su maletín. Únicamente llevaba en la mano algunos papeles; quería dejar la impresión de que había ido con urgencia, y «de paso», para que Manuel diera a las peticiones de exoneraciones de impuestos no solo el visto bueno, sino el carácter de un «simple» trámite consuetudinario.

Él sabía que después de salir del edificio tenía que haber dejado el mensaje sin ambigüedad alguna y sabía que el presidente Eleazar López Contreras, nombrado a finales de 1935, lo recibiría por vía del ministro. Lo peor de todo era que todavía faltaban tres sentencias adicionales, pero era fácil predecir que las compañías seguirían triunfando en la Corte Federal y de Casación.

Al aproximarse a su escritorio, él la miró a los ojos con firmeza y ni siquiera parpadeó; no quería ambigüedades. No deseaba preguntar algo, sino buscar que ella estuviera haciendo contacto visual con él. Demoró unos segundos en comenzar a hablar para asegurarse de que estaba funcionando la maniobra; entregándole copia de la sentencia del 31 de mayo pasado y una nueva lista de peticiones de franquicias, saludó.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Mónica.

—¿Podría anunciarle al ministro Egaña que estoy aquí, por favor?

—¿De qué se trata el asunto?

—Traje una lista previa de materiales para que el ministro me autorice la exoneración de los derechos de importación. Le

estoy anexando la sentencia del 31 de mayo de 1938 en la que la corte le prohibió negarnos la exoneración de los bienes que dieron origen a la demanda del año pasado. Debido a que durante el año que duró el juicio introduje listas con productos idénticos a los de la sentencia, necesito que me autorice estas nuevas exoneraciones. La compañía necesita proseguir con las importaciones. Usted sabe, la vida continúa —Alejandro intentó ser condescendiente—. Si quiere, simplemente dígame que necesito que me autorice la exoneración de productos que introduje mientras duraba ese juicio.

—Ya le aviso.

Mónica tomó ambos documentos con la mano derecha. Alejó la silla para poder girar, procurar espacio suficiente a sus piernas y salir del área del escritorio. Se levantó. De pie, su cuerpo realzó su hermosa apariencia. Su figura delgada permitía que el largo vestido azul cayera hasta la mitad de la pantorrilla con naturalidad. Llevaba un lápiz en la otra mano. Dio unos breves e intermitentes golpes en la puerta del despacho. Sin esperar respuesta alguna del ministro, bajó el asa de la cerradura y empujó la puerta con la cadera. Antes de entrar, se dirigió a Alejandro.

—Tome asiento.

Al ingresar, volvió a cerrarla con un movimiento firme para asegurarse de que no quedara resquicio alguno entre la recepción y el despacho. El sonido de la puerta golpeando el marco de madera no sonó fuerte, pero el abogado notó la firmeza con la que Mónica cerró. Fue un ademán calculado no solo para separar de manera simbólica al abogado del venerable recinto del ministro, sino para resguardar la intimidad de su jefe. Si durante tantos meses había sido solidaria con él, ahora ella quería expresar su intensa fraternidad con el héroe vencido. Levantó el lápiz de color amarillo; contrastaba con su cabello negro y corto, dirigió uno de sus extremos hacia la puerta que ya había dejado atrás en su recorrido y anunció la llegada del abogado.

—Doctor Egaña, llegó Pietri.

Desde que había sido nombrado ministro en agosto pasado, él pidió que le asignaran un escritorio adicional. La secretaria recordó la pregunta que le formuló el día que se lo instalaron.

—Doctor, ¿me está cambiando la recepción para su despacho?

—No, Mónica, este escritorio también es para mí. Lo llamaremos «el académico». Al primero lo llamaremos «el burocrático» y comenzaremos con un secreto entre nosotros: jamás los llamaremos así en público. Si descubrieran que llamo al primero «burocrático», lo tomarían como un insulto al cargo que ostento.

Mónica lanzó una carcajada y le siguió el juego:

—Pues será nuestro secreto.

Acostumbrado a escribir con regularidad, en el «académico» estaba redactando la introducción de la memoria del ministerio de fomento que se publicaría a principios de 1939. También aprovechaba la recopilación de estadísticas para comenzar a escribir la primera historia de la economía petrolera venezolana. Convertir en libro su gestión como ministro, su familiaridad con la información petrolera y su experiencia como profesor, era su misión íntima.

A su llegada al ministerio, se dio cuenta de que muchos de los errores pasados se habían cometido por la ausencia de una perspectiva histórica que se manifestaba en el ensayo y error de algunas medidas gubernamentales. Admitía que no todas las decisiones del difunto dictador habían sido resultados de los sobornos, pues también se habían cometido errores propios de la novedad de la llegada de las compañías petroleras al país en 1912.

Esa mañana había llegado antes que Mónica y la superficie del escritorio «burocrático», en el que estaba trabajando, estaba cubierta de cúmulos de oficios, resmas de papel en blanco, papel carbón y libros. El aparente desorden mostraba la consagración y la tensión de los momentos que vivía.

No siempre le dictaba a Mónica las ideas, y en especial, cuando estaba estudiando. Si se trataba de oficios, correspondencia oficial y respuestas particulares a peticiones, sí optaba por el dictado. Lo hacía desde el escritorio «burocrático». Ella

era muy hábil en taquigrafía. Manuel siempre contaba la anécdota sobre ella cuando comenzó a dictarle los oficios.

—Le pregunté a Mónica por qué no estaba escribiendo —narraba Manuel. «Porque terminé lo que dictó; estoy esperando que usted continúe.»

El ministro ya estaba habituado a su máquina de escribir y la usaba con frecuencia; disfrutaba el sonido, el ritmo, la velocidad y el golpeteo de las teclas sobre el papel. La máquina de escribir le permitía que el mundo navegara en sus dedos.

El trabajo de la faena le proporcionaba una sensación tangible de avance. Línea tras línea, y párrafo tras párrafo, notaba con deleite el progreso de sus ideas cuando se materializaba en hojas acumuladas al lado de la máquina de escribir. Después, las leía con rigor, las corregía a mano y se las entregaba a Mónica para que elaborara un texto en limpio. El proceso podía llevar varias versiones. Incluso disfrutaba cambiar la hoja de papel y el sonido del rodillo cuando la desplazaba hacia la posición para proseguir la tarea.

También había adquirido la costumbre de convertir en desaffo las ocasiones en las cuales las teclas se quedaban atascadas, pues golpeaba con más fuerza una tercera para liberarlas. No siempre funcionaba la maniobra y tenía que separarlas con los dedos, pero era parte del reto. No le gustaba cambiar los carretes de la cinta. Por lo general, terminaba manchándose, pero lo hacía él mismo como parte de su afición a la máquina. Otras veces, Mónica los reemplazaba sin decírselo. Él se daba cuenta de su eficiencia cuando se sentaba y daba el primer golpe de tecla, pues la tinta impresa en el papel era mucho más intensa; era otra de las tantas señales que mostraban su interés en las actividades del ministro. Él acostumbraba a repetir la misma respuesta con buen humor.

—Tenemos juguete nuevo, gracias, Mónica.

Sin esperar respuesta alguna, la secretaria continuó avanzando hacia el escritorio. No quería que una temprana réplica del ministro le cortara su avance firme y decidido. La operación

funcionó con la precisión que ella buscaba. De forma inconsciente, él dejó en suspenso su respuesta, pues se dio cuenta de que el movimiento decidido de Mónica venía acompañado de otro mensaje aún sin expresar. Alcanzó a prever que ella quería escoltar la noticia con un viejo gesto de fraternidad.

Así fue. Ella no dijo «¡llegó el *doctor Pietri*!». Al despojarle todo título de señoría al abogado, divulgó su disgusto.

Manuel consideró que ese descortés ademán estaba justificado, pues se dio cuenta de que estaba manifestando de manera simultánea la ira con el abogado y la solidaridad con él. El tiempo que llevaba conociéndola le había enseñado que Mónica se merecía ese tipo de libertad, y ella estaba ejerciéndola.

Manuel sabía con certeza que había una gran diferencia entre anunciar un éxito y un fracaso. No solo por la naturaleza de su oficio, sino por la afección de su corazón, ella hubiera preferido comunicar la visita del abogado como materialización de una victoria del ministro; no de una derrota.

Al verla entrar, Manuel pudo sospechar de qué se trataba el alarde de Alejandro. La petición que llevaba el abogado no era la que ella había esperado. Manuel percibió de inmediato que el apoyo de su secretaria seguía intacto a pesar del resultado. No fue difícil percatarse de que ella estaba viviendo su propia versión del revés de las infructuosas acciones del ministro durante los últimos meses.

Mónica se detuvo a un lado del escritorio, invadió un espacio que pocas veces traspasaba, extendió el brazo, le entregó ambos documentos acompañados de una tenue voz, más dulce que de costumbre, repitió el mensaje de Alejandro y esperó ansiosa por la reacción del ministro.

Él reconoció de inmediato la sentencia de la Corte Federal y de Casación. La compañía había demandado a la nación en abril de 1937 y había ganado el juicio. Mónica lo miró con desesperanza y esperó con curiosidad su reacción.

—Esto es lo que traje.

Por lo general, Manuel impedía que sus gestos desfiguraran su semblante y que las personas a su alrededor pudieran detectar la pasión del ánimo que estuviera padeciendo en algún momento. Ese lujo solo se lo permitía frente a su esposa, Corina.

Sin embargo, la carga anímica de otra derrota consecutiva estaba provocando que sus sentimientos abandonaran el mundo de sutilezas y buscaran salidas ostensibles. Era octubre. Desde mayo, la carga venía creciendo y el control de los sentimientos estaba al borde de su límite. Habló con rabia.

—Veo que trajo otra vez su trofeo. —Alejandro sabía que Manuel ya tenía la sentencia; que continuara llevándole copias era la manera sutil que había encontrado para restregarle la victoria al ministro—. Y como remache trajo una nueva petición de exoneración.

Manuel también pudo adivinar que pedir las nuevas exoneraciones de productos no incluidos durante el juicio era otra señal que Alejandro deseaba convertir en hecho consumado.

LOS AÑOS INVISIBLES

JULIÁN GONZÁLEZ HOYOS

Club literario El Viaje, Sabaneta



Mi historia no es agradable, no es dulce y armoniosa como las historias inventadas. Tiene un sabor a disparate y a confusión, a locura y a sueño, como las vidas de todos los hombres que ya no quieren seguir engañándose a sí mismos.
Demian, Hermann Hesse

El inesperado retorno: enero de 2018

*De todo lo que está escrito,
amo solo lo que una persona ha escrito
con su sangre.
Escribe con sangre,
y descubrirás que la sangre es espíritu.*
Así habló Zaratustra, Friedrich Nietzsche

Hasta mucho después de aquella llamada Ulises comprendió que esa noche había sido el final de muchas cosas. Llegaría a pensar que es lo natural, que no se comprende nada hasta que los acontecimientos ya son una historia, una de tantas otras que van aparejadas a esta carne débil y a este espíritu entrópico, esto que algunos suelen llamar vida.

Como de costumbre, por aquella época la oscuridad llegó más pronto que la noche. Había llovido y nada de extraño tiene eso en el sur del Valle de Aburrá. Ulises se encontraba frente a la computadora revisando el correo y escuchando música mientras hablaba con algunos compañeros de la universidad.

Sabía muy bien lo que le había sucedido a su padre, sabía en donde estaba y en qué condición estaba, o al menos eso fue lo que decidió aceptar y era bueno para él. Ya había terminado las materias en la universidad, y le restaba lo que pensó sería el trabajo más duro: elaborar la tesis. A decir verdad, no sabía cuánto le iba a costar aquello, por todo y, especialmente, por él.

Lo había conversado con su madre. De la sorpresa inicial y la incertidumbre por las consecuencias del accidente de su padre todo había ido llevándolos, o al menos a él, a cambiar un poco el orden de sus preocupaciones. El día anterior a aquel martes había hablado con su padre, lo escuchó cansado, muy cansado, pero en ese momento supo que no era el cansancio de un convaleciente, ni el de un viejo (como lo era su padre en aquel entonces). Era el cansancio de una vida, una muy mal vivida, mal gastada o bien vivida. ¿Cómo podría saberlo? De todas formas, se escuchaba como si le pesaran los sueños, todos los que seguramente ni siquiera intentó alcanzar.

Hablaron poco. De todas formas, Hernando no estaba para hablar mucho y ya era costumbre que en aquellos años de lejanía Ulises mantuviera un silencio cada vez más elocuente entre ellos, uno que su padre siempre aceptó permaneciendo también en silencio. Si le hubiesen preguntado cuál fue la razón de ofrecer aquel exvoto de silencio, tendría que responder que nada en particular, o tal vez debería pensarlo un poco más. De cualquier forma, le dijo a su padre que se recuperaría y que muy pronto regresaría a casa, su madre y él regresarían también a verle después de tanto tiempo y le dijo que nuevamente estarían reunidos como en otra época. A todo ello aquel hombre exánime respondía con un *sí*, uno que sonaba como un adiós.

El teléfono de su madre, que siempre había sido el que incansable rompía el silencio de la casa, volvió a sonar. Ulises seguía frente a la pantalla en lo mismo: una noche más, una tormenta más. Al escuchar su nombre levantó la cabeza y vio a su esposa viniendo con rapidez por el pasillo hasta la sala donde se encontraba, apenas pudo tomar una bocanada de aire para acabar de tragarse aquella rutina, y lo siguiente que le escuchó decir fue:

—Uli, Tu papá se murió.

Se quedó en silencio unos segundos. Cuando reaccionó y pensó en levantarse para ir hasta la habitación en donde estaba su madre ya ella venía entrando a la sala acompañada por Lucía, la tía de Ulises. Ver el rostro de su madre fue tan esclarecedor e impactante como si él mismo hubiera escuchado esa llamada.

Se sentaron todos en la sala a mirarse y a tratar de hablar de lo que acababa de suceder. Su madre les repitió varias veces cada palabra que acababa de pronunciar la voz al otro lado del teléfono, la que le comunicó la muerte de su esposo. Intentaba decirles que todo iría bien, que él estaba mejorando, que estaba pensando en lo que vendría; terminaron confirmándose que era todo lo contrario, que nada iba bien, que el accidente había sido peor de lo que imaginaban y que esto se veía venir. Por su parte Ulises entendió que su padre sí estaba pensando en lo que vendría y que claramente no era lo mismo que habían estado pensando todos, pero, por supuesto, esa fue otra cosa que como de costumbre se guardó para sí.

Lo que quedaba de la noche se terminó en medio del concierto ante la pasmosa realidad. Lo único claro que les dejaba todo esto es que tendrían que regresar con más prontitud de la que hubieran estado planeando, en particular Circe, la madre de Ulises, que no terminaba de aceptar que el viaje de regreso a casa era impostergable. Aunque ninguno comprendía muy bien el porqué de su actitud.

Al día siguiente no hubo mucho tiempo para continuar haciendo conjeturas, no hubo tiempo para sentarse y hablar del asunto, para recordar lo que pudieran del difunto Hernando

Buendía o para hacer lo que se supone que las personas hacen cuando alguien muere. Desde muy temprano empezaron los preparativos para un, hasta aquel momento, impensado viaje. Comprar los pasajes, alistar las maletas, dejar todo lo más organizado posible, en fin, quizá tanta agitación y tantos asuntos repentinos por atender fueron la manera de aplazar lo inevitable. Hablar de lo que habría de hacerse en las próximas horas y días.

Amaneció con una prisa inopinada; todos acostumbraban a levantarse un poco más temprano desde que la madre de Ulises había llegado a vivir con ellos y lo hacían para ajustarse a su obstinado reloj biológico que, aunque bastante mellado y agotado por el tiempo y el uso, la compelmía a despertar entre las cuatro y las cinco de la madrugada con cada vez menos necesidad a medida que pasaban los años. Tras despertar, se dirigía de inmediato a la cocina y ponía a hervir agua para hacer café. Esto era como un acto reflejo que acompañaba con una selección de canciones de la época de su juventud, que solía cantar a viva voz durante gran parte de la mañana. En ocasiones, su cantar podía competir con el de la alondra en el anuncio de la llegada del amanecer, pero aquella mañana no hubo canciones, solo un café caliente y unas miradas desencajadas. La madre de Ulises estaba perdida en sí misma.

Ulises y Circe ya estaban en la sala de espera del aeropuerto. En poco menos de una hora un avión partiría hacia la ciudad de Cúcuta, y los acercaría más a su luctuoso destino. Como de costumbre era una tarde muy fría. Después de más de diez años de vivir en Envigado Uli estaba habituado a aquel clima; además, siempre había preferido el frío, pero para su madre no era una sensación agradable pues no tenía mucho tiempo viviendo con ellos y su salud era muy precaria a causa de su prolongada quimioterapia y de una cirugía de la que aún estaba convaleciente.

Se miraban con un extrañamiento que recién descubrían y de vez en cuando rompían el silencio para hablar sobre cómo estaría todo por allá, para hacer una lista de las cosas que deberían realizar y para decidir sobre la marcha cómo sería todo de allí

en adelante. El personal de la aerolínea anunció que ya podían abordar, y eso fue todo. No hubo tiempo, ni espacio, ni deseo para despedidas, para completar ciclos, ni para esas cosas que se supone siempre deben hacerse. De todas formas, María, la esposa de Ulises, y su hijo, se habían quedado en casa junto con Lucía y Jesús, el hermano. Aquella era en cierta forma una sensación de desarraigo, algo así como tomar lo que puedas y correr. Aquel instante le recordó un episodio de su niñez, uno tan lejano y vago que a su familia le sorprendió siempre que él tuviera conciencia de aquel recuerdo y de otros tantos; de un inesperado viaje a Barranquilla con algunos familiares, pero eso pertenece ya a otro pasado que no fue más que un recuerdo fugaz en aquel momento en que caminaba con su madre hacia el avión.

Sintió que llegaron a Cúcuta demasiado pronto y la sensación no se debía a la rapidez del avión. Lo primero: el sol, ese sol que lastimaba los ojos y los recuerdos, pero de allí solo hubo tiempo para seguir hasta la terminal de transporte y conseguir rápidamente pasajes para San José de Oro Negro. Una media hora después un vehículo partía con dirección al norte, las calles estaban revestidas de calor y más adelante la carretera hacia allá era lo que solía ser: parches de asfalto que se iban resquebrajando entre extensiones de camino destapado lleno de tierra, piedras, abandono, desidia, hastío y decepción, tal como siguen siendo ahora. Ulises siempre viajaba en silencio, ese tiempo lo usó para mirar hacia ninguna parte, para intentar encontrar algo que pudiera recordar del camino, pero este seguía bordeado por algunas viviendas a las que la vida se había ido comiendo.

De cuando en cuando ese camino era interrumpido por masas de fierros herrumbrosos precariamente unidos y extendidos que pretendían dar paso a los vehículos por sobre los ríos, quebradas y riachuelos que recorren el Catatumbo. Se suponía que eran puentes y pontones, pero Ulises pensaba que, si de ser justos se trataba, tendría que decir que eran una vergüenza. Desde que se salía de Cúcuta la carretera dejaba ver un mundo distinto al que ya se había habituado, si bien a la vera del ca-

mino empezaban a observarse algunas fincas y más al fondo se abría en su esplendor la selva del Catatumbo. Era evidente que mientras más se acercaban a su destino el paisaje se volvía una incontable extensión de cultivos de palma. La carretera atravesaba algunos poblados menores que vendrían a ser el preludio de lo que les esperaba en aquel entonces, allá en san José del Oro Negro.

Aquella llamada fue el hito que marcó el final de un día, de un mes, de una rutina, de una época, de una vida. Se diría que, como todo final, no fue más que el preámbulo de otro comienzo. Si es que puede decirse de las cosas que en verdad empiezan y terminan y no simplemente suceden sin más. Uli había empezado a entender que la vida está a medio camino entre el recuerdo y la creación; a medida que el automóvil que los transportaba se acercaba al pueblo, una frase resonaba en su mente: una vida podría terminar siendo lo que recuerdas de ella y lo que olvidas; bueno, es lo que podrías empezar a recrear...

Justamente acá, desde esta parte de la memoria que llamamos el olvido, es donde comienza a recrearse la historia de aquellos años invisibles.

PÍNTATE LOS LABIOS, MARÍA

HAROLD KREMER

Ganador – Categoría Directores de Taller
Taller Biblioteca Universidad Santiago de Cali, Cali



Fragmento – Capítulo 4

A Andrés me lo presentó una compañera de la facultad, una noche que salimos a rumbear, después de presentar un examen. Fuimos a *El manisero*, nos sentamos en la barra, pedimos media de aguardiente y empezamos a bailar con todo el que nos lo pedía. Nada de compromisos, habíamos dicho, nada de sentarnos en la mesa de cualquier buscón que apareciera por ahí. Solo bailar y nada más. Yo estaba feliz con los videos, y me encantó ese de Roberto Faz cantando «Píntate los labios, María». No podía creer que la música cubana tuviera influencia española. Verlos allí, vestidos de gitanos, me daba risa y alegría y, sobre todo, ver a Roberto Faz, en blanco y negro, burlándose de los disfraces y gozándose la canción. Era algo ridículo, pero también muy bello. Cuando acabó el video quise que lo volvieran a colocar, y el DJ dijo que ellos no repetían canción y mucho menos un video. Eugenia, mi amiga, habló con el dueño y le dijo lo mismo: no repetían canción. Entonces, seguimos bailando con los buscones que no faltaban, y me olvidé del asunto. Ni siquiera volví a pensar en el video porque la música era tan buena, y los días an-

teriores habíamos estudiado tanto, que solo queríamos pasarla bien. Cada vez que alguno de los buscones nos solicitaba bailar dos veces seguidas, lo rechazábamos. Eugenia y yo nos mirábamos y, riendo, sin palabras, nos decíamos: nada de compromisos, nada de ser la funda, por una noche, de un maldito buscón, de cualquier borracho desesperado buscando donde meter su puyón. Solo volvíamos a bailar con el mismo tipo después de tres piezas. Esa era la norma y cuando Eugenia o yo nos equivocábamos, la una se encargaba de recordarle a la otra que todavía faltaba un disco para aceptar la invitación. También había canciones que no bailábamos, por ejemplo, boleros como «Temes» o «Amada mía», porque los puyones se acercaban demasiado, con ganas de restregarse, de frotar su pepino en la entrada del cofrecito sagrado. Y como estábamos bebiendo, aunque poco, porque solo teníamos media de aguardiente para toda la noche, y a las mujeres nos entra un periodo de debilidad, un periodo en el que no podemos negarnos, así queramos, entonces evitábamos cualquier acercamiento al cofrecito sagrado.

Me reí. Eugenia me preguntó de qué me reía.

—Del cofrecito sagrado —dije.

Así lo llamamos porque de niñas jugábamos a «guarda este regalito en el cofrecito de tu abuela».

—No olvides que está cerrado con dos candados: uno de oro y otro de plata.

—Yo lo tengo con tres —dije—. El tercero es de chocolate y está empapado de burundanga. Es el más fácil de abrir pero es el más terrible porque si le permito a un hombre cogerme luego le ordeno que me olvide, y hasta lo puedo dejar sin dinero.

Eugenia se rio y le gritó al mesero que colocaran «Burundanga».

Y seguimos, riéndonos de todo, secreteándonos sobre tres tipos muy buenos. Estaban solos, sentados en la barra como nosotras. De tanto en tanto, nos mandaban una copa de aguardiente. Eugenia y yo los mirábamos de reojo y, entre risas, nos decíamos que con dos aguardientes más nos entraba la debili-

dad. Había, sobre todo, uno que estaba superbueno, superchurro, un bizcocho bañado de manjarblanco, listo para devorarlo y lamerlo de arriba abajo. Parecía un sueño, con el pelo un poco alborotado, los brazos peluditos y un trasero que parecía de ensueño. Con Eugenia cuchicheamos que era un trasero empujador, de esos que con solo tocarlo y apretarlo, mientras el tipo está encima, ya te entra un orgasmo tras otro. Yo bailé tres o cuatro veces con él, porque el tipo le estaba echando el ojo a una puta que estaba sentada al otro lado de la barra. Ella, la zorra, estaba sola y bailaba igual que nosotras con todos los puyones, pero al final se dedicó solo a bailar con nuestro semental, o él con ella, porque no volvió a sacarnos a bailar. ¿Quién sabe qué le ofreció la zorra? Lo cierto es que se trasladó a su lado, en la barra, y quedó exactamente al frente de nosotras.

Con Eugenia suspiramos un rato y, luego, lo olvidamos. Pero estaba bien, pensé en un momento de nostalgia, porque los hombres son así. Si a las mujeres nos entra la debilidad sólo de tanto en tanto, a los hombres desde que nacieron se les instaló permanentemente. Estos desgraciados andan por el mundo hambrientos, desesperados, metiéndose a la cama con cualquier cosa que se les atraviese, con peliteñidas, con mujeres que parecen palos de escoba, con tetonas, con mujeres sin tetas, con enanas sin forma, con culonas, con bizcas, cojas, mancas, con toda la porquería del mundo. Pero yo los entiendo: es por la debilidad permanente, por la falta de raciocinio, por la emoción, porque sí y porque no. Eugenia leyó en una novela que los hombres solo quieren una cosa. Y yo lo aprobé. Sé que es verdad, me consta, me consta y me consta. Me fui al baño, me senté a orinar y me quedé un momento pensando en todo esto. Me retoqué la cara, me arreglé el pelo, y cuando salí Eugenia estaba bailando con un tipo que yo no había visto. Al terminar el disco me lo presentó. No alcancé a oír su nombre, ni a cruzar tres palabras porque arrancó «Mi gente», y de una me sacó a bailar. ¡Qué rico, qué rico, qué rico! Era un gran bailarín y me hacía girar, ir y venir por toda la pista. Siguió «El agua del clavelito», y

bailamos el siguiente y el siguiente. Yo miré a Eugenia, para pedirle permiso de romper el compromiso de no bailar sino cada tres piezas, y ella aprobó con la cabeza. Bailamos «Detalles», de Óscar D'León y, por primera vez, un bolero peligroso, «Te busco», uno de los que habríamos evitado bailar con los buscones de esa noche. Entonces, me fui a sentar y para mi sorpresa mi bailarín se hizo al lado de nosotras. Miré a Eugenia, pidiéndole permiso, rogándole con la mirada que lo dejara allí, y ella me dijo que era un viejo amigo, un compañero del colegio, que con él no corríamos peligro. Y me lo volvió a presentar. El tipo me apretó ligeramente la mano, y por vez primera escuché su nombre: Andrés.

Y no sé qué hizo Andrés, pero quince minutos después bajaron la pantalla y colocaron otra vez «Píntate los labios, María». Me miró con sus ojazos negros, con sus cejas rellenas, con su nariz, con su boca, con sus orejas, con el mechón que le caía sobre la frente, me miró con todo lo que era él, con su pasado, su presente y futuro, y cogiendo mi mano me sacó a bailar. Yo estaba feliz: literalmente danzaba y caminaba por el aire, por la pantalla con Roberto Faz, por las paredes, por las mesas, por la barra, por la pista que solo era nuestra, a pesar de que había otra gente bailando. Y fue bailando «Píntate los labios, María» que sentí un ligero malestar en el bajo vientre, pero no supe qué era y no era el momento para averiguarlo, porque ese fue uno de los momentos más felices de mi vida. Luego ya no me acuerdo, o sí me acuerdo, pero a pedazos, a ratos: ¡Andrés era el hombre más-ma-ra-vi-llo-so-del-mun-do! La noche en que nos echaron de *El manisero* —sí, nos tuvieron que echar porque iban a cerrar—, Eugenia me llamó aparte. Me dijo que tomara las cosas con calma, que no era bueno que me entusiasmara tanto, y yo le decía que sí, y seguía retocando mi rostro con rubor, y todavía diciéndole que sí, le pedí un poco de perfume, de ese tan rico que ella usa, ese Chanel chiviado. Ya en la calle me dijo otra vez, bajito, que parara, que no era bueno entregarse así de primerazo a un hombre. Yo seguía diciéndole que sí, que

sí y que sí. Y Andrés nos invitó a seguir la rumba en *Juanchito* y también dije que sí. Eugenia dijo que no, que nos teníamos que ir porque debíamos preparar el trabajo final de Semiólogía IV, y le dije que después, que yo me iba con Andrés, y se montó en un taxi y se marchó.

La noche es joven, dijo Andrés, y arrancamos para *Don José*, donde bailamos hasta bien entrada la mañana. Al amanecer, me tomó de la mano y salimos al parqueadero donde vimos la luz del día entrando en el cielo, rasgando la oscuridad en el momento en que el cielo estaba partido, a la derecha la luz, a la izquierda la noche. Y cuando la línea claroscuro estaba sobre nuestras cabezas, Andrés se acostó en la gramilla. Yo hice lo mismo, y me tomó de la mano. Justo en ese momento me dio un beso, nuestro primer beso, luego se volvió a recostar y vimos el día rompiendo la noche. Entonces, volvimos al grill y seguimos bailando, danzando, hasta que Andrés me dijo que tenía hambre, que me invitaba a desayunar.

Nunca había tenido una noche como esa, nunca, nunca, nunca. En la galería Alameda tomamos jugo de naranja, comimos huevos revueltos y, a la salida, Andrés me compró un ramo de rosas amarillas y rojas. Fue cuando me volvió a dar ese malestar en el bajo vientre y entendí lo que me pasaba: era la debilidad que había entrado en mi cuerpo, una debilidad que no podía combatir, la debilidad anhelada, la debilidad que otras veces rechazaba, pero que ahora era bienvenida. No sé, entonces, si Andrés lo supo, pero sin preguntar, sin chistar, sin decirnos una palabra, fuimos a su apartamento y nos devoramos durante tres días seguidos, tres días en los que hacíamos el amor muchas veces, hasta cinco conté en un solo día, tres días en los que nos contamos todos nuestros secretos, tres días bebiendo vino, pidiendo comida a domicilio, tres días en los que mi coño quedó pelado, adolorido de tanto culear. Y bebimos, fumamos marihuana, comimos, bailamos, y al tercer día llegó Eugenia angustiada, preguntando qué me pasaba, por qué no había ido a presentar el trabajo de Semiólogía IV, el de Audiovisuales III

y el de Cine v. Me contó que mi mamá y mi papá estuvieron a punto de colocar una denuncia en la Fiscalía por desaparición, pero que ella había logrado detenerlos, hasta ese día en que mi papá, viendo llorar a mamá, dijo que no esperaba más y que iba a colocar la denuncia. Lo primero que hice, entonces, fue conectar mi celular, y tenía cientos de llamadas perdidas. Llamé a mi papá que me pegó un regaño tenaz y me dijo que si no aparecía al final del día, colocaba la denuncia. Yo que tenía cuerda para rato, para mucho rato porque pensaba quedarme a vivir allí con Andrés para siempre, le dije que tenía que irme. Y Andrés se puso triste, y me dijo cosas tan bonitas que eché con cualquier disculpa a Eugenia, prometiéndole que al final de la tarde nos veríamos en la U. Entonces, bebimos y nos volvimos a encamar, y nos devoramos ansiosos como el primer día, y en un momento en que estábamos tirados en el piso de la sala (porque hicimos el amor por todo el apartamento, por todos los rincones para marcar nuestro territorio) se me vino a la cabeza el pensamiento de que no había transcurrido el tiempo. Se lo dije a Andrés, y él me dijo que sentía lo mismo, y nos pusimos a hablar de ese tema porque, en verdad, ese día era igualítico al primer día que nos encerramos, era como si nos acabáramos de conocer y empezara de nuevo nuestra historia. Justo en ese momento todo se oscureció y, de repente, arrancó un aguacero que nos obligó a cerrar las ventanas porque se estaba entrando el agua. Yo me levanté, prendí unas velas y el apartamento adquirió un claroscuro bello y extraño, como si fuera una pintura de Velásquez. Luego fumamos marihuana y bebimos más. Y allí, bajo la leve luz de las velas, sentí que estaba en una cueva como la de los primates, esos seres que millones de años atrás todavía no eran hombres, o eran, pero solo un poquito porque eran más animales que hombres. Tuve una visión, como si estuviera viendo una película, en la que varios hombres estaban alrededor de una fogata, tal vez cocinando algo. De pronto uno de ellos se levantó y cogió del pelo a una de las mujeres y la arrastró unos pocos metros, la colocó a la fuerza en posición de perro y se

sacó una monumental verga con la que la penetró, mientras ella aullaba. Entonces, le conté a Andrés lo que había pasado con mi visión. Él se rio y me agarró igual a como le había contado y me poseyó allí, por detrás. Era la primera vez que me cogían por el culo. Mientras él gruñía, me decía vulgaridades y yo sentía que me partía el cuerpo, empecé a gemir y a aullar y, luego, a gritar mientras la tormenta arreciaba con fuerza sobre las ventanas de la sala y los rayos entraban con su luz iluminándonos, y nuestras sombras como animales se reflejaban en la pared. Cuando terminó, me alejé de él en cuatro patas. Fue en esos momentos que sentí que la fuerza volvió a mi cuerpo, que la debilidad se había marchado y que necesitaba marcharme, salir de allí, porque algo malo me iba a suceder.

Y me fui a casa de mis padres con el olor de Andrés en todo el cuerpo.



DRAMATURGIA



EL COLOR DE LAS PALABRAS PALIDECE

MAURICIO LAZO

Taller Permanente de Dramaturgia, Manizales



Personajes

Soledad

Amador

Tinieblas.

Desde una hendidia un destello de luz del sol naciente se proyecta en una habitación invadiendo la oscuridad que hasta hace unos segundos era incólume. Un bostezo de mujer rompe con el silencio acompañado del sonido de una cama desvencijada que chirrea al levantarse. Soledad abre los postigos de la ventana permitiendo al sol de las seis de la mañana entrar en pleno, transparentando su camisión del que sobresale el puntiagudo balancear de su busto, un abdomen redondo y unas caderas prominentes. Ahora todo queda iluminado. El cuarto no es mayor a un área de siete metros cuadrados, el encielado de madera parece un mar de leva con ondulaciones por doquier, el marco de la puerta perdió su simetría y el tragaluz que anuncia el amanecer no es más que un accidente del deterioro. Las paredes están rodeadas de mapas que se han formado por la pérdida de la mampostería. El resto del conjunto es un armario que supera en altura a la mujer, hecho en roble de gran grosor. A su lado, una repisa de sajo pintada de negro sobre la que reposa una

porcelana de un buda color marrón. En una pared lateral, el retrato de un hombre de mediana edad ribeteado con letras hechas a mano con el nombre de Amador. Al costado, una mesa con algunos trastes y una calentadora de agua. Soledad regresa a su litera y de debajo de la almohada toma un saco de franela anaranjado que se pone de inmediato. Arregla su cabello ondulado y largo en una moña ligera, dejando escapar algunas hebras que se niegan a ser atrapadas con el resorte. Una incipiente invasión de canas brilla en su cabeza gracias al golpe del sol matinal. Dobla su cobija y la guarda en el armario, tiembla las sabanas y acomoda su almohada con meticulosidad en la cabecera. Acaricia la barriga del buda, enciende la calentadora, y organiza los trastes de la mesa en desorden; se sienta en la cama a esperar que hierva el agua. Al hervir, desconecta la calentadora y en una taza de esmalte echa diferentes hierbas en pequeñas cantidades con sus dedos.

Soledad: Jengibre para el color. Ajo para repeler la envidia. Hierba de San Juan para vivir alegre. Flor de sauco para pintar el día, ruda para dominar al amor. (*Vierte el agua caliente en la taza, la levanta, se estaciona en frente del cuadro de Amador. Hace un ademán de ofrecimiento al cuadro. Husmea el vapor que emerge de la taza, pone la taza sobre la mesa, va a la ventana y guiñe el ceño a causa del sol que golpea su rostro.*) Amador, vencerás el horizonte y llegarás a mi ventana. Con tu chaqueta de cuero, tu mochila arahuaca y tu fragancia insospechada.

(Va a la mesa y agarra la taza, toma la bebida en pequeños sorbos hasta quedar paralizada al escuchar una algarabía de personas. Deja la taza y se apresura a la ventana.)

¡Amador! (*Se asoma.*) No eres tú, Amador. (*Desde afuera le gritan.*)

Los de afuera: ¡Señora, abra sus puertas, salga a pasear con nosotros! ¡Todo terminó! ¡Venga pruebe el aire de la libertad!

(Soledad mira reparando con detalle por un momento. Cierra los postigos de un aventón.)

Soledad: Hippies, vagos. (*Golpean la puerta. Gritan.*)

Los de afuera: ¡Salga señora! ¡Es libre! (*Aterrada, Soledad se reclina ante el buda y le frota la barriga de la porcelana.*)

Soledad: Por el poder de buda, buda todo lo puede. Por el poder de buda, buda todo lo puede. (*El bullicio se desvanece. Ella se reincorpora, abraza con las dos manos la taza, bebe un sorbo, le habla al retrato.*) Ya llegaron los primeros Amador, no reconozco el tiempo que ha pasado, nunca se me ocurrió comprar un reloj o un calendario, nunca se me ocurrió pintar en la pared líneas que representaran los días. Afuera gritan libertad, como si la libertad consistiera en salir a quemarse la piel. La libertad es otra cosa, es habitar consigo mismo sin temor, es comprimir el mundo en el puño, es respirar y saber que eso es suficiente. Todos esos seres se han entregado al desvarío del fin, no aprendieron nada. (*Deja la taza sobre la mesa. Acaricia el rostro del retrato.*) En estas largas horas no encontré un mensaje bajo la puerta, aunque el tiempo cuando no se cuenta no pasa, solo unas canas de más develan la angustia depredadora. (*Pausa.*) Ya se acerca tu alma y con ella tu ciudadano atuendo, una chaqueta y un par de zapatos de cuero, tu correa gruesa de hebilla grande, tu cabello peinado con estricta caída a la derecha. Eres tan bien puesto que ahora siento vergüenza de mi apariencia. (*Se toca. Deja el retrato, se inclina ante el buda, acaricia su barriga. Se reincorpora. Habla como iluminada.*) Gracias, buda. (*Abre el armario, saca una sábana con la que tapa el retrato.*) Ya me has visto sin ropa, pero ahora siento pena. (*Se quita el saco de franela y el camión, extrae un vestido y una caja de maquillaje del armario, se viste, se maquilla, deshace el moño del pelo, se peina con los dedos. Abre los postigos de nuevo, camina con altivez y sensualidad en frente del retrato, se detiene, se acaricia con intensidad, se toma del pelo.*) Me gusta la fuerza de tus manos en mi pelo. (*Se da dos cachetadas.*) Me gusta el sonido de tus palmas en mi piel. (*Se abraza, se besa.*) Me gusta tu lengua ácida. (*Se aparta lanzando los brazos.*) También me gusta bailar. (*Baila para el retrato con movimientos armoniosos y rítmicos, exaltando su figura, después da de sí para iniciar una danza más queda e íntima.*) Bailar recostada a tu pecho, escuchando el ímpetu de

tu corazón, sintiendo el ensanchamiento de tu entrepierna, te aprovechas de mí, con mi vestido azul, y yo simple como soy, te ruego no detener la querella. Amado Amador, qué daño me hace tu anillo. (*Se aferra a su pareja imposible en un remolino de pasos que desencadena en un efímero desmayo. Después de un breve silencio, una voz en off de hombre rompe la quietud.*)

Voz Amador: ¡Soledad! (*La mujer no se inmuta sólo hasta el segundo llamado.*) ¡Soledad!

(*Soledad levanta la cabeza. Habla para sí.*)

Soledad: Soy yo. Soledad.

Voz Amador: (*Grita.*) ¡Soy Amador! (*Soledad se reincorpora en su totalidad.*)

Soledad: (*Para sí.*) Amador, es Amador.

Voz Amador: (*Grita.*) ¡Soledad!

(*Ella peina su cabello con premura entrelazándolo con los dedos, desarruga con sus manos el vestido que lleva puesto.*)

Soledad: (*Grita.*) ¡Amador! ¿Eres tú, Amador?

Voz Amador: Soy yo, Amador.

Soledad: (*Se acerca a la ventana sin abrirla.*) ¡Por qué estas afuera, Amador?

Voz Amador: ¡Ya todo ha pasado, ahora el tránsito es libre, estamos a salvo!

(*Soledad le da la espalda a la ventana.*)

Soledad: ¿Y tu anillo, has dejado tu anillo?

Voz Amador: He desatado todos los nudos. Ahora quiero atar el nuestro.

Soledad: Los dos sin prisas.

Voz Amador: Así es, solos los dos.

Soledad: ¿Seremos el uno para el otro y el tiempo será un aliado en vez de un verdugo?

Voz Amador: Así será.

Soledad: Y tendré mi propio anillo.

Voz Amador: Con una piedra escaflata.

Soledad: Con nuestros nombres entrelazados.

Voz Amador: Tallados en el oro con letra Marlet.

Soledad: Saldremos juntos a la vista de los extraños y de los no tan extraños, incluso de los amigos.

Voz Amador: Saldremos y toda mi familia, la cercana y la no tan cercana mirará sin aspavientos cómo el amor es de los dos.

Soledad: ¿Y seré la mujer de una casa con olor a pintura nueva?

Voz Amador: Serás la dama de un casa grande y hermosa. Cada habitación será un interludio del idilio que hoy he decidido emprender al lado tuyo, serás la timonel que me gué en la tempestad de los desvaríos, serás la única fuente de vida que alimente mi cuerpo, serás la flameante luz que subyugue mi cama. Hemos sobrevivido a este tiempo inocuo, es la hora de los dos, he dejado atrás las excusas y las prisas, todos estos meses mi pensamiento ha reclamado por ti, y mis deseos acumulados solo me dispensan nuestra felicidad. ¡Serás la última y la única, es hora que el sol brille también para tus ojos!

(Soledad abre la ventana.)

Soledad: Amador, eres un hombre guapo, muy guapo, mírame, mírame muy bien. *(Pausa.)* Después de mirarme, reafirma tus palabras.

Voz Amador: Definitivamente. Abre la puerta soledad.

(Soledad corre a abrir la puerta, cuando va a tirar del cerrojo se detiene. Regresa a la ventana.)

Soledad: He perdido los números del tiempo, pero ha sido bastante para encanecer. ¿Saldré de la clandestinidad, seré reconocida y respetada, seré una mujer con anillo?

Voz Amador: Como todas las demás, serás una mujer de hogar.

Soledad: ¿Y tu antigua mujer?

Voz Amador: No existe, se esfumó.

Soledad: ¿Ha muerto?

Voz Amador: En mi corazón.

Soledad: Qué me ofreces.

Voz Amador: Todo, ya te lo dije, te ofrezco todo.

Soledad: Todo es tanto y tampoco. Todo es demasiado para mí.

Voz Amador: Entonces cuál es la medida para ti.

Soledad: Nada, esperar nada es la medida.

Voz Amador: Te cambio la nada por el todo.

Soledad: Te esperaba con las sobras no con la cena entera
(*Pausa.*) Siento náuseas.

Voz Amador: Abre la puerta, Soledad.

Soledad: No puedo abrir la puerta, no es el mejor momento para visitas; además, no eres el que esperaba.

Voz Amador: Soy mejor de lo que esperabas.

Soledad: ¿Por qué sales? Aún no es tiempo.

Voz Amador: Todos han salido, he recorrido un largo camino, no tengo por quién regresar, estoy solo, todo lo he dejado, Soledad.

Soledad: Regresa a recuperarlo, no ha pasado tanto tiempo.

Voz Amador: No puedo, lo juré, no puedo.

Soledad: Yo tampoco puedo abrir la puerta. He aprendido a no permitir que los pensamientos me quemén el esófago. Las úlceras las curé con hierbas y con buda. Si abro, entrará la memoria mezquina de un recuerdo ya nebuloso, y con él, el insomnio, la inapetencia, el reflujo, el desmayo. La espera sin fin. No puedo abrir la puerta, sobre todo ahora que no me duele tu anillo y ya no duele afirmar. No voy a abrirte la puerta.

(*Soledad cierra la ventana.*)

Voz Amador: Soledad, abre la puerta... Soledad, abre la ventana. He recorrido un largo camino, todo lo he dejado. Estoy cansado, Soledad.

(*Soledad camina hacia el buda, se postra ante la imagen.*)

Soledad: Yo también estuve cansada. Por el poder de buda, buda todo lo puede. Por el poder de buda, buda todo lo puede.

(*Amador continúa con su llamado que se convierte en suplica.*)

Voz Amador: ¡Soledad, estoy solo! (*Se desvanece su voz.*)
Todo lo he dejado, Soledad.

(*Soledad va hacia la mesa de la calentadora y las hierbas. Prepara una bebida.*)

Soledad: Jengibre para el color. Ajo para repeler la envidia. Hierba de San Juan para vivir alegre. Flor de sauco para pintar el día, ruda para dominar al amor.

(La habitación queda iluminada únicamente con los surcos de luz externa que se cuelan por los entreveros de la desvencijada edificación; se desvanecen poco a poco para darle paso a la insondable oscuridad.)



CRÓNICA



ÚLTIMO GANCHO CRUZADO DE IZQUIERDA (LAS HORAS FINALES)

FERNANDO DE JESÚS RIVILLAS

Ganador - Categoría Asistentes de Taller
Taller José Félix Fuenmayor, Barranquilla



Capítulo 1

Ante Feliciano Phidalgo, el corresponsal de *El País* en París, la segunda de sus mujeres —Ugné— declarará que, al visitarlo por última vez en su cuarto de enfermo en el hospital Saint Lázare, el escritor estaba tan debilitado que «apenas hablaba ya». Ante esto, conteniendo las lágrimas, tomándolo de las manos, ella le susurra al oído «la necesidad que tenemos de ti». A lo que el escritor, con mucha dificultad, reuniendo fuerzas, le responde que «te aseguro que hago y haré todo lo que pueda para vivir, creeme». «Luego —sigue Ugné—, el escritor intenta decir algo más, pero la confusión pudo más.» La víspera del deceso, la tarde del sábado 11 de febrero de 1984, otra de sus amigas, la traductora Françoise Campo-Timal, al visitarlo en el hospital, presencia un episodio de delirio del escritor, relacionado con cierta música que sólo él escucha:

Lo rodeábamos Saúl Yurkievich, su exesposa Aurora y yo. Julio estaba muy mal [...] pero, de repente,

su cara comenzó a apaciguarse. Levantó una de sus inmensas manos y nos preguntó: ¿Oyen esa música? Tenía el rostro lleno de alegría y nos decía: *Qué lindo que estén aquí conmigo oyendo esa música*. Yo me decía: Dios mío, si se muriera ahora, si se muriera escuchando esa música que él dice que oye y diciéndonos qué lindo, qué hermoso.

Al día siguiente, el domingo 12 de febrero de 1984, el escritor ya había recuperado por completo la lucidez. Según sus acompañantes, cuando abre los ojos por última vez, aquella mañana, se reconoce acostado en su cama de enfermo y, aún somnoliento, contempla por la ventana los primeros rayos del alba que se desprenden de un cielo bajo y plomizo de la ciudad en invierno. El frío es intenso. A través del vidrio empañado, si se aguzaba la vista, podían distinguirse las siluetas de los primeros transeúntes por la acera de enfrente, así como taxis y autos particulares yendo y viniendo. El mundo de afuera continuaba su curso cotidiano mientras él cumplía ya su décimo día de encierro hospitalario. ¡Cómo le gustaría poder salir una vez más a la calle! Dar un paseo por su amada París; ver árboles... «al menos ver árboles» (le ha dicho antes a Omar Prego); vagar por sus muy conocidas calles, detenerse en un quiosco a comprar cigarrillos, mirar las portadas de las últimas revistas, hojear uno que otro libro; en general, volver a sentir la emoción del primer encuentro con París: «Callejeando por el Marais solitario —había escrito tiempo ha— o fumando sentado en un banco del canal Saint-Martin, vuelve la imagen desnuda y temblorosa de un primer encuentro, y sé que nos amamos siempre y que seguimos acudiendo a la cita». Pero, por desgracia, hoy se siente demasiado frágil y cansado para esas cosas. Cierra los ojos y respira profundo varias veces. Una vaga opresión en el pecho le inquieta.

¿Le darán de alta hoy? Es posible: los médicos le han dicho que todo dependerá de los resultados de las últimas pruebas de laboratorio que le han tomado el día anterior. El problema

de fondo es que su enfermedad no le da tregua de un tiempo para acá: cuando no es el escozor en la piel es la resequedad en la garganta, la falta de apetito, los trastornos intestinales, la pérdida continuada de peso, la debilidad generalizada. Por un momento considera volverse a dormir atendiendo el deseo de su organismo, pero un recrudecer de las picazones en la piel termina por despertarlo. Al menos —agradece— ha logrado sobrevivir otra noche, asistir a otro amanecer, a otro día. Porque ama la vida. («Un día en mi vida —le ha dicho a Viviana Marcela Iriart— es siempre una cosa muy hermosa, porque yo me siento muy feliz de estar vivo»; «cada minuto de mi vida lo valoro más» —le ha reiterado a Anubis Galardy.) Detesta la muerte. Hace lo que está a su alcance para alejarse de ella; para apartarse de la injusta, de la inaceptable, de la incomprensible, de la *escandalosa* muerte («La muerte siempre ha sido para mí —agrega a Galardy— como una suerte de escándalo, una tremenda injusticia contra la maravilla que es la vida». «No tengo ninguna intención de morirme —le repite a Iriart—, tengo la impresión de que soy inmortal. Sé que no lo soy, pero la idea de la muerte no me molesta y tampoco le tengo miedo. Le niego existencia, entonces, eso me ayuda a vivir»).

Le niego existencia, eso me ayuda a vivir... al mirar a un costado lo tranquiliza la presencia protectora de su primera esposa, Aurora Bernárdez, durmiendo en el suelo sobre un colchón improvisado. Aurora, su samaritana de los últimos duros meses. Aurora, claridad entre las tinieblas. Aurora, la mujer que no lo abandonó a él mientras él a ella sí (pero esa es otra historia). Aurora, la que nunca lo había dejado de amar. Aurora, luz de la mañana. «Por suerte Aurora —había escrito— un nombre justísimo para ella y para mí.»

Cuando le parece que se siente un poco mejor, se coloca sus anteojos con la meticulosidad del profesor universitario que fue y empieza a revisar los papeles de su mesita de noche: un hermoso volumen con la *Poesía completa* de Rubén Darío en edición sandinista, cartas personales de amigos preocupados

por la evolución de su salud, hojas manuscritas con notas y esbozos de poemas, un ejemplar de *Nicaragua tan violentamente dulce* traído recientemente, y un ejemplar de *Los autonautas de la cosmopista* editado por su amigo Mario Muchnik. Se detiene a mirar la contraportada de este último libro. En ella aparecen él y su última mujer —Carol Dunlop— cuando vivían juntos en el apartamento de la rue Martel. Él, sentado en su mecedora de mimbre y mirando de frente a la cámara, con los dedos entrelazados con los de ella, que aparece de pie recostada contra su hombro al tiempo que le rodea dulcemente el cuello con la otra mano. ¡Ah Carol, Carolita!, *la dulce osita, la osita de ternura*; la mujer con la que —ha escrito en el prólogo a “Los Autonautas”— «pasé lo mejor de mis últimos años». Carol, la que lamentablemente, hace quince meses, «se me fue entre las manos como un hilito de agua». Con cierto ardor se sumerge en la lectura y va pasando las páginas. ¡Qué tiempos felices aquellos!

Miércoles, 16 de junio [de 1982, hace menos de dos años]

Desayuno: Naranjas, bizcochos de almendras y café.

8. h. El día se anuncia muy bello.

8.10 h. Partida.

8.15 h. A nuestra derecha, las montañas de l'Ardeche.

Almuerzo: Pollo (¡sublime!), tomates, pimientos, cebolla, peras en almíbar, café.

14. h. Partida. Carol conduce por primera vez, y Julio oficia de “navigator”.

14.10 h. Paradero *Aire de la Coucourde*. Muchísimo espacio y soledad [...] El parking está lleno de alondras [...] La osita está contenta de tenerme a su lado y a la vez se refugia en un claustro al que yo no podría llegar sin destruir su preciosa penumbra, su temperatura íntima [...] de manera que ahora me limito a mirarla dormir en su efímera y sin duda

atávica hibernación y espero que se despierte sola, que empiece a desenredarse poco a poco, a sacar una mano, un chorrillo de pelo, un culito o un pie, y que después me mire como si no hubiera pasado nada, como si las sábanas no fueran un gran remolino en torno a ella, la crisálida rota de donde asoma mi nuevo día, mi razón para vivir un nuevo día.

Mi razón para vivir un nuevo día... Intenta continuar la lectura pero un malestar —mezcla de mareo y punzada en el pecho— lo obliga a depositar el libro sobre su mesita de noche y a cerrar los ojos; se queda inmóvil a la espera de que el malestar se le fuera desvaneciendo, de que las fuerzas le fueran regresando de a poco. Mientras, aprovecha para meditar. ¡Cómo le ha cambiado la vida en apenas año y medio! En el verano venturoso de 1982 todo era amor y felicidad junto a Carol, y proyectos a realizar y música y fotos y poemas y escrituras y sol y abrazos y besos. En cambio ahora la vida solo le plantea preocupaciones, zozobras, dudas, nubarrones oscuros.

El olor a desinfectante lo devuelve a la sórdida realidad del hospital. Se incorpora de la cama con dificultad y, apoyado en el hombro de Aurora, logra caminar hasta el retrete. Al secarse las manos frente al espejo, lo asombra el reflejo de su rostro: ¡cuánto ha envejecido en los últimos meses! Hasta hace poco los que lo veían no le calculaban más allá de los cuarenta años y ahora parece un anciano decrepito. Ante sus ojos se desploma otra de sus ilusiones: conservarse joven a pesar del paso del tiempo; condición que había logrado sostener durante décadas:

«El jovencito de sesenta y cuatro años», Plinio Apuleyo Mendoza, al entrevistarlo en 1978 en París.

«[Julio] rejuvenecía con los años; era un caso muy espectacular, él parecía siempre más alto y más joven», Pablo Armando Fernández, entrevista personal en 2001 en La Habana:

No eran, pues, meras habladurías de la gente, era así. Probablemente todo partía de que él mismo se siente joven desde adentro, tal como lo expresa en el texto *Policronías*, escrito en 1976, a la edad de 62 años. Texto donde, lleno de vitalidad y optimismo, hace proyectos para el futuro como si fuera un muchacho:

Es increíble pensar que hace doce años / cumplí cincuenta, nada menos. / ¿Cómo podía ser tan viejo / hace doce años? / Ya pronto serán trece desde el día / en que cumplí cincuenta. / No parece posible. / El cielo es más y más azul, / y vos más y más linda. / ¿No son acaso pruebas / de que algo anda estropeado en los relojes? / El tabaco y el whisky se pasean / por mi cuarto, les gusta estar conmigo. / Sin embargo es increíble pensar que hace doce años / cumplí dos veces veinticinco. / Cuando tu mano viaja por mi pelo / Sé que busca las canas, vagamente / asombrada. Hay diez o doce, / tendrás un premio si las encontrás / voy a empezar a leer todos los clásicos que me perdí de viejo / Hay que apurarse, esto no te lo dan de arriba.

Pero, esa mañana en particular, esa mañana de febrero, el crudo espejo refleja sin atenuantes los estragos que tantos meses de enfermedad, tanta tristeza y soledad, han dejado en su cuerpo. Si bien toda la vida ha sido de contextura delgada, en las últimas semanas su flacura ha llegado al extremo de que sus amigos ya notan cómo los huesos le sobresalen a través de la ropa:

Aquella última vez que abracé a Julio —recuerda el poeta Alberto Perrone del abrazo que le dio en Buenos Aires, siete semanas antes—, al estrecharlo con fuerza, al apoyar mis manos en su espalda me sorprendí al topar con los duros huesos de esa per-

sona, alguien especial para mí, a quien yo, desde mucho antes de conocer, había presentido como fraterno [...] hasta ese entonces no había advertido lo flaco y consumido que estaba. Dentro de sus amplias camisolas al viento, con sus cigarrillos de siempre, con ese permanente buen humor que lo atravesaba, y ese inigualable andar ligero por la ciudad y plegarse, de repente para entrar en un taxi.

La cara muy enflaquecida —atestigua François Campo-Tímal cuando lo visita en el hospital Saint Lazare poco antes de su muerte—, y eso hacía que resaltaran más sus ojos, aquellos ojazos inmensos, de vidente.

Otra vez apoyado en Aurora, logra avanzar pasito a pasito hasta ganar la cama. Tras otros segundos para respirar profundo, toma la pluma y se pone a esbozar algunas ideas para la que planea será su nueva novela. Una novela que —según me dice en 2016 Luisa Valenzuela en el hotel Dan de Medellín— lo tiene *obsesionado*, una novela muy especial con la que aspira a redondear por fin un libro *perfecto*. Sin embargo, de su nueva obra solo alcanzará a escribir unas cuantas cuartillas y el título: *Las mujeres*. Nada más. Ese es otro proyecto de vida que teme, esa mañana, nunca poder concretar. Es otra de las razones para clamar al destino que le dispense un poco más de tiempo de vida: «Un año, pido un año! —le ha confesado a Jasson Weiss—. Espero que la vida me conceda una especie de isla desierta, aunque la isla desierta sea este cuarto».

¿Quién sabe si en esas horas finales el escritor alcanzaría a recordar los versos de Hölderlin que él mismo, cuarenta años atrás, había elegido para el epígrafe de su monografía sobre el poeta romántico John Keats —muerto a la temprana edad de veinticinco años—, «A las Parcas»?:

Solo pido un verano, ¡oh poderosas!, / y otro otoño para que madure mi canto / y más conforme, colmado por ese juego, / mi corazón se resigne a morir.

Mi corazón se resigne a morir... pero él nunca lo podrá lograr. No hubo tiempo para resignaciones. El domingo 12 ocurre el acontecimiento final. Aunque ya venía muy enfermo, no lo estaba tanto como para que sus acompañantes esperaran un desenlace fatal ese día. Ni tampoco los médicos, ni Aurora, ni Luis Tomasello, ni siquiera él mismo presupuestaba lo que ocurriría esa mañana: por los pocos testigos se sabe que, después de pasar una noche relativamente tranquila, desde el alba empieza a manifestar opresiones en el pecho. Opresiones que se le van intensificando a medida que avanza la mañana, hasta convertirse en dolor franco. Esto insta a Aurora a recurrir a uno de los médicos de guardia para que le den un calmante, lo que efectivamente ocurre. Tras lo cual el escritor —declarará Aurora— «no volvió a recuperar el conocimiento».

Hay discrepancias respecto a la hora de su *ida* (no quiero utilizar la palabra muerte): el corresponsal en Europa de *El Tiempo* de Bogotá, Juan De los Ríos, escribe que «el escritor argentino falleció a las diez de la mañana del domingo»; mientras que Omar Prego, en *La fascinación de las palabras*, afirma que fue «poco después del medio día»; en tanto que la corresponsal de *Diario 16*, Beatriz Iraburi, sitúa el deceso una hora después: «A la una de la tarde se le paró el corazón en París»; por último, Oscar Caballero, de *La Vanguardia* de Barcelona, lo establece quince minutos más tarde: «murió de un infarto [...] a la una y cuarto de la tarde de un domingo soleado y frío».

Pero las anteriores discrepancias son minucias, lo importante es constatar que el escritor mantuvo firme su decisión de luchar por su vida hasta el último aliento; que nunca se rindió; que le hizo frente a su enfermedad —a los *demonios* o *espíritus malignos* como prefería nombrarla— con decisión firme y soste-

nida. Tampoco retrocedió ni se escabulló en el sentido de que nunca contempló el suicidio como salida a sus sufrimientos (tal como aventura erróneamente Miguel Dalmau). Por el contrario, permaneció luchando por su salud hasta la mañana de ese domingo 12; sin tirar la toalla, encima del ring de la vida, con la esperanza de ganar el combate, defendiéndose hasta que sus últimas fuerzas se lo permitieron.

Sus horas finales las pasó, pues, atrincherado en aquel pequeño cuarto hospitalario, cuadrilátero de su último round; enfrentando en solitario a un implacable pugilista del que nunca pudo saber su nombre; un pugilista que llevaba meses encima de él, propinándole golpe tras golpe hasta el punto de acorralarlo contra las cuerdas y sin que pudieran hacer nada en su defensa los mejores médicos de Francia, Cuba, Nicaragua y España.

Es muy probable que, en aquel instante final —en medio de su extrema debilidad, en medio de sus delirios y sumido en los efectos de los fármacos— no haya alcanzado a darse cuenta del momento en que le llegó el último rechazazo, ni el último *jab*, ni el último *uppercut*, ni el último gancho cruzado de izquierda, ni cuándo sintió el último mareo, ni cuándo su cuerpo cayó desplomado sobre la lona de su cama. Ni si soñó o fue verdad que le dolía el pecho, que Aurora clamaba por auxilio ante los médicos, que una enfermera francesa le inyectaba un calmante en una vena de su antebrazo, que la luz de sus ojos se le apagaba para siempre jamás. Tampoco, en la confusión del momento postrero, nadie atinó a cumplirle el deseo que había manifestado, con años de anticipación en *Un tal Lucas*, libro autobiográfico:

A la hora de su muerte, si hay tiempo y lucidez, Lucas [el propio escritor] pedirá escuchar dos cosas, el último quinteto de Mozart y un cierto solo de piano sobre el tema “I Ain’t Got Nobody”. Si siente que el tiempo no alcanza, pedirá solamente el disco de piano. Larga es la lista, pero él ya ha elegido.

Pero no se escuchó ninguna música de fondo en ese frío cuarto de hospital durante sus momentos finales. Fue su última plegaria desatendida. Como todo ocurrió en forma tan inesperada, nadie preparó nada para que sonara algo de música que le sirviera de bálsamo en el trance definitivo. No sonó pues ningún piano de Earl Hines, ni ninguna nota de Mozart. Nada. El silencio atroz. La ingravidez. Las tinieblas. El tiempo detenido en esa ominosa mañana; en esa malhadada mañana. En esa aciaga, desolada, opaca, gélida, sombría, mustia, trágica, tétrica, funesta, luctuosa, lacrimosa, devastadora, fatídica mañana del 12 de febrero de 1984 en que se nos fue sin retorno Julio Florencio Cortázar Descotte

DESTINO BARCELONA

NELLY VILLEGAS V.

Taller Virtual de Crónica, grupo 2



*Colombia quiere decir tierra de palomas
palomas blancas fusiladas desde el huevo
Colombia caracol de mar
tu cabellera de orlas
tus axilas nido de orquídeas
violada mientras menstrúas...*
Jorge López Palacio

El 6 de agosto de 1999 descubrí Madrid.

Aquel día la ciudad estaba bañada por un sol estival que, para mi asombro de habitante del trópico, se prolongó hasta las diez de la noche.

Con el tiempo pensé que aquella generosidad de luz radiante era el símbolo de la reconquista de mi confianza en el otro, en el desconocido, perdida o agazapada desde hacía mucho tiempo atrás, en algún rincón oscuro de mi alma.

Nadie me esperaba en Barajas, pero esta situación no apocaba mi aire de triunfadora. Después de pasar los controles con mi gran mochila de viajera y libre de radiografías imaginadas y temidas en busca de cocaína, de la que tanto se hablaba y de la que, por desgracia, algunas personas de Colombia han sido víctimas.

No obstante, me embargaba cierta decepción porque aquel tapete ocre que pude ver desde el avión, una vez comen-

zamos a sobrevolar la península, no tenía nada que ver con el pulmón verde serpenteado por el río que apenas hacía pocas horas había dejado atrás para siempre, una imagen que ha permanecido viva en mí.

Pero mi alucinación no comenzó con la visión del paisaje ocre, sino horas atrás cuando el reloj marcaba apenas las dos o tres de la madrugada y, a través de la ventanilla del avión, veía el amanecer europeo que nos ofrecía una explosión de colores naranjas y azules abrazando a un sol naciente. Aquello del cambio horario empezaba a manifestarse, y yo estaba expectante.

Una vez ilesa y triunfante, ya en los andenes del aeropuerto y con el plano de la ciudad entre las manos, me dejé atrapar por el aroma del café que inundaba el ambiente y sucumbí a la tentación en una cafetería.

Años más tarde, en uno de mis viajes de vacaciones, mi padre me preguntó si era cierto que en España se tomaba un delicioso café, porque el de Colombia era aguado y a él le apetecía probarlo. Ironías de la vida, le contesté, porque aquí se produce un buen café, pero el mejor se exporta.

Permanecí poco tiempo en el aeropuerto, me dirigí hasta el metro, tomé, si mal no recuerdo, la línea ocho, hice transbordo y después bajé a buscar el albergue. En aquellas calles céntricas me sentí perdida y aquí se expresó mi cuerpo para hacerme consciente de mi confianza herida. La gente que pasaba me ayudaba a encontrar la dirección, lo hacían con amabilidad y cercanía. Tomaban mi plano en su mano y me explicaban qué rumbo tomar y además me lo repetían, como es costumbre aquí, asegurándose de que lo hubiera entendido. Yo debía de tener cara de aturdida, pero justo ese gesto de personas desconocidas me reconfortó y celebré que vinieran a ayudarme.

Fui haciéndome consciente de que traía el miedo tatuado en mi cuerpo. Un sonido de una moto detrás de mí bastaba para alterarme, el recuerdo permanente de las explosiones y las mil caras de la barbarie, más un sentimiento de impotencia que me carcomía fueron decisivas para que decidiera emprender este viaje sin

regreso. Atrás dejé un empleo de funcionaria, una familia y amigas que valen el oro. Pero mi destino no era Madrid, me esperaba Barcelona. Aproveché el resto de día para recorrer la ciudad y respirarla intensamente, porque mi estadía sería corta.

Al amanecer del día siguiente vino a buscarme Irma Restrepo. Una amiga común le había pedido que me recibiera, y fuimos a Alpedrete, un pueblo en las afueras de Madrid. Me sentí acogida por ella, estaba ávida de encuentros y disfrutaba con mi aire aún fresco de terruño, de acento familiar y el testimonio vivo de lo que estaba sucediendo en nuestro país. A ritmo de Totó la Momposina y ron, entablamos conversación como si fuésemos viejas amigas que nos debíamos charlas postergadas. Teníamos algo en común: la universidad, María Elena Escudero y Medellín, una ciudad que en las últimas décadas se había desdibujado ante mis ojos, debido a una violencia feroz.

En su espacio tuve la sensación de que quería retenerme por más tiempo. Su añoranza estaba viva y la mía aún no había brotado, yo estaba obnubilada por la novedad. Mi nostalgia vino más tarde cuando solo me quedaba un poco de dinero, un billete de regreso y un visado de turista a punto de expirar. La realidad cotidiana me mostró la implicación de ese nuevo nacimiento que significaba migrar, una elección libre pero al mismo tiempo dolorosa. No obstante, alimentaba una ilusión enorme por descubrir, disfrutar otras maneras de estar y respirar un aire de tranquilidad que era bálsamo para mi espíritu. Me fui reafirmando de que merecía vivir aquí.

Una semana más tarde llegué a la Estación del Norte en Barcelona, aún era verano y noté que aquel calor no era seco como el de Madrid; al contrario, apenas eran las ocho de la mañana y la humedad y el sofoco se hacían notar. Recibí con profunda tristeza el asesinato de Jaime Garzón, el periodista colombiano que denunciaba con humor. Había quedado de buscarme Oscar M. Estrada, un amigo que tardó largo rato porque se había ido de fiesta la noche anterior. Caminamos hacia el Arco del Triunfo y me lo enseñó orgulloso. Hay algo curioso que fui notando con

el tiempo y que no solo me ocurría a mí, sino a otras personas que habíamos migrado, era ese gesto de enseñar la ciudad como si toda la vida hubiésemos vivido aquí. Después nos adentramos en el barrio del Raval, donde me hospedaría por una semana. El Raval alberga, por lo menos, cien nacionalidades diferentes, y recorrerlo era como continuar mi viaje por lugares insospechados.

Oscar me quería enseñar cada rincón con sus modos hiperactivos. La Rambla del Raval estaba en construcción. Y justamente *Construcción* era el nombre de una película grabada allí. A través de la cubierta de barreras se veían agujeros enormes de las excavaciones. Varios bloques de pisos habían sido derrumbados recientemente. Unos artistas hicieron una *performance*, se trataba de maniqués vestidos y suspendidos que colgaban en lo alto entre dos edificios, justo en el agujero que quedaba de uno ya derrumbado. Pude visitar una escalera ya casi en ruinas y me quedé cautivada por aquel decorado de las paredes y las baldosas, toda una novedad ante mis ojos. Por los mismos días conocí a Víctor Monferrer, quien vivía con su compañera y tres hijos pequeños. Un aragonés sensible, cariñoso y buena gente, que había sido desalojado de uno de esos edificios y ahora le habían concedido uno más moderno. Me sorprendió enormemente su actitud solidaria: había conocido a un chico colombiano en la calle, Leo se llamaba, venía de Buenaventura y había viajado por República Checa atravesando países hasta llegar a Barcelona. Sin apenas conocerlo, Víctor le ofreció comida y un sofá para dormir en su casa. Aquel gesto me llenó de esperanza.

Víctor me explicaba que sus padres también habían llegado a Barcelona desde Aragón, como inmigrantes escondidos e ilegales que buscaban empleo. A esta ciudad habían llegado personas del resto de España con el mismo fin; procedían de Andalucía, Galicia y otras zonas, porque Cataluña era una provincia más próspera con empresas textiles, entre otras. Muchos de ellos habían migrado cincuenta años atrás y algunos habían continuado su viaje hasta Francia, Bélgica o Alemania en bus-

ca de empleo. España se abría paso en Europa dejando atrás la huella de tantos años de dictadura.

Unos días más tarde llegó Patricia Ramírez, que estaba haciendo una gira con su grupo. Patricia era mi amiga y compañera de universidad; había viajado años atrás desde Colombia con el grupo *Palo Que sea*, una agrupación de música y teatro de calle de Pereira. Con ella hablaba a menudo, ya llevaba tiempo viviendo en Barcelona y siempre me había dicho que tenía un aire a Medellín. Después me fui de viaje a Francia e Italia y regresé un mes más tarde para instalarme definitivamente.

Barcelona me enamoró. Tuve la sensación de recuperar el Medellín que había perdido hacía veinte años quizás, y ese lujo de rodar en bicicleta a cualquier hora de la noche, de extremo a extremo de la ciudad, no tenía precio. Después me sedujeron muchas otras situaciones y personas que, durante estos veintiún años, me han ayudado a coser mis alas rotas y a tejer historias.

Siete meses atrás había comenzado a engendrar la idea de este viaje sin retorno, justo el día en que me llamó Gustavo Gómez, un amigo refugiado en Bélgica del que hacía tiempo no tenía noticias. Me invitaba a visitarlo. En Barcelona tenía a Patricia y un día la llamé y le expliqué mi proyecto; me dijo que me animara y que estaba segura de que la ciudad me encantaría. Así, sin preguntar más detalles, como si todo fuera tan sencillo, recogí mis ahorros, le pedí a mi padre que a través de su contable me firmara una carta para la embajada francesa en donde constara que él me financiaría el viaje, porque ni nómina de profesional era insuficiente para conseguir un visado. Con esa carta obtuve un visado Schengen, requisito indispensable en esa época para viajar por algunos países de Europa. Deduje que no era tan fácil salir, aunque lo quisiera. Marcharse de Colombia era un privilegio de unos pocos.

Los meses siguientes en Barcelona fui desgranando recuerdos de vida mientras me abría paso en una ciudad que, si bien me resultaba agradable era dura y difícil para los inmigrantes. No obstante, para los que lo hacíamos desde Sudamérica era

más familiar por nuestro idioma común, pero eso no lo era todo. Chocábamos con una idea de España como país, sin entenderlo como un conjunto de autonomías que se expresan de manera independiente como es el caso del País Vasco y de Cataluña, y con el hecho de que en Barcelona se hablara catalán como lengua oficial, un idioma nuevo y desconocido al que había que hincarle el diente si queríamos ser residentes, aunque no era un requisito.



Comencé a relatar el Medellín de 1981 cuando hice mi primera migración y pasé de ser una pueblerina ingenua que, expulsada del colegio de mi pueblo, debía terminar el último año de bachillerato, y justo caí en uno donde reinaba el consumo de drogas. Sin embargo, supe aislarme y protegerme en un pequeño grupo. Después me presenté a la Universidad de Antioquia, para cursar la licenciatura en Español y literatura. El ambiente de la universidad pública era único y privilegiado, contábamos con piscina, zonas verdes, campo de fútbol, vida cultural rica, en fin, un remanso en la ciudad. De hecho, algunos estudiantes postergaban su carrera jugando al Peter Pan por temor a dejar aquel ambiente y enfrentarse con la vida profesional afuera. En España estos ámbitos universitarios no existían, años más tarde lo pude constatar.

En aquella época había una atmósfera política candente, pues los disidentes del ELN que no se habían acogido a una negociación con el presidente Belisario Betancur formaron la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar. Durante ese período el grupo guerrillero estaba en expansión y reclutaba estudiantes universitarios para entrenarlos y unirlos a sus filas. Yo era bastante ingenua y en una ocasión por poco termino involucrada guardándole la capucha y el armamento a Hugo, uno de mis mejores amigos. Intervenían las asambleas estudiantiles convirtiendo la universidad en campo de conflicto, paralizaban la actividad académica por completo con el incendio de auto-

buses públicos en una de las porterías y, en consecuencia, con la huida de los estudiantes y con el cierre de la universidad durante largos períodos. Tal era la situación que en 1986 cursamos solo un semestre.

Medellín se ganaba la fama de ser una de las ciudades más violentas del mundo, y este hecho permeó todos los ambientes: la vida familiar, el ocio, lo académico. Paralelamente estaba operando la guerrilla de las FARC-EP, los paramilitares que se financiaban con el narcotráfico y también los carteles de la droga iban haciendo su expansión por todo el territorio.

Se recrudecía la guerra que, si bien no se había acabado, se manifestaba en una tensa paz. La ciudad era el epicentro del narcotráfico; ellos eran los dueños de las tierras y defendían sus negocios a toda costa. Comenzaron a proliferar negocios de todo tipo para lavar dinero y para su protección se aliaron con los paramilitares, quienes los defendían. De esta alianza surgió la contratación de jóvenes sicarios de las comunas, que asesinaban a sueldo fijo más comisión por muerto. Este fenómeno se expandió por toda el área metropolitana de Medellín.

A cualquier hora, una detonación hacía temblar nuestras casas, irrumpiendo en la vida cotidiana. Se trataba de una bomba que había explotado en un local comercial o un carro bomba en algún espectáculo masivo con el saldo de cientos de civiles inocentes asesinados. La ciudad era convulsa. Comenzaron las masacres a quemarropa en los barrios populares, todos ellos perpetrados por los grupos mal llamados «de limpieza social». Eran asesinatos selectivos entre grupos de jóvenes, en los que caían muchas víctimas inocentes, por el solo hecho de estar parados en una esquina.

Imperaba la ley del miedo, corríamos a encerrarnos desde las seis de la tarde. Yo era joven y temeraria y no siempre jugué esta lógica de seguridad. Muchas veces, con algunas compañeras de la carrera, nos refugiábamos en los bares donde retumbaba la salsa clásica de Richie Ray y Bobby Cruz, Ray Barreto, la Fania y tantos otros y bailábamos hasta el agotamiento para

huir de tanta barbarie. Éramos del todo inconscientes, porque lugares como esos eran igualmente frecuentados por sicarios. En algunas ocasiones encontrábamos el bar cerrado o nos llegaban rumores de no aparecernos por allá, porque nuestro sitio de rumba había sido escenario de una masacre en la última noche.

Vivíamos en completo estrés, el simple ruido de un carro o de una moto bastaba para hacernos girar como autómatas. El ambiente era tenso, como eran los cuerpos de quienes allí habitábamos.

La ciudad que representaba un paso adelante en mi vida —poder estudiar en la universidad— se fue transformando en una amenaza. Me sentía insegura e impotente. Tampoco tenía otra opción, ya que no quería volver a Yarumal, el pueblo en el que aún vivían mis padres. Comencé un duelo del que no fui consciente hasta años más tarde.

Los conflictos armados en Colombia, en el gran conjunto de ciudades, los vivíamos a través de la televisión, con información velada y engañosa por muchos medios de comunicación. La ciudad que había elegido para vivir era extremadamente violenta, mucha gente quizás vivía esta situación de otra manera, pero yo la sufría hasta el punto de alimentar un espíritu suicida en mí que me acompañó hasta poco antes de mi exilio. Mi más profundo deseo era vivir en paz y que desde luego todo el país pudiera hacer lo mismo, pero cada vez lo veía más imposible.

Eran años en los que exterminaron a casi todos los miembros de la Unión Patriótica, hecho que sentó precedentes para que cualquier negociación entre el Estado y los grupos armados resultara difícil e impregnada de una desconfianza profunda para estos grupos. Porque, para ser sinceros, ¿quién querría pactar la paz para luego terminar en una fosa común?

El paramilitarismo crecía, mientras que en la televisión colombiana repetían hasta el cansancio que el problema del país era la guerrilla, y esta información ha calado tanto que, actualmente, hay gente que sigue creyendo esa versión, con una mirada polarizada y poniendo un velo a esa otra cara macabra de la violencia.

Recuerdo que el 12 de agosto de 1987, cuando asistía a una asamblea universitaria realizada en el teatro Camilo Torres, los defensores de derechos humanos, Héctor Abad Gómez y Carlos Gaviria Díaz, se dirigieron a nosotros para invitarnos a realizar una manifestación pacífica por la vida, al día siguiente, por las calles de la ciudad. En esa marcha participamos, vestidos de blanco y llevando una rosa roja, por lo menos tres mil estudiantes.

El día 14 del mismo mes fue asesinado Pedro Valencia, otro de los organizadores de esa marcha por la vida.

Cinco días más tarde, el educador Luis Felipe Vélez fue asesinado por dirigirse a cientos de personas en el parque de Berrío en Medellín, ya que advirtió que los ministros de Justicia y el de Defensa estaban legalizando a los grupos paramilitares que venían asesinando a periodistas, obreros, abogados y dirigentes populares y sindicales.

Pocos días más tarde, cuando Héctor Abad y Leonardo se dirigían al velatorio de Luis Felipe, asesinado, fueron acribillados en la misma entrada de la sede de Asociación de Institutores de Antioquia (ADIDA), justo donde se celebraba el sepelio. Las ilusiones por un cambio de todas las personas que participamos en la marcha por la vida se evaporaban.

Vélez fue un profesor muy implicado con la causa del sindicato de docentes del país y fue impulsor de la creación del Fondo Solidario por Muerte de Educador, que en principio se trataba de una especie de seguro de vida que el sindicato les daba a las familias que sufrieran la pérdida de un profesor. Actualmente no sé si este logro continúa vigente.

Todos ellos trabajaron incansablemente en Antioquia por la protección de la vida en un momento crucial en el que había un estigma muy fuerte contra todas las personas de izquierda. Estigma que sigue vigente y que se corrobora con el asesinato sistemático a líderes y líderesas perpetrado por el paramilitarismo y recrudecido después de la firma de los acuerdos de paz con las FARC, en 2016.

Todos estos hechos me marcaron profundamente, primero porque, aunque no fuera militante de la izquierda, me sentía

cercana a esa ideología en ese momento. En Colombia ser de izquierdas significaba ser guerrillero, esta creencia sigue vigente porque la derecha se ha encargado de perpetuarlo.

Los asesinatos ejecutados por los paramilitares iban en aumento, como ocurrió con todos los defensores antes mencionados. Ellos fueron víctimas directas y con su asesinato dejaban precedente de lo que podían llegar a hacer, creaban un ambiente intimidatorio para el resto de personas afines a sus pensamientos.

Durante ese tiempo, yo estudiaba en la universidad y mi destino sería ejercer como profesora de una institución pública de secundaria. Entonces me preguntaba: ¿esto podría pasarme en este país, si me quedo aquí? La respuesta fue escalofriante.

CATARSIS ANACRÓNICA

JUAN ESTEBAN ROJAS SINISTERRA

Taller José Pabón Cajiao, Samaniego



Aquella tarde del 3 de agosto de 2009, a eso de las 6:10 PM, Esteban, que por equivocación le llamaban Sebastián, había salido de la casa de su amiga Daniela, una estructura sencillamente bella de un piso, paredes de bahareque y teja, ubicada en el barrio Las Lajas, un lugar asemejado a un sitio sagrado y concurrido en el departamento de Nariño, una fiel reconstrucción e imitación del símbolo sagrado y de peregrinación.

Sin advertir su presente, caminaba embelesado como un niño entretenido por su juguete. Acababa de repasar las anécdotas que su padre vivió en su niñez, cuando andaba como rayo por calles destapadas; sobre su corcel amarillo que era su bicicleta, pero, a su vez, Esteban observaba lo que pisaba; un pavimento forjado y alineado, calles ya hechas y derechas, aptas para un Samaniego motorizado por el hecho de que más que pobladores del municipio lo habitaban famosísimos carruajes de dos ruedas denominadas motos. Era lamentable para él la modernización de su pueblo, puesto que deseaba recrear y estar viviendo en aquella comunidad olvidada, que únicamente existió en los tiempos infantiles de su padre.

Su papá le comentaba que, en su pasado, hace 37 años, existía bastante juego por niños en las calles, esas calles de piedra para chicos de trompos y canicas, de pelotas de trapo y amistades innumerables; un pueblo minero y agricultor. En 1983 todo

estaba revestido de cañales y cafetales, con frecuente tránsito de machos equinos que al lomo portaban ramales y guineos; en esa época sin cuidados nutricionales, se ingería manteca con infaníl. Los atardeceres eran cálidos y anunciaban la pujanza.

6:17 PM. Era un sueño pasado que, deseoso, quería rescatar, pero solo tenía una memoria y no podía más que recordar por donde ahora iba. Era el barrio oriental, La Plazuela, rodeado de casas que se levantaban en tres pisos, respaldadas por la curaduría más que por la historia y postes de energía gestionados por Cedenar y no por la iluminación de noctámbulas velas.

En fin, ya eran las 6:30 de la tarde y el estudiar hasta el hastío la historia y fundación de su pueblo, como un deber pendiente para el colegio, en casa de su compañera de clase, enredó los pensamientos del Samaniego de su padre junto con la impotencia de no ser parte de ese pueblo viejo y clásico al que José Pabón Cajiao enalteciera en su poema, tanto que en su ensimismamiento se imaginó como un salvaje guerrero Sindagua de esos que, antes de levantarse el pueblo existían como luchadores sanguinarios ante el conquistador impetuoso y desabrido, pero a la vez como un esperanzador Pacual que poco a poco se adentraba y se acercaba al año 1837 para ver muy de cerca al Samaniego en su fundación en el día 5 del brillante mes de junio, casi tocando a don Simón Álvarez. En estos sueños se sentía libre como las mismas flechas, como un fundador más de ese lindo pueblo, pero también muy jodido, tanto porque sentía el desfalco de la conquista de los españoles como por el contraste inmediato que hizo con el aparentemente desarrollado Samaniego del siglo XXI, y también ese cambio abrupto y la constante conquista del municipio de antaño por la industria y tecnología.

En medio de todo este envilecimiento, a las 6:32 PM recayó en el presente el recordar la actualidad. En esa tarde que ligeramente se convirtió en noche, el pueblo ya estaba vacío.

Esteban abordó con ímpetu el sendero adyacente a la escuela Santa Teresita, para seguir su rumbo a casa. Por esa cuadra comenzaba a emanar una zozobra que él empezó a detectar.

Samaniego ya no era tan cándido como lo había percibido su padre, muchas cosas habían cambiado. Con sus ojos cual halcón y la cruz de exaltación, que más de uno llevaba en esos días, terror por amenazas, como lo advertía su abuela, observó desde la esquina una talega del color del cuervo, negra por su oscura y premonitoria apariencia, que estaba pegada a un poste de energía vecino al Colegio Nacional Simón Bolívar.

Su imaginación era rápida y mucho más en aquellos tiempos, ya que apenas una semana antes había sucedido el hecho del 30 de julio del inolvidable 2009, en que la preocupación acompañaba las jornadas debido a los aconteceres que la mente de un niño no lograba entender.

Supuso que aquella bolsa negra podría estar cargada de explosivos. La talega, en su quietud, lo obligaba a caminar en apuro, en ese momento no importaba lo que contenía. Pensaba en que quizás existió en los tiempos de fundación, o en aquellos días de la niñez de su padre, la remota posibilidad de no ser amenazado por artefactos dañinos, cosas que perturbaban su utopía y permitieran caminatas de recuperación. Esteban siguió su camino entre la ligereza y el nerviosismo, y ¡zas!

Tomo otra dirección obedeciendo su instinto, apuró la esquina que conducía a la emisora municipal y encaminó sus pies ligeros hacia el hospital, para luego alcanzar su casa en el barrio Schumacher.

6:40 PM. Aquel encuentro con esa talega, que para cualquiera resultaría circunstancial, y pudo no ser más que una bolsa común, fue para Esteban la restitución de miedos olvidados, el éxodo hasta llegar a casa, motivo de incertidumbre y dolor, un chico bachiller refugiado del año 1837 en un 2009 y 1983 memorables.

PROFESIÓN PROSTITUTA

LUIS CARLOS PULGARÍN CEBALLOS

Taller Distrital de Crónica, Bogotá



Supe de ella por dos o tres mujeres que, infructuosamente, intenté entrevistar en pleno epicentro de la prostitución: las localidades de Santa Fe y Mártires. «Mejor hable con la Mona», me propuso la primera. Otra de ellas soltó su nombre: Sulma. Anduve de voyeur varias tardes. Algunas de ellas empezaron a mirarme con desconfianza. Estas calles desahuciadas, habitadas por decenas de desheredados, tan en el corazón de Bogotá, no dan para más: un hombre que las espía, que insiste en observarlas detenidamente, que se niega a atender sus invitaciones procazes pero que tampoco se aleja, que vuelve al lugar cada tarde sin ninguna oferta para ellas, no puede más que convertirse en un elemento altamente sospechoso para estas mujeres que, aun siendo arriesgadas en su oficio, no dejan de ser desconfiadas con todo el mundo.

Pude elegir otro lugar para esta crónica. Ir a Chapinero, o a El Chicó. Entrar a un bar de estrato 3, buscar un testimonio de una de las chicas del lugar, por lo regular jovencitas que hacen horas extras para presuntamente pagarse la universidad. Pude buscar más al norte de la ciudad, o en una agencia de chicas prepago, estas sí por lo regular universitarias estrato 4 y 5, pero, desde siempre, me llamó la atención este rincón del centro bogotano; tal vez el vértigo de lo sórdido me seduce más que entrar a uno de los miserables cuartuchos en que cualquiera de

estas mujeres se entregaría sin amor por infelices y devaluados quince o veinte mil pesos. Eso vale su humillación ante cada hombre solitario que las busca.

A Sulma me la presentaron unos amigos abogados, en una oficina donde ella acudía a pedir asesorías para ayudar a las mismas trabajadoras sexuales. De inmediato le hablé de mis correrías por la avenida 19, las carreras 13, la calle 24, entre otras del centro donde se agrupan decenas de mujeres y de travestis en busca de un cliente. Le hablé de mi proyecto de novela sobre una serie de asesinatos de prostitutas ocurridos en 1999, a mi parecer determinados por la política de lo que se denominó entonces el Plan de recuperación del espacio público y modernización del centro. Le hablé de mi necesidad de entrevistar varias mujeres sin que estas presentaran mayores prevenciones o ficcionaran sus historias solamente para salir del paso u obtener algunos pesos. Entonces me contó que ella estaba escribiendo su propia historia. Quedamos en vernos al día siguiente en su casa, en donde, además, funcionaba la Organización Cormujer, ONG dedicada a la defensa de las mujeres de la calle y que ella presidía en calidad de exprostituta, como realmente le gusta que le digan, pues eso de trabajadora sexual es para ella un sofisma, una forma educada —y peyorativa— que se inventaron las Damas Verdes del país. A lo mejor se les caía la lengua si pronunciaban la palabra castiza y real de su condición de putas.

Tenemos cita a las dos de la tarde. Llego cuarenta minutos retardado, apenado y temeroso de que no me reciba ya. Ella sonríe y me dice que no me preocupe, pues tampoco había cumplido la cita. Si yo hubiese llegado cumplido no la habría encontrado. Hace muy poco había vuelto a casa, pues le cruzaron otra reunión a última hora.

El apartamento es un espacio modesto, en un conjunto residencial ubicado por la carrera 12 con calle segunda. Hay algo de desorden por todos lados. Me invita a tomar algo. Le pido agua. Ella va a la cocina y yo aprovecho para observar el entorno. La poca luz que hay entra por una ventana abierta. Un aparta-

mento normal, sin lujos, con los elementos necesarios, arrumados por el poco espacio. Un juego de sala en madera, cojines deteriorados; algunos cuadros (paisajes y bodegones) dispuestos sin mayor estética en las paredes; una repisa de vidrio donde, además de objetos varios, hay un equipo de sonido negro.

Sulma regresa con el agua en un vaso de vidrio transparente, sobre un platillo tintero. Es una mujer enérgica. De corta estatura y ligeramente obesa. El cabello lo tiene decolorado con los rastros de una tintura rubia no retocada en mucho tiempo, insuficiente para ocultar las raíces de un cabello totalmente cano. Su rostro conserva el aire de la belleza que tuvo en épocas pasadas.

Los siguientes párrafos son parte de su testimonio de vida; un testimonio que se queda corto por la brevedad de la entrevista y, sobre todo, por las múltiples interrupciones del timbre telefónico. Nació en el Urabá antioqueño, en los albores de la que algunos consideraron la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla. Natural del municipio de Dabeiba, pueblo que no conoce aunque creció en el pueblo vecino, Mutatá. De manera jocosa cuenta que su papá era un borrachín al que su mamá perseguía por todo el golfo de Urabá: «La persecución iniciaba en Chigorodó, donde solía irse de parranda, lo seguía por todo el eje bananero, por Apartadó, Turbo y hasta Necoclí, donde él intentaba perderse con las putas». Era el atardecer de la década de los años sesentas del siglo xx; entonces Sulma no cumplía los quince años. En esa época su padre la quiso casar con un hombre al que ella apenas conocía; ella se voló con otro y fue a dar a Medellín. Con el marido de la fuga tuvo dos hijos (para la fecha de mi primer encuentro con ella, en la primera década del nuevo siglo, la mayor estaba en edad veinteañera, soñaba con ser actriz, por ello estudió en la Academia de Ronald Ayazo y ya había interpretado algunos extras en televisión; el menor aún estudiaba). Ambos hijos estaban de brazos cuando a él lo mataron por robarle una cadena. Y ya corrían los años ochenta, tiempo en el que, además, sus padres se habían tenido que desplazar de Urabá, por la misma violencia guerrillera, y ahora vivían en la capital paisa.

Vinieron años de escasez. Terminó viviendo nuevamente con sus padres, el señor Manco como prefiere denominarlo, y doña Isabel, su madre. «El señor Manco» no conseguía trabajo en una ciudad industrial para la que él, campesino de pura cepa, no estaba preparado. A ella, con el hijo menor en brazos, nadie la quería emplear. Sus hijos crecían y el hambre era un sinónimo de sus días. Un día tomó la decisión: «Mamá, me voy a volver puta». Era una mujer que andaba por algo más de los diecisiete años; con dos hijos, muy bonita. Todos los hombres, al verla sola e indefensa, le caían y se lo pedían sin agüero; con las tiernas promesas de que, si accedía, ellos la cuidarían a ella y a sus hijos. Pero ella se oía la falsedad en cada palabra. Doña Isabel, que había adoptado la fe evangélica hacía algunos años, casi sufre un infarto. «Mi madre puso el grito en el cielo, pero yo le expliqué que no iba a dejar morir de hambre a mi familia; y que si todos los hombres me lo pedían yo lo iba a dar pero, eso sí, iba a cobrar, y a cobrar caro.»

El teléfono empieza a sonar. Ella lo toma de un escritorio arrinconado junto a la ventana, donde hay un computador y algunos papeles en desorden. «Me llaman aun en horas de la madrugada —me dirá después—, a las dos de la mañana todavía estoy respondiendo el teléfono. Me llaman para cuadrar seminarios sobre el sida, para que consiga mujeres para charlas sobre seguridad y salud con el comando de Policía...»

La llamada que recién entra es de una mujer que le pide asesoría sobre una demanda que le llevan los abogados. Ella le pregunta si trabaja con *fulana*. Que si está en la zona de Mártires o la de Santa Fe. Le explica algo de los procesos de demanda, por qué y para qué; todo muy deletreado y con letra fina, para que le quede claro. Finalmente, le dice con gran seguridad y seriedad: «usted trabaja donde trabaja *fulana*, entonces usted me conoce a mí, vea yo soy la monita, bajita, la que les dice que se bajen un poco la falda, que no le den papaya a la Policía para que las atropelle. La que les dice que no muestren tanto el culito. Sí, sí, a ustedes les gusta mostrarse con su ombliguera a pesar

de sus gordos y su celulitis, pues bueno, pero no le den papaya a la Policía, ellos siempre van a molestar, pero si ustedes les dan papaya es peor». Y luego se despide. Me mira, y de inmediato comenta: «Me viven llamando *gonorrea*, pero cuando me llaman por teléfono para pedirme ayuda me dicen *doctora*».

Llegó a Bogotá en 1990. Año en que, decidida, se plantó por primera vez en la avenida Caracas con calle 22 a esperar su primer cliente. Pronto se hizo famosa en el sector del centro. «Encontré un montón de putas llenas de miedo por los abusos de la Policía, que las vacunaba para dejarlas trabajar; si no había plata nos llevaban a cualquier lado y querían que se los diéramos de gratis, y si nos oponíamos nos metían en las alcantarillas como si fuéramos ratas. Me les empecé a enfrentar. En esos años hasta salía en la televisión por los bochinches con la Policía... Hoy, somos lo más de amigos; del comando cada rato me llaman para que les ayude con charlas que ellos dictan a la comunidad». De esta manera registra en los borradores de su libro esa nueva cercanía lograda con la institución policial:

El 22 de marzo de 1996 recibí de manos del mejor policía del mundo General Rosso José Serrano Cadena una placa que tiene el símbolo de la policía y dice “Metropolitana Santa fe de Bogotá B. G. Luis Ernesto Gilibert Vargas a: Sulma Manco por sus incondicionales servicios al programa de trabajadoras sexuales, Santa fe de Bogotá. Marzo 22 de 1996.

«Era tanto el atropello enfrentado en la calle que un día me dije: esto no puede seguir así. Yo tengo que prepararme para defender a las prostitutas, y me metí a estudiar. De día en la calle y por la noche estudiaba. Terminé el bachiller por allá por el año 96; y luego hice ocho semestres de derecho, y luego nueve de psicología.» No me cuenta dónde estudió, ni el porqué no se tituló, solo comenta: «No me alcanzó para graduarme, en ninguna de las dos carreras»; en cambio, señala en la pared diplo-

mas de Análisis y diseño de sistemas, Manejo de Archivos, Redacción, Técnicas de Oficina; Contabilidad y Sistemas Integral, entre otros estudios cursados en Institutos como ARKOS “U”. «Para ese tiempo, yo ya era el orgullo de la familia, imagínese, una familia donde el mayor orgullo es una puta», acota cuando habla de los estudios realizados.

De nuevo la interrupción telefónica: esta vez la llama un político, que desde ahora está engranando campaña para elecciones locales. El hombre le ofrece su carro para que lo acompañe a una reunión, ella accede con la condición de que cuadren todo en otro momento. Luego de colgar trata de explicarme: «Es un candidato, me invita a una reunión donde hay población mía, quiere sus votos; le dije que no tenía plata para pasajes y me dijo que mandaba por mí, pero eso como decía un amigo mío que es gay: “los políticos no son sino calentura de horqueta, como el amor de los maricas”». Aprovecha para contar que, a finales de la década de los noventa y en representación de las prostitutas, ella también fue candidata al Concejo de Bogotá.

A mediados de los mismos años noventa, creó una organización que defiende los derechos de las prostitutas. Iniciando la primera década del siglo XXI, hacia el 2003, apoyada por la firma de abogados donde la conocí, instauró un proceso de demanda contra la Alcaldía Mayor de Bogotá por persecución a las mujeres del Centro, de donde las querían sacar: «Las sacaron a casi todas de la carrera Décima; también las querían sacar de la Caracas, la calle 18, la calle 24 y todos los alrededores; eso era un atropello contra el libre derecho al trabajo».

En confianza me dice que, después de retirarse de la prostitución, en el ocaso de los noventa, visitó alguno que otro cliente; pero que ya era otra cosa; ya no estaba en la calle tan desprotegida. Con su retiro de la prostitución adquirió un estatus que no le daba para la comida de la familia, por eso vivió de vender condones y de algunas «platicas» que aprendió a gestionar para poder mantener viva su organización de mujeres.

Nunca reniega de su vida, de los años duros; situación que nunca niega, siempre declara que fue y es prostituta, a ninguno de sus hijos les negó su oficio, siempre lo enfrentó. «Cómo negarles el oficio con que los saqué adelante». Entonces vuelven los recuerdos que la enorgullecen tanto o más que la placa que recibió de manos del general Luis Ernesto Gilibert: «En 1998 recibí el segundo lugar en el Quinto Premio La Equidad a la Mujer Cooperativista, ya en 1996 me había graduado como Bachiller Académico en el Paraninfo de la Universidad del Trabajo; vestida con todas las de la ley, de toga y con birrete».

Durante las dos primeras décadas del siglo XXI ha vivido para cumplir dos sueños: el primero, que a sus prostitutas y afiliadas a su organización se les reconozca el padecer diario a que las somete un trabajo que muchos piensan que es el de la vida alegre, pero que con los años ella ha llegado a pensar que no es más que una violación consentida por una mujer que necesita del dinero siempre insuficiente que le dejan los clientes; y su segundo sueño: la publicación de un libro cuya redacción le llevó más de veinticinco años, su biografía, y que lleva por título: *Profesión: Prostituta*.

EL VIEJO MAÑE Y SU BICICLETA ENCANTADORA

JOSÉ MIGUEL BADILLO GÓMEZ

Taller Virtual de Crónica, grupo 1



Sobre su espalda lleva el peso de sus setenta y dos años. En su rostro se refleja un estado de cansancio, aun cuando su sonrisa pícaro demuestre lo contrario. Sale todas las mañanas con el mismo entusiasmo que la vida le ha regalado a rebuscarse el pan de cada día. Lo acompaña su vieja bicicleta, que él mismo fabricó con tubos retorcidos. Sus llantas desiguales le dan la apariencia de un gran escalador de la alta montaña, aun cuando en su época de juventud nunca participó de competencia ciclística alguna. En la parte delantera, en una improvisada parrilla, sujeta con tiras de neumático un pequeño termo, en el que lleva el agua para refrescarse del inclemente calor. Saluda a la gente con el dedo pulgar de la mano derecha, mientras con los otros cuatro restantes empuña en la palma de la mano la maracachafa (marihuana) que es su dosis personal recién comprada y aún sin consumir.

Colgado del cuello lleva un transistor de baterías marca Sony. Escucha «Brujería», una salsa inmortal de El Gran Combo de Puerto Rico que lo transporta en su imaginación a los años setenta, cuando apenas contaba con sus escasos veintidós abrigos y solía plantarse frente a *pickups* a realizar su exhibición de gran salsero, sacando pasos para divertir al público, a cambio de unos aplausos o una simple cerveza bien fría.

Ese es el viejo Mañe, o el «Palomo», como todos suelen conocerlo en la tierra de Dios, aun cuando su verdadero nombre es Manuel Ignacio Palomino Caro. Un man zanahorio (sano), que ha sabido vivir la vida de la mejor forma posible sin meterse con nadie, para evitar líos jurídicos. Esto lo ha llevado ganarse el cariño y la empatía de mucha gente, incluyendo a las mismas autoridades, quienes lo tratan con admiración y respeto. Es un ser que en medio de las adversidades que le ha presentado la vida, todo lo toma con relativa calma, pues para él la prisa no deja sino el cansancio...

Pedalazo tras pedalazo tararea la canción, y suavemente, en su descomunal bicicleta, gira la cabrilla o volante que el mismo le colocó, imaginándose que está al mando de la última versión de la firma italiana Ferrari. A su paso sus admiradores lo saludan jocosamente diciéndole «Uy, viejo Mañe... y la lengua»... A lo que él responde con su sabiduría popular: «Es la perdición del cuerpo, y del alma, cuidala... esa te condena y hiere más que un puñal».

Tras decir esto, continúa al son de la melodía, con un vaivén sabrosón en su encantadora bicicleta, que no se sabe a ciencia cierta de qué color es, pero eso sí, es su acompañante permanente, que lo lleva adonde él quiere ir a disfrutar de los placeres de la vida...

Llega todos los días, como es su costumbre, a la iglesia San Agustín. Ahí parquea su rudimentario vehículo con el cuidado y la delicadeza que requiere cualquier objeto fino. Apoya su pedal sobre la orilla del andén, se baja, y con su estilo característico de desconfianza propia, da un giro sobre su propio eje, mira alrededor para ver quién lo viene siguiendo, levanta los brazos al cielo, se signa y en medio de su tumbao ingresa a la iglesia a saludar al patrón, a Cristo Milagroso.

De pie frente al altar y con los brazos abiertos pronuncia en silencio sus humildes oraciones en señal de súplica, fijando su mirada melancólica sobre el Cristo moreno, a quien pide con ferviente devoción el pronto regreso de Manuel Ignacio, su unigénito, a quien logró concebir con Marvery Muleth en medio de una relación marital que sostuvieron durante poco tiempo

en ese bajo mundo que solo es posible por la droga, y que por circunstancias ajenas a su propia voluntad —no sabe por qué motivos— se lo arrebató el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar para entregarlo en adopción. Según cuenta el viejo Mañe, todo parece indicar que el retiro de la custodia obedeció a que él lo llevaba consigo a todas partes, lo que para el instituto en mención constituía un libertinaje prematuro y una privación del derecho a la educación temprana. Dice, además, que la directora, cada vez que él pregunta por su hijo, le dice que no se preocupe, que él está bien. Desde luego, las posibilidades de volverlo a ver parecen cada vez más lejanas.

Sale con la fe y la esperanza intactas de que algún día ha de encontrarlo... Toma nuevamente su bicicleta para ofrecer su mercancía a cuanto transeúnte encuentra en la vía, no la mercancía que muchos se imaginan, porque a pesar de ser un jíbaro humilde y con gran necesidad, jamás se le ha dado por ser vendedor de esta maldita hierba. Sale, sí, a vender sus boletas de juego de azar hasta el mediodía; luego del almuerzo, que él mismo prepara en su humilde rancho, prende el tabaco de marihuana, la tuza, o el cachito, como lo llama, y se relaja metido en su chinchorro a disfrutar de una gran siesta.

Su profesión es carpintero, oficio que aprendió de su padre Nicanor Palomino, alias el «Fifi». Mañe desempeñó esta profesión durante mucho tiempo, pero lo abandonó por problemas de dolencias musculares.

Hoy, cuando sus fuerzas se encuentran menguadas, y sus piernas atrofiadas por una artrosis degenerativa, y sin la más mínima posibilidad de acceder a una pensión de vejez o a un subsidio de la tercera edad, no desfallece: su vieja y encantadora bicicleta y su tuza de marihuana lo animan a seguir pedaleando cada día con más ganas para ganarse el tour de esta vida y continuar viviendo en las nubes, donde siempre ha querido estar.

CANTOS Y LUCHAS DEL SEMBRADOR

DAVID LARA RAMOS

Ganador – Categoría Directores de Taller
Taller Cuento y Crónica, Cartagena



Después de seis años, Andrés Narváez volvió a sembrar. El mismo tiempo que su mano derecha tardó en recobrar la fuerza para empuñar el machete. Con esa mano limpió su tierra y cavó el hueco en el que depositó la primera semilla de su nuevo cultivo de ñame. Andrés Narváez recuerda la fecha como si fuera otro nacimiento: 2 de junio de 2020. Ese día salió en medio de una madrugada brumosa hacia la finca La Europa, corazón de los Montes de María. La neblina era tan densa que le mojaba las pestañas. Había llovido la noche anterior y la tierra estaba blandita. El sol salió intenso y trabajó sin descansar hasta la una de la tarde. Al día siguiente siguió sembrando; al otro día, volvió a sembrar.

Con la ayuda de Rafael, su hermano mayor, a quien Andrés Narváez llama Rafo, terminó de cavar y depositar dos mil semillas de ñame la tercera semana de julio. Al finalizar, se quedó viendo el esplendor de la siembra. Una palabra recorrió su mente: esperanza. «Eso es la tierra para nosotros, la que da el alimento, la que pone comida en las mesas. Es el sacrificio de los que saben hacer parir la tierra», dijo en ese tono elocuente y poético que lo caracteriza.

Andrés Narváez es un compositor natural. Las palabras le brotan silvestres, justas, sin imposturas. No sabe leer ni escribir,

pero goza, eso sí, de una prodigiosa memoria con la que suple, en parte, las necesidades en un mundo letrado. Cada pregunta que se le hace, la transforma en un ramaje de relatos que cuenta con elegancia: «Nací en un pueblo llamado Sahagún, un 24 de agosto de 1958, sábado por la tarde, camilla 408. Siendo aún de brazos, me llevaron a Corozal; después nos trasladamos a Ovejas porque mi mamá tenía dos hermanos que habían recibido unas tierras allá. Mido 1 metro 63 centímetros de estatura, peso 68 kilos. Estoy gordo, pero voy a volver a los tiempos en que era flaco. Eso me pasó porque llevaba seis años sin sembrar, pero ya comencé mi cultivo de ñame diamante».

Durante esos seis años que Andrés Narváez no pudo sembrar, se dedicó a componer gaitas y cumbias mientras se recuperaba de cuatro impactos de bala, en un atentado por defender su tierra. «Sonaron seis —precisa— fallaron dos, si no... Mmm, ¿quién sabe? Dos tiros en el pecho que me salieron limpios por la espalda; un tiro en la mano izquierda que me cogió los dos dedos más pequeños y un tiro en la mano derecha cerca al dedo gordo. Ahí me hicieron una operación para arreglar lo que la bala me había destrozado. Esa mano fue la que más sufrió. La mano con la que yo empuñaba el machete».

Andrés Narváez habla y va soltando versos que luego hace canciones. Cada composición, música y letra la conserva en su memoria. ¡Asombroso! Hizo su primera canción en 1978, hace 42 años, pero el relato de aquel momento es pleno en versos y melodías: «A mí siempre me han gustado las aves del campo. Salí a caminar para escucharlas. Estando en lo alto del cerro Las Babillas, miré hacia abajo, en un cultivo de melón, una jovencita espantaba los pájaros, ‘pajareando’ dice uno aquí. Había un pájaro que es el *charán*, ese acaba con un cultivo, cuando vi esa imagen me entró ese deseo de componer: Ay negra tenme presente/ lo que te voy a decí/ ese pájaro picón/ está volando junto a tí/ quiere dañá tu melón/ ese pájaro picón// Como te descuides negra/ puede volar el pichón/ ese pájaro picón/ quiere dañar tu melón/ ese pájaro picón/ quiere dañar tu melón//».

Andrés Narváez siguió componiendo al lado de sus tíos Fidel y Marceliano Reyes, que improvisaban décimas, zafras y cantos de vaquería para alegrar las calurosas jornadas de hacha y machete. Aquellos tíos acogieron al pequeño Andrés Narváez como a un hijo. Le enseñaron los secretos para curar el ganado, los males de la luna nueva, los caminos de hormiga que anuncian la lluvia, los mensajes de la neblina que moja los pies y los de la neblina seca; las estrellas fugaces del verano, las plantas para curar la mordida de culebra, los males del aguijón de la avispa candela, los círculos del cielo: círculo de sol, agua alrededor; círculo de luna, agua ninguna.

Andrés Narváez nunca fue al colegio.

Finca La Europa

Andrés Narváez llegó a la finca La Europa en 1970. Tenía doce años. En aquel entonces, a sus tíos Fidel y Marceliano, el Gobierno les habían adjudicado 11,5 hectáreas que constituían una Unidad Agrícola Familiar, definida así por la Ley de Reforma Agraria.

La entrega de tierras a campesinos del municipio de Ovejas se remonta al segundo mandato del presidente Alberto Lleras Camargo, quien mediante la Ley 135 de 1961 creó el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, INCORA. Una ley inspirada por los principios del bien común y la necesidad de que los campesinos tuvieran acceso a la propiedad sobre la tierra que cultivaban. En 1969, durante el período del presidente Carlos Lleras Restrepo, primo de Alberto Lleras Camargo, la finca La Europa —con 1.321 hectáreas— fue adquirida por el Estado colombiano y entregada a 114 familias de campesinos.

La vida de Andrés Narváez en La Europa fue de labores de campo y aprendizajes al lado de sus tíos y padres. Tenía una gran responsabilidad: «Era algo sencillo para mí —recuerda— los tíos míos picaban leña que amarraban con bejucos, yo ensillaba el burro y me iba pa' Ovejas, a venderla, me pagaban doce pesos, con esa plata compraba café, panela, aceite, hueso carnudo

salao, eran las provisiones para varios días; cuando eso se acababa, otra vez volvía a ensillar el burro».

En 1986, año de la segunda versión del Festival de Gaitas de Ovejas, Andrés Narváez decidió participar en el concurso de la canción inédita con «El melón». Estuvo dentro de los diez finalistas. Sus letras y melodías gustaban. Hoy siente orgullo al decir que ha ganado ocho veces el Festival de Gaitas de Ovejas, al igual que otros festivales de música en Cereté, Galeras y San Jacinto.

La gaita ha sido la música de La Europa. Sonaba en las noches, momentos apacibles luego de las faenas propias del monte: «Eso era una cosa grande, óigame usted —dice—, cuando las lluvias estaban escasas, nos llevábamos para un rancho a la Virgen del Amparo de Chalán, al Niños Dios de Bombacho, al Niño Dios de El Carmen de Bolívar, y a San Pacho, patrono de Ovejas, venían gaiteros de otros lugares, que también necesitaban lluvia, eso era algo de puro gusto, no se cobraba plata, no señor, era algo de familia. Se hacían hasta cinco noches de velaciones con pura esperma y gaita... Y bueno, ya después de eso...».

Andrés Narváez se quedó en silencio. Bajó un poco la cabeza, tomó entonces un poco de aire y retomó las mismas palabras hasta finalizar la frase: «Ya después de eso... Todo, todo eso se acabó». Se refirió a unos *uniformados* que comenzaron a llegar a la zona en los 80. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC. Hubo secuestros, muertes y hostigamientos a las poblaciones. También dijo que, en los 90, llegaron *otros uniformados*. Las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, que en complicidad con agentes del Estado perpetraron masacres en poblaciones como Chengue, Las Brisas, San José de Playón y El Salao, como establecieron los organismos de control estatal y confesaron luego por los mismos paramilitares.

Vino el silencio de las gaitas.

En La Europa aparecieron helicópteros de guerra, sobrevuelos de aviones fantasma que cruzaban los cielos de los Montes de María en la madrugada. Andrés Narváez decidió vender cuatro vacas que tenía y buscar un lugar más seguro: «Las vacas

se llamaban *Ruperta, Choncha, Juanita y Pancracia* —relata—, eran parte de la familia, aportaban para el sustento de todos, la leche, el suero. No fue fácil, uno les coge cariño... Las malvendimos, es la pura verdad, con esa plata Rafo y yo compramos un lotecito en el pueblo. Íbamos a sembrar a La Europa, jamás abandonamos esas tierras, pero quedamos limpios».

Las canciones de Andrés Narváez que se referían al olor del tabaco o al pájaro carpintero comenzaron a narrar esos nuevos sucesos: «Antes yo vivía contento/ porque todo lo tenía/ no conocía el sufrimiento/ de mí era toda la alegría/ pero hoy que me pasó esto/ que mala suerte la mía/ Ay no tengo na, no tengo na/ sino ganas de llorar// Yo que tenía mi parcela/ no la puedo cultivar/ es por culpa de la guerra/ que ahora me quieren matar/ Yo tenía mi hectárea ‘e yuca/ donde podía cocinar/ pero con está miseria/ a mí no me quedó na/ Ay no tengo na, no tengo na/ sino ganas de llorar//».

En medio de esas dificultades llegaron a La Europa representantes de la empresa Arepas don Juan, que negociaron Unidades Agrícolas Familiares. La Procuraduría Ambiental y Agraria recogió testimonios sobre la venta de esos predios, en ellos algunas personas declararon haber vendido sus predios por trescientos mil pesos. Otros aseguran que les pagaron entre ochocientos mil y tres millones de pesos.

Los representantes de Arepas don Juan llegaron en varias ocasiones a la casa de Andrés Narváez ofreciendo dinero por sus tierras. Tanto Rafo como él se negaron a vender las tierras de La Europa, heredadas de sus tíos y sus padres. «No se venden, se cultivan», dice Andrés Narváez como quien compone un verso.

Hasta hoy, Arepas don Juan ha adquirido 94 predios que suman 1.081 hectáreas. De las 114 familias de campesinos que recibieron tierras en 1969, solo 20 conservan la propiedad de la tierra, o está en manos de los herederos. Otros tienen la posesión, adquirida legalmente hace más de quince años.

Desde 2008, con la llegada de Arepas Don Juan a la zona, se han venido presentado agresiones y hostigamientos en los

predios de los campesinos de La Europa. Amenazas de muerte a través de mensajes de texto o *e-mail*, quema y destrucción de ranchos de campesinos que han retornado. Presencia de hombres armados en motos y camionetas por las vías de La Europa.

Andrés Narváez es también el vicepresidente de la Asociación de Campesinos de La Europa, que es parte del proceso que busca restituir la tierra a quienes la recibieron en 1969; tierra que posteriormente fue abandonada cuando guerrilleros de las FARC, paramilitares de las AUC y fuerzas del Estado convirtieron a La Europa en epicentro de actos violentos y abusos. El proceso de restitución lleva más de siete años, en espera de un fallo del Tribunal de Tierras con sede en Cartagena.

El atentado contra la vida de Andrés Narváez ocurrió el 12 de junio de 2014. «Ese día no teníamos ni para hacer un café, salí a cortar una leña a ver si conseguía algo, era la inauguración del mundial de fútbol. En un paraje alejado del pueblo se apareció un tipo en un caballo a reclamarme por una cerca que habíamos colocado en La Europa, y me dijo: “Ahora que lleguen las maquinarias vamos a arrancar esa mierda”, entonces yo le dije: “Bueno si usted cree que la puede arrancar, arránquela”. Eso fue suficiente para que sacara su arma».

El atacante fue capturado horas después. Su nombre: Héctor San Martín Rivera, uno de los administradores de Arepas don Juan. San Martín Rivera estuvo en la cárcel durante catorce meses, quedó libre por vencimiento de términos, y aunque fue condenado a veinticinco años, sigue prófugo de la justicia.

En noviembre de 2018 entraron al teléfono de Andrés Narváez dos mensajes de texto; él buscó a un amigo para que le leyera: «Ahora no te salvas... perro reclamante de tierras» «... No vamos a descansar hasta eliminarte, gonorrea, vamos con artillería pesada». A finales de julio de 2020, días después de que Andrés Narváez terminó de plantar las dos mil semillas de ñame diamante, dos hombres que se movilizaban en una moto se bajaron frente al cultivo y —con los cascos puestos— le preguntaron a un muchacho que hacía labores de limpieza si An-

drés Narváez venía a trabajar. El muchacho le respondió que no, porque se había sacado una muela. Cuando el muchacho les preguntó para qué lo necesitaban se quedaron en silencio. «Tranquilo, tranquilo», dijeron mientras regresaban a la moto.

Nada está tranquilo en La Europa ni en otros territorios de Montes de María.

Tomándose un café negro preparado por su hermano Rafo, endulzado con panela, las palabras de Andrés Narváez suenan como los versos valientes de un compositor en su lucha: «Yo sé que tengo que cuidarme, de nada me servirá meter la cabeza como el morrocoy. El torero muere en la arena. Yo estoy luchando por un bien común. Seguiré yendo a mi cultivo de ñame diamante, seguiré tomando las medidas de protección, seguiré adelante con el respaldo de mi comunidad y seguiré empuñando mi machete para sembrar, es lo que soy, un campesino, un sembrador».



POESÍA



ESTACIÓN BOCARRIBA

CARLOS PÉREZ VERTEL

Ganador - Categoría Asistentes de Taller
Taller Manuel Zapata Olivella, Montería



La tarde reconcilia al sueño con el ojo

Cuando se lo conté, mi padre dijo que las cosas siempre se nos ocurren tarde. Las piernas se me doblaron de cansancio. Mantenlo contigo hasta cuando estés despierto, recalcó. Con qué lentitud se desprende el mediodía del sol. Si cierro los ojos, este acelera su actividad nuclear. Esa tarde soñé que me desvanecía en un desierto. Si abro los ojos, pasa incompleto mi cuerpo a través de las palabras. Debo confiar en el oído, escuchar este relato que lleva prisa, orquestar la música del vacío y encontrar un sustento para los pies. Sigo en la persecución. Mis piernas se aferran a la imagen de un sueño.

Baño de esponja

Cerca de mi cama hay un monitor que no funciona. En esa pantalla negra veo cómo se estira una cascada desde el infinito. Al final de la caída siempre está un pez amarillo que me observa, busca un descuido

donde acomodarse. Desde la esquina superior derecha del recuadro una luz blanca se enciende, parece tener un comportamiento extraño. Se dispersa en pequeñas olas de colores que van a romper en el techo de la habitación donde mi padre recibe un baño de esponja a las cuatro de la mañana. La enfermera le pregunta cómo se siente hoy, él sonríe levemente y responde:

*Ya no sé dónde me duele más,
pero en este momento tengo frío y
veo luces de colores en el techo.*

Conversación 1

En el interior el movimiento se percibe a partir de la quietud. En el exterior el movimiento se percibe como algo inmóvil. Hoy parece más pequeña la habitación, entra demasiada luz por la ventana. Las bombillas diminutas de los aparatos a su alrededor me hacen pensar en los carros que durante la madrugada estrellan las luces contra sus ojos. Ahora parece que a sus cuencas oculares les sobra espacio en la línea curva de los globos. Me mira sin entusiasmo, apunta con su mano izquierda y me pregunta por el objeto que está sobre la mesa. Un bolso, le respondo. *Pero tiene la boca abierta*, me recalca. Es solo un bolso, le repito. Una enfermera entra para cambiar la sonda. —Silencio—

Cierra las cortinas, y quita ese bolso de la mesa, que no lo vea, hace mucho ruido cuando me habla y quiero dormir. Me dice mirándome directo a los ojos, sin entusiasmo. *Silencio es lo que quiero*, dice antes de que sus párpados cubran esos ojos profundos.

Conversación 2

Para consolarme pienso en que no lo veré de nuevo hasta el anochecer. A través de la ventana puedo ver la salida del sol cada mañana. Para olvidarme del olor a lejía y cloro con lavanda, me acerco lo más posible a la camilla, él tiene un olor parecido a las uvas empacadas que se encuentran en los supermercados. *Esto ya no echa nada*, se quita la mascarilla de oxígeno y señala con la mirada el regulador, *abre más la llave*, me dice. Ya no reconozco el sonido de su voz. La palabra *proliferación* sube desde el estómago y estorba en su garganta. Para escapar de la habitación, le hablo de la Negra que desapareció hace una semana de la casa. Desacomoda un poco la mascarilla para asegurarse de que vea sus labios. *Ella aparece*. Me responde con una sonrisa sin entusiasmo. Al noveno día, escucho unos ladridos en la puerta de mi casa. Pienso en la sonrisa de mi padre. La Negra no deja de sacudir la cola.

Conversación 3

Me entretengo al descifrar números y letras de los aparatos médicos. Después de un tiempo pude encontrar los patrones de las luces que parpadean, los intervalos de tiempo en los sonidos que indican la regulación de los medicamentos y la frecuencia relativa del goteo de las sondas. *¿Hay hielo en esa jarra?* Me pregunta con una voz desgastada. Tose. No se quita la mascarilla. Le respondo que sí. Me fijo en el color de la habitación. Es el tono más claro de la escala de grises. *Tráeme agua*. Cierta música arde en el sonido de su voz. Sin apuros bebe un sorbo. Un trozo de hielo en su mano me dice que es hora de acomodar la camilla. *Sube la cabecera, bájala, súbela otra vez. Déjala así*.

¿Quieres algo más? Le pregunto mientras en su boca se
deshace un trozo de hielo. *Sí. Quiero ponerme de pie.*

—Silencio—

La luz blanca del mediodía
deja ver el contorno de los huesos bajo la piel.

AL RESCOLDO Y OTROS POEMAS

LUZ MARÍA CICEROS GALLÓN

Taller Letratinta, Itagüí



Al rescoldo

Tufarada de odios y rencores cocinan la memoria.

Al rescoldo el perol de la progenitura.

Cuando destapan la olla, las lentejas están crudas o tienen al
fondo el quemao;

lo demás es un caldo con sabor a manos sucias.

Y qué decir de aquellos que arrastran los pies por el
peso de la angurria

y le ponen zancadilla a quien se acerque al festín.

Y de esos que untan las manos al saludar con la melcocha
cocinada en la misma olla donde se quemaron las lentejas de
año.

¡Ah!, pero hay otros más pulcros, repelan la olla, la sirven
como aderezo y uno de pobre con la ilusión en alto aguante...

Esperar un plato de pavo con sazón y asado a buen término,
con la ilusión de olerlo siquiera.

Detrás de la cocina está la zarpa, la dentellada y bajo la
mesa los perros dirimiendo las sobras.

El hambre hace ver fantasmas.

Y yo sentada con el babero puesto y el plato vacío en un
rincón del galpón,

cacarear no es opción.

¡A poner el huevo o pa' la olla!

El hambre crece, la visión se achica, veo mi rostro en el plato.

¿Acaso soy servida a manteles?

Abro y cierro los ojos para apartar la pesadilla.

Me pongo la servilleta en la nariz;

empezó la digestión de los señores.

Clamor

¡Dejadme en pie!

gritó aquel que bebe de la tierra.

Acompasa sinfonías de lluvia y viento.

¡Dejadme en pie!

Que aun los nidos sueñan con arpegios alados.

Guardo el misterio de la flor y la semilla.

En mi piel está el tatuaje del tiempo.

¡Dejadme en pie!

Bajo mi sombra se cobija el olvido,

se filtra la voz del recuerdo en la sabia dulce;

beso del sol que agoniza el día.

¡Dejadme en pie!

En mis hojas he grabado un canto para el viejo

que, como yo, tiene el corazón carcomido

y...

la raíz clavada en la esperanza.

Utopía

Las palabras hieren la montaña

con sangre hermana.

Los pies se hunden entre las tumbas,

la osamenta hace nido en los caminos.

La mueca de triunfo
ignora la mirada que el terror circunda.
Los sonidos del hambre
marchan al compás del odio.
Las hienas vomitan maná infernal,
los gritos acallan besos
en bocas que mastica el viento.
Hasta que...
las bombas del silencio estallen,
la bondad bese las heridas,
y descongele las dunas del rencor,
las mujeres abran la luna,
atesoren semillas de sol
y en sus manos retoñe la creación.

Poética

Yo, que no me resigno entre verdades y mitos, fantasías y
realidades,
construyo mis alas y trazo las rutas de vuelo... acto egoísta de la
huida.
Soy yo quien deja huellas de lucidez escritas en la mirada
y en los caminos de la palabra que entrañan la infinitud de mi
sed...
Sed que se enreda en mis pasos.
Escribo para concederle deseos a mi otro yo, vértigo de
liberación;
extranjero y esclavo, repulsivo y atrincherado en mi cueva que
me llama a gritos.
Él es el dueño de la fuente y quiere domesticarme.

HEREDADES

LUIS CAMILO DORADO

Taller Distrital de Poesía, Bogotá



I

Un dolor nos acaricia por las tardes
cuando estamos solos.

Crece
a la sombra del silencio
que todos heredamos.

Hace arder las penas olvidadas
y con ellas
nos aprieta los nudos que se habían deshecho,
los ajusta de nuevo a la garganta.

Aprendimos a esconderlo en las mañanas
al incinerar el rastrojo de la huerta
mientras imaginamos
que es él
quien se enciende en las hogueras
y quien resbala de los ojos
cuando el humo los alcanza.

II

En casa
ya me conocen el silencio
no me lo reprochan
saben que no lo uso para ocultar algo

Es cosa de familia
a la que estamos habituados

Una vocación heredada
a la que todos
forzosamente
terminamos por acostumbrarnos.

HORAS EN PAUSA

LAURENT MICHELL ARZUZA TORRES

Taller Cuento y Crónica, Cartagena



El tiempo se ha detenido en la espera

I

Estoy cansada
y triste.

Todo lo que sabía de mí
se me ha ido olvidando con las horas
pero... ¿qué saben ustedes
si sentados en la mesa mastican rápido

los segundos?

II

El tiempo se ha detenido en la espera.
Mientras me visto
caen trozos de piel ajena
que no sabía que tenía pegados a mi piel
y voy quedando más limpia
más vacía
menos atenta.

El pájaro mudo

Desde hace mucho tiempo
un pájaro mudo habita mi cuerpo.

Con sus grandes plumas azules
roza mis huesos,
barre mis heridas.
Manchado de azul y sangre vieja
intenta pedir auxilio
pero no tiene voz
y solo le queda
cómo último recurso
sacudir sus alas,
hacer ruido
y chocar su cuerpo contra las paredes de mi carne
esperando que lo escuchen
que lo noten
que algo o alguien
lo salve.

Esta penitencia

No verte
no hablarte
no poder escribir sobre ti
o a ti,
sobre tus brazos a mis costados,
en mi cintura,
sobre lo que me hiciste
ni cómo me temblaban las piernas,
las manos, la lengua, el resto
con tu voz.
Pagar con silencio esta penitencia
sabiendo
que no seremos ni un segundo
que no fuimos.

Detenidos

I

*Nadie, ni el mismo tiempo
Se atreve a interrumpir al tiempo*
Blanca Varela

Ahora que olvidamos los nombres de los días
y los meses solamente pasan
se nos da por pensar en el nombre de las cosas,
de repente, un árbol no se llama árbol
sino casa
la palabra «casa» es una jaula de pájaros con alas rotas,
y el tiempo del cual parecíamos saber todo
sigue teniendo contratos con los relojes
que cuelgan de las paredes envejecidas de las casas,
en los que ya nadie se atreve a mirar la hora
[por si alguien la pregunta]

II

Nos acercamos a la puerta todos los días,
sin cruzar el umbral,
inmóviles,
miramos las nubes en silencio
con miedo de que estas pasen
y nos dejen parados aquí
con las manos llenas.

Letargo

Salí del letargo.
Afuera todo se mueve
¿tú también te moviste?

PALABRA

AUGUSTO PANIAGUA PINEDA

Taller de poesía Meca, Medellín



Escúchame, palabra silente: detente en el pasado y vuelve
escucha los sonidos de aquel recinto
en el cual se abrían los verbos presentes,
repasa los renglones, las páginas,
si quieres te metes, urdes en las ideas
descubres cómo eran en ese entonces mis quejas
traes a recuento, subrayas frases, lo intentas de nuevo.

Palabra que atas y a la vez desunes
díme cómo haces para permanecer ahí,
eras pasado y gozas ahora el presente.
¡Cuánto hicimos tú y yo, palabra
para nivelar el ritmo de mi vida naciente!

Quédate palabra en etapa adolescente
altera el orden existente, llénate de memoria
allá existías en silencio elocuente.
Eras palabra una imagen incierta
reías, callabas, el amor andaba cerca.

Eras palabra, prolífica, inquieta o ausente.
Ríete de mí si quieres, golpea y triunfa
me redimiré a tus pies y crearé en ti, palabra

lumbera del pasado, narcisista, incauta.
Me arrojas al abismo y no permites que escape.

Entre nuevas palabras
vendrán vientos y mareas, aguas y desiertos
vendrán azules y rojos, blancos y negros
lo cotidiano y lo ajeno.
Sentiré las emociones de alegrías y desdichas
de absurdas expresiones.

Dependeré de ti, palabra
seré por antonomasia
el eco de tus deseos.

POEMA EN TORNO A LOS ANIMALES

SANDY ZAPATEIRO ROJAS

Grupo literario Manuel Zapata Olivella, Montería



I Momentos de gloria

Mientras el ágil conejo huye de su cazador,
se mira a sí mismo asombrado por ser libre.
Es su gran hazaña.
Su cazador, el inútil, hambriento, se siente desdichado.
Hoy tampoco comerá,
no serán sus crías remanso de gloria y será su hogar cumbre de
hojas secas.
Los momentos de gloria encajan perfectamente con la
desgracia y las
lágrimas de quienes no son vencedores.
O ¿acaso no se trataba de la misma victoria?

II Sed

Parecen dioses esos perros,
viven todo, conocen todo y nunca regresan.

Tiene derecho a no extrañar y a andar sin despedirse.
Son expertos,
consiguen alimentarse con astucia,
otras veces mueren felices pese a todo caos.
Parecen dioses esos perros,
Conocen miles de atardeceres, gentes, llluvias, carreteras.
Otros desearon tener amos y lucir limpios, motilados, son
tristes,
son los mismos con la vida eterna y el don de la empatía,
son perros y todos tienen sed.

II Sin agua

Ese dorado pez nadando en mi conciencia
está perturbado por las densas aguas y la falta de oxígeno.
Es un pez que no llora, pero grita.
Asustado por el devenir de su vida,
teme la noticia del fin del día, de su existencia,
aunque entre la líquida tristeza no distingue ambas cosas,
se lamenta,
¿Cuál es el fin?
¿Cuándo es el día?
Este huésped se escurre en cada gota que emito, poco a poco
se ahoga con el aire que respiro.
Este huésped me ama como nadie. ¿Como a mí?
Burbujea voces que llegan a mi oído, a mis labios.
Este pez sabe de tristezas y sabe de amores. ¿Qué hago, pez
dorado y
tierno?
Te ahogas tú o me ahogo yo.

III

Fatiga por compasión

Hay un elefante atrapado en mi cocina,
tiene sed, tiene hambre y heridas.
Camino por las esquinas evitando sofocarme
intento ayudarle, pero teme.
Agarré la taza más fina y le dí de mi bebida, comida ya no
tengo.
Lloré junto a él curando sus heridas,
lavé sus patas, limpié sus oídos,
descansamos y medité.
Quise contarle más historias, pero ya se había ido,
no vi por dónde, ni cómo,
desagradecido.
Sus ojos, ahora menos húmedos y somnolientos, me volverían
a saludar,
porque las cosas que más se extrañan son las que menos se tienen,
las que menos esperas se aparecen como una visita después del
almuerzo.

TRÍPTICO

YOVANY ALBERTO PIEDRAHITA CARDONA

Taller Triade literario, Itagüí



Efímero

Mis dedos jugaron
con su espalda,
mis ojos y el deseo
se acostaron con su iris;
mi mano y los labios
besaron su ombligo.

Nos perdimos...
Quedamos desnudos en la oscuridad.

Pasajero

Juego a envenenar tus labios
a borrar cada mirada,
a escribir sobre tus muslos
en el espejo,
a disipar tus manos que alguna vez
se insinuaron en mi sexo.

Breve

Observo su cuerpo nuevamente,
todo se encuentra en su sitio,
sus labios aún humeantes.

LA NIÑA CLARA

MARGARITA TORRES MENA

Tertulia literaria y cultural Pisisí Iee, Turbo



Tu dolor

Me contaste tu tristeza
Tristeza que tu fomentaste por tu libre decisión
La traición, el engaño y la mentira no son buenas consejeras
Son el camino al destierro, al infortunio y al dolor
Dolor que desgarró el alma por tu libre decisión.

Culpa

¿Por qué culpar a los otros
por tu libre decisión?
¿Qué interés te da lo malo? ¿Qué interés te da el engaño? ¿A
qué juegas?
¿Por qué juegas?
No culpes a nadie, búscalo en tu interior.

Telaraña

Envuelta en telarañas
Que te aprisionan y te engañan
Envuelta en telarañas, que no te quieren aflojar
Envuelta en telarañas, que no te dejan respirar
Envuelta en telarañas, que no te dejan avanzar
Envuelta en telarañas, que te quieren aprisionar
y envuelta en telarañas que no te quieren dejar amar
Telarañas que te envuelven
Telarañas que te amarran
Telarañas que hay que dejar.

Mi amigo

El silencio es mi amigo
Es un amigo fiel
Me envuelve en su ternura y despierta mi musa de inspiración
¿Cómo no escucharte, amigo? ¿Cómo no sentirte? Gracias
amigo por despertar mi inspiración.

La vida

Solo espero de la vida
Vivir para el amor
Amor que por el mundo camina, con buen rumbo y buena
intención
Esperando que almas nobles
Lo abriguen en su corazón
Del otro que llora, del otro que sufre, del otro que espera un
poco de paz
Paz que se añora; paz que se sueña, que pronto vendrá.

Yo

Mi yo interior me dice que me ame y te ame
Mi yo interior me dice que pronto vendrá la calma
Mi yo interior me dice que sigamos trabajando
Trabajando por el amor y la ternura
Mi yo interior me dice que muy pronto veremos un mañana
muy feliz.

No importa

Te fuiste y me dejaste
No te importó mi dolor
¿Qué te iba a importar?
Tu solo querías jugar
Y para mi fortuna,
yo fui ese juguete tonto;
que aprendió a valorar lo bello que es el amor.

Te vas

Dices que te vas
Te vas y me quedo triste y sola
Sola con mis recuerdos
Sola con mi amor
Sola como la sombra, que a veces asusta y atemoriza el alma
Alma que llora; alma que sufre, pero, a pesar de todo
Sola con mi amor

Vuelve y cae la lluvia; y yo suspiro.

Ola

Las olas vienen y van
En ningún punto se sostienen, igual me sucede a mí, cuando
de ti me despido.

LA VIDA Y OTRAS ECUACIONES

SANTIAGO ZAMBRANO CANTILLO

Taller de poesía Héctor Rojas Erazo, Cartagena



Hoy aprendí algo mientras jugaba con una moneda.
La tiraba hacia arriba. Se me perdió. Decidí lanzar otra
de la misma forma que la anterior, para descubrir la lógica
de las monedas perdidas.
Ahora he extraviado el doble.
Era el vuelto de un mandado de hace tantos años.
Sólo encontré el recuerdo, no las monedas.

LAGUNA AGOTADA

ITZAMAR NATALY CUERVO LÓPEZ

El Sueño del Árbol, Itagüí



Instrumento o arma, revive la consonante, tono y voz, valor y furia. Sonido del cristal y del viento, se escuchan los espantos en los labios, gentes de lenguas robadas, figuras de luz, una virtud de la pulcritud del cielo arde entre los bosques de hielo, susurro, canto, abrigo puro, vaso comunicante, asiento de las vocales escarlatas, aleteo de libélula, fulgor de la historia escrita en piedra, ancestro, verdad, camino, río sonámbulo. Corriente de la sílaba precisa, numérico símbolo del adonis, ser humana, perpetuidad relativa, semicorchea de un cielo de gaviotas, liberación que se persigna en la arena, molinos gigantes del desierto de Ítaca, la caverna y los sinsontes, bestiario de señales modulando la velocidad, esencia del agrietado pixel y la fibra óptica, pequeñas esferas de aire, dilución de ideas, *poiesis* del pensamiento origen, abertura bocal del nervio, palafitos pulsando tinta, falanges digitando instante, ritmo, pausa, sentido, agonía del punto y el grito que no se traduce. Calor pronunciado en frío, principio de la neurona mutante, vigía en laguna agotada, membrana de cenizas, babilonia, benevolencia de la muerte, extensión fija del recuerdo, musculoso del cenit, transición al interior pensante, melodía, oración, torbellino sobre la piel de árbol, templo de la onda elástica, mensaje en tímpano del tiempo. Dialecto de la naturaleza.

LOS PERDEDORES

PEDRO OLIVELLA SOLANO

Taller José Manuel Arango, Valledupar



*El sol caído violentamente hacia el oeste,
Cuando desde el balcón a la plaza,
Veías*

Negros jinetes cruzar.
Fernando Charry Lara

Los insensatos

Este ajedrez me aterra. Todas las fichas son negras y enemigas. Todas buscan a un rey para matarlo, porque los jugadores acordaron que este puede morir como la reina. Caballos verticales, torres en ele, alfiles diagonales pueden comer peones. No hay forma de salirse de este tablero atroz. Las fichas no podemos parar.

Tal vez haya un remedio. Comenzar una nueva partida con las antiguas reglas. Que dejen de jugar los insensatos que fueron más allá del jaque mate. Que se restaure la razón y se frene nuestra incesante agonía de prisioneros.

Me conformaría si esto fuera profético.

Los ahogados

Dos reyes enemigos tienen el agua al cuello. Los dos cantan victoria según las derogadas leyes. Sus ejércitos son trebejos en harapos y deambulan por el tablero. Una ficha es «El tigre», que no respetó reglas.

Paralizados por la misma moneda han pactado una tregua
para volver a traicionarse.

Ya no juegan, se culpan mutuamente de destruir el juego.

No hay jaque mate, solo la absurda situación de un empate que niega el triunfo o el honor de la derrota.

¿Qué oráculo resolverá este dilema?

El perdedor

También el jugador es prisionero.

J. L. Borges

Había escogido el color de Caín, alfil del alba ensangrentada que mató a su hermano con el jaque del pastor. El crimen se justificó en la crónica roja como un acto de envidia. Se deshizo del arma, pero no de la sombra que le quedó en la mano. La culpa, pan endurecido, le arrancó los caninos. El odio le retoñó puñales. Siguió jugando sin mirar el reloj. Tampoco le importaron los colores. Era Abel y Caín que se mataban en turnos incesantes. Un solo perdedor.

Los incestuosos

Los peones violan a sus hermanas;
reproducen los ejércitos.

El tigre y el cordero

Cuadro a cuadro el peón avanza,
quiere coronarse reina
para matar en todas las direcciones;
como el cordero devorado que aspiró a ser tigre,
su sangre de víctima no le borra la maldad.

Las reinas

La «encarnizada reina» se movía inmune por los puntos cardinales. Pero la coxa del centauro, en lineal y mórbida patada, la derrumbó en un cuadro. Puedo agregar de fondo que era la hora del crepúsculo y el sol se ahogaba en el mar del oeste. El tablero tembló de escalofrío y enardeció a su ejército. El otro ejército lo celebró no como un triunfo, sino como una venganza. Su reina también había sido asesinada indignamente por un peón, en un lance anterior. Estas muertes anticiparon un presagio irreversible: nadie sería capaz de respetar las leyes.

Las nuevas fichas

Ruy López de Segura no las prefiguró en Alcalá de Henares.
Son un aporte, criollo y ruin, para introducir movimientos prohibidos.

Elefantes, micos, tigres, mulas, moscas, serpientes y batracios
ensucian el tablero
El caballo relincha sórdido y criminal.
Los peones enrojecidos de odio son conducidos por cuervos...

Se insertan otros juegos, iracundos venenos, que atizan los
incendios.

El ajedrez es también una ruleta rusa en la sien de los hijos, un
partido de fútbol con cabezas humanas y la pesca en carreteras
con anzuelos atroces e imprevistos.

El poeta se niega a cantar himnos, se ha convertido en perro.

HUIDAS

LAURA MARÍA GIL

Taller Letra Silente, Barbosa



Las noches se hacen instrumento a la fe
frente a la pantalla de una película en blanco,
que nos deja en medio del lóbulo de la sombra
para sentir en silencio un disfraz de caricias.

Nos entregan un beso en las pupilas de la luz
en los días en que somos ventanas al mar,
para ver un sepelio en el último instante
en medio de un abismo interior.

Nos despedimos con las entrañas sin piel,
para revivir en la estación de otro tiempo
donde las horas se tornan en camino sin pies,
con el pantano en unos ojos que pintan.

En medio de una sonrisa en el laberinto del sueño
para acariciar el gris en el negro sin blanco
y despertar frente al telón de una ceremonia de arañas
que nos deja un nudo en un cuerpo inocente.

EL MAR EN LA CASA

RAÚL MORENO JEREZ

Taller Cielo de un día, Bucaramanga



I

Pedazo de mar

En el mercado de las pulgas
se encuentra de todo
Desde unas cadenas hasta una gaviota.
Desde un pedazo de nube de Irlanda
hasta un bocado del mar muerto.
Compré después de muchas vueltas
un pedazo de mar
y lo coloque en la alcoba.
Por las noches me despierta el grito de
los ahogados
y el faro incansable que da vueltas
sobre mi insomnio

II

La otra tierra prometida

Pequeña melodía lejana que entenece la memoria de los peces.
Angustia derretida en el galeón de siglo oscuro.
En altamar los alcatraces se lanzan sobre los ojos dormidos
El viento azota el mar y deposita algas en la cubierta.

El ahorcado se bambolea por la brisa que ahuyenta las gaviotas.
El capitán borracho sueña con otra tierra prometida,
mientras los prisioneros se pudren en sus celdas.
La noche los esconde de los fantasmas marinos
que merodean el Adriático

III

Cosechando estrellas

He sembrado flores en la tierra del océano
para enamorar las sirenas
y divertir el viaje de las gaviotas.
He colocado en cada gota de mar un beso
para derretir el sediento sol de los continentes.
He fabricado pajaritos para que vuelen las profundidades del
tiempo.
He querido llenar los desiertos con árboles imaginarios
para embriagar la arena con historias imposibles.
Tengo agarradas en mi mano derecha todas las estrellas
En cualquier momento voy a iluminar el universo de una
manotada

IV

Cumbia

De nuevo te advierto sirena eclípsada
que no somos de un paisaje veneciano.
Aquí no danzamos al monocorde sonido de las ninfas
ni cazamos negros en desbandada en un paraje ugandés.
Tu largo vestido es de un son caribeño
de cumbia,
de mar abierto y tambor.

Tu cuerpo al abrigo de mis brasas
Tiene color costeño
de mapalé y acordeón
Desnúdate y recoge la gaita
y llenemos de nuevo
El rincón delicioso
De fragancias de espuma
de esperma y de son.

v

Barranca con ojos de gata

De nuevo el norte se despedaza en colores,
mientras el canoero mira su tristeza en el fondo de un
Magdalena herido.
La fiesta de la luz se despereza en un adiós
donde las iguanas hacen el amor sin premura.
Los niños ahogados respiran nuevamente desde el fondo sus
nostalgias.
Las abuelas fumando sus tabacos inventan hechizos de miedo.
Los cantos de rana despistan al cocodrilo que se sumerge en su
sombra.
La noche traicionera llega sin permiso y se instala en el
corazón de la Ciénaga.
Un tambor herido alimenta el grito estridente de los monos.
Las mecedoras en su ritmo macilento adormecen el deseo
El aire tibio recorrerá las sábanas de un hotel ocasional
y la fiesta de la luna empieza a la misma hora
en que el puerto se emborracha de sombras.

VI

La mesa de noche

La mesa de noche
se ilumina cuando llega la noche.
De día es tan solo mesa
un cajón que esconde nostalgia.
Por eso todo se pone y se esconde en la mesita de noche.
¿Dónde quedaron mis gafas?
En la mesita de noche
Hasta la Luna en menguante suele esconderse a medias
en la mesita de noche.
Las mamas esconden todo en la mesita de noche:
los recuerdos
las fotos de sus padres que ya no viven
y hasta una rosa marchita.
Hay cajones que ofrecen una novedad de cosas muertas.
Pedazos de porcelanas rotas
Un lente de juguete por donde se mira la ciudad
en blanco y negro.
y un sinnúmero de botones de prendas que no se usan
o nunca existieron.
El peine de nácar de la abuela
y pedazos de tabaco que nunca se fumaron del todo.
Las cenizas de algún difunto
en una cajita de cristal con una goma de mascar
pegada en su tapa.
Y una libreta de teléfonos
con la tinta corrida.
Podemos guardar los sueños en la mesita de noche
tal vez un día
Cuando no tengamos nada que hacer
abramos el cajón donde se esconden
y decidimos esa misma noche
romper el cristal
y salir volando en su búsqueda.

VII

Cuadro

Cansado de mirarse
siempre estático
el jinete decidió
salir del cuadro y
recorrer el mundo del
otro lado.

Un día se sintió desfallecer
cuando mirando el cuadro
recordó que su vida
pertenecía por completo
al color.

VIII

Escondite

El cielo es el mejor escondite
para las estrellas.
Es el lugar preferido para
los duendes y los ángeles.
La tierra de las nubes
y sus raíces: la lluvia.
Allí podemos
pegar papelitos
como pájaros
o lunas coquetas.
El mejor lugar para soñar
la eternidad.

IX

El río

El río
que va
que no vuelve
que se lleva.
Olvidará la ribera
el puente
los árboles
los gritos.
Solo los ahogados
que serán el bocado del infinito.

X

Los árboles

Los árboles
son hombres
enredados en abrazos.
manos
rostros
cuerpos entrelazados
de donde penden
hojas
pájaros
y vuelos.
Y donde el sol juguetea con las sombras

TRES POEMAS Y UN CUENTO LÍRICO

JULIANA CORREA ROMERO

Taller La filosofía o las mariposas, El Carmen de Viboral



Mujer

Cuando venzas el miedo
y te atrevas a mirar,
y apuntes el dedo
en señal de mostrar.

Cuando el temor se espante,
cuando llegue ese instante,
grita fuerte y segura,
tu derecho de amar.

¿Por qué la amargura?
¿Por qué ese mirar?
rompe en pedazos,
tu imagen de santo,
libera tu alma,
enséñale a amar.

No temas a nada,
mujer... nada más,

entra en la calma
de soñar y soñar,
la vida se acaba,
se acaba
y te vas.

Morir existiendo

¿Cómo vivir sin tiempo?
sin aquel tictac.
Sin rayitos de soles,
sin coqueteos de lunas,

¿Cómo? Verdad, no sé cómo.
Si se nace muriendo,
Un legado en la nada,
Y se sigue existiendo.

¿Cómo? Verdad: no sé cómo.
Se carece de todo,
se respira agonía,
así: tres veces al día.

Todo huele a cartón,
todo sabe a miseria
y pisamos descalzos,
por terrenos baldíos,
periferias desiertas,
donde nacemos los nadie.

Abrazando el delito,
así, de cien en cien:
así de mil en mil,
se nos pudre la carne

así, apenas viviendo
así, apenas comiendo
y temprano muriendo.

El retraso

Te sabía esperándome,
a la sombra de aquel árbol,
veía tu impaciencia,
sentía tus murmullos,
quería abrirme camino...

...pero aquellas gentes,
aquel tráfico,
y, además;
aquel maldito tictac
que no se detenía:
«Perdóname», grité desde lejos
Pero nunca lo escuchaste...

Blanco y negro: cuento lírico

La historia de Óscar y Ángel se desarrolla bajo el mismo cielo, el canto de las aves, dulce orquesta natural de la existencia. En una tierra vestida de verdes, azules y amarillos, árboles, pájaros y grillos.

En cualquier ciudad de Colombia nacieron dos niños, en condiciones económicas distintas y abolengos diferentes. Óscar, nacido en medio de las comodidades propias del dinero, creció siendo un muchacho jovial, alto, robusto, buenmozo, de dorada cabellera como un espléndido trigo, mirada dulce en un mágico azul cielo. El otro era Ángel, muchacho triste, de cabeza gacha, piel tostada por el sol, oscura e inquieta mirada,

profundamente negra como la noche, carácter belicoso y proceder agreste.

Óscar siempre lo tuvo todo, recibió amor por doquier, una excelente educación católica, le inculcaron valores y principios altruistas. Por eso el joven irradiaba amor y servicio. Ángel, en cambio, creció en la calle, debió abrirse paso en la vida entre espinos y cardos, los cuales terminaron clavándosele en el alma; la espina de la guerra, el odio y la violencia acabaron convirtiéndolo en un resentido social; no había manera de retirarle aquella espina sin lastimarle el alma. Óscar terminó sus estudios al tiempo que se convertía en un líder, intelectual y romántico. Vivía para servirle al prójimo desinteresadamente, característica propia del buen cristiano. Tenía la talla y el carácter de quien sabe lo que hace. ¡Oh, Ángel...! Buscaba a empujones, con la fuerza de sus puños, un poco de espacio y felicidad para aferrarse a la vida. Finalmente, un día cualquiera el frío filo de una navaja le partió en dos el corazón, arrancándole para siempre del alma aquella espina de odio que le ensombreció toda la existencia.

«Lima tus espinas, de nada te defienden.»

MULTIVERSOS

ROMÁN HERNÁNDEZ SUÁREZ

Taller Gotagua de Amanecer, Bucaramanga



I

Todo se transforma

Por una ventana entró el primer fotón del alba
llegó hasta el alma de un cantor dormido, anisótropo.
La partícula se hizo onda cuando vibró una cuerda en once
dimensiones,
en la cuarta,
que es pasado continuo,
ansioso por devolver aquel saludo cuántico
y frustrado ante la incapacidad de encender por sí mismo su
forma lumínica
de un violín brotó el primer fonón del alba.
Fuimos hechos

Fuimos hechos para ver crecer las plantas
fuimos hechos para beber vinos y mieles
para correr desnudos por la playa
para jugar con mariposas amarillas.
Fuimos hechos para hablar con las serpientes
fuimos hechos para oler todas las flores

fuimos hechos para escuchar a las montañas
fuimos hechos para llorar de atardeceres.
Fuimos hechos para dormir entre las ramas
para adornar las frutas mezclando colores
para silbar junto a las aves sus cantatas
para cuidar las piedras de las leyes.

Amor, donde tú vayas yo seguiré tus ojos...

Y algunos ya pudieron ver crecer las plantas
y ya bebieron mucho vino, muchas mieles
y correataron desnudos por la playa
y persiguieron mariposas amarillas.
Y ya hubo quien habló con las serpientes
y se impregnaron del aroma de las flores
pero han dejado enmudecidas las montañas
pero han llorado sin ver atardeceres.
Y descansaron protegidos por las ramas
después pintaron a las frutas de colores
pero encerraron con las aves sus cantatas
pero han quebraron las piedras de las leyes.

Pero amor, donde tú vayas yo seguiré tus ojos...

Y a mí me ha tocado ver morir las plantas
y me tocó beber de sidras y aguardientes
me tocó cubrirme para ir a la playa
y me tocó ver mariposas en la tele.
Y ahora yo les tengo miedo a las serpientes
y me tocó rociar perfumes a las flores
y me tocó el silencio hostil de las montañas
y me ha tocado ignorar atardeceres.
Y me tocó dormir la siesta en una cama
y me tocaron colorantes por colores
y me tocó escuchar las aves enjauladas
y me impusieron las más absurdas leyes.

Pero, amor, donde sea que tú vayas siempre será el edén,
el paraíso es achuchar tu mano
en Guayaquil o en Antofagasta
sos el Olimpo y el cielo está en tus ojos
en Arequipa, Charalá o en mi Bucaramanga
el cielo está en tus ojos.

Porque estoy seguro de que nos contaron mal la historia,
porque fue Adán quien, al conocer el castigo de Eva,
corrió hasta el árbol prohibido a morder aquella fruta
solo para compartir su destino,
porque yo haría lo mismo
porque el cielo son tus ojos
porque fuimos hechos para abrazarnos.

II

La otra caja de Pandora
Tal turbulencia hay en la caja
que las paredes oscilan al lapso que dictan las vetas
Silencio en la sala
Tal turbulencia hay en la caja
que se desgastan los puentes
fluctúan las almas
inundan el tiempo de energía intangible
Su brazo derecho
setenta y dos centímetros más largo que el izquierdo
sostiene en la mano una nuez
con trozos de nácar
nace allí el blanco pelo que frota
la magia se expande.

Tal turbulencia hay en la caja
que hilan las parcas una hermosa suite de salón

cuatro tripas, un asiento
y un barniz que alimenta su color.
Silencio de blanca en la sala.
Tal turbulencia hay en la caja
que al cuerpo se adosa una prolongación
para que una mano izquierda la trepe y dance
como tarántula temblorosa.

LAS SOMBRAS DE LA MEMORIA

MARÍA ALEJANDRA DAZA RUBIANO

Taller Versería, Chía



Poesía

Es la mano cuando empuña mi corazón,
el caramelo dentro de mi boca.
Una cálida sonrisa en medio del nubarrón,
una herida silenciosa que me sofoca.

Poesía es buscar en mi memoria,
una bocanada de distracción,
con la que ríes y lloras de euforia,
y a la que las lágrimas dan satisfacción.

Me voy elevando como las nubes
contemplo las estrellas bajo mis pies,
con el cielo frío y vespertino.

Rebaso la cima de las montañas,
anhelo que una mariposa,
transforme mis recuerdos en canción.

Capturar los recuerdos

Quisiera hacer agujeros en tu cabeza,
regar las semillas en tus sesos,
dejar que el sol las germine con su fuerza,
que en ellas florezcan tus recuerdos.

Mientras vas cargando el luto en tus ojos,
donde la miel y las lágrimas se mezclan,
en tu mente la primavera en despojos,
sustentará la vida de quienes quedan.

Cultivaré tus flores febriles,
para sostenerlas bien cerca de mí,
juntos, como la flor que atrae al colibrí.

¿Tan solo fluirá la brisa con tus pétalos?
¿O te plantarás para siempre en mi corazón?

Afuera el aire nocturno está dulce,
luce por el filo de las ventanas
el brillo de las estrellas que reluce.

(Te llevaré por siempre en el bolsillo de mi corazón)

DOS POEMAS

JOSÉ ALEJANDRO CENTENO ARENAS

Tertulia Ramiro Lagos, Bucaramanga



Mis raíces

Soy prisionero afro descendiente
Sangre negra como mis ancestros,

Soy cuerpo naciente, grande y resplandeciente,
como mi San Juan,
Atrato, Baudó, Tadó

En un barco negrero me trajeron
Mis amos toíticos me marcaron
grilletes, mar, sol, sed, pasión, tambor, música y ron
Ese soy yo

Oh, selva, dónde vine a parar: guácimo, chonta, yuca,
plátano verde,
Maíz, sembrados, todos los hice yo...

De economía no sé
espero no saber
Soy ojos grandes, profundos como un cimarrón,

Olivella, Ibargüen, Mosquera,
Hinestrosa, Valoyes, San Juan, Ricardo, Escuderos,
Gonzales... apellidos por montón

Soy curruíao, toque de tambor,
Llamador mil
veces llamador,
estirpe mulata, ese soy yo.

Identidad

Negro soy y negro moriré

Amalgama de palabras hechas poesía, dormitaron en mi
ser,
cielo azul soy; brisa suave de un gorrión
Mar, estrellas... origen de mi prole... soy

Sangre y agua brotaron de mis espaldas

Soy un gen: hombre, mujer, raza de una familia
ancestro de mi raza,
Olivella, soy

POLIFONÍA

XIMENA BOTERO

Taller El lenguaje secreto, Bogotá



Aquelarre

I

Una virgen nos convence de que elegimos
No somos más que viajeros
 en el lecho interminable del tiempo.

II

El reloj
talla la espalda con cada hueso recogido
 hoguera de los días
sacude las cenizas

III

Yo
Naufrago en el río que cruza la vida
 o la muerte
escucho sus quejas
respiro el llanto
cuelgo de los largos brazos de la locura.

IV

La muerte tiembla
mi pecho tiembla
mi cuerpo cubierto de sangre
tiembla
ante la ineludible súplica de mis ojos

V

Un cuerpo vuela
junto a esta mañana oscura
las hojas quemadas de llanto
la extensa y profunda burla de la muerte
los oídos se compadecen de mi respiración lenta
huyo
gritos

VI

olvidaron que al clavarme su odio
solo alargaban mi agonía.

Desisto

Huir no fue opcional
mis manos
un interminable túnel la locura
ÚLTIMA PARADA

Ira

Simulo sordera
concluyo el frío sueño de mis pies
mis puños incineran
los arcos de la muerte

habito el desconsuelo
 mis mejillas derretidas
 perpetuo amanecer
 huellas de barro cubren un camino ajeno

Destierro

Grita la noche
 el miedo festeja sobre los tejados de la fe
 infame llama a la puerta
 la locura
 la muerte
 en los oídos del tiempo
 siente la ira de la tierra.

Score

Ser

Subtitle

Ximena Botero
 Ximena Botero

Soprano: No soy yo, Es dolor, Es vacío, Es locura, Es miedo, Me empuja, y escupe

Alto: en mi cara, Patea versos, Fomenta ideas, Observo, Calla, Espero, Soy débil

Tenor: Leo, Trato de descifrar, Soy la mendiga, del tiempo

Baritone: Retuerzo, los delirios, En cuadernos, MI, dolor

Dynamics: *p*, *mp*, *mf*, *f*, *fff*

Other markings: *Rit...*

SI PUDIERA

ALBEIRO SABOGAL FLORIANO

Taller Maniguaje, Florencia



Si pudiera te abrazaría,
Te pediría que todos los días me sonrieras,
Que me levantarás una de tus cejas,
Te diría que me guiñes un ojo.

Si pudiera te pediría que me dieras el aroma de tu cabello,
Que tu piel brillara aun en lo oscuro de la noche,
Que tomaras café a mi lado con la puesta del sol,
Que me vieras jugar como un niño con las olas del mar.

Si pudiera te escribiría cartas anónimas,
Te diría que te dejaras amar,
Que dejaras tu soltería,
Te diría que te fueras de nuevo para no dejar de extrañarte.

Te pediría que perdonaras mis sentimientos,
Que me dejaras ver tus labios morados,
Que tus manos tocaran las mías,
Te diría que caminemos juntos por un camino de libertad.

PERORACIÓN A LA NOSTALGIA

LUZ ANGÉLICA ALVARADO

Taller de Poesía Los Impresentables, Bogotá



Anatomía de un diente de león

Empieza marzo.
En mis manos,
un diente de león
descansa su vuelo.

Tu pasatiempo era buscarlos.
Reconocer sus pétalos color tarde,
ansiosos de surcar el aliento del día.

Recuerdo tu rostro alegre cuando,
llegada la metamorfosis,
corrías tras las pequeñas melenas,
cofres de tus deseos.

Hoy es diferente.

Nadie sabe que, en su centro,
semillas que sostienen
pequeñas palmeras blancas,

anida mi infancia de tu mano:
juegos que no volverán.

Es marzo sin ti,
y en mis ojos
cuelgan los días
que tú ya no verás.

Remembranza

Toda la casa es reloj cansado de otoño,
sin manecillas que en su voz métrica
un pájaro teja nido de consuelo
en un día de sol irreconocible.

Penas viven hoy aquí dentro: mar tormentoso junto...
Te escucho mamá, ausente entre horas heridas, invisibles;
serenamente, dolorosa elegía.
Vulnerabilidad con disfraz corriente.
Amargo el dolor, cenizas de recuerdos son pared,
un comedor sin tacto atestigua mi nostalgia,
inconforme...

Sueño con jarrones de música donde ya no estás.
Te fuiste junto al mañana bondadoso.
Llanto desconsolado, yo, ser habitado de quimeras;
huérfana de tus manos; negándome ver en tu habitación todo;
extrañándote reír.

Prórroga de despedida

A Jairo

I

El apodo de las cosas

Tengo ayer en las manos,
álbum de mis primeros años contigo.
Días de *fumar el frío* de las mañanas.
O al menos así le llamábamos
al ver al viento robar el soplo de los transeúntes.

La labor de un jardinero:
descalzar los árboles por temporadas.

Tardes libres en el parque
¿Un sinónimo?
tejer figuras en el cielo:
una ballena bucea las nubes.

Contar un cuento antes de dormir.
Mis oídos, *caracolas donde duermen tus historias.*

II

Domingo sin fe

Hoy dios no merece la mayúscula.
Le fui fiel como a nadie.
Lo defendí, incluso de mis preguntas.

Tu cuerpo,
camposanto de mi orfandad.
¿Con quién podré ahora
buscar apodos para el día a día?

En la sala,
la mecedora ya no rechina.

Hoy llueve: gotas fugitivas del cielo.
Las nubes se alimentan de los errores de dios.

III
Innominatum

Supimos nombrar las cosas,
y sin embargo...
¿Cómo se le dice a un corazón,
osario de los objetos
abrazados por tu silencio?
A este rostro,
taquigraffa joven del tuyo.
¿Qué será del frío, los árboles,
las nubes y mis oídos?

¿Cómo se le dice al aceptar
que el «Buenos días, papá» no volverá?

Maniobra de un hombre

Oda al Escorpión de René Higueta

La esfera que recorre el césped
es un baúl donde habita
una sola felicidad.

En la contienda hay dos bandos.

Pasos enemigos se aproximan.
Un grito de victoria se escucha a sus espaldas.

Entre los combatientes del otro equipo,
un hombre se disfraza de escorpión.
En sus pies,
una palanca oculta se despierta
y convierte la alegría de otros en quimera.

En las cordilleras que atraviesan la nación,
se escucha el vocerío patrio
a cuya alegría no la distingue la edad,
y reciben a Elpis para arroparla
con una bandera de tres colores.

La confianza de un hombre en sí mismo
trunca la beatitud de un pueblo ajeno
y hace de la malla su camposanto.

EL ADIÓS DE LOS CONDENADOS

FABIÁN ANDRÉS RODRÍGUEZ

Ganador – Categoría Directores de Taller
Taller El lenguaje secreto, Bogotá



Rutas

*Con una fina máscara de polvo
regreso
de los caminos blancos
José Manuel Arango*

Estoy en medio de los caminos blancos
y me hago tarde con el recuerdo ante el cristal.
tampoco necesitaba decir:
el rostro
la llanura de voces suspendidas en el aire
algo se diluye al borde de las horas
del camino
no los silencios que cubren los pliegues de la mesa
la lluvia
o los escombros de una flor de asfalto que creció en la sombra
huellas de tinta en las falanges
de otro tiempo
hace mucho tiempo olvidado.

**Hexagrama
(Aquietamiento)**

no pueden las cosas moverse perpetuamente
ni el tallo de sombra
descifrar el movimiento de la luz
también los ríos aceptan las ausencias
la rigidez de la piedra
nuestra derrota

Metáfora

DIGAMOS QUE LAS ESCAMAS fueron vientre de la noche, por si
acaso, algún día, debemos volver a naufragar y tirar del anzuelo
aunque sea demasiado tarde.

RED RELATA 2020

TALLERES Y DIRECTORES



Cuento

TALLER JOSÉ EUSTASIO RIVERA, NEIVA
Betuel Bonilla

TALLER LIBERATURA, IBAGUÉ
Martha Elizabeth Fajardo

TALLER CASA BARULLO, BOGOTÁ
Jhonny Jiménez Rodríguez

TALLER LA VOZ PROPIA, PELAYA
Eguis Palma Esquivel

TALLER PERMANENTE DE ESCRITORES GUAVIARÍ,
SAN JOSÉ DEL GUAVIARE
Edwin Tobón

TALLER LA CAZA DE LAS PALABRAS, PEREIRA
John Jairo Carvajal

ARAUCA LEE, ESCRIBE Y CUENTA, ARAUCA
Nelson Pérez Medina

TALLER NAUTILUS, TULUÁ
Walter Mondragón

PÁGINAS DE AGUA, SINCELEJO
María Alejandra García Mogollón

TALLER VIRTUAL DE CIENCIA FICCIÓN
Andrea Salgado Cardona

TALLER DE ESCRITORES URABÁ ESCRIBE, APARTADÓ
José Danis Morelos y Albeiro Flores

TALLER ÍTACA, ZARZAL
Jhon Walter Torres

TALLER VOCES EN EL ESTERO, BUENAVENTURA
Eugenio de Jesús Gómez

TALLER ÉCHEME EL CUENTO, CALI
Alberto Rodríguez Castro

TALLER RAYUELA, PAMPLONA
Johanna Marcela Rozo Enciso

TALLER DE ESCRITURA AMILKAR U., SANTA ROSA DE CABAL
Duván Darío Cano

TALLER FERNANDO SOTO APARICIO, JERICÓ
Over de Jesús Córdoba Rentería

TALLER LITERARIO JOSÉ FÉLIX FUENMAYOR, BARRANQUILLA
Antonio Silvera

TALLER CAMINANTES CREATIVOS, BARRANQUILLA
Adriana Rosas

TALLER LIBERATURA, IBAGUÉ
Martha Elizabeth Fajardo

FUNZA PARA CONTAR, FUNZA
Víctor Manuel Mejía Ángel

TALLER DISTRITAL DE CUENTO, BOGOTÁ
Isaías Peña

TALLER LITERARIO PLUMA ENCENDIDA, ENVIGADO
Édgar Trejos

TALLER DE NARRATIVA LA TINAJA, CHÍA
Paola González Osorio

BUCARAMANGA LEE, ESCRIBE Y CUENTA, BUCARAMANGA
Laura Margarita Medina Murillo

TALLER LAS VECINAS DEL CUENTO, MANIZALES
Directora: Olga Lucía Jaramillo

TALLER JOSÉ EUSTASIO RIVERA, NEIVA
Betuel Bonilla

TALLER RELATA, MANIZALES
Juan Carlos Acevedo

TALLER VIRTUAL DE CUENTO
Betuel Bonilla

TALLER LA POESÍA ES UN VIAJE, PEREIRA
Giovanny Gómez Gil

Novela

TALLER DISTRITAL DE NOVELA, BOGOTÁ
Eduardo Otálora Marulanda

TALLER VIRTUAL DE NOVELA
Miguel Ángel Manrique

TALLER PERMANENTE DE FORMACIÓN LITERARIA, POPAYÁN
Felipe García Quintero

CLUB LITERARIO EL VIAJE, SABANETA
Lady Marcela Gallo Montoya

TALLER BIBLIOTECA UNIVERSIDAD SANTIAGO DE CALI, CALI
Harold Kremer

Dramaturgia

TALLER PERMANENTE DE DRAMATURGIA, MANIZALES
Carlos Alberto Molano Monsalve

Crónica

TALLER JOSÉ FÉLIX FUENMAYOR, BARRANQUILLA
Antonio Silvera

TALLER VIRTUAL DE CRÓNICA
David Lara Ramos

TALLER JOSÉ PABÓN CAJIAO, SAMANIEGO
Ángela Cajiao

TALLER DISTRITAL DE CRÓNICA, BOGOTÁ
Sergio Ocampo Madrid

TALLER CUENTO Y CRÓNICA, CARTAGENA
Director: David Lara Ramos

Poesía

TALLER MANUEL ZAPATA OLIVELLA, MONTERÍA
Irina Henríquez Vergara

TALLER LETRATINTA, ITAGÜÍ
José Rafael Aguirre Sepúlveda

TALLER DISTRITAL DE POESÍA, BOGOTÁ
Federico Díaz Granados

TALLER CUENTO Y CRÓNICA, CARTAGENA
David Lara Ramos

TALLER DE POESÍA MECA, MEDELLÍN
Raúl Henao

GRUPO LITERARIO MANUEL ZAPATA OLIVELLA, MONTERÍA
Irina Henríquez Vergara

TALLER TRIADE LITERARIO, ITAGÜÍ
Nelson Augusto Rivera

TERTULIA LITERARIA Y CULTURAL PISISÍ LEE, TURBO
Ana Isabel Gómez

TALLER DE POESÍA HÉCTOR ROJAS ERAZO, CARTAGENA
Rómulo Bustos

EL SUEÑO DEL ÁRBOL, ITAGÜÍ
Omar Darío Gallo Quintero

TALLER JOSÉ MANUEL ARANGO, VALLEDUPAR
Luis Alberto Murgas

TALLER LETRA SILENTE, BARBOSA
Omar Darío Gallo Quintero

TALLER CIELO DE UN DÍA, BUCARAMANGA
Víctor Manuel Niño Rangel

TALLER LA FILOSOFÍA O LAS MARIPOSAS, EL CARMEN DE VIBORAL
Yoham Quintana

TALLER GOTAGUA DE AMANECER, BUCARAMANGA
Víctor Manuel Niño Rangel

TALLER VERSERÍA, CHÍA
Rodolfo Ramírez Soto

TERTULIA RAMIRO LAGOS, BUCARAMANGA
Martha Zorayda Cáceres Pabón

TALLER EL LENGUAJE SECRETO, BOGOTÁ
Fabían Rodríguez

TALLER MANIGUAJE, FLORENCIA
Hermínsul Jiménez

TALLER DE POESÍA LOS IMPRESENTABLES, BOGOTÁ
Rodolfo Ramírez Soto

AUTORES



Luz Angélica Alvarado (Bogotá, 1995; [texto en página 323](#)). Antropóloga y estudiante de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de la Orquesta Filarmónica Antonio Nariño; interpreta el saxofón alto y el violín. Ha participado en diferentes talleres de escritura, tales como el Taller Local de Escritura Creativa de la Localidad Los Mártires (2017), el Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá (2019) y el Taller de Poesía Los Impresentables (2020). Publicó algunos de sus escritos en la edición No. 19 del periódico *Voces y Visos*. Dos de sus poemas fueron publicados en el libro *Bogotá Cuenta: una ciudad que se escribe*.

Claudia Amador Escobar (Barranquilla, 1998; [texto en página 106](#)). Actriz de teatro y estudiante de Literatura de la UNAB. Su propuesta literaria gravita entre la ciencia ficción y la fantasía. Algunos de sus cuentos han sido publicados en *Autor 7, jóvenes autores* y *Subirse al tren* (España), *Revista Ruido Blanco* (Uruguay), *Subirse al tren* (España), y en la compilación de cuentos de ciencia ficción *La piel de lo inevitable* (2020). Su cuento «Anaconda con dientes de ceniza» obtuvo el primer lugar en el xv Concurso Internacional de Cuento Ciudad de Pupiales 2020. Hace parte del taller literario José Félix Fuenmayor desde 2019.

Laurent Michell Arzuza Torres (Cartagena, 1996; [texto en página 280](#)). Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Profesora de español a extranjeros, actualmente reside en Medellín. En 2017 recibió una mención de honor por su paquete *El nombre de las cosas que olvidé*, otorgado por la Universidad de Externado de Colombia. El mismo año, una selección de sus poemas recibió el segundo puesto en el concurso Héctor Rojas Herazo de la Universidad de Cartagena.

José Miguel Badillo Gómez (Santa Cruz de Mompox, 1963; texto en página 260). Hijo de Juan Bautista Badillo Simond y Fanny Gómez Arias. Se ha desempeñado como tallerista en eventos realizados por el Ministerio de Cultura, y trabajó como corresponsal del diario *El Universal* de Cartagena. Ha publicado cuentos y crónicas en el periódico *El Momposino*, y en revistas como *La voz de zapal*. Su libro *Crónicas de Mompox* fue publicado en Córdoba, Argentina. Se ha desempeñado como asesor pedagógico de las editoriales Educar, Rei Antes y Santillana. Es el representante legal de la Corporación Musical, Artística y Cultural de Mompox CRESCENDO.

Omar Barboza Camargo (Cartagena, 1999; texto en página 112) creció en el pueblo sucreño de San Onofre de Torobé. A los dieciséis años viajó a Barranquilla para estudiar arquitectura en la Universidad del Norte, donde se vinculó a espacios de formación en escritura creativa. Su interés por la literatura nació de su mamá, Luz Estela, y de su abuela, María Francisca, que a cada rato están contando historias.

Joel David Bernal Silva (1996; texto en página 150). Licenciado en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad Surcolombiana de Neiva. Integrante del Taller José Eustasio Rivera desde 2016. Actualmente, desarrolla el programa de lectura, escritura y oralidad con niños y jóvenes pertenecientes a la comunidad rural de Rivera, Huila.

Betuel Bonilla Rojas (Neiva, 1969; texto en página 170) Premio de Cuento Ministerio de Cultura, categoría Directores de Taller, en 2018 y 2020; finalista del Premio Nacional de Libro de Cuentos Cámara de Comercio de Medellín; Premio Nacional Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander; finalista del Concurso Internacional de Cuento Hucha de Oro, España. Autor de *Pasajeros de la memoria* (2001), *La ciudad en ruinas* (2004), *El arte del cuento* (2009, 2016), *Las maneras de volver* (2014, 2020), *Siempre somos algo culpables* (2018) y *Mientras esperamos a papá* (2020). Antologador del libro *Culpa compartida: antología del cuento colombo-panameño* (Fuga Libros, 2017).

Ximena Botero (Bogotá, 1995; [texto en página 319](#)). Estudiante de Licenciatura en Música de la Universidad Pedagógica Nacional. Ha participado en encuentros distritales de bandas, también en el concurso Nacional de bandas en Paipa, en el xvii Festival de la colombianidad, en «Bogotá siente la fiesta», evento del Festival de Verano, y en el Festival Internacional de Eufonio «Eufolandia 2019». También hizo parte de los talleres de Creación Literaria organizados por la Gerencia de Literatura de Idartes en 2019.

Olga Rebeca Cabrales De La Pava (Ibagué, 1955; [texto en página 117](#)). De padre monteriano y madre tolimense, su tiempo de colegio trascurrió entre monjas, en Bogotá. Es bióloga marina de profesión, estudió en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Su trayectoria laboral la llevó a cabo principalmente en Cartagena, donde vivió durante cuarenta años. Ahora, pensionada, se radicó en Ibagué. Desde hace dos años es asidua asistente al taller Relata Liberatura en Ibagué, con la profesora Martha Fajardo Valbuena. El texto presentado corresponde a un ejercicio sobre el tema fantástico.

Diego Alejandro Casas (Bogotá, 1996; [texto en página 177](#)). Artista visual, provocadora, exhibicionista, ama reír. Su práctica artística, generalmente motivada por el goce y acompañada por el humor, propone gestos y narrativas para pensar-habitar lo público, distanciarse del deber ser, explorar corporalidades para dialogar y transformarse activamente junto a su contexto.

José Alejandro Centeno Arenas (Bucaramanga, 1960; [texto en página 317](#)). Comunicador social egresado de la Universidad Autónoma de Bucaramanga en 1996. Tiene un posgrado en Psicología y Farmacodependencia de la Fundación Universitaria Luis Amigo, de Medellín. Actualmente es colaborador de la página «Hágase Oír» del diario *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga. Investigador y cultor de la palabra escrita; es poeta, artista plástico, fundador del grupo de pintores Ojear-te, con variadas exposiciones de arte a nivel nacional. Participó de la publicación *La Arcilla de los días*, Antología Relata UIS 2016.

Luz María Ciceros Gallón (La Dorada, 1948; [texto en página 275](#)). Vive en Itagüí. Es el miembro más antiguo del Taller Letratinta. Participó de los talleres de la Escuela Internacional de Poesía Prometeo en 2018 y 2019, y del Festival Internacional de Poesía en su edición 28, donde leyó sus poemas. Ha sido invitada al programa en vivo de la Emisoras Radio CIPA Estéreo. En 2015 y 2016 participó de la Velada Literaria de la Dirección de Cultura del Municipio de Donmatías. Ha participado del Festival internacional de poesía en todas partes. Publicó en el libro colectivo *Deshielos de tinta* (2019).

Elbert Coes (Quibdó, 1983; [texto en página 40](#)). Es egresado de la facultad de Derecho de la Universidad Libre de Pereira, donde ganó el concurso de crónica y cuento. Obtuvo el primer puesto en el concurso de cuento corto del Tercer Festival de Literatura de Pereira, en 2016. Es cocreador de la Corporación literaria y audiovisual Diámbulos. Fue locutor de «Polifonía» (Universitaria Estéreo 88.2 FM). Ha escrito para medios nacionales, como *La Cola de rata*, *Literariedad*, y *El Espectador*. Ha publicado *Florida Killer* (Klepsidra Editores, 2019) y *La noche de las ventanas abiertas* (Fallidos Editores, 2021). Actualmente es voz y guitarra del grupo musical Ritos.

Juliana Correa Romero (Bogotá, 2000; [texto en página 307](#)). Pese a que nació en la capital del país, su familia se radicó en el Carmen de Viboral. Es bachiller técnico de la IE: Técnico Industrial Jorge Eliécer Gaitán. Pertenece, desde hace seis años, al proyecto de teatro Chatarra de la mancha; también al grupo Rostros Orates. Este año se vinculó al taller La filosofía o las mariposas, de la red Relata. Ha estudiado inglés y mercadeo, pero su principal afición es el arte. Es actriz protagónica y ha contribuido con la escritura y la creación colectiva en las artes escénicas.

Itzamar Nataly Cuervo López (Venezuela, 1991; [texto en página 295](#)). Vive en Itagüí. Estudio Construcción y tiene una maestría en Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia. Desde 2013 hace parte del taller de escritores El Sueño del Árbol. Ha participado del

Parlamento Nacional de Jóvenes Escritores de Cartagena (2015), del Festival Internacional de Poesía de Medellín (2018), del Festival Internacional de Poesía en todas partes (2020), y de encuentros locales de poesía y promoción de lectura y escritura. Obtuvo mención de honor en poesía en el Premio Municipal de Itagüí, y sus textos fueron incluidos en la compilación de 2018.

Carolina Daguer Cardona (Medellín, 1978; texto en página 70). Ingeniera de Producción de la Universidad Eafit y Artista Plástica del Instituto de Bellas Artes de Medellín, Colombia. Ha participado en varios cursos de escritura creativa, es madre de una perra y dos gatos y algunos de sus textos los pueden encontrar en el blog: <https://peces-fueradelagua.com/>

María Alejandra Daza Rubiano (Bogotá, 1991; texto en página 315). Actualmente reside en el municipio de Chía, donde es estudiante del programa de Literaturas Creativas y Pedagogía de la Escuela de Formación Artística y Cultural de Chía. También hace parte del Taller de Poesía Versería, donde por primera vez se está acercando a la exploración de su voz poética, que presenta en estos poemas.

Diego Despreciado (seudónimo de Diego Preciado Uribe) (Apartadó, 1991; texto en página 76). Ha publicado *Pequeñas crónicas del Nuevo Mundo* (Fallidos Editores), proyecto ganador de la Convocatoria de Estímulos en Cultura y Patrimonio 2016 del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia y la Gobernación de Antioquia en la modalidad de cuento. Obtuvo el primer premio en el xxxi Concurso Universitario Nacional de Poesía 2018 de la Universidad Externado de Colombia con el poemario inédito *¡Úntense pa la foto!* Su antología personal *La raíz del fuego* está próxima a publicarse, en formato digital, en la colección Yarumo de Nuevas Voces Editores.

María José Díaz Montoya (Zarzal, 2003; texto en página 79). Estudiante de Licenciatura en Filosofía de la Universidad del Valle y miembro activo de la Asociación de Estudiantes de Filosofía del Su-

roccidente Colombiano (FICVAN). Ha realizado estudios a nivel técnico en atención integral a la primera infancia, así como diplomados y procesos de formación. Es una joven de dieciocho años cuya voz alienta a soñar y a creer en el ser. Está convencida de que en su caminar solo necesita un corazón para amar y una mano para escribir. Es amante de los libros y escritora en formación.

Luis Camilo Dorado Ramírez (Lucadorado) (Bogotá, 1985; texto en página 278). Maestro en Artes Plásticas de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Mención en el Concurso Nacional Casa de Poesía Silva 2017; en 2019 fue incluido en las antologías *Nuevo sentimentario* (Luna Libros) y *Pecados capitales: Poesía juvenil bogotana* (ediciones Exilio); finalista del segundo Premio internacional de poesía Vicente Huidobro 2020 con su libro *Migraciones* (Valparaíso Ediciones). En 2021 su libro *Lo que se desvanece* fue Ganador del 1º Premio Nacional de poesía Henry Luque Muñoz Sub 35 (Editorial Escarabajo-Abisinia). Varios de sus poemas han sido publicados en diferentes medios virtuales e impresos.

William David Fuentes Siabato (Sogamoso, 2005; texto en página 104). Sus padres son Nancy Teresa Siabato y Campo Elías Fuentes; su hermano menor se llama Daniel Santiago Fuentes. William vive junto a su familia en el municipio de Jericó, en Boyacá. Ingresó al jardín infantil *Mi pequeño mundo*, luego inicia sus estudios de primaria en la institución educativa técnica López Quevedo, sede Kennedy. Actualmente estudia la secundaria en la institución educativa técnica López Quevedo, sede central. Le gustan los deportes, el arte y la tecnología. Sueña con ser un gran arquitecto o un médico.

Cesare Gaffurri Oldano (Bogotá, 1986; texto en página 65). Maestro en Letras y diplomado en Escrituras Creativas. Escritor, traductor y profesor de español y ciencias sociales en diferentes colegios de Bogotá. Ha trabajado para varias editoriales en traducción, edición, corrección de estilo y creación de contenidos. Desde 2018 se dedica a dar talleres de escritura creativa y de lectura. Actualmente vive en Ciudad

de México, donde realiza el Doctorado en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana.

Wilson Amado Gamboa (Bogotá, 1967; texto en página 124). La lectura y la escritura han ocupado el primer lugar entre sus pasatiempos favoritos. En 2001 se fue junto con su familia a vivir a Funza, Cundinamarca. Con el poema «Juegos y guerras» obtuvo el primer premio Atina Argentina en 2014; con «Dios, hombre y vino» obtuvo el octavo lugar en el Centro Cultural Kemkem Argentina; fue finalista del II Certamen Haykus Matsu Bashō 2016, y resultó ganador del concurso de cuento del Programa Municipal de Estímulos Culturales Funza 2020. Pertenece a la Escuela de Literatura del Centro Cultural Bacatá de Funza, adscrito a Relata.

Laura María Gil (Copacabana, 1966; texto en página 300). Abogada y poeta. Vive en Barbosa, Antioquia. Es Juez de la República, cofundadora del Colectivo Literario Desertores e integrante del Taller de Escritores Letra Silente. Es coordinadora del Parlamento Internacional de Escritores de Cartagena de Indias. Ha participado en diferentes encuentros literarios a nivel nacional e internacional. Obtuvo el primer puesto en el Cuarto y el Séptimo Concurso de Poesía Inédita en Derechos Humanos, en 2008 y 2011. Asimismo, obtuvo el primer puesto en el Segundo Concurso Municipal de Poetas Barboseños, en 2015. Publicó, en 2020, *Canto visceral*.

Julián González Hoyos (Tibú, 1982; texto en página 208) vive en Sabaneta y escribió su texto en el taller literario El Viaje. Es filósofo de la Universidad de Antioquia y estudiante de la Maestría en Innovación Social y Territorio de la UPB. Gestor, creador cultural y fundador del colectivo artístico El Vicio de Pensar. Participó del Taller virtual de Novela Relata 2020.

María Amparo Hernández (Ibagué, 1948; texto en página 166). Ha tomado distintos talleres de poesía y narrativa. Con el poema «¿Qué veo?» obtuvo el tercer lugar en el concurso de poesía en honor de

Germán Arciniegas, de la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Letras de Bogotá. Su soneto «La paz» fue escogido por el municipio de Dosquebradas para conmemorar la paz. Editó el poemario *Poemas con sabor a silencio y café*, perteneciente al coleccionable Punto de Siembra.

Román Hernández Suárez (Bucaramanga, 1994; [texto en página 311](#)). Participante del Taller Literalidad Gotagua de Amanecer Bucaramanga 2020. Tuvo la suerte de crecer rodeado de libros, música y canciones. Escribió sus primeros cuentos y poemas a los quince años, en las aulas del colegio INEM. Ingresó a la facultad de Música de la Universidad Autónoma de Bucaramanga UNAB, donde estudió violín durante seis semestres (2013). Viajó por Latinoamérica, enriqueciéndose en países como Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, donde encontró la inspiración y la motivación para seguir escribiendo y componiendo canciones y melodías.

Angélica Hoyos Guzmán (Barranquilla, 1982; [texto en página 182](#)). Es Licenciada en Lenguas Modernas, Magíster en Lingüística Española y Magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana. Es doctora en Literatura Latinoamericana y desarrolló su investigación sobre Poesía testimonial en Colombia. Ha publicado *Hilos sueltos* (Ediciones Torremozas, 2014), *Este permanecer en la tierra* (Editorial Escarabajo, Editorial Abisinia, New York Poetry Press 2020), *Una generación emboscada: la emergencia de la poesía testimonial en Colombia* (Editorial Unimagdalena, 2020).

Gildardo Idárraga Alzate (Guatapé, 1957; [texto en página 55](#)). Hijo de padres campesinos. Creció en la vereda La Culebra. Finquero, cogedor de café, andariego, tendero y actualmente taxista. Fundador, junto con el poeta Walter Mondragón, del taller Nautilus de Tuluá, y del club de lectura Octaedro, con el profesor Édgar Ramírez.

Álvaro Jaimes Hernández (Pamplona, 1993; [texto en página 97](#)) es un joven estudiante de la carrera de Biología en la Universidad de Pamplona. Panadero de profesión, aunque a lo largo de los años se ha desempeñado en diferentes áreas laborales. Siempre ha demostrado

afinidad por la palabra escrita. Curioso y amante de la naturaleza, es aficionado a las caminatas a campo abierto. Integrante del Taller de escritura Rayuela desde hace varios años.

María Elena Jiménez Gómez (Manizales, 1956; [texto en página 147](#)). Ingeniera química especializada en Alta gerencia con énfasis en Calidad. Se desempeñó como jefe de la División de Calidad de la Industria Licorera de Caldas. Reconocida como «maestra ronera». Después de pensionarse, hace diez años, se interesó por la literatura. Ha participado del taller Relata del Banco de la Republica en Manizales. El presente cuento fue desarrollado dentro del taller Las vecinas del cuento, también de la red Relata, del cual participa actualmente.

Harold Kremer (Guadalajara de Buga, 1955; [texto en página 214](#)). Director del taller de escritura de la Biblioteca de la Universidad Santiago de Cali.

David Lara Ramos (Barranquilla, 1966; [texto en página 263](#)). Escritor y reportero gráfico. Magister en cultura y desarrollo. Abogado. Especialista en cooperación internacional. Ha publicado los libros *Pasa la voz queda la palabra* (2011) y *El dolor de volver* (2018). Próximamente publicará *Diario del confinamiento*, crónicas y fotografías realizadas durante la pandemia. Docente de narrativas y periodismo de la Universidad de Cartagena. Director del Taller Cuento y Crónica. Columnista del portal Las2orillas. Colaborador habitual de medios nacionales. Vive en Cartagena.

Mauricio Lazo Castañeda (Manizales, 1977; [texto en página 222](#)). Licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad de Caldas. Integrante del Taller Permanente de Dramaturgia de Manizales. Fundador del Grupo Teatral Cicuta de Manizales. Ha publicado en las Antologías de Relata (2014 y 2015) y en las antologías de dramaturgia *Seis formas de matar a una mujer* (2016) y *La Pluma de Téspis* (2020). Es profesor de Lengua Castellana en la Institución Educativa Francisco José de Caldas de Risaralda, Caldas, y Magíster en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Su correo personal es mlmauriciolazo@gmail.com.

Yenitza Mariana López Blanco (Arauca, 1982; [texto en página 48](#)) nació en la amplia y cálida sabana araucana en una Navidad de principios de los años 80, en el seno de una familia raizal araucana que le inculcó desde niña el amor por su identidad llanera y el respeto por sus tradiciones, las mismas que ahora procura inculcarle a su pequeña María Francisca, a través de la pasión por la literatura, la escritura y la música. Su amor por las letras y las ciencias sociales despertó en ella la vocación por el derecho, profesión que ejerce con compromiso y honestidad desde hace trece años.

Fabio Maldonado-Veloza (Bogotá, 1953; [texto en página 201](#)). Se graduó de Economista en 1979, obtuvo el título de *Magister Scientiae* en Ciencia Política en 1990, *Master of Arts in Philosophy* en 1999, *Master of Arts in Economics* en 2005 (University of Connecticut) y Doctorado en Filosofía en 2014. Es profesor titular e investigador (*tenure*) jubilado de la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. Actualmente es profesor en la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Maestría de Economía Internacional, Universidad Antonio Nariño, Bogotá. Es autor de varias decenas de artículos en revistas indexadas y de ponencias nacionales e internacionales sobre economía petrolera, neointitucionalismo y epistemología.

Melva Mejía (Manizales, 1959; [texto en página 154](#)). Enfermera, Magíster en Desarrollo Humano. Como docente e investigadora de las universidades de Caldas y de Manizales, le ha dedicado su vida a trabajar con proyectos sociales en comunidades vulnerables. Participa en el taller Relata desde 2019. Fue invitada a presentar la crónica «Voces femeninas del destierro», de la cual es coautora, en el Primer Encuentro Municipal y Departamental de Escritoras de Caldas, en 2019.

Julio César Molano Gómez (Cali, 1983; [texto en página 160](#)). Psicólogo egresado de la Universidad Nacional de Colombia. Gestor cultural del municipio de Tibasosa, con trayectoria en proyectos apoyado por el municipio y el Ministerio de Cultura. Ha dirigido clubes de lectura y lecturas en espacios no convencionales, como plazas de mercado y plazas públicas. Es creador de contenidos virtuales.

Raúl Moreno Jerez (Málaga, 1959; [texto en página 301](#)). Economista con especialización en Ingeniería Ambiental de la UIS y mágister en Educación de la UNAB. Dedicado a la literatura, el teatro y las artes plásticas. Tiene un diplomado en Formación Literaria UIS-IMCT. Es director de los programas radiales *El Jardín de la Poesía* y *Palabricanto*, en emisoras universitarias. Ha publicado *Manual del suicida* (Cuarto de máquina, 1989), *El hombre del girasol* (Editorial Sic, 2006), *Musicantes* (Editorial Sic, 2019) y *El circo de los colores* (Editorial Sic, 2021) Fue finalista, en el año 2000, del Primer Concurso Metropolitano de Poesía Gustavo Cote Uribe.

Daniela Muñoz Bedoya (Pereira, 2003; [texto en página 100](#)). Reside en Santa Rosa de Cabal, sus padres son Anyeli María Bedoya Jiménez y Jhon Jairo Muñoz Hurtado. Cursa actualmente el último año de secundaria en la Institución Educativa Francisco José de Caldas, y finaliza un Técnico en Diseño e Integración de Multimedia del SENA. A lo largo de su vida ha participado en distintos talleres y actividades extra, como natación, danzas, música, canto, baloncesto y voleibol. Recientemente culminó el taller de escritura creativa Relata, promovido por la Secretaría de Desarrollo Social de Santa Rosa de Cabal.

Jhon Olave (Buenaventura, 1997; [texto en página 82](#)) es un joven de veintitrés años apasionado por contar historias. Es estudiante de quinto semestre de Ingeniería en Multimedia en la ciudad de Bogotá, donde vive actualmente. Trabajó el texto «El principio: la parte que no fue escrita en la biblia» en el taller Voces en el Estero de la ciudad de Buenaventura, Valle del Cauca. No cuenta con formación literaria, y esta es su primera publicación. Sin embargo, se prepara continuamente con el sueño de que sus textos sean leídos algún día en el país y en otros lugares del mundo.

Pedro Olivella Solano (San Diego, 1967; [texto en página 296](#)). Escritor y abogado. Miembro fundador del Café Literario Vargas Vila e integrante del Taller José Manuel Arango, de Valledupar, perteneciente a la red Relata. En 1984 aparecieron publicados sus primeros poemas en

El Diario Vallenato; en 1988 publicó en la antología *Nueve poetas cesarenses y tres canciones de Leandro* (1988). Además, publicó *5 Poetas Vallenatos del Siglo XX* (2005) y los poemarios *Signo de Pez*, *Libro de Caín* y *Valle del acordeón* en la colección de poesía *Árbol de agua* (2015).

Magdalena Ospina Flores Ph.D. (Bogotá, 1978; texto en página 24). Desde pequeña fue una prodigio académica que muy temprano realizó su pregrado y posgrado en Historia en la Universidad Andina y Neogranadina. En 2019, después de varias publicaciones en revistas prestigiosas, Magdalena pierde toda credibilidad como historiadora con el artículo publicado en esta antología. Hoy en día tiene un centro espiritual y estudio de yoga a las afueras de la ciudad. Esto es, al menos, lo que se sabe de Magdalena Ospina según María José Ojeda Franco, su ortónima. Esta última nació en Bogotá en 1999, es miembro del colectivo fanziner *Casa Barullo* y estudiante de Historia y Literatura en la Universidad de los Andes.

Augusto Paniagua Pineda (Bello, 1965; texto en página 283). Es Ingeniero Forestal de la Universidad Nacional de Colombia. Se desempeña como autoridad ambiental en el cuidado de los recursos naturales renovables, específicamente, en la flora colombiana. A partir de 1999, y hasta 2013, ejerció la docencia en el SENA de Medellín, en la Universidad de Antioquia y en otras instituciones de nivel superior. Ha incursionado en el estudio del arte y dibujo de la figura humana. En noviembre de 2020 publicó su primer libro de poesía, *Despedida en abril*, traducido al inglés (*Farewell in April*) por Fernando Hernández Vélez, poeta colombiano.

Carlos Pérez Vertel (Montería, 1992; texto en página 271). Licenciado en Informática y Medios Audiovisuales de la Universidad de Córdoba. Miembro del Taller Literario Manuel Zapata Olivella de la misma institución durante diez años y actual director del Taller Independiente de Escrituras Creativas de la ciudad de Montería. Autor de *Contrapunto de una abertura en la memoria*, libro de poesía inédito. Ganador del Premio Nacional de Poesía Relata (Categoría de Asistentes a Talleres vinculados a la Red de Escritura Creativa Relata) en el año 2020.

Johanna Pernía Magé (Cali, 1990; [texto en página 197](#)) es escritora, fabulista, poeta y contadora pública. Desde muy joven participó en la creación de guiones y canciones para obras dramáticas. Ha usado las artes para exteriorizar sus más profundos sentimientos. En 2018, en la comunidad Wattpad y bajo el seudónimo Eleanor W. Rose, publicó su novela corta *Cuando los besos duelen*, que obtuvo el premio a mejor novela romántica en los premios Wattypananda 2019. En 2020 dio a conocer su libro infantil *Cuentos para contar del finis*. Su más reciente publicación es *Secreto Bajo Tierra: Nunca se sabe lo que la selva nos oculta*.

Yovany Alberto Piedrahita Cardona (Bolívar, 1986; [texto en página 288](#)). Es tecnólogo profesional en Gestión y Producción Creativa para las Artes Visuales de la Escuela Superior Tecnológica de Artes Débora Arango. Cursó un diplomado en Ilustración, Arte y Oficio. Vive actualmente en Medellín. Participó como ilustrador en el libro *El canto del Sinfín*. Ha publicado en folletos de arte y en las antologías *Tentando a la locura*, *Libertades: revelación de lo infinito* y *Relata 2012*. Los textos de *Tríptico* los escribió en el transcurso del año.

Luis Carlos Pulgarín Ceballos (Toro, 1967; [texto en página 253](#)). Comunicador social, abogado, periodista y escritor de oficio. Diplomado en Acción y Paz (ESAP); Justicia Transicional (IUC); Gerencia Cultural (Fundación Universitaria John F. Kennedy) y Liderazgo Social y Político (Universidad Autónoma de Colombia). Premio Nacional de Dramaturgia Para Niños (2001). Premio Nacional Poesía Capital Casa de Poesía Silva, 2005. Beca IDCT Creación en Teatro 2002. Creativo y libretista del programa Planeta Niños, nominado por el periódico *El Tiempo* como mejor programa infantil de la televisión colombiana en 2004.

Hermes Santiago Ramírez Galvis (Pelaya, 2014; [texto en página 32](#)). «El principito negro» es el seudónimo que este niño que respira tambora, tradición, canto y folclore. Hermes hace parte del Taller La voz propia, de Pelaya, Cesar, desde hace dos años. Cursa grado tercero en el Instituto Pedagógico Cristiano Semillas de Esperanza - INSPECSEM. Recitador de versos y poesías de la tradición afro, así como de cantos de

tambora y todo el legado cultural heredado de sus ancestros, Hermes ha pasado una gran parte de sus ocho años de vida con su abuelo Janed Ramírez, bibliotecario municipal. Se siente muy orgulloso de su cultura.

Edwin Ramírez Pérez (Bucaramanga, 1975; [texto en página 134](#)). Poeta y narrador. Reside en Envigado. Integrante del Taller Literario Pluma Encendida. Miembro del taller Haiku-do de Medellín. Co-fundador del Club de lectura Bibliosueños (Medellín). Obtuvo el tercer puesto en el Primer Concurso Nacional de Cuento Corto de Colanta. Publicó el libro de poemas *Las cosas que suceden en mi casa* (Fallidos Editores, 2021).

Fernando de Jesús Rivillas Casas (Medellín, 1962; [texto en página 230](#)). Ha incursionado en la acuarela y la caricatura. En la universidad, mientras estudia Medicina, dirige y dibuja la revista de humor gráfico *Humor S. A.* Fue asistente a los talleres de literatura de Mario Escobar Velázquez, de Urabá Escribe, y actualmente asiste al taller José Félix Fuenmayor en Barranquilla. Paralelamente, desde 2014, orienta el taller literario Casa tomada. Ha sido editor del *Almanaque literario de Urabá* (2012), *Almanaque pictórico de Urabá* (2019), revista *Ambrosía y cicuta*. Actualmente escribe una biografía novelada de Julio Cortázar (cuyo primer capítulo se publica en este volumen).

Fabián Andrés Rodríguez González (Bogotá, 1993; [texto en página 328](#)). Licenciado en Español e Inglés de la Universidad Pedagógica Nacional. Estudiante de la Maestría en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo. Director del taller literario El lenguaje secreto, de la Universidad Pedagógica Nacional. Perteneció al comité editorial de la revista de poesía *Ulrika* y al equipo de coordinación del Festival Internacional de Poesía y de las Jornadas Universitarias de Poesía de Bogotá. Como gestor cultural ha desarrollado diferentes proyectos literarios, entre ellos el programa Poetas en Vela con el colectivo Casa Desnuda. Actualmente, se desempeña como docente de lenguaje y literatura.

Luz Marina Rodríguez Rueda (San José de Pare, 1958; [texto en página 145](#)) se recibió como Abogada en la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Especializada en Derecho de Familia y Derecho Administrativo y diplomada en Mecanismos alternativos de Solución de Conflictos de la Cámara de Comercio de Bucaramanga. Asiste al Club de Crónica del Banco de la República y al Taller Bucaramanga lee, escribe y cuenta, perteneciente a la Red Relata.

Juan Esteban Rojas Sinisterra (Isla de Milagros, Tumaco, 1999; [texto en página 250](#)). Es de ascendencia tumaqueña y samanieguense, pero fue educado en Samaniego, Nariño. Es estudiante de Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de Nariño. Le gusta mucho el fútbol; en junio de 2013 su escuela fue seleccionada entre las mejores del municipio para ser parte de un intercambio deportivo en Turquía. También disfruta los videojuegos, pero la literatura es otra de sus pasiones. Considera que la poesía es alivio y frescor en compañía o en soledad, admira la contemplación y sueña con viajar y sentir más.

Anamaría Rozo Martínez (Armenia, 1984; [texto en página 158](#)). Profesional en Filosofía de la Universidad del Quindío. Ganadora del primer puesto del III Concurso Regional de Cuento Humberto Jaramillo Ángel (2012). En 2009, obtuvo el Sexto Accésit en el II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria, Universidad de Córdoba, España. Perteneció al taller de escritura creativa Café y Letras, Relata, Quindío, y participó con cuentos y crónicas en sus publicaciones colectivas. Ha alternado sus creaciones narrativas con proyectos fotográficos. Actualmente se desempeña como gestora cultural y cursa la Maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Nacional.

Natalia Rozo Vanegas (Neiva, 1997; [texto en página 15](#)). Abogada egresada de la Universidad Surcolombiana. Obtuvo el segundo puesto en la categoría de cuento del Concurso de la Red de Escritura Creativa Relata 2017; el tercer puesto en la modalidad de cuento del IX Encuentro de Poesía y Cuento Premio «Jose Carlos Caparelli», en Argentina, y el segundo puesto en la modalidad cuento categoría juvenil del Con-

curso Nacional de Escritura «Colombia, territorio de historias» (2020). Fue finalista en la categoría libre del 28° Concurso Departamental de Minicuento Rodrigo Díaz Castañeda (Palermo); y, en dos ocasiones, del concurso Cuentos cortos para esperas largas (Pereira).

Albeiro Sabogal Floriano (Albania, 1998; [texto en página 322](#)). Estudió en las instituciones rurales Bella Aurora y El Dorado. Es egresado de la Normal de Florencia, y en la actualidad es estudiante de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de la Amazonia. Sus recuerdos nos hablan de la fuerza de los caballos por domar, del peligro de las serpientes camufladas en la vegetación, de la búsqueda de las estrellas en medio de la noche nublada, en contraste con el asombro por las páginas de los libros, por su olor, que lo ha llevado a un mundo que pocos reconocen disfrutar.

José Ricardo Silva Plazas (Huila, 2003; [texto en página 184](#)). Estudiante del programa de Comunicación Social de la Universidad del Cauca.

Margarita Suárez (Bogotá, 2003; [texto en página 131](#)). A los siete años publicó su primer cuento, «La sirenita cuenta en cuentos». De segundo de primaria a noveno de bachillerato estudió en el colegio San Bartolomé la Merced; actualmente está en grado décimo en el colegio LPCUWC en Hong Kong, China, donde planea terminar su bachillerato. En el primer semestre de 2020 hizo parte del Taller Distrital de Cuento de Idartes. Una vez salga del colegio, piensa estudiar teatro o literatura, y dedicarse a escribir.

Blanca Ligia Suárez Ochoa (Guamal, 1959; [texto en página 36](#)). Gestora cultural y especialista en Gerencia Social y Gerencia de Proyectos. Madre de Ana María y Laura Daniela, abuela de Martín. Líder de procesos de formación artísticos y culturales, bailadora de joropo. Coautora de las publicaciones colectivas: *San José del Guaviare, Capital de la Esperanza, Acercamiento a su historia* (2004) y de las Antologías de cuentos del Fondo Editorial *El Llano y la Selva cuentan* (2006, 2007, 2010, 2013, 2016, 2018). Participante de la antología nacional *Renata y Relata*, Mincultura (2008, 2010, 2011 y 2012).

Margarita Torres Mena (Turbo, 1963; [texto en página 290](#)) es la cuarta de cuatro hermanos. Hija de Clara Luz Mena Flórez y Ascensión Torres Murillo. Es licenciada en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia; profesional en Psicología Social Comunitaria de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia; y tiene un diplomado en Psicología Clínica y Deportiva de la Universidad de Antioquia. Además, es una deportista dedicada: practica ciclismo, voleibol, baloncesto y microfútbol. Le gusta leer, en especial poesía. Practica monólogos, canta, baila, se baña en el mar, monta bicicleta y pasea en familia.

Nelly Villegas Villegas (Yarumal, 1963; [texto en página 240](#)). Es filóloga, arte terapeuta y dinamizadora social TIC. Ha sido formadora de docentes, ha participado en la escritura de reseñas de libros infantiles y juveniles y ha sido promotora de lectura de niños y jóvenes en las escuelas públicas de Colombia. Ha dirigido talleres de escritura creativa para personas adultas en Barcelona, España, desde 2016. Es coautora de la tesis *La formación de lectores autónomos, un problema que trasciende la escuela* (Universidad de Antioquia, 1998), y autora del libro de cuentos *Bajo el árbol de mango*, publicado en Barcelona. en 2019.

María José Vivero Gamarra (Sincelejo, 1995; [texto en página 59](#)). Realizó los estudios de secundaria en la Institución Educativa Antonio Lenis y, actualmente, cursa séptimo semestre de Licenciatura en Lingüística y Literatura en la Corporación Universitaria del Caribe. Participante del Taller de Escritura Creativa Relata y semillerista en el Semillero EDUPED. Sus padres motivaron desde temprana edad el hábito de la lectura en su casa, y tuvo la suerte de contar con una biblioteca llena de libros de todos los géneros. Incurrió en la lectura a través de los talleres, en los que destaca por su creatividad, iniciativa y exploración de los distintos géneros.

Elisa Viveros (Cali, 1993; [texto en página 85](#)). Graduada en química farmacéutica, maestra en biotecnología e investigadora en biología celular. En medio de microscopios, pipetas, ADN, proteínas y batas blancas, sufre de la infección de personajes que su cabeza reproduce e incuba de forma anaerobia y que le reclaman germinar. Sin ningún otro

motivo más que el de desparasitarse de aquellos intrusos, empezó a escribir expulsándolos por primera vez en un año en que se gestó una pandemia. Aún no se ha curado, no todos están afuera.

David Alejandro Zambrano (Ibagué, 1992; [texto en página 19](#)). Tuvo suerte. Después de graduarse de Ingeniería Electrónica en 2014, quedó a la espera de un trabajo y una beca. Ninguno de los dos llegó y, en cambio, se encontró asistiendo al taller Relata-Liberatura dirigido por Martha Fajardo. Desde ese momento le dedicó tiempo a la escritura creativa. Actualmente realiza un doctorado en España. Ha sido finalista del IV concurso de cuento corto Cuentos cortos para esperas largas (Colombia, 2018) y finalista en la X convocatoria internacional para el Taller de Pablo Simonetti para futuros escritores (Chile, 2020).

Santiago Zambrano Cantillo (Cartagena de Indias, 1998; [texto en página 294](#)). Estudiante de Lingüística y Literatura en la Universidad de Cartagena. Ha participado en lecturas de poemas en espacios universitarios, y en el evento Silaba de Agua 2019. Un poema suyo ha sido incluido en el Proyecto audiovisual La Caída, de la artista plástica cartagenera Ruby Rumié. Integra el Taller de poesía Héctor Rojas Herazo del Espacio Cultural Claustro de la Merced de la Universidad de Cartagena, dirigido por Rómulo Bustos Aguirre.

Sandy Zapateiro Rojas (Montería, 1998; [texto en página 285](#)). Cursa último año de Ingeniería Industrial en la Universidad de Córdoba. Integra el Grupo Literario Manuel Zapata Olivella (Unicórdoba-Relata). Resultó ganadora en segundo lugar del concurso Nuevas Voces en Córdoba, del Encuentro Internacional de Mujeres Poetas de Cereté, en 2019, e integra la Antología *Flore Siente* (Ediciones Corazón de Mango, 2020) del mismo evento.

Elsy Zúñiga (Bogotá, 1973; [texto en página 138](#)). Escritora novel colombiana. Ha ejercido la ingeniería química en distintos sectores de la industria durante más de veinte años. En 2018 decidió formarse en escritura creativa, con el objetivo de mejorar la técnica de los textos

que comenzó a escribir una década atrás. Amante del cine, la literatura fantástica y de ciencia ficción. Ha publicado cuentos y poemas en antologías del municipio de Chía. En 2018, con el microcuento «Al fin habrá paz» resultó ganadora del concurso de la revista mexicana *La sirena varada*.

NODOS QUE CONFORMAN LA RED RELATA

NODO CARIBE - ORIENTE

Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina,
La Guajira, Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba, Sucre,
Santander, Norte de Santander.

NODO CENTRO

Arauca, Boyacá, Caquetá, Cundinamarca,
Guaviare, Casanare, Huila, Tolima.

NODO SUROCCIDENTE

Antioquia, Caldas, Cauca, Risaralda, Quindío,
Chocó, Valle del Cauca, Nariño.

CÓMO VINCULARSE

ASISTENTES

Deben contactar al director del taller que les interesa. La
información sobre los talleres se encuentra disponible en
el sitio web de RELATA:

www.mincultura.gov.co

TALLERES

Anualmente se abre una convocatoria pública para la
vinculación de nuevos talleres a RELATA

* * *

Red de Escritura Creativa (RELATA)

Dirección de Artes del Ministerio de Cultura de Colombia

Carrera 8 # 8-43 Bogotá D.C., Colombia

redrelata@mincultura.gov.co

Teléfono (57-1) 342 4100, ext. 4018

En 2020, la pandemia llegó a Colombia y cambió las perspectivas sobre nuestras rutinas, nuestros modos de vivir e, incluso, nos puso a dudar acerca de nuestras creencias más firmes. Por ello, es vital agradecer a cada una de las personas que demostraron, en la *Antología Relata 2020*, que la escritura literaria es la columna sobre la que cimentamos nuestro existir. A cada uno de los lugares de Colombia, a cada una de las instituciones aliadas, a cada uno de los directores de taller, a cada uno de los asistentes, a todos, muchas gracias.

